TIEMPO de HISTORIA

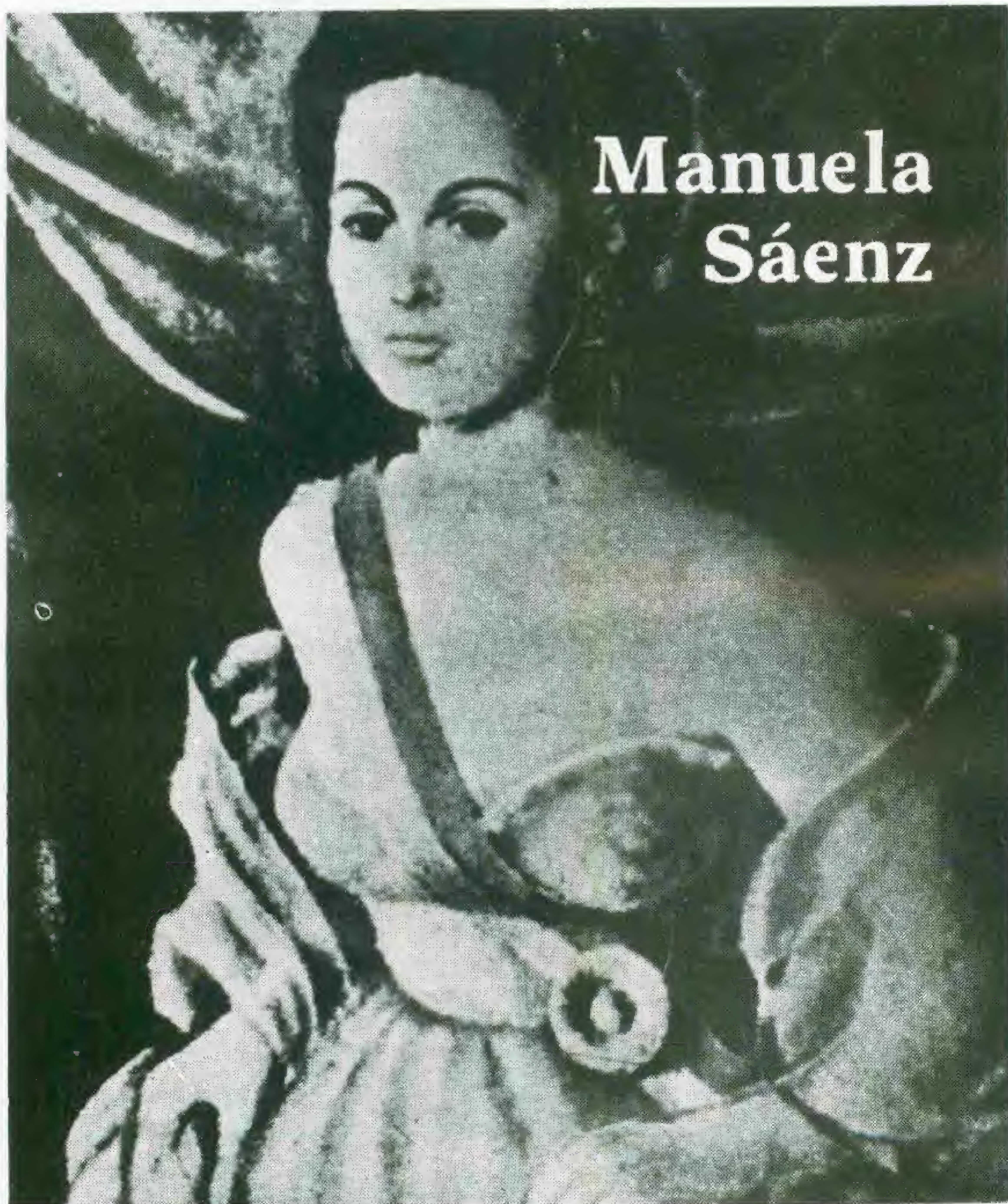


La Iglesia y el III Reich

AÑO V
NUM. 56
100 PESETAS

EN ESTE NUMERO DE **TIEMPO DE HISTORIA**

Ricardo Lorenzo Sanz



La Libertadora del Libertador

No cabe duda que el gran amor en la vida del Libertador, Simón Bolívar, fue Manuela Sanz, quien se mantuvo a su lado, abandonando su hogar y entregándose en cuerpo y alma al hombre de su vida.

SUMARIO



AÑO V • NUM. 56 • JULIO 1979 • 100 PESETAS



PORTADA: La actitud ambigua, no exenta de cierta calculada deferencia hacia el Führer, por parte del Papa Pío XII a lo largo de la II Guerra Mundial, y cuya explicación, estrictamente política, acaso se debiera al temor del Pontífice ante una supremacía soviética sobre la Europa Central, no excluye la grave responsabilidad del Papa, al no condenar taxativamente al Régimen nazi, de cuyos crímenes estuvo informado en todo momento.



TACHO SOMOZA: La sanguinaria dinastía somozista, frente a la que en estos días se levanta en armas todo el pueblo nicaragüense, se inicia con el «Viejo» Tacho Somoza, fiel instrumento de los intereses norteamericanos en su país

DIRECTOR: **EDUARDO HARO TECGLEN**, SECRETARIO DE EDITORIAL: **GUILLERMO MORENO DE GUERRA:** CONFECCION: **ANGEL TROMPETA.** EDITA: **PRENSA PERIODICA, S. A. REDACCION, ADMINISTRACION Y DISTRIBUCION:** Plaza del Conde del Valle de Suchil, 20. Teléfono 447 27 00. MADRID-15. Cables: Prensaper. **PUBLICIDAD:** REGIE PRENSA. Vicente Gaceo, 23. Teléfonos 733 40 44 y 733 21 69. MADRID-29 y Paseo de Gracia, 101. Teléfono 218 78 46. BARCELONA-11. **DISTRIBUCION:** Marco Ibérica, Distribución de Ediciones, S. A. Carretera de Irún, Km. 13,350. MADRID-34. **IMPRIME:** Editorial Gráficas Torroba. Polígono Industrial Cobo Calleja. Fuenlabrada (Madrid). Depósito Legal: M.36.133–1974. **SUSCRIPCIONES:** Ver página 130.

Las matanzas de Badajoz

Rafael Tenorio

¡Qué verbena de sangre
y de horror homicida!
Julián Zugazagoitia



Portada de estilo Herreriano del antiguo palacio prioral de Magacela (Badajoz).

LA ciudad de Badajoz tenía, en agosto de 1936, 40.000 habitantes y estaba defendida por tres o cuatro mil hombres. Unos tres mil milicianos sin preparación militar y de entusiasmo desigual y 500 soldados que tenían que hacer frente a dos columnas de mil quinientos hombres cada una, al mando del teniente coronel Yagüe. El armamento de los atacantes y su organización eran infinitamente superiores a todo lo que podía ofrecer para su defensa la ciudad de Badajoz. Además, la aviación alemana e italiana acudieron en auxilio de Yagüe (parece ser que los Ju-52 despegaron de aerodromos portugueses y también que algunas tropas de Yagüe se infiltraron por la raya de Portugal para sorprender a los republicanos por la espalda).

EL día 11 de agosto, la columna de Tella se apoderó de Mérida, cortando el ferrocarril y la carretera de Madrid-Badajoz, lazo de unión de esta última con el resto de España.

Entonces Yagüe tomó las columnas de Castejón y de Asensio —cada columna se componía de una Bandera del Tercio (800 hombres); un Tabor de regulares (600 hombres); una o dos baterías; fuerzas de ingenieros y servicios complementarios; cada columna llevaba detrás pelotones de requetés, falangistas o simplemente voluntarios de derechas que actuaban como policía política en el terreno conquistado— y se dirigió hacia la capital extremeña, donde llegó el 13 de agosto.

Pero el día 12 la ciudad fue bombardeada por los aires y empezaron las deserciones en masa. El día 13 Badajoz estaba sin luz eléctrica y rodeada de enemigos por todas partes. Sólo conservaba sus murallas del siglo XVIII, defendidas por grupos de milicianos y de soldados.

Por la tarde del día 13, Castejón lanzó a sus hombres contra las murallas de la ciudad. Se combatió en varios sectores: Puerta del Pilar, Fuerte de la Pardalara, Puerta de la Trinidad, por donde atacó Asensio, y Cuartel de Menacho. El comandante Alonso y los milicianos rechazaron con fuego de ametralladoras el primer asalto. La guardia civil de Badajoz aprovechó la confusión del combate para sublevarse por la espalda. Los tiroteos internos no cesaron en toda la noche.

Al amanecer del día 14, la artillería rebelde abrió fuego contra las murallas de Badajoz. Este intenso bombardeo duró varias horas y destrozó las murallas y las viviendas de los alrededores. Alvarez del Vayo asegura que el armamento venía directamente de Portugal en camiones.

Por la tarde recomenzó el asalto por las brechas que había abierto la artillería. Las tanquetas de la columna Asensio forzaron la Puerta de la Trinidad, derruida por los impactos, y los legionarios se lanzaron de nuevo al asalto; el fuego de las ametralladoras volvió a parar de nuevo sus grandes impulsos y a ocasionarles numerosas bajas. A pesar de las grandes pérdidas —127 en el primer momento—, los legionarios de la 16.ª compañía echaron pie en la ciudad y establecieron los primeros escalones para su conquista.

A las cuatro de la tarde, los rebeldes dominaban ya gran parte de la ciudad, pero la lucha callejera continuaba, y continuará hasta el anochecer. En la catedral se refugiaron cincuenta milicianos y pelearon hasta quedarse sin municiones; luego fueron capturados y ejecutados ante el altar mayor —pese a que se ha dicho que se suicidaron, la verdad es que fueron ejecutados a los pies del altar mayor por los legionarios.

El teniente coronel Yagüe pudo liberar a 380 prisioneros políticos de derechas, que se encontraban en la cárcel sanos y salvos.

Los fascistas han tenido siempre la fea y cobarde costumbre de negar la existencia de sus crímenes. Con la caída de Badajoz se cometió una matanza feroz que, a pesar de haber sido reconocida por su promotor el teniente coronel Yagüe, ha sido siempre considerada como inexistente y como mera propaganda republicana.

Sin embargo, hubo dos matanzas en Badajoz de gente humilde y nada ha podido justificar este horrendo crimen. Las matanzas de Badajoz parecen ser las más caprichosas y sanguinarias que se hayan perpetrado en la guerra.

El 14 de agosto de 1936, los hombres del teniente coronel Yagüe se apoderaron por la fuerza de Badajoz y, horas más tarde, el último foco de resistencia de la catedral cayó en poder de los legionarios.

Inmediatamente después sucedió la primera matanza. Los moros, sueltos como perros ra-

biosos y armados hasta los dientes, cayeron sobre la ciudad martirizada y asesinaron alevosamente a todo aquel que se aventuraba a salir a la calle. Cayó mucha gente inocente, mujeres indefensas, hombres que no habían *combatido*, niños y ancianos. Hubo quien murió acuchillado simplemente por llevar un reloj o una cadena de oro que despertaba la codicia de los mercenarios moros al servicio del fascismo español. En Badajoz se vieron cadáveres con cuchillos clavados hasta la empuñadura. Las cifras que puedan avanzarse pecan desde su origen, ya que nunca se han hecho estadísticas de los muertos de Badajoz. No obstante, se ha hablado de un millar de muertos en la primera jornada. Y este crimen lo hicieron los moros y los legionarios.

Algunos oficiales alemanes, al servicio del general Franco, se dieron el gusto de fotografiar cadáveres castrados por los moros, y fue tal la sacudida de espanto que produjeron los cadáveres castrados, que el general Franco se vio en la obligación de mandar a Yagüe que cesaran las castraciones y los ritos sexuales con el enemigo muerto. Sin embargo, en Toledo, mes y medio después, también encontraremos ca-

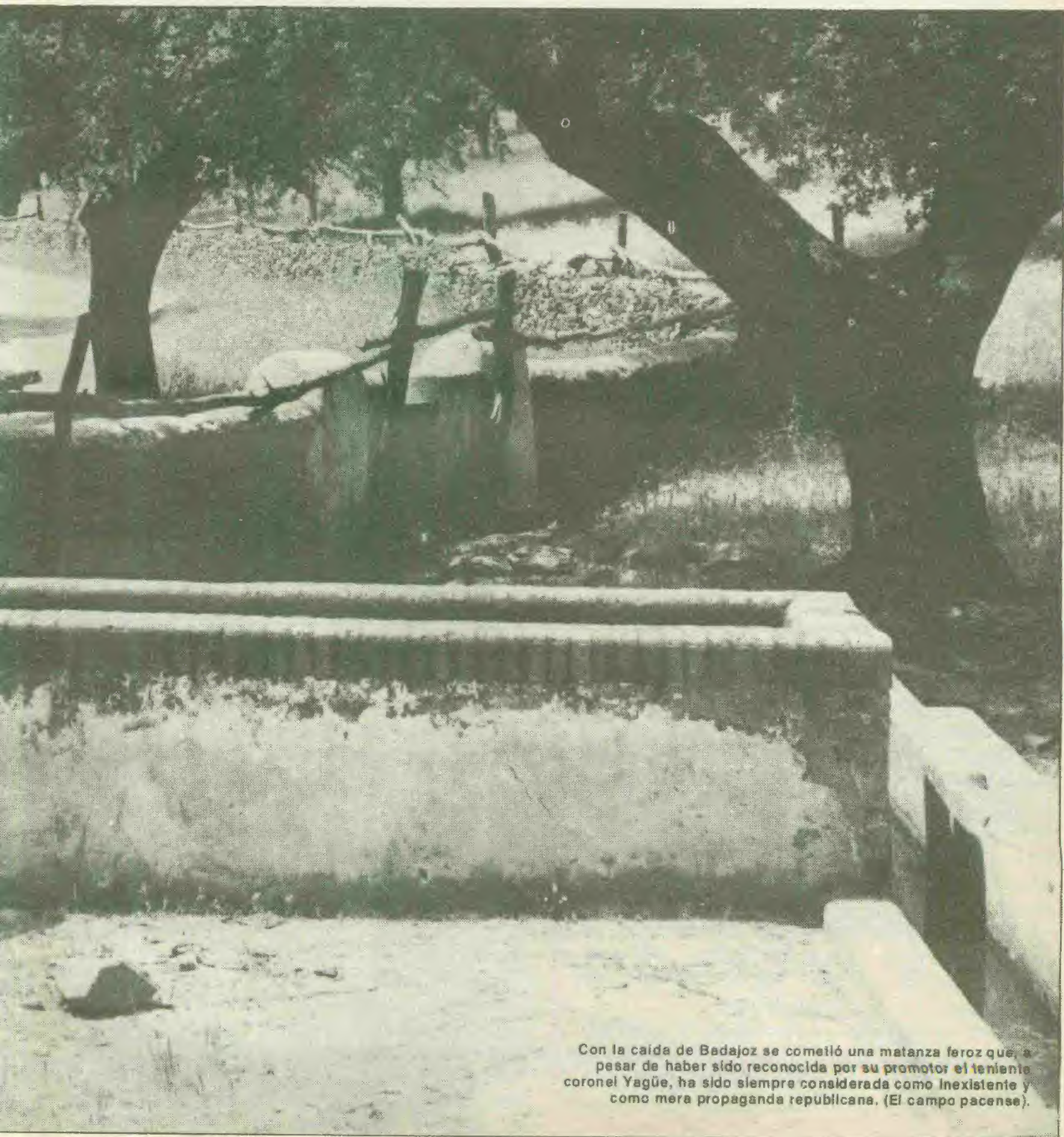


dáveres castrados, y en diciembre, en los combates alrededor de Madrid, también habrá cadáveres de internacionales castrados por los moros o los legionarios.

La segunda matanza sucedió cuando Yagüe hizo acopio de prisioneros —la mayoría civiles— que había recogido por toda la provincia castigada o que le había entregado el caballero cristiano Antonio de Oliveira Salazar, sabiendo éste perfectamente que los entregaba a un verdugo.

Hubo también un grupo de oficiales rebeldes que entraron en Portugal —en la ciudad de Elvas y sus inmediaciones— a buscar refugiados para llevárselos a las trágicas arenas de la Plaza de Toros de Badajoz, donde pensaban dar un festival de sangre como no se había visto nunca en el mundo. Entre los refugiados capturados había también numerosos civiles que no habían participado en los combates por edad o temperamento y heridos que serían fusilados en la ignominiosa ceremonia de la Plaza de Toros.

Las tropas victoriosas amontonaron a los prisioneros y, sin establecer responsabilidades o buscar a los culpables, los ejecutaron. Saca-



Con la caída de Badajoz se cometió una matanza feroz que, a pesar de haber sido reconocida por su promotor el teniente coronel Yagüe, ha sido siempre considerada como inexistente y como mera propaganda republicana. (El campo pacense).

ban a las víctimas por la puerta de caballos y los dejaban en el ruedo sin defensas. Las ametralladoras habían sido fijadas en las contrabarreras del toril. Para este espectáculo hubo entradas e invitaciones, a él acudieron señoritos de Andalucía y de Extremadura, terratenientes sedientos de venganza y falangistas de reciente camisa; también acudieron mujeres. Allí fueron sacrificados milicianos, soldados, hombres de izquierda, campesinos sin partido, jornaleros, pastores y sospechosos. Las arenas quedaron rojas y húmedas de sangre.

De nuevo podrían citarse varias cifras, aunque siempre pecarían por los mismos motivos que ya hemos citado más arriba. El periodista norteamericano Jay Allen, que entró en Badajoz poco después, dijo que hubo 1.800 ejecuciones en las primeras doce horas y oyó decir a oficiales rebeldes que había habido 4.000 ejecuciones en total.

Hugh Thomas, que estudió el caso más de veinte años después, cree que la cifra de víctimas está más cerca de 200 que de 2.000. Thomas es el único que avanza una cifra tan pequeña, que ni siquiera Yagüe se ha atrevido a reducir.

César M. Lorenzo dice que hubo, aproximadamente, mil quinientas ejecuciones. Manuel Tuñón de Lara avanza la cifra de mil doscientos, antes del 15 de agosto. Ricardo Sanz menciona a más de «tres mil antifascistas ejecutados». El filósofo cristiano Jacques Maritain protestó contra el crimen de «cientos de hombres», y James Cleugh, que simpatizaba con los rebeldes, dijo que hubo dos mil ejecuciones.

De todos modos, importan menos las cifras que lo que simbolizan. Doscientos o cuatro mil, ¿qué importa? —ha pasado tanto tiempo—; lo que realmente cuenta es el hecho de matar colectivamente a gente indefensa. Este hecho no pierde su trágico contenido porque la cifra sea más o menos reducida.

Por primera vez en la historia de España, un ejército mandado por oficiales y jefes españoles entraba en una ciudad española y cometía una carnicería monstruosa, castrando cadáveres, apuñalando heridos y mujeres, ametrallando a gente indefensa en las arenas de la Plaza de Toros. Y todo eso delante de varios periodistas extranjeros, que entraron en la ciudad poco después que los moros y los legionarios y que divulgaron amplias noticias de esta hecatombe sin precedentes.

Esta vez los rebeldes se dieron cuenta del poder que ejercía la prensa en la opinión pública, y fue entonces cuando decidieron atajar el mal que ellos mismos habían engendrado con su barbarie.



El periodista John T. Whitaker se presentó ante Yagüe y le preguntó si era verdad que habían sido asesinados varios miles de personas. Y el teniente coronel Yagüe respondió sonriendo: «Naturalmente que los hemos matado. ¿Qué suponía usted? ¿Iba a llevar 4.000 prisioneros rojos con mi *columna, teniendo* que avanzar contra reloj? ¿O iba a dejarlos en mi retaguardia para que Badajoz fuera rojo otra vez?». (En la foto, el entonces teniente coronel Yagüe, posteriormente ascendido a general, que llegaría a ser nombrado ministro del Aire por Franco).

En Badajoz entraron, por lo menos, cinco periodistas: Jacques Berthet, de **Le Temps;** Mario Neves, del **Diario de Lisboa;** otro francés llamado Marcel Dany, de la Agencia Havas; el norteamericano John T. Whitaker, del **New York Herald Tribune;** el fotógrafo y camerógrafo francés René Bru y, poco más tarde, Jay Allen, del **Chicago Tribune** *y del* **News Chronicle.** También logró entrar un corresponsal de la United Press, que no ha sido todavía identificado. Todos ellos hablaron de las matanzas de Badajoz.

El domingo 16 de agosto, **Le Populaire** y **Le Temps**, en primera plana, y **Le Figaro** y **Paris-Soir**, en la página tres, anunciaron los sucesos de Badajoz.

«LOS FASCISTAS ASESINAN A LA POBLACION DE BADAJOZ» era el título de **Le Populaire**, que poseía la información del en-

viado de la Agencia Havas, y en su comunicado se pueden leer cosas como éstas: *«La sangre corre por las aceras»*, *«Los legionarios y los moros continúan ejecutando en masa»*, *«Barrios enteros están en llamas y el número de víctimas, mujeres, niños y ancianos es innumerable. En los pueblos de los alrededores las tropas han pasado por las armas a todos los que eran fieles al Gobierno»*, *«Están teniendo lugar ejecuciones en masa»*, *«Los cadáveres cubren el suelo»*, *«En la plaza del Ayuntamiento yacen los partidarios del Gobierno que fueron ejecutados contra el muro de la catedral»*, *«La sangre corre por las aceras. Por todas partes se encuentran charcos coagulados»*.

Jacques Berthet escribía para **Le Temps** del 16 de agosto: *«Se mata por las calles»*, *«ejecuciones en masa»*, *«imágenes de un horror sombrío»*, *«numerosas ejecuciones han tenido lugar en el campo de don Juan»*.

En **Le Figaro** apareció la crónica detallada del enviado de la Agencia Havas: «Los medios militares (rebeldes) estiman que varios centenares de gubernamentales han sido fusilados. Alrededor de mil han sido hechos prisioneros. Las autoridades insurgentes examinan actualmente sus casos».

Le Populaire del lunes 17 de agosto titulaba en primera plana: *«Mil milicianos han sido fusilados en Badajoz por los fascistas»*. Ese mismo lunes 17, **Le Temps** publicaba una crónica de Jacques Berthet, en la que éste daba detalles de la lucha y de la represión en Badajoz: *«En estos momentos* —escribía el 15 de agosto a las 22,30— *alrededor de mil doscientas personas han sido fusiladas (...) Hemos visto las aceras de la Comandancia Militar empapadas de sangre (...) Los arrestos y las ejecuciones en masa continúan en la Plaza de Toros. Las calles de la ciudad están acribilladas de balas, cubiertas de vidrios, de tejas y de cadáveres abandonados. Sólo en la calle de San Juan hay trescientos cuerpos (...)»*.

El teniente coronel Yagüe, comandante en jefe de las tropas que operaban en el sector de Badajoz, declaraba satisfecho al representante de **Le Temps:**

«Es una espléndida victoria. Antes de avanzar de nuevo, y ayudados por los falangistas, vamos a acabar de limpiar Extremadura».

El día 17 escribía Henri Danjou para **Paris-Soir:**

«Las fuerzas del Tercio hacían blanco sobre los cadáveres. Había varios centenares, a los cuales se empezaba ya a dar sepultura».

Le Populaire publicaba, el martes 18, la siguiente noticia:

«El número de personas ejecutadas sobrepasa ya los mil quinientos».

La noticia procedía de la ciudad de Elvas, y decía así:

«Elvas, 17 de agosto. Durante toda la tarde de ayer y toda la mañana de hoy continúan las ejecuciones en masa en Badajoz. Se estima que el número de personas ejecutadas sobrepasa ya los mil quinientos. Entre las víctimas excepcionales figuran varios oficiales que defendieron la ciudad contra la entrada de los rebeldes: el coronel Cantero, el comandante Alonso, el capitán Almendro, el teniente Vega y un cierto número de suboficiales y soldados. Al mismo tiempo, y por decenas, han sido fusilados los civiles cerca de las arenas».

Ese mismo día 17, Jacques Berthet escribía para **Le Temps** del martes día 18:

«Los arrestos y las ejecuciones en masa continúan (...) Está prohibida la circulación después de las 21 horas».

Berthet también contaba que las mujeres hacían cola para indagar por el destino de sus padres, maridos y hermanos, y que los servicios municipales lavaban las numerosas manchas de sangre del asfalto.

Y el martes 18 de agosto publicaba François Mauriac, de la Academia francesa, en la primera plana de **Le Figaro**, su famoso artículo sobre Badajoz.

No quedaba ya la menor duda de que en Badajoz había ocurrido una matanza despiadada en dos turnos.

El caso de Mario Neves y del **Diario de Lisboa** merece renglón aparte.

Mario Neves, como su diario y su Gobierno, era favorable al alzamiento y el periódico estaba sometido a la censura del Gobierno portugués, que participaba activamente en la guerra civil española. El sábado 15 de agosto, Mario Neves escribía: *«Escenas de horror y desolación en la ciudad conquistada por los rebeldes»*, *«Acabo de presenciar un espectáculo de desolación y de espanto que no se apagará de mis ojos»*, *«Junto a las paredes de la Comandancia Militar, la calle está salpicada de sangre»*, *«En las arenas se ven algunos cadáveres»*, *«En la nave central (de la catedral) dos cadáveres aguardan todavía la sepultura»*, *«Le preguntamos (a Yagüe) si había muchos prisioneros. Nos responde que sí (...).*

—Y fusilamientos... decimos nosotros. Parece ser que ha habido dos mil...

El comandante (sic) *Yagüe (...), sorprendido con la pregunta, declara:*

—No deben ser tantos (...).

Estas notas redactadas nerviosamente (...) no conseguirán dar una pálida idea del espectáculo de desolación y de horror que han visto mis ojos (...).

Un gran silencio envuelve a toda la ciudad, que acaba de despertarse de una pesadilla tremenda».

El domingo 16 de agosto, Mario Neves publicaba otro artículo en el **Diario de Lisboa:**

«La justicia militar prosigue con inflexible rigor». «Desde ayer centenares de personas han perdido la vida en la capital extremeña. Y no ha habido tiempo para darles sepultura», «En este país se nota ahora una atmósfera de desconfianza», «Se afirmaba en Elvas, ayer, que la Plaza de Toros ha sido transformada ahora en prisión, y que están teniendo lugar numerosos fusilamientos», «Después de algunas dificultades, conseguimos entrar en la arena. Algunas decenas de presos aguardan que les den destino. Pero la plaza no tiene aspecto diferente del que observamos ayer, lo que nos hace suponer que el rumor no tiene fundamento», «En el patio próximo a las caballerías (del cuartel de la Bomba) se ven muchos cadáveres causados por la inflexible justicia militar», «Pasamos luego por el foso de la ciudad que está con montones de cadáveres: son los fusilados de esta mañana», «En las calles principales ya no se ven hoy, como se vieron ayer, a primeras horas de la mañana, cadáveres insepultos. Nos afirman varias personas que nos acompañan que los legionarios del Tercio y los marroquíes «regulares» encargados de ejecutar las decisiones militares deseaban conservar durante algunas horas los cadáveres en exposición, en tal o cual punto, para que el ejemplo produzca sus efectos».

Y Mario Neves, pese a ser un gran periodista, era favorable a los rebeldes, como favorable a los rebeldes era todo el Portugal oficial. Sin embargo, con lo que él nos dice ya podemos figurarnos que hubo una gran matanza —la del 14-15 de agosto—, aunque Neves no concede crédito a la matanza de la Plaza de Toros, pero nos dice que había decenas de prisioneros agrupados en espera de destino. Su destino será la ejecución en las arenas de la Plaza de Toros poco después, cuando Mario Neves no esté ya en Badajoz.

El fotógrafo francés René Bru fue detenido por haber filmado los cadáveres que yacían por las calles y los prisioneros que ingresaban en masa en la Plaza de Toros, y pasó varias semanas en la prisión de Sevilla. Luego, René Bru fue liberado y expulsado de la zona rebelde, pero sus películas y sus fotos se quedaron en poder de los rebeldes. ¿Dónde están ahora esos documentos, tan útiles para enseñar al mundo lo que fue la barbarie franquista?

John T. Whitaker y el corresponsal de la United Press comunicaron que las ejecuciones eran numerosísimas.

Por último, el 30 de agosto apareció en el **Chicago Tribune** el famoso artículo de Jay Allen, que relataba en un estilo crudo y apasionado lo que ya no era un secreto para nadie: las matanzas de Badajoz. Allen entró en la ciudad poco después de su caída, pero conocía bien Badajoz y hablaba castellano correctamente.

Los alzados, sorprendidos por el eco de los artículos, se apresuraron a buscar a los responsables. Mario Neves tuvo que retractarse y negó la existencia de las matanzas que, pocos días antes, le habían llenado de «desolación y horror». La Agencia Havas afirmó que un corresponsal suyo, cuyo nombre guardaba en el anonimato para protegerle —era Marcel Dany— había visitado Badajoz, inmediatamente después de su caída.

La United Press tuvo que hacer frente a un engorroso problema. El comunicado se había publicado con la firma de Reynolds Packard, y Packard fue molestado por las autoridades rebeldes. Packard negó haber enviado ningún escrito o comunicado sobre las matanzas de Badajoz, y negó también haber entrado en Badajoz cuando la ciudad fue tomada por Yagüe o cuando sucedieron las ejecuciones. La United Press negó oficialmente que Reynolds Packard hubiese escrito el comunicado, pero no desmintió nunca su contenido.

El comandante McNeill-Moss armó mucho ruido, en su día, buscando agencias y comunicados que testimoniaran de las matanzas de Badajoz. A él se encomiendan, entre otros, Brasillach y Bardèche para negar la autenticidad de los hechos.

Para el estudio del personaje McNeill-Moss habrá que remitirse al historiador norteamericano Herbert Rutledge Southworth, que nos ha evitado la molestia de estudiarlo, haciéndolo él de un modo insuperable.

McNeill-Moss había leído las tres crónicas principales de las matanzas: las de los periodistas franceses Jacques Berthet y Marcel Dany y la de Mario Neves. Como la del portugués, por sus gustos y la censura de su país, no coincide con la de los franceses —aunque coinciden en muchos puntos—, el comandante McNeill-Moss asegura que los franceses mentían.

En lo que se refiere al artículo que llevaba la firma de Reynolds Packard, y que fue divulgado por United Press, ya hemos dicho que la agencia y Packard negaron que éste se encontrara en Badajoz, pero la United Press no dijo nunca que el artículo fuese un embuste y defendió su contenido. Habría que saber quién lo escribió, ya que su contenido está respaldado por la prestigiosa agencia de noticias, y es difícil creer que la agencia divulgara noticias de tal importancia sin saber su procedencia.

A pesar de todo esto, que sigue militando en favor de la existencia de las ejecuciones, está el

artículo de Jay Allen; lo que ha escrito John T. Whitaker; lo que ha publicado Arthur Koestler, que estudió el asunto; la investigación que hizo Hugh Thomas, veintitrés años después, y la investigación que yo he hecho cuarenta años después.

Para terminar el asunto, quisiera señalar la opinión de Zugazagoitia, que sabía todo lo que había ocurrido por las confesiones de varios refugiados y del coronel Puigdengolas, pero que no puede creer que sea la obra del teniente coronel Yagüe. Zugazagoitia dice:

«A la rendición de los republicanos siguió una represalia colectiva de la que se hizo personalmente responsable, no sé bien con qué fundamento, al general Yagüe (entonces era sólo teniente coronel) (...) Dudo mucho, conociendo la posición política de Yagüe, que le alcance responsabilidad en semejante carnicería humana. Ella pudo haber sido la obra de la exclusiva iniciativa de algunos jefes de la guardia civil que, derrotados por los republicanos y perdonadas sus vidas, se dedicaron a madurar un odio monstruoso que había de fructificar en las matanzas del coso taurino (...) Y Yagüe, de quien yo no sospecho culpa, debería ayudar al esclarecimiento de un crimen que se encarnizó con hombres que, año tras año, nos habían dado a todos el trigo para nuestro pan» (1).

Pero el teniente coronel —y más tarde general— Yagüe ha respondido personalmente ante la Historia por lo menos dos veces de la gran responsabilidad que le incumbe. La primera, ya lo hemos visto, fue cuando Mario Neves le preguntó si había habido dos mil ejecuciones y dijo que no creía que fueran tantas. La segunda fue cuando el periodista John T. Whitaker, alarmado por lo que le contaba su colega y amigo Jay Allen, se presentó ante Yagüe y le preguntó si era verdad que habían sido asesinados varios miles de personas. Y el teniente coronel Yagüe respondió sonriendo: *«Naturalmente que los hemos matado. ¿Qué suponía usted? ¿Iba a llevar 4.000 prisioneros rojos con mi columna, teniendo que avanzar contra reloj? ¿O iba a dejarlos en mi retaguardia para que Badajoz fuera rojo otra vez?»* (2).

La declaración de Yagüe es perfectamente válida. Las tropas rebeldes se movían en un territorio donde no gozaban de simpatías, y si querían moverse con seguridad, tenían que cometer genocidios periódicamente.

Pero confesar públicamente estas matanzas, siendo como él era el militar al mando de la tropa y el responsable de las operaciones, es también confesar su propia responsabilidad.

Siento estar en desacuerdo con Zugazagoitia, máxime a propósito de Juan Yagüe, que fue el militar más prestigioso y el que más hondamente sintió la tragedia española de todos los alzados: pero si no era Yagüe, entonces ¿quién era? Resulta muy difícil creer que los guardias civiles se hicieron dueños de la Plaza de Toros y asesinaron a tanta gente sin contar con la aprobación del teniente coronel Yagüe.

Es más fácil repetir con Luis Quintanilla, y con el mismo Yagüe, que las matanzas de Badajoz tienen un responsable y que ese responsable se llama Juan Yagüe. ■ **R. T.**



Mario Neves, corresponsal de «El Diario de Lisboa», escribía el 15 de agosto de 1936: «Escenas de horror y desolación en la ciudad conquistada por los rebeldes... Acabo de presenciar un espectáculo de desolación y de espanto que no se apagará de mis ojos... Junto a las paredes de la Comandancia Militar la calle está salpicada de sangre... En las arenas se ven algunos cadáveres... En la nave central (de la Catedral) dos cadáveres aguardan todavía la sepultura... Un gran silencio envuelve a toda la ciudad que acaba de despertarse de una pesadilla tremenda...». (Calles de Badajoz, en la actualidad).

---

(1) Julián Zugazagoitia, **Guerra y vicisitudes de los españoles,** *Librería española, París, 1968, dos volúmenes, tomo I, p. 124-125.*

(2) John T. Whitaker, **We cannot escape history,** *Macmillan, New York, 1943, p. 113. Citado en H. R. Southworth,* **El mito de la cruzada de Franco,** *Ruedo Ibérico, París, 1963, p. 123. También para lo esencial, John T. Whitaker,* **Prelude to world war. Foreign relations,** *octubre 1942. Citado por los comunistas,* **Guerra y Revolución en España,** *Ediciones Progreso, Moscú, tomo I, p. 290.*

Tuñón de Lara

El pulso de la Historia

María Cristóbal

CON el X Coloquio de Historia Contemporánea, celebrado en Pau los días 6, 7 y 8 del pasado mes de abril, bajo los auspicios del **Centre de Recherches Hispaniques,** *concluye una etapa especialmente fructífera de encuentros anuales entre historiadores españoles y franceses, comenzada en 1970 y animada hasta ahora por la infatigable actividad de Manuel Tuñón de Lara. Y concluye por razones fáciles de comprender: las condiciones de la Dictadura, que impedían la libre discusión de temas capitales de la Historia Contemporánea española, y obligaban a los historiadores jóvenes a atravesar los Pirineos para intercambiar libremente opiniones e informaciones, afortunadamente ya ha desaparecido, y las Universidades españolas pueden ser un terreno propicio para el debate historiográfico.*

Es, por ello, buen momento para hacer balance de los trabajos realizados en la última década. De aquí que el X Coloquio haya estado dedicado a la presentación de un conjunto de «estados de la cuestión» sobre diversos períodos y temas de nuestra historia reciente: desde el análisis de la historiografía sobre la revolución burguesa en España, presentado por Sisinio Pérez Garzón, hasta las ponencias sobre la guerra civil, desde la perspectiva política (María del Carmen García Nieto), económica (A. Viñas) o militar (M. Alpert); y desde el balance de la historia económica realizado por G. Tortella, pasando por la historia del movimiento obrero (Tuñón de Lara) hasta la historia de la Iglesia (García de Cortázar) o de las diversas nacionalidades y regiones del Estado, examinadas por Balcells, García Lombardero, Fernández Clemente... Aunque la próxima publicación de todas las ponencias presentadas en un libro que se convertirá en obra de consulta imprescindible para todo investigador nos exime de un comentario detallado de las mismas, al menos conviene resaltar la importancia del trabajo presentado por Santos Juliá sobre la historiografía de la Segunda República, en el que se puso en cuestión por primera vez de forma tajante el predominio anglosajón en el estudio de este período capital, y se presentaron las bases para la construcción de un nuevo «discurso histórico» sobre el mismo.

Pero no sólo conviene hacer balance de los últimos diez años de historiografía. También es importante examinar los resultados concretos de los diez Coloquios celebrados, analizar el espíritu que los animó hasta el momento y las nuevas perspectivas de futuro que se abren para el Centro de Investigaciones Hispánicas de la Universidad de Pau. Nadie más apropiado para esta síntesis que el mismo Tuñón de Lara, animador de estos Coloquios y de todo el desarrollo de la historiografía crítica y progresiva en nuestro país.

Tiempo de Historia.—*¿Qué han representado los Coloquios de Pau para la historiografía española de los últimos años?*

Tuñón de Lara.—En primer lugar, y si queremos, en una primera etapa de los Coloquios de Pau, fueron la expresión de libertad en el campo de la Historia cuando en España todo estaba dominado por la dictadura. En segundo lugar, y respondiendo un poco —creo yo— a las necesidades historiográficas de nuestro tiempo, significaron una tendencia a desarrollar la historia del movimiento obrero, y ese término un poco vago, pero que sabemos lo que quiere decir, que se llama **historia social.** Y en tercer lugar, supusieron una labor de acercamiento y de fraternización entre historiadores españoles y franceses, e incluso de otros países. Cuando muchos historiadores jóvenes estaban marginados, machacados incluso, y no podían hacer nada, Pau fue para ellos la posibilidad de hablar, de ver a otros amigos y compañeros, de intercambiar opiniones... Porque otro aspecto de los Coloquios de Pau fue la posibilidad de verse. En aquel momento había colegas que se veían en Pau, y no se podían ver dentro de España. Todo esto tuvo su importancia.

T. de H.—*¿Se puede hablar entonces de una escuela de Pau, como se habla a veces de un grupo o escuela de Oxford? ¿Cuáles serían sus rasgos característicos y definitorios?*

T. de L.—Yo no creo que sea muy correcto en Historia hablar de escuelas, porque para mí la escuela significa una identificación en los factores ideológicos más que en los científicos; pero si trabajamos la historia con una metodología científica rigurosa, las diferencias de escuelas no son tan grandes. Pero si «escuela» quiere decir un estado de espíritu, una manera de enfocar los temas, una proclividad hacia cierta temática de la historia del movimiento obrero, hacia diferentes aspectos de las estructuras sociales y de los choques coyunturales que se expresa con máxima fuerza en la lucha de clases, entonces hay una escuela por la tendencia a desarrollar más unos sectores que otros, y una escuela emotivamente hablando, por ese espíritu de colaboración, de confraternización, de no hacer mucho caso de las jerarquías administrativas. Pau es un estado de espíritu, aquello que no sé qué amigo definía como «espíritu de Pau».

T. de H.—*Entonces, si no hay una escuela, ¿qué puntos en común, aparte de la vinculación personal con usted y con su obra intelectual, pueden descubrirse entre los historiadores que han asistido habitualmente a los Coloquios?*

T. de L.—Habría que distinguir entre los historiadores que han constituido el núcleo central de los Coloquios, y otros muchos colegas que han venido una o dos veces, a los que estamos muy agradecidos porque han sabido romper con un pretendido cerco de los primeros tiempos, y porque nos han ayudado desinteresadamente. En el núcleo central, yo creo que hay una tendencia al estudio del movimiento obrero de manera objetiva: quiero decir, al estudio orgánico del movimiento obrero, de sus luchas, de su implantación. Creo también, aunque yo personalmente no lo cultive, que la historia de las nacionalidades, e incluso la historia regional, ha sido bastante cultivada y desarrollada. Hay ejemplos concretos de comunicaciones de Pau que luego fueron algo más importante para la historia de las nacionalidades. Podríamos hablar también de una tendencia a estudiar el protagonismo colectivo, y también dentro de la Historia Contemporánea a estudiar sobre todo el período desde la Restauración de 1875 a 1936. Sin embargo, a pesar de que yo me he dedicado a este tema, confieso que no he conseguido todavía arrastrar hacia un trabajo importante en el tema de las élites, del personal político, de las relaciones poder económico-poder político..., que a mí me interesan mucho personalmente, pero que a nivel de los Coloquios no se han estudiado demasiado.

T. de H.—*¿Cuál es su opinión sobre la historiografía española actual, en concreto sobre la historiografía de la Edad Contemporánea?*

T. de L.—Creo que la historiografía española, y fundamentalmente la contemporánea, se ha desarrollado extraordinariamente en los últimos quince años. Pero ha sido en los últimos años del franquismo, podría decirse paradójicamente (aunque no creo que haya paradoja, sino que se puede encontrar una explicación racional), cuando se desarrollaron extraordinariamente unos equipos de historiadores, que se dedicaron a investigar en serio —no a repetir lo conocido— los aspectos que hasta entonces habían sido evitados, escamoteados por las clases dominantes, y naturalmente por los aparatos ideológicos del Estado. Evidentemente, hay mucho por hacer todavía. Decía Santos Juliá en este Coloquio que prácticamente la historia de la Segunda República estaba por hacer. Aunque la afirmación pueda pecar de exagerada, la cuestión de principio sigue siendo cierta; y esto ocurre también con problemas del siglo XIX, por ejemplo los orígenes del movimiento obrero y sus problemas; de pronto nos damos cuenta de que verdaderos sectores, lienzos de pared inmensos no han sido tocados y que hay que volver a ellos. Es



«El dicho español "lo cortés no quita lo valiente" es verdad, sobre todo para referirse a este grupo de historiadores "neopositivistas", con los que hay que discutir a nivel científico, no a nivel ideológico, porque tienen una ganga ideológica, y es la de querer dar, como dicen en francés, un combat de rétardement, **es decir, el combate que da un ejército cuando se repliega». (En la fotografía, refugiados españoles de la guerra civil llegan a la ciudad francesa de Lucron).**

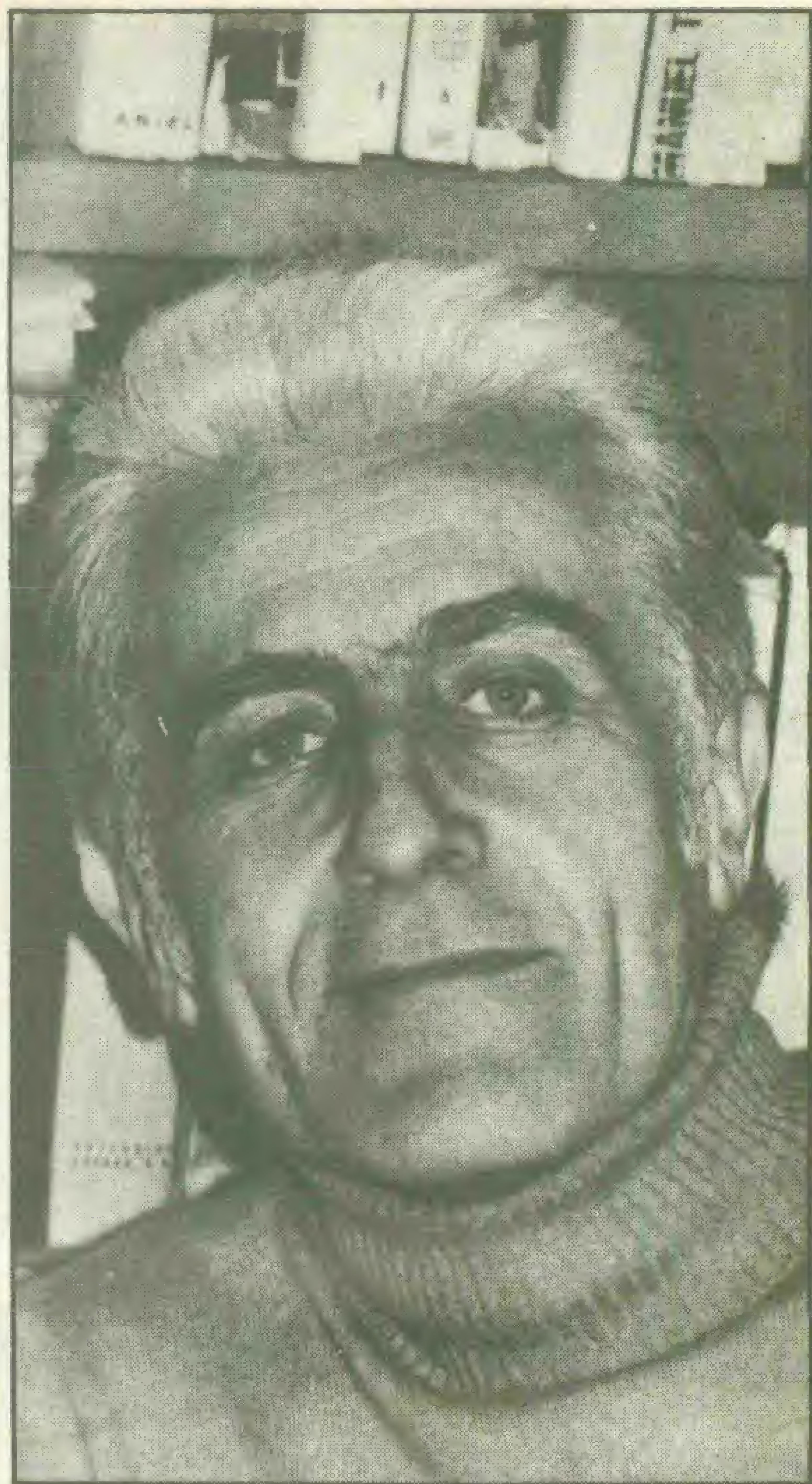
decir, podemos afirmar sin equivocarnos demasiado que se ha avanzado en los grandes lineamientos históricos de los siglos XIX y XX; creo que ya están planteados en su esquema general, y que cualquier historiador sabe desenvolverse en ellos, aunque haya todavía grandes debates: por ejemplo, el célebre debate de la revolución burguesa, que Vilar ha reactualizado en este Coloquio. Pero queda mucho por hacer en el estudio de muchas cuestiones, como la Segunda República. En este tema, se está trabajando mucho y bien, y hay debates interesantes sobre el período de la unidad de los partidos obreros, del Frente Popular, y también sobre octubre de 1934. Pero pienso que hay que estudiar mucho más todavía las cuestiones de las organizaciones patronales, y en general de las clases dominantes, su comportamiento hacia la democracia, y muy específicamente el papel de la gran burguesía. Yo sostengo la hipótesis de que en el origen inmediato de nuestra guerra está la actitud de la gran burguesía agraria y de los grandes terratenientes, que son los que no pueden tolerar en absoluto una transformación democrática y revolucionaria de las relaciones de producción en el campo, por muy democrática y muy legal que fuese. Y como sostengo esto, pienso que el estudio de la patronal agraria, de la gran burguesía agraria y de sus vinculaciones con otros sectores sociales, con otras fracciones de clase y con otras categorías sociales, debe investigarse más a fondo. Todo esto hay que estudiarlo mucho más antes de conocer bien el período de la Segunda República.

También quiero decir algo de mis temores: todavía no se hace historia total o global, a pesar de que se hable mucho de ella, y de que Vilar insista, y con razón, en esto. Hay algunos colegas que la hacen, como Balcells. Pero el economista todavía está aferrado a hacer una historia de la economía: yo decía a un amigo, en broma, naturalmente, que hay quien hace la historia de la economía como López Rodó, olvidándose de los obreros, y esto es terrible. Y también existe el otro peligro de no ver más que los estratos ideológicos. Pero para mí lo más grave no es ni lo uno ni lo otro, que ya está suficientemente denunciado en el campo de la

ciencia; lo grave es no tomar el toro por los cuernos para ver que todas las instancias económicas, sociológicas, políticas, institucionales, culturales e ideológicas, pertenecen a un mismo sistema, inciden las unas sobre las otras. Y aunque nuestra investigación específica se dirija a un sector muy concreto, el planteamiento de una hipótesis y la búsqueda de la solución tienen que hacerse contando con la **totalidad** del sistema, al que se puede llamar conjunto estructural. Esa totalidad hay que estudiarla para sacar las últimas consecuencias del pequeño sector en el que estás haciendo la investigación. Yo me temo que sea en esto en lo que estamos más atrasados.

T. de H.—*Aparte del grupo de Pau, ¿qué otros grupos o corrientes fundamentales existen?*

T. de L.—Aparte de lo que usted llama el «grupo de Pau», aún subsisten los que podríamos definir como historiadores triunfalistas, hagiográficos, etc. Creo que éstos se pasaron ya de moda, aunque alguno saque todavía una **España del siglo XIX**, incluso usurpando comercialmente el título de mi libro. Pero no tienen importancia; me parece que científica y humanamente están desacreditados. Considero más importante otro grupo de historiadores que pertenecen igualmente a las clases dominantes, y que no sólo son intelectuales orgánicos de ellas, sino que incluso algunos tienen una nostalgia de elementos de la guerra y del franquismo... Quiero puntualizar que todo esto puede coincidir con que sean excelentes personas, unos caballeros, y que podamos tomar una copa juntos. El dicho español «lo cortés no quita lo valiente» es verdad sobre todo para referirse a este grupo de historiadores, que en su mayoría creo que son irreprochables en lo personal, pero con los que hay que discutir a nivel científico, no a nivel ideológico, porque tienen una ganga ideológica, y es la de querer dar, como dicen en francés, un **combat de rétardement**, es decir el combate que da un ejército cuando se repliega. Y con respecto a la República, al movimiento obrero, a nuestra guerra, etc., estos historiadores tratan de demostrar, consciente o inconscientemente (yo creo que inconscientemente, porque, como dice Malerbe, no se tiene conciencia de la ideología, sino que se vive dentro de ella) que no fue tan grave el asunto, que aquello no fue tan fascista, que la agresión no fue tanta, que no hicieron tantos crímenes —¡crímenes sí, pero menos!—, que los rasgos fascistas estaban mitigados, etc. Esta tendencia, con la que habrá que discutir mucho, a diferencia de la antigua hagiografía triunfalista llama en su ayuda al neopositivismo: es decir, vienen con sus datos,



«Lo grave es no tomar el toro por los cuernos para ver que todas las instancias económicas, sociológicas, políticas, institucionales, culturales e ideológicas pertenecen a un mismo sistema, inciden las unas sobre las otras». (En la foto, Manuel Tuñón de Lara).

con sus documentos, por lo general aislados del entorno; y mientras no se haga un estudio de historia total, el dato neopositivista puede tener todavía vigencia. Y me temo que algunos de estos historiadores se llegan a creer de muy buena fe el papelito que sacan, el estadillo, y cuando se convencen de que no es verdad, también lo rectifican; pero están anclados en esa ideología.

De todas formas, todavía quedan restos de la vieja historiografía, aunque creo que son muy excepcionales. Aunque no quiero dar nombres, ya he hablado de un libro reciente sobre el movimiento obrero en Vizcaya, que es una desnaturalización desde el principio hasta el final, con un **Prólogo** que si el asunto no tuviera cierta gravedad, sería para salir en **La Codorniz.** El prologuista dice, entre otras cosas, que no había lucha de clases en Vizcaya, pero que llegaron los marxistas y la inocula-

ron, como si inocularan un virus, en los mineros y metalúrgicos de Bilbao. Existen todavía estas cosas, pero creo que son estrictamente minoritarias.

T. de H.—*Se acaban los Coloquios con el que ahora hemos celebrado? ¿Qué papel va a representar el nuevo Centro de Investigación del que habla Joseph Pérez en la inauguración de este Coloquio?*

T. de L.— Los Coloquios de Pau, que han representado un papel —un papel modesto— en la historiografía española, ya no podían seguir representándolo de esa manera. Y esto ha coincidido con que nuestra actividad ha sido al fin reconocida por el Ministerio francés, y por el Centro Nacional de Investigaciones Científicas francés. Naturalmente, ellos han comprobado que estos Coloquios eran importantes a nivel científico y de relaciones franco-españolas. Y ahora hay que hacer otra cosa, ¡qué le vamos a hacer! Por un lado, la Casa de los Países Ibéricos y su antena de Pau va a ser un centro inmenso; corresponde a un vasto plan de una serie de años de investigación, de contactos franco-españoles, de publicaciones, etc. Algo muy vasto y muy ambicioso. En vez de los Coloquios clásicos, se va a producir la dispersión, o si la palabra no vale, la sistematización de una serie de encuentros y actividades. Por ejemplo, el año próximo pensamos realizar un Congreso sobre los territorios o países que pertenecieron a la Corona de Aragón, como Cataluña, Valencia, Baleares, Aragón e incluso el Mediodía Francés, desde la Edad Media hasta nuestros días. Antes pensamos hacer un Seminario de Metodología de la Historia de los medios de comunicación escritos, en noviembre de este año, con trabajos muy especializados para ayudar a todos los que están haciendo tesis o investigaciones a partir de la prensa...

Luego, el Centro de Documentación va a ser algo muy vasto, que no se limitará a una simple Biblioteca: no valdría la pena, porque ya tenemos aquí una biblioteca muy importante, la cuarta en materias españolas de Francia. Será mucho más que eso: se trata de tener documentación filmográfica, fotostática, etc., sobre todas las cuestiones fundamentales que necesitan los jóvenes historiadores que preparan tesinas y tesis, a los que podremos facilitar la información básica para su esquema de trabajo o sus líneas de investigación. Por ejemplo, pensamos preparar con mucha rapidez doscientos estados de la cuestión completos sobre otros tantos temas; vamos a preparar también un repertorio cartográfico, y pensamos tener en microfilm y en fotocopia un repertorio muy vasto de fuentes que hasta ahora había que ir buscando por distintas partes de España. En esto, como en todo, pensamos —aunque la frase sea algo manida— que hemos abolido completamente los Pirineos, que no tienen para nosotros más problema que pasarlos en invierno. Un estudiante podrá estar a caballo entre los dos países, y en esta cooperación, el Centro de Documentación de Pau puede desempeñar un papel muy importante, porque los franceses, si van a España, vienen por Pau; y para muchos estudiantes e historiadores españoles, venir a Pau es relativamente fácil por su cercanía.

T. de H.—*Una última pregunta: ¿Volverá a enseñar en España? ¿Qué obstáculos hay para esta vuelta?*

T. de L.—Me parece muy difícil. Los obstáculos —si se pueden llamar obstáculos— se conocen más o menos: mi nombramiento, y el de algún otro colega, como Catedrático Extraordinario del Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias Políticas de Madrid ha sido torpedeado, a pesar del esfuerzo hecho por un grupo de buenos amigos, y a pesar de que la propuesta fue presentada por unanimidad por el Departamento de Historia. Esto ya es una cosa antigua y no vale la pena insistir sobre ello. Seguir hablando de esto, cuando después el Ministerio francés me ha ascendido a la máxima categoría que puedo obtener en Francia, y me ha dado esta dirección, ampliándola además a la dirección del Centro de Documentación de Historia Contemporánea, y también a la participación dentro del equipo general de investigación sobre Historia de España, sería por mi parte un gesto de descortesía y de falta de agradecimiento hacia los franceses. Aunque cuando uno está exiliado tantos años, reniega mucho del país, y se acuerda del suyo, yo debo decir que en el aspecto universitario se han portado muy bien conmigo, y no sería normal ni decoroso que yo ahora les dijese adiós para los pocos años que me quedan antes de jubilarme. De hecho, se ha perdido la ocasión en Madrid, y se ha perdido por este torpedeamiento, del que conocemos nombres y apellidos; pero ya no merece la pena hablar más de eso.

T. de H.—*¿No cree que este torpedeamiento se debe a que le consideran el historiador oficial del Partido Comunista de España?*

T. de L.—No, en absoluto. Todo el mundo sabe que no lo soy. Pienso que no hay ninguna razón política directa, porque, además, la otra víctima del torpedeamiento ha sido nada menos que mi viejo amigo y profesor Manolo García Pelayo. ■ **M. C.**

Prisión de Torrijos

Manuel Izquierdo

ESTABA en el patio la casi totalidad del efectivo permanente de la prisión. Alrededor de dos mil hombres, de los cuales había que restar en aquel momento —media mañana— los destinos, los enfermos y quienes iban o venían a los locutorios para las comunicaciones. Aparte de algún gran impedido, los demás, generalmente a dos, en grupos de tres o cuatro, medían de arriba abajo la longitud del espacio en paseos más bien rápidos y sin fin. No había otra forma de defenderse contra el riguroso frío de aquel duro invierno de 1940-1941.



Entrada del edificio conocido entonces como Prisión de Torrijos. Dedicado hoy a la «Fundación de Doña Fausta Elorz» y sito en la actual calle del Conde de Peñalver.

LA salida al patio estaba inexorablemente dispuesta por el primer jefe de servicios. Los otros dos, el director mismo, eran simplemente funcionarios que se limitaban a cumplir el reglamento en forma cómoda, sin historias para los detenidos y para ellos mismos. Enfundados en sus ropas usadas y más que raídas, los paseantes no ostentaban signos de abatimiento por su condición. Hablaban, hablaban sin fin entre ellos. A veces se adivinaban discusiones acaloradas.

Rotas las filas al salir al exterior desde las salas, por el lado de la izquierda se habían precipitado bastantes detenidos hacia los w.c. Delante de cada uno de ellos se formaba la cola de espera correspondiente. Una de estas, sin embargo, era más que doble respecto a las otras. Lo que hacía que cualquier nuevo llegado no la elegía para

guardar turno. Era difícil observar que esta larga hilera no disminuía, el w.c. permanecía siempre cerrado, pero ninguno de quienes estaban «apretados» protestaba por el largo servicio del encerrado. Milagrosamente, al salir éste se deshizo la cola en unos cuantos segundos; sólo uno de quienes esperaba entró a sus necesidades. Fidel fuera, la misión de los demás había terminado. Que no era otra que la de proteger la tranquilidad de aquél mientras leía el diario. El diario legal se sobrentiende. «Arriba», «Ya» o «ABC», entrado en la cárcel clandestinamente. Y que al salir Fidel del retrete había corrido hacia las alcantarillas. Lo esencial, el contenido del periódico, lo había grabado en su mente. Ahora, de grupo en grupo, Fidel daba cuenta de las noticias, de los artículos, de las historietas y caricaturas si tenían interés. Luego, los grupos se dividían y subdividían, se reformaban. Al tocar rancho la población penal en su conjunto estaba ya informada, había discutido la situación general.

DE TORRIJOS A CONDE DE PEÑALVER

Todo esto pasaba a pesar de don Antonio, como le llamaba el grupo reducidísimo de falangistas. Entre éstos se contaban un mutilado «vencedor» —pues también, naturalmente, había mutilados vencidos—, un ex joven libertario, descubridor de las delicias del imperio azul en el campo de Albatera, más un gallego semianalfabeto y legionario. Y es que don Antonio, quien cambiaba los ostentosos uniformes y gorros mussolinianos con gran frecuencia, desechando el atuendo de funcionario de prisiones, estaba siempre en guardia. Especialmente contra quienes creía, suponía o sabía comunistas. Rumores se arrastraban por la cárcel de que en los meses aciagos de 1939 se descubrió en el interior un «complot», que una noche se llevaron a algunos de quienes no se volvió a saber nada.

Si la prisión de Torrijos tenía permanentemente alrededor de dos mil detenidos, el número de los pasados ya por ella en aquel invierno de 1940-41 podía triplicarse o cuadruplicarse. Las expediciones para otras cárceles, para los destacamentos, para los penales, se sucedían. A estos últimos iban los condenados a doce años y un día hasta veinte, de veinte años y un día a treinta, los conmutados de pena de muerte... Durante la formación para el recuento de la tarde eran llamados quienes pasaban a capilla.

Torrijos fue en seguida «popular» como prisión, tal como lo era la calle madrileña así designada. Pasados los ajetreos franquistas de habilitar cárceles en los primeros meses de la «victoria», pensaron los ediles y quienes no lo eran en los cambios de nombres. Para sustituir al de don José María, el general fusilado por Fernando VII en 1831, encontraron el del Conde de Peñalver, en busca de destino éste al arrojarle de la Gran Vía. ¡Ay del preso que escribiera en un sobre o recibiera una carta con el antiguo denominado!

A la plantilla del director, de los tres jefes de servicio, funcionarios y guardianes había que añadir el del capellán. El que tocó a Torrijos se revelaba por su paternalismo. Muy seguro de sí mismo, estaba convencido de que sus sermones durante la misa dominguera, sobre Copérnico y sobre la calidad de la leche cristiana con que se amamantó a los presos, tenían un papel decisivo para la salvación de aquellas dos mil almas atormentadas. Lo que verdaderamente apreciaban los reclusos era que en los discursos sacerdotales se desmentía enérgicamente todo lo que en efecto pasaba en España y en el mundo. Actitud que les suministraba un complemento de información.

Hasta su reorganización en la primavera de 1941, la prisión de Torrijos tuvo un contingente de detenidos políticos en su aplastante mayoría. Es, pues, un poco aventurado designar o extraer algunos nombres de quienes por allí pasaron. Se



El capellán de la cárcel de Porlier explicando los Sagrados Evangelios a los presos, durante la década de los cuarenta.

puede intentar si se cuenta con la benevolencia de los silenciados —la casi generalidad— y al destacar que ese silencio o relieve no implica olvido, postergación ni demérito para nadie.

Si desde los primeros días de la entrada de los franquistas en la capital fue habilitado el antiguo convento de monjas para lugar de arresto, ello no quiere decir que sólo a partir de entonces se pueda contar el tiempo de cautiverio de los hombres allí encerrados. Por ejemplo, los comandantes Paredes y Suárez, jefes ambos de divisiones republicanas en el Ejército del Centro, habían sido ya lanzados a celdas y cárceles desde marzo del 39 al obtener la junta casadista su triunfo pírrico. Eran, por ello, los veteranos de tantos miles de detenidos.

Precisamente en el comandante Suárez se daba una de las características de la «justicia» en tal período. Al comparecer ante el juez que instruía su expediente, éste le acusó, por ser guardia de asalto en julio de 1936, de haber participado en la muerte de Calvo Sotelo. ¡Era la papeleta para todo guardia u oficial del Cuerpo! Naturalmente, el comandante Suárez rechazó la mentira como una monstruosidad. Mas entonces el acusador no debía probar su denuncia. Esta se consideraba como un «hecho probado» a menos que el encausado la deshiciera. Al comandante Suárez no le quedó otro remedio que, para descartar lo


Redención

España entera y unida celebra la Navidad

Todos los españoles juntos en un mismo ideal de amor y de fe

CLAUSURA DEL CONGRESO DE AUXILIO SOCIAL

ESTABILILLO DEL NIÑO JESUS

Facsímil de un número de «Redención», órgano del Patronato Central para la redención de las penas por el trabajo.

que se le venía encima, acusarse por otro hecho. En julio de 1936 prestaba sus servicios en Galicia. Desde allí fue enviado al frente contra las fuerzas de la República, a cuyas filas pasó en la primera ocasión. El juez quedó satisfecho: cargo por cargo... La salida de los comandantes Paredes y Suárez causó sorpresa e inquietud entre los detenidos. En pleno día y por el altavoz del patio fueron llamados «con todo lo que tuvieran». ¿A dónde les llevaban? Todavía no habían pasado ante el consejo de guerra, aquella no era la hora de las sacas, los traslados se conocían con antelación. El misterio planeó sobre la población reclusa... y todo siguió su marcha.

EL CORTE Y LA SEPARACION DE EPOCAS

En el año 1939 y en los que le siguieron, hoy mismo cuando se considera tal época, es lo más frecuente y general hablar de los detenidos «por la guerra». Es esta una de las formas de practicar la separación de épocas, el aislamiento de generaciones, el subrayar la idea, difundida entonces por los interesados, de que aquello era para siempre. Franco había trazado una frontera: el 1.º de abril de 1939. Sin embargo, en Torrijos como en otras prisiones madrileñas había ya algunos «posteriores». Comunistas metidos en expedientes diferenciados, vascos llevados desde Euskadi, porque quienes caían con tal acusación en cualquier punto del país eran trasladados inexorablemente a Madrid.

De los primeros meses quedaba en la cárcel el recuerdo de dignidad dejado por el ya fusilado don José Serrano Batanero, el conocido abogado republicano. Ocasión hubo en que un guardián —ni siquiera funcionario— llegó gritando por «Serrano Batanero». Ante la inutilidad de su indagación, el recluso jefe de sala insinuó al demandante la conveniencia de comenzar por «don José». Así, cuando el guardián declinó el nombre y apellidos precedidos de la partícula de respeto a que como hombre de carrera, cargo y ciudadanía tenía derecho don José, se levantó éste y se presentó. Al sentir más tarde la hora de su saca, se cortó un mechón de cabellos que entregó a un amigo próximo a fin de que lo hiciera llegar a su hija.

La sombra del «complot» planeaba siempre sobre Torrijos, especialmente todo un día —durante veinticuatro horas— de cada tres. Los presos llevaban muy bien en cuenta la entrada y salida de cada jefe de servicios. Habían de evitar a toda costa cualquier compañía o actitud que sabían no gustaría a Bustamante si aparecía súbitamente en una ventana situada sobre el



Angulo de la antigua cárcel de Torrijos con la calle de Padilla.

patio, en el puesto de vigilancia de éste o en una sala cualquiera del interior. A Escala, el metalúrgico, le traía frito. Hasta de madrugada se le presentaba para cachearle el petate, sus pocos enseres y papeles. Lo que le encontraba siempre era una aritmética y los ejercicios que de ella extraía. La obsesión vigiladora del primer jefe de servicios le llevaba, según rumores, a colocarse desde su cercana casa, y en días libres, en posición de husmear con unos gemelos, las idas y venidas de los reclusos por el patio.

DEPURACIONES PROFESIONALES. JUSTICIA DE DIOS Y DE LOS HOMBRES

En los dos mil detenidos de Torrijos, como en tantas otras prisiones, estaban representados pedazos de la Historia de España, por pequeños que fueran. A través de tal concejal, de dirigentes o militantes sindicales. Había asturianos con la experiencia de octubre de 1934. Primitivo Carpintero, redivivo en la figura de Don Quijote por su propio talante, traía a la imaginación la Mancha y su legendario pueblo de Villa de Don Fadrique. Presos estaban abogados, maestros, médicos, rayados ya todos de las listas en los respectivos colegios profesionales. Lo que no impedía que, por ejemplo, médicos reclusos fueran en realidad quienes hicieran frente a las necesidades sanitarias de sus codetenidos. Naturalmente, bajo la púdica o hipócrita capa, según los casos, de los médicos oficiales.

Perdidos e ignorados de la población penal, había dos vendedores del primer número de la primera época de «Mundo Obrero» —metros del Puente de Vallecas y de Ventas— de 1.º de agosto de 1930. Encerrados estaban igualmente periodistas, en Torrijos y en otras cárceles. Detenidos, unos antes de aparecer las órdenes ministeriales de 24 de mayo de 1939 y de 18 de abril de 1940; otros, que por precaución, por lógica o adversión ideológica o política no se habían presentado ante el tribunal instituido para ejecutar la depuración corporativa. De una u otra manera quedaban todos ellos excluidos del recién creado Registro Oficial de Periodistas. Se comenzaba así a atar y bien atar las cosas del oficio con vistas al futuro.

En la nave que en otro tiempo fue capilla del convento habían reunido a los condenados a muerte. Entre ellos —como en el resto de la cárcel— la hora dura era la del recuento de la tarde en que se producían las sacas. Después, a la hora de extenderse sobre los petates aún se producían



Retrato a plumilla de Miguel Hernández, realizado por Antonio Buero Vallejo, que fue su amigo en los tiempos amargos de la prisión.

rasgos de humor. Por ejemplo, era célebre un sentenciado que al encender un pitillo se dirigía frecuentemente a su vecino para mostrarle que él era «un cadáver fumante». Había alegrías en la prisión. Cuando al volver de los consejos de guerra daban los regresados la noticia de su condena. Si ésta no era «la pepa», la pena de muerte, aunque fuera de treinta años, estallaba el jolgorio, surgía el manteo del «agraciado» a los gritos de «¡Otro que lo ve!».

En Torrijos, como en tantas otras cárceles de Madrid y de España, la muerte llegaba inexorable. El Padre Pérez del Pulgar, dirigente del Patronato de Redención de Penas por el Trabajo, lo había dicho en la prisión del Barco. Que Dios había perdonado, pero que la justicia de los hombres tendría que pasar. «Redención», el periódico del Patronato que no de los presos, había difundido el propósito. Y una tarde, en julio de 1940, al ir a tocar recuento, fue la vez fatal para Antonio Díaz González.

Antonio llevaba cuatro meses condenado a muerte. Como en jefatura no controlaban bien las sentencias de los tribunales, al regresar de consejo quedó en la sala 10. En aquellos cuatro meses Antonio fue un ejemplo de moral. A pesar de su incierta suerte comenzó a estudiar de firme. Gramática y francés. Se le admiraba por ello. El respondía de que en caso de que le fusilaran se habría distraído. Y que si le conmutaban habría ganado tiempo para su preparación futura.

Joven comunista ya en los primeros tiempos de la República, se había dedicado a difundir la cultura a través de la biblioteca circulante de su barrio de la Guindalera. Obrero panadero, llegó en el Ejército a comisario político de brigada. Prisionero en Albatera, le trasladaron a Madrid. A la hora de su saca supo anticipadamente por medios extraoficiales su fin inmediato. Así, cuando llegó el funcionario y balbuceó su nombre, Antonio avanzó declinando su identidad. Añadió que era a él a quien buscaban. Brevemente se dirigió a todos los internados de la sala: «¡Muero por la Revolución!», les dijo. Y vuelto hacia el guardián invitó a éste a que se tranquilizase. Todavía tuvo un recuerdo para sus padres y para su novia.

Antonio fue sacado con otros tres más, uno de ellos de la C.N.T. Al domingo siguiente, el capellán se refirió indignado a «los hombrecitos que en el momento supremo se ponen frente a Dios». Pero Antonio no era ni un deslenguado ni un tragacuras. Simplemente no era creyente. Las palabras del capellán fueron respondidas unánimemente y por lo bajo, a través de las filas de presos, con un nombre: «Antonio». Ya en capilla había hallado éste en sus bolsillos unos tickets del economato. Los entregó al funcionario, quien al día siguiente los remitió al amigo que Antonio le designó.

CORVINA, «RISA» Y «SOBRANTES DE ESPAÑA»

El invierno de 1940-41 fue riguroso por el clima. Lo fue todavía más por el hambre. Se habían terminado hacía tiempo las «lentejas de Negrín». La población, y todavía más los presos, se alimentaban escasamente con boniatos, nabos madereros, bolas de un pan indigesto hecho con especies de serrín y la célebre corvina, el «bacalao de las clases humildes», como la había llamado Franco en uno de sus descubrimientos autárquicos. Hasta tal punto repugnaba la tal corvina que, a pesar del hambre, el patio de Torrijos se cubría de ella, arrojada por los reclusos. El panorama en el exterior era semejante. Por las carreteras, en dirección a la Francia ocupada por los nazis, marchaban los camiones cargados de vituallas y con letreros a sus lados indicando que todo aquello era «sobrante de España». El hambre se conjugaba con la miseria, los piojos, el tifus exantemático. Las familias estaban obligadas a ir a los establecimientos públicos, donde después de la ducha propia y de la desinfección de ropas destinadas a sus deudos recibían un certificado. Solamente con este papel les admitían a las comunicaciones. Aparte de cumplir el requisito de sustituir sacos de tela y capachos por latas para hacer entrar en ellos prendas y vituallas.

En la cárcel comenzaban a morirse «de la risa» los más agotados. Les daba «la risa», es decir, dibujaban en su rostro una sonrisa al expirar. En el comienzo de esta ola mortífera fueron los comunes los más afectados. Faltos de moral,

aislados, sin espíritu solidario, sin ánimo para luchar contra la suciedad, eran las primeras víctimas del hambre y de la miseria.

Ni las vicisitudes personales de cada uno ni el desarrollo de los acontecimientos internacionales habían mellado la moral de la inmensa mayoría de los presos. Al contrario. Por unas u otras razones se creía ciegamente en la derrota de Hitler, de Mussolini y de Franco. Unos, porque la Unión Soviética estaba ahí; los otros porque confiaban en las democracias. Del pueblo español se pensaba siempre, pero no se hablaba nunca. Indirectamente, sí. Como en el Primero de Mayo de 1941, ya próximo el final en la etapa primera de Torrijos. En pleno patio se celebró la Jornada. Apretones de mano en silencio, felicitaciones «por el cumpleaños», alusiones al día presente mientras que se cambiaba un guiño de ojos. En aquel entonces hablar solamente del Primero de Mayo significaba «preparar un complot». Estaba muy lejos todavía la época en que la Jornada sería dedicada oficialmente a San José Carpintero.

En un pequeño grupo, sentados a comer unas almendras, se escuchaba el soneto leído por un detenido. Este se había colocado de espaldas al edificio, desde el cual podía observar el primer jefe de servicios:

«Trescientos sesenta y cinco tiene el año».

A pesar de lo que se haya dicho durante decenios, la Poesía española no se había hundido el 1.º de abril de 1939. Ciertamente, Lorca ya no vivía, Machado había muerto en Collioure, al exilio salieron Alberti, León Felipe y tantos y tantos. En una cárcel de Alicante vivía sus últimos meses Miguel Hernández. En aquel patio de Torrijos uno de sus presos continuaba la lectura:

«Pasa pasando el tiempo de tristeza».

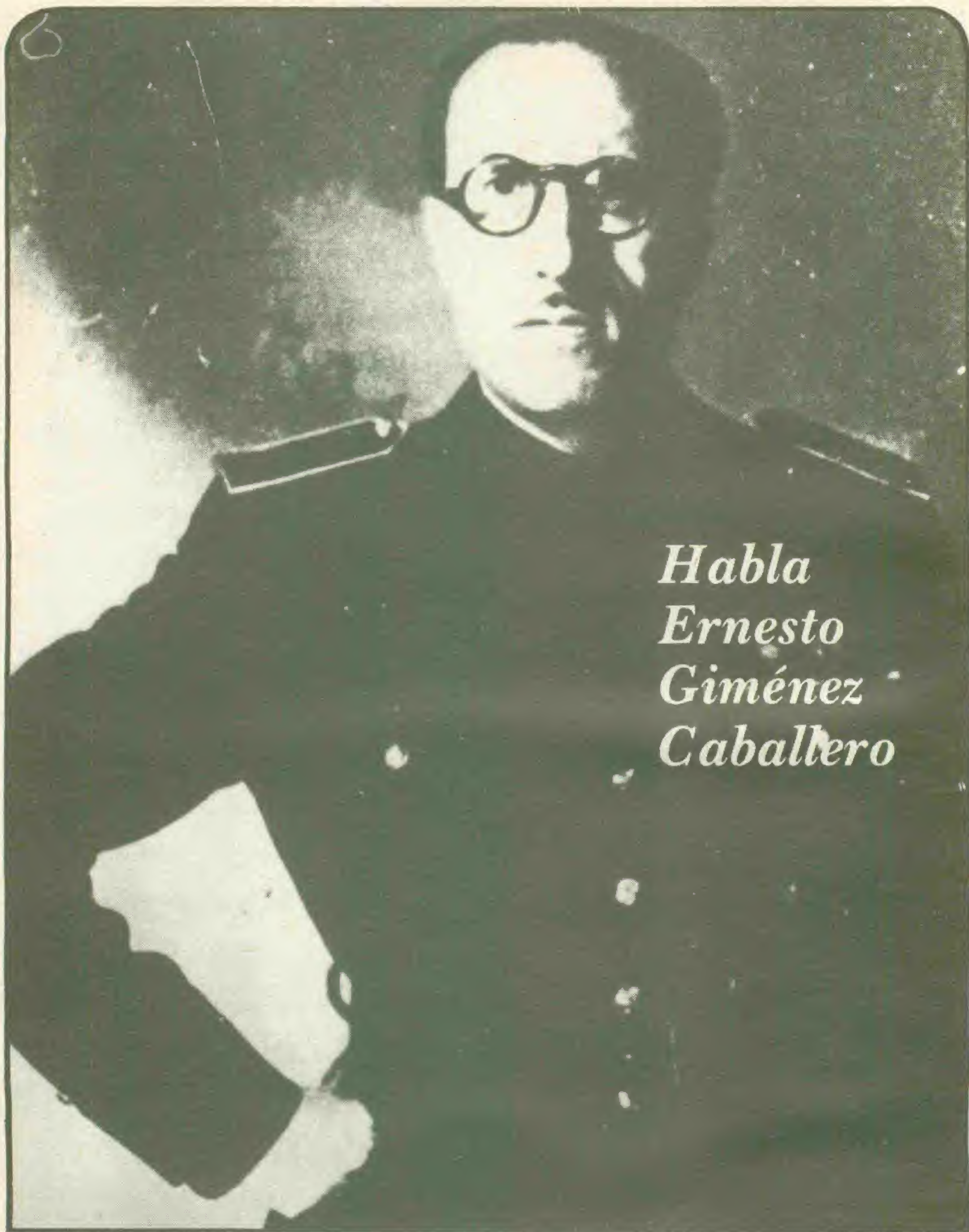
Porque sobre los petates y en los rincones de los patios carcelarios, en los campos y destacamentos de prisioneros, en los refugios clandestinos, ya se rasgueaban versos por poetas noveles y menos noveles.

«Al escoger, con fina sutileza,
Ves un día de muchísimos recuerdos».

Desde aquel Primero de Mayo fueron aceleradas las expediciones para los penales. Hasta que en junio se rumoreó que la prisión iba a ser disuelta. En efecto, se pidieron voluntarios para el traslado a la cárcel de Yeserías. Se apuntaron unos centenares. Salieron. Nueva llamada para otra prisión y nuevos candidatos. Comenzaron a llegar los del relevo. Comunes todos. Un mundo total, diametralmente diferente al que hasta entonces había albergado Torrijos. Luego se supo que aquella cárcel era destinada a punto de recepción y destino para todos los nuevos detenidos. Voluntarios para Porlier, inscripciones para... La Prisión de Torrijos, en su primera época, había terminado. ■ **M. I.**



Tapias traseras de la ex-prisión de Torrijos. Hacia el centro sobresale la nave afectada a capilla en los tiempos primitivos del convento.



Memorias de un funámbulo

Declaraciones recogidas por María Ruipérez

CON la aparición de las **Memorias de un dictador** *ha vuelto a la actualidad una de las figuras más complejas y dignas de estudio de la historia del fascismo español: Ernesto Giménez Caballero. El defensor en el período republicano de un «fascismo a la española», el creador de todos los mitos de un nacionalismo exacerbado, que el franquismo repetiría con monótona insistencia durante 40 años, el poeta —o profeta, como él gusta llamarse— que definió el «genio de España» como la fusión del catolicismo y los afanes imperiales, recuerda ahora para TIEMPO DE HISTORIA los principales avatares de una existencia en la que la fidelidad a sus convicciones políticas se entrelaza con una obsesión por el lenguaje y un amor a la paradoja, residuo evidente de un pasado vanguardista.*

Tiempo de Historia.—*En su personalidad, que estas* **Memorias** *tratan de reflejar, parecen existir dos factores difíciles de compaginar: el escritor de vanguardia, autor de* **Yo, inspector de alcantarillas** *y promotor de la* **Gaceta Literaria**, *y el teórico fascista, dedicado en los años 30 a la exaltación de Mussolini y a la búsqueda de una doctrina fascista para España. Para entender cómo se concilian estos dos rasgos tan dispares, me gustaría que empezara explicándonos cuál es su visión de la vanguardia literaria y cultural de los años 20, y cómo llegó hasta ella.*

E. Giménez Caballero.—Aunque la vanguardia surge al terminar la primera Guerra Mundial en París, donde residen muchos de sus componentes y circunstantes, como Guillaume Apollinaire o Cocteau, quien la ejercitó fundamentalmente fue Marinetti, que fue el verdadero revolucionario en literatura, no los rusos. Fue Marinetti el que llevó a Rusia el vanguardismo, las palabras en libertad, la tipografía también rota y las letras sueltas. Marinetti fue para la literatura lo que desde 1917 el bolchevismo era para la política, una rebelión total, casi vertical, de los obreros y los campesinos frente a las formas estatuidas burguesas. Pero en 1920 esta vanguardia no había llegado todavía a España, aunque ya estaba en marcha en otras partes. En 1920 yo estaba terminando mi carrera de letras, e iba a ir de lector de español a Washington, propuesto por Américo Castro; pero me encontraron demasiado joven. Entonces, vino a España un profesor de Alsacia, y esto decidió mi destino, porque me fui a Estrasburgo de 1920 a 1921. Allí no pude percibir mucha vanguardia, porque yo iba entonces con el romanticismo de la europeidad, que era la palabra de orden existente en el ámbito cultural español, era el **Tiempo de Historia** de entonces. Nuestra historia había fracasado por falta de fermento europeo, y desde el 98 se empezó a pensar que España por causa del catolicismoy de la reacción había llegado a la decadencia. Entonces, ¿dónde estaba la salvación?: en europeizarnos. Y yo me marché con este ideal, que era casi una religión para la juventud —en especial para mí—, y pasé este primer año estudiando alemán, inglés y provenzal en las Bibliotecas, y muriéndome de hambre. Pero yo no descubrí la literatura de vanguardia en Estrasburgo. Cuando la descubrí, un poco tardía, pero plenamente, fue después de regresar de la guerra de Marruecos, y de casarme, ya en el año 1926. Entonces fue cuando me encontré con Guillermo de Torrox y fundamos la **Gaceta Literaria.** Y entonces me hice el viaje o circuito-imperial por toda Europa —que me dio el título del libro **Circuito Imperial, 12.500 kilómetros de literatura**—, y en él reflejé todas las novedades que había en Francia, en Italia, en Alemania, en Bélgica, en Holanda..., e incluso en los Balkanes con los sefardíes.Yo ya me había casado con mi mujer, que era florentina, y en Italia vi que la vanguardia era fascista fundamentalmente. Marinetti había iniciado, y antes que él Cocteau, lo que éste llamó «la llamada al orden», que fue en literatura la vuelta a las formas. A aquella revolución en libertad había que darle un contenido con forma y con disciplina, cosa que se tradujo primero en la poesía lírica; en los líricos antes que en los demás, porque la poesía siempre antecede a la política. Esa fue la evolución de la vanguardia, y así fue como me acerqué a ella.

T. de H.—*¿El surrealismo español fue tan importante como el de otros países?*

G. C.—No. El surrealismo español fue, como tantos otros movimientos españoles, un re-

flejo de lo que se hacía en París y en Italia. Es decir, que Guillermo de Torre, que fue el pontífice de la literatura de vanguardia, y los demás poetas que circulaban en torno a él, eran reflejo por una parte, de Marinetti, y por otra, podíamos decir, de Apollinaire, de Max Jacob o de Jean Cocteau.

T. de H.—*¿Cómo explicaría usted el movimiento surrealista, y por qué lo abandonó para integrarse en el fascismo?*

G. C.—El surrealismo eran las palabras, las imágenes y los sueños en libertad. Fue un movimiento provocado por un judío, Freud, que tuvo una influencia radical en la literatura con lo que se llamó el freudismo, desde el momento en que dejó en libertad las represiones, la libido, lo mismo que en poesía la libertad significaba romper los moldes tipográficos, gramaticales o metafóricos. El mundo lírico de Freud era sentar al paciente en un diván, y poner en forma seudocientífica lo que se venía haciendo desde hacía siglos en el mundo oriental con los chamanes y los yogas en la India, la purga de los afectos, como decían los místicos. Y por no remontarnos mucho en el tiempo, también se hacía en Grecia con los oráculos, donde acudía la gente a purificarse de los afectos y a quedarse limpio de estos impulsos peligrosos o malignos. Por fin, en todo el mundo esto mismo se venía haciendo con la tradición católica de la confesión. La confesión católica era el freudismo que se venía ejercitando de un modo prodigioso. La confesión católica bien hecha dejaba muy pequeño a Freud, porque una mujer o un hombre en un confesionario se sentían purificados, y el sacerdote les absolvía, y salían limpios y curados hasta otra. Entonces Freud lo aplicó en forma profana. En lugar del confesionario con rejilla, utilizó el diván donde tendía a sus clientes y les hacía verter vivencias y sueños, hasta que iban sacando todo. Esto como terapéutica estaba bien, era tradicional, y no inventó nada. Pero lo que había de nuevo y de terrible en Freud es que al afirmar que la salud consistía en evitar las represiones, en no reprimirse —como diría un chulo madrileño—, quitaba toda posibilidad de santidad y de heroísmo, porque toda la santidad y el heroísmo, hasta en su mínima expresión de la cortesía, es



«Cuando yo hice la teoría, no me sentía ni fascista ni intelectual; me sentía como inspirado, como una especie de San Juan Bautista primordial, destinado a lanzar este polen para que se inoculara en el conductor que saldría después, en Prieto o en Azaña, en José Antonio o en Franco...». (Giménez Caballero, en el centro, con botas de montar, en Burgos, durante la guerra civil, a su derecha, Antonio Tovar).



«Yo vierto, yo sé que lo que os estoy dando es fecundo... Aunque me consta que soy como el barquero que atraviesa a su pueblo en una barca en la noche, y luego queda perdido y olvidado. O como la alondra en la mañana, que da su primer trino, y luego pasa y se adormita...». (Giménez Caballero, durante una alocución, en la Cartagena de posguerra).

una perpetua represión. Es decir, si yo siento deseos ante una mujer bonita en un momento determinado, y siento deseos de arrojarme como un monstruo, como se hace ahora por las calles, y violarla, pues eso es preciso, uno se siente liberado de su represión; pero es espantoso también. De la represión nacieron los santos, que no son más que héroes de la represión. De ahí nacieron los grandes héroes, que lo son por soportar el miedo, superarlo e ir a una victoria o a una muerte. Es decir, la historia está funcionando a base de represiones. Desde que el señor Freud dijo que no había que reprimirse, quedaron ya los instintos en libertad, y se produjo la gran revolución sexual, juvenil, de los **hippies** y de las demás cosas que encontramos por la calle, y que ya se dieron en la Antigüedad con los cínicos. La palabra cínico no quiere decir descarado, en el sentido peor; cínico viene de perro, y eran los que no se reprimían y proclamaban la libertad en todo como purificación del alma. Esta doctrina ha producido en las juventudes, sobre todo en las actuales, la no represión de los instintos: les sale el pelo, pues a dejarlo crecer; les sale la barba, a dejarla crecer; les sale una chica, a irse con ella y hacer el amor en mitad de la calle. Es justamente como los perros, como decía Diógenes, que la máxima libertad natural era hacer el amor en la calle. Toda esta nueva juventud, en nombre de esta libertad, que ha sido un ataque tremendo contra el catolicismo y la religión —que la ha derrotado, porque la religión es la represión de los instintos en vista de una posible santidad— en el momento en que ya no se reprimen, pues ya tiene usted la libertad sexual y de palabra, y la terrorista.

T. de H.—*La oposición a esta doctrina, ¿fue la causa de que usted se pasara al fascismo?*

G. C.—No. Esta fue sólo una de las causas. Como le he dicho, se había provocado una reacción en la literatura, volviendo a la disciplina y al uniforme. Así, el fascismo era la revolución en libertad, desde el momento en que un hombre como Mussolini, que era un marxista, que tenía camisa roja y cerraba el puño y había leído a Marx, llega a Italia después de la guerra, cuando los ex combatientes



«Nuestro genio es profundamente católico, entendiendo por catolicismo una doctrina que recibimos de Roma, que nos vino al pelo, porque respeta la libertad y la autoridad. Y en el aspecto racial, nosotros somos mitad vainilla y mitad chocolate». (Giménez Caballero en una entrevista con el ministro de Propaganda nazi, Goebbels).

no tenían ninguna satisfacción. Europa —no el mundo ruso, que es la opresión— es libertad. Por una sencilla razón, y es que Europa está rodeada de mar, es una península, y en ella el agua, hasta inventarse la aviación, era la máxima defensa frente a los ataques de las llanuras; generalmente, todos los grandes conquistadores son de llanura. ¿Por qué son dos los imperios de libertad más grandes: Grecia primero, e Inglaterra después? Porque eran archipiélagos y se podían defender por agua, y no tenían miedo al ataque masivo. El fascismo, entonces, era una mezcla de revolución y al mismo tiempo de disciplina. Y claro yo pasé —como tantos otros— a esta nueva disciplina, que además nos retrotraía nacionalmente, porque una de las fórmulas de la libertad es potenciar la nación, la tierra, el genio de cada país. El marxismo es igual para todos, aquí o en China, pero en cambio el fascismo potenciaba el genio, la nación donde uno ha nacido. Este era el encanto y la atracción del nacionalismo. Y claro, cuando yo llegué a Roma y vi a aquel socialista —como aquí lo era Indalecio Prieto, pero que en lugar de echar tripa y de comer en casa de Nicolasa, de reírse de las formas heroicas y religiosas, se disciplinaba en forma hercúlea de tipo gimnástico— y su entusiasmo por las glorias de su tierra y de su país, vi lo que era esta exaltación nacionalista. Todo esto lo descubrí en Roma, a través de mi mujer; allí vi que el genio de mi país, de España, no estaba en la «yarilka» rusa, ni en el mundo germánico adorador de un mundo ario, rubio, que no se daba en España, ni en el mundo inglés a través de esa libertad excesiva, o el francés, que era una adulteración entre el mundo germánico y el latino, sino en Roma, que era para mí la que me había enseñado a hablar, la que había hecho los caminos de mi tierra, las primeras calzadas, las leyes, la primera unificación española con el nombre de Hispania; la que una vez roto el Imperio, con sus diócesis eclesiásticas nos siguió dando la religión, el catolicismo, la organización, los matrimonios y las dinastías; y la que nos trajo el Renacimiento. Yo encontraba una tradición de siglos, y por eso dije en mi **Genio de España:** «Sentí en Roma el olor a madre, que es más enloquecedor que el olor a hembra, porque enloquece y emborracha de un modo más terrible». Todo eso lo encontré en Roma, y por eso, al volver aquí, traje una doctrina que no era alógena, como el liberalismo a la inglesa, que no terminó de cuajar nunca porque era a la inglesa. En cambio, la tradición romana era de veinte siglos, y por eso arraigó, cuajó, y cuando lo utilizamos nos llevó a la victoria.

T. de H.—*¿El fascismo español fue, entonces, una simple copia del italiano?*

G. C.—No. Cada fascismo tiene una peculiaridad propia en cada sitio; pero el fascismo tiene una raíz común o universal, como procedente de Roma, que es la creadora de formas universales, que luego se aplican en cada país según el modo, el genio o la manera de ser de cada uno. El propio catolicismo, cuando se interpreta demasiado particularmente, produce una desviación, como ocurrió con el protestantismo. Esa es la razón de que la Iglesia no apoye a los nacionalismos, porque dan iglesias particulares. El fascismo, en ese aspecto, tiene dos dimensiones. Es una fórmula universal, y la prueba de ello es que el comunista cuando quiere atacar a alguien que va contra él no le dice: «Eres un demo-liberal», o un socialista, o un invididuo de derechas, sino: «¡fascista!». El fascismo como fórmula anticomunista es igual en todas partes del mundo, aunque luego se adapta al modo de ser de cada país. Y en España ni José Antonio, ni Ledesma Ramos, ni yo en mi primer manifiesto, queríamos ser fascistas, sino que teníamos un nacionalismo exacerbado, y queríamos inventar nosotros una fórmula que no estuviera copiada de ningún lado. Pero esto es un error; hay que ser humilde, y reconocer que «hay que dar a Dios lo que es de Dios, y en este caso, a César lo que es del César». Y el César era Mussolini. Pero no por ser Mussolini, sino por proceder de Roma, que en sí misma, en su genio, lleva fórmulas universales, como dio la fórmula cesárea con Julio César, la católica con el Vaticano, la del Renacimiento con Galileo o con un Leonardo, y la fórmula fascista con Mussolini. Y quizá en estos momentos esté preparando la gran fór-

mula de nuestra época, que es la terrorista, que está saliendo también de Italia.

T. de H.—*En relación con este nacionalismo exacerbado del que hablaba hace un momento, ¿qué significa para usted el «Genio de España», al que dedicó un libro?*

G. C.—El genio de España es para mí esa fusión en que cada país tiene su modo de ser, como lo tiene cada raza, cada pueblo, y hasta los animales. No olvide usted que genio viene de genes, de genética. Los genes son las células —hay que emplear términos científicos que no me gusta utilizar para no parecer pedante—, lo que lleva al hombre en su fuerza genital para seguir procreando. Al encontrar a una mujer con la que se va a enlazar, fundirse y hacer un hijo, transmite lo que le han dado sus antepasados y su tierra. Es decir, son los padres y la tierra donde ha nacido, los genes; hay toda la ciencia de la genética que es la base del mundo. De forma que el genio de un país es justamente el modo de ser de ese país a través de los siglos, los rasgos constantes, los permanentes, los que hacen que ese país sea diferente a los demás, y cuando más se parece a sí mismo, más fuerza tiene. ¿Está claro?

T. de H.—*A diferencia del nazismo, declaradamente racista y de carácter irreligioso, el fascismo español que usted defendió insistía en el catolicismo como un elemento esencial, y no tuvo fuertes connotaciones racistas. Incluso el antisemitismo en España no se justificaba por razones sociales, sino religiosas. ¿A qué se deben estas diferencias?*

G. C.—En mi **Genio de España**, que es un poco la Biblia para nuestro Movimiento, decía como Calderón: «Al Rey la hacienda y la vida se han de dar, pero el honor es patrimonio del alma, y el alma sólo es de Dios». Es decir, que nuestro genio es profundamente católico, entendiendo por catolicismo una doctrina que recibimos de Roma, que nos vino al pelo, porque respeta la libertad y la autoridad. Y en el aspecto racial, nosotros somos mitad vainilla y mitad chocolate. Somos europeos porque vinieron los godos, y nos queda un fondo, si se llama europeo a las razas celtas, arias, rubias. Pero por otro lado, aquí han llegado los judíos y los moros, y se han sentado como en su casa. De modo que aquí nosotros somos lo que yo llamo «moros sobre los judíos». Por eso, plantear aquí el problema racial es disparatado, porque no tenemos medios para ello; sólo quedan algunos núcleos arios sobre todo en el País Vasco, que no son arios del todo, porque es una raza que se aparta de la aria, y no se sabe exactamente de dónde proceden. También quedan algunos núcleos en el Norte, en la Montaña. Y cuando bajaron estos reconquistadores del Norte hasta Andalucía, fueron dejando enclaves en todos los señoríos de la Reconquista. El resto era pueblo menudo con restos del mundo ibérico, del mundo judío, y sobre todo del mundo moro. Esa es la realidad de España, de modo que nosotros no podemos basar un fascismo en la raza. La fiesta de la Raza quiere decir aquí lo mismo que en América —y lo contrario que en Alemania—, porque allí nosotros nos fundimos con todas las razas. Por eso en mi libro he definido a América como una mujer para un español, porque nos hemos mezclado con todas ellas. Tener allí 16 ó 17 mujeres fue normal. España fue a América con armas superiores a las de los pobres



Ernesto Giménez Caballero, alférez provisional, número uno de la promoción de Pamplona.

indios a buscar oro, y sobre todo mujeres sin refajo —como decía Gregorio Marañón—. Irala en el Paraguay, antes de ir a misa, ponía a sus mujeres en fila, y las iba tocando los pechos, como unas campanitas. Esto es la tradición española.

T. de H.—*En cambio, muchos fascistas consideran la religión como un factor reaccionario para su movimiento.*

G. C.—Para otros fascistas, sí. Para nosotros, no; es un elemento integral, y cada vez lo será más, porque mi conclusión —no quiero anticiparla— de la etapa en que vivimos en estos momentos es la vuelta delirante, casi salvaje, loca, a la religión, no sólo en España, sino en el mundo entero. Esto está en contra de la categoría de espacio en la que se basa la civilización actual, donde todo es espacial. El sueño socialista de Marx es traer el paraíso sobre la tierra, hacer a todos iguales comiendo lo mejor. Pero lo que no ha resuelto la situación actual —que produce la angustia y las psicosis juveniles y la nueva vanguardia, que ya se está viendo, es la otra categoría, la categoría del tiempo, la muerte. Porque aquí vivimos muy poco, y nos encontramos con el dolor de la enfermedad o de la muerte. Y esto no lo ha resuelto el marxismo; tampoco el fascismo, pero está más cerca. Ahí es donde Marx tiene el talón de Aquiles; la felicidad que promete es ridícula, es cómica, es quitar al burgués las cuatro cosillas que tiene de más goce que el obrero. Lo que promete Marx es una sociedad de consumo, ni más ni menos, la sociedad de los cerdos.

T. de H.—*¿Qué opina usted de los líderes fascistas españoles?*

G. C.—Pues que ninguno fue auténtico para llevarlo al triunfo, porque —lo que reiterado muchas veces— el líder fascista auténtico tiene que proceder del socialismo. Y del socialismo marxista, porque la gran Revolución del siglo, como en el siglo pasado fue la de la burguesía en 1789 frente al poder feudal, es la marxista leninista de 1917, que supone dar acceso al poder y hacerle **Tiempo de Historia** a la clase obrera y campesina. De modo que los conductores fascistas proceden siempre del mundo obrero, del mundo social; y en lugar de hacerse marxistas leninistas, en vez de decir uniformando a la rusa: «Campesinos y obreros del mundo, uníos», al llegar a sus propias naciones le dan ese tinte nacional. Pero llevan como ingrediente fundamental no lo nacional, sino lo social. Y su título es el de haber sido obrero o campesino. Mussolini fue obrero y campesino; Hitler fue obrero, pintor. Y a nosotros nos falló que el hombre que tenía que haber sido nuestro conductor, Indalecio Prieto, pese a que yo se lo ofrecí, no quiso serlo. Se lo dije primero a Azaña, con mi libro, pero después vi que estaba equivocado, porque Azaña era un burgués ateneísta, un poco cursi, y de muy mal genio, y no valía. En cambio, el socialista nacional, el hombre del mundo obrero pero con ideas nacionales, amigo de Unamuno, era Prieto. Pero Prieto me falló, o nos falló —primero a mí y luego al mismo José Antonio—, porque era un hombre de talento, pero le faltaba genio; era un hombre valiente,



«El surrealismo eran las palabras, las imágenes y los sueños de libertad. (Giménez Caballero, en el centro de la fotografía y de pie, a su extrema izquierda Ramón Gómez de la Serna, en un banquete celebrado en «Pombo», el 3 de enero de 1930).

pero no fue héroe, y no venía del combate como Hitler o Mussolini. Y por eso, es el responsable número uno de la guerra civil española, y de la guerra internacional que vino después, de la Segunda Guerra Mundial, porque si Prieto hubiera sido nuestro socialista conductor, como lo era Mussolini o Hitler (y a su modo, porque era de procedencia humilde, Salazar), como se estaba dando en Francia, en Bélgica o en Inglaterra, hubiera habido un mundo nacionalsocialista dentro de Europa, y no habría habido guerra. Y por consiguiente, el mundo ruso-marxista habría sido contenido, y el mundo capitalista-individualista de Norteamérica también. Nos falló esta idea porque Prieto no estuvo a la altura de las circunstancias históricas, y hubo que buscar a conductores y líderes que no tenían esa exigencia fundamental del operario. Un Ledesma Ramos pudo haberlo sido porque era de clase humilde —era maestro de escuela y su padre empleado de Correos—, pero le faltaba esta raigambre obrera y campesina. Era un funcionario; y además, su tipo físico no daba de sí para las grandes conducciones. Y claro, entonces apareció José Antonio, que era un aristócrata, lleno de talento y con capacidad de mártir, que dejó un rastro de mística detrás de sí magnífico; pero era un aristócrata. Y más tarde Franco: un militar, ya sin doctrina, con genio militar, pero con la doctrina y las formas que le entregamos nosotros.

T. de H.—*¿Cómo definiría usted la personalidad de cada uno de ellos?*

G. C.—Ledesma Ramos era un muchacho del tipo del intelectual ateneísta, discípulo de Rey Pastor en Matemáticas, de Ortega, y del mundo germánico, al que le gustó más el hitlerismo que el fascismo romano. No tenía sentimientos catálicos profundos, pero fue un gran camarada hasta el último momento. José Antonio tenía una categoría humana excepcional. Era un aristócrata, un bien nacido, de raigambre goda, aria, de familia muy noble, yo creo que personalmente más anglófilo que germanófilo. Recuerdo que en un momento de peligro, cuando nos habían matado a un camarada, y estábamos reunidos en la calle Marqués de Riscal, donde se sorteó una pistola para ir a matar al primer **chibirí** —como se llamaba entonces a los socialistas—, yo dije: «Pero así en frío no, que es como ellos»; a la salida, tras suspender la ejecución, José Antonio me confesó: «Ernesto, yo no he nacido para esto. Yo he nacido para matemático del siglo XVIII».

T. de H.—*¿A qué se debía esa especie de admiración que sentían los fascistas por las teorías de Ortega?*



«Marinetti había iniciado, y antes que él Cocteau, lo que éste llamó «la llamada al orden», que fue en literatura la vuelta a las formas. A aquella revolución en libertad había que darle un contenido con forma y con disciplina...». (En la foto, Giménez Caballero, filmando).

G. C.—Sencillamente porque el padre del fascismo de Mussolini, de Hitler y de Ortega se llamó Nietzsche. El sobrehombre, que decía Ortega. Y por eso nosotros, y yo en especial, sentíamos admiración por Ortega, porque mi raíz, aparte de Roma, la bebí en Ortega y en los hombres de la generación del 98, como Baroja, Maeztu, Azorín, o Unamuno, todos nietzscheanos. Esos son, los hombres del 98 y los del 15 con Ortega, los padres del fascismo español.

T. de H.—*¿Pero Ortega no significó para los fascistas españoles lo mismo que Croce para los italianos?*



«Siento la afirmación de que el poeta, el profeta, el mago o el hechicero —pues hay muchos nombres para nosotros— en un principio fue el verbo, la palabra, que es el elemento macho de la historia...» (Giménez Caballero, con su hija Heleña).

G. C.—Ortega era ambivalente como Croce; pero éste no fue nietzscheano, fue un esteticista formado en la filosofía alemana como Ortega. Pero Ortega tenía por sus ascendencias, por sus veleidades aristocráticas de razas superiores, una elegancia, una fuerza de mando y de selectividad que no tenía Croce. Ortega solamente en su elegancia de escribir y de hablar era un sobrehombre. Y precisamente por lo que tenía de liberal distinguió que lo liberal era lo enemigo de lo demócrata; democracia y leberalismo son exactamente lo contrario; democracia es el poder de la masa, la rebelión de las masas, y el liberalismo es del individuo. Ortega era liberal en ese sentido, pero el liberalismo llevado a su extremo produce el superhombre, el yo extraordinario, el Zaratustra.

T. de H.—*Al comenzar la guerra civil, parecía que usted iba a ser el gran ideólogo de la nueva España. Sin embargo, luego fue usted marginado. ¿A qué se debió esta marginación?*

G. C.—Pues se debe a una cosa que es fatal, y que precisamente en estos días se está rectivicando un poco: al carácter que tenemos los dictadores poéticos. De ahí vienen las **Memorias de un Dictador.** Yo me llamo dictador con minúscula, pero no sólo porque lo dicto a una mecanógrafa —en este caso, mi nieta—, sino porque esto que dicto, dicta a la vez. Siento la afirmación de que el poeta, el profeta, el mago o el hechicero —pues hay muchos nombres para nosotros— en un principio fue el verbo, la palabra, que es el elemento macho de la historia, como el polen que sale de un árbol y va buscando el elemento femíneo de otro árbol donde fecundar y dar un fruto (la palabra profeta viene de **pro-fari**, hablar hacia) hasta que encuentra el elemento femíneo en que incrustarse, donde introducir su gene para fecundarlo y producir un hijo. En este caso, el elemento femenino es el político, que produce el movimiento político, el partido, o en los casos supremos la religión. Por eso, nuestro patrono es San Juan Bausita, que allá en el desierto, con su doctrina de los asenios es el que tenía la prefiguración, el polen, la idea genitriz de lo que iba a ser el cristianismo. Cristo fue precisamente a buscarle como un político —en este caso divino—, y San Juan Bautista le vierte su doctrina, que es el acto del bautismo famoso. ¿Por qué se lo vierte en la cabeza simbóliamente? Porque le da la idea, y entonces Cristo la propaga, y es el fundador de esta religión. Y al pobre profeta le cortan la cabeza. Es el destino de los poetas y los profetas, que al final una Salomé nos corta la cabeza. En mi **Genio de España**, en 1932, decía: «Yo vierto, yo sé que lo que os estoy dando es fecundo». Y salió adelante, aunque me consta que soy como el barquero que atraviesa a su pueblo en una barca en la noche, y luego queda perdido y olvidado. O como la alondra en la mañana, que da su primer trino, y luego pasa y se adormila. Es decir, que yo tuve conciencia —y esto es lo verdaderamente honrado en el escritor, en el poeta, en el profeta— de ser quien lanza este primer trino, pero que tiene que ser olvidado y pasar a segundo término. De modo que no solamente no me ha extrañado esta marginación, sino que la he justificado. Y éste es el mejor signo de que yo no me había equivocado, que había cumplido mi misión. Cuando yo hice la teoría, no me sentía ni fascista ni intelectual; me sentía como inspirado, como una especie de San Juan Bautista primordial, destinado a lanzar este polen para que se fecundara en el conductor que saldría después, en Prieto o en Azaña, en José Antonio o en Franco... Yo no sabía en quién, pero lo mío era el lanzamiento, y una vez que arraigó, yo ya había cumplido mi misión, había cumplido mi dictado. Como dice el propio Berceo: «Voy a escribir un dictado». El dictado era probar los misterios de Santa María, para que los leyeran. Yo soy un dictador como Berceo,

como el poeta, y ésa es la misión grande y humilde del verdadero escritor.

T. de H.—*¿Cree usted que Franco llevó a la práctica el fascismo predicado, o dictado por usted?*
G. C.—A su modo lo realizó, pero sin ideología, entendiendo por fascismo una serie de postulados sociales y nacionales que previamente le habíamos entregado. Eso lo realizó Franco con la victoria...

T. de H.—*¿Y después de la victoria...?*
G. C.—Después de la victoria tenía una alternativa: o continuar esta victoria con sus congéneres ideales y políticos, concretamente con Mussolini e Hitler; o hacerse neutral, y por consiguiente favorecer a los enemigos del fascismo que eran las democracias rusas y americana. Por desgracia, esta fue la actitud neutralizante y ambigua de Franco.

T. de H.—*¿Es cierto que usted le propuso que la* **Falange** *pasara a llamarse el* **Falangismo**?
G. C.—Sí. La **Falange** es un nombre de mujer. Es que la **Falange** es ya un nombre impropio y espúreo, porque durante la República, cuando se fundó la **Agrupación al Servicio de la República**, con Marañón y Ortega, se les ocurrió crear un Frente Juvenil, y lo llamaron **Frente Español** (la idea fue de Valdecasas); pero después no lo llegaron a organizar. Entonces se encontraron con estas dos siglas, F. E., y como Valdecasas se hizo amigo de José Antonio e intervino en el acto de la Comedia, se preguntaron qué podían hacer con la F, y como eran un poco universitarios, pensaron llamarla La Falange, como los griegos. Y de ahí nació, una cosa un tanto pedante y humanística: **La Falange Española**, en el sentido de que La Falange era una organización militar, la **falans** de los griegos. Pero era mucho más bonito para mi modo de ver el **Falangismo**, que era una doctrina, un movimiento, y que no era femenino, sino masculino.

T. de H.—*¿Cómo era Franco personalmente? Usted debió conocerle bien, porque se dice que iba todos los primeros de año a contarle chistes.*
G. C.—No. Mentira. Franco no toleraba los chistes, los contaba él. Franco era uno de los hombres más graciosos, divertidos, humanos, y con una ironía y un humor gallego enorme. Yo con Franco ha sido con uno de los hombres que más me he reído. Yo a Franco lo conocí —como cuento en mi libro— un día 7 de noviembre (era San Ernesto), y en ese momento me pareció como el rey David, quizá por su origen racial un poco semita, judío. La palabra Franco tiene origen judío. Y me pareció un rey David inspirado, que tenía alma de artista; esa era la genialidad de Franco. Y cuando le traté fue a finales del año 1936, cuando quiso hablar por la radio, y le improvisamos una que no funcionó, precisamente en los días en que se estaba muriendo Unamuno. Y ya en aquel momento, al ver que no funcionaba, lo resolvió con humor —no como Millán Astray, que me quiso fusilar—, con cuentos, y comenzó a contar chistes y cosas graciosas. No sólo me perdonaba la vida tras no haberle hecho hablar por vez primera por radio, sino que me hacía reír. Pero después le acompañé al viaje a Cataluña, a Portugal, por muchos pueblos... Y Franco siempre estaba de buen humor. De vez en cuando le contábamos algún chiste, pero no había quien le ganara. Me acuerdo que en una comida en El Pardo con la hija del presidente Stroessner, su mujer y su hija Carmen, yo le dije: «Mi general, no sé de dónde saca la gracia. Es usted el hombre más gracioso que yo he oído». Y él se quedaba tan tranquilo, le parecía la cosa más natural del mundo. De los chistes que recuerdo, hay uno que le contó al Director de **Arriba**, que le fue a pedir una Embajada. Y Franco le dijo: «¿Quiere usted meterse en política?» «Sí, mi general». «No lo haga usted. Es un consejo. Mire, si yo me hubiera metido en política, no estaría aquí». Ese era Franco.
T. de H.—*Sin embargo, pese a toda esta admiración que siente usted por Franco, él fue quien le mandó a Paraguay, en vez de nombrarle Ministro...*
G. C.—No. El no me mandó a Paraguay. No, no, no... Yo me retiré de la vida política poco a



«España fue a América con armas superiores a las de los pobres indios a buscar oro, y sobre todo mujeres sin refajo —como decía Gregorio Marañón—. Irala en el Paraguay, antes de ir a misa, ponía a sus mujeres en fila, y las iba tocando los pechos, como unas campanitas. Esto es la tradición española...». (Giménez Caballero, en su época de embajador del régimen franquista en el Paraguay, con el Presidente Stroessner).

poco, suavemente, desde el momento en que Franco se hizo neutral, y no intervinimos en la guerra internacional junto a Hitler y Mussolini para vencer definitivamente al mundo ruso y a la democracia capitalista americana, que eran las dos fuerzas tremebundas contra las que luchaba el fascismo. Desde el momento en que él se declaró neutral, y abandonó a los que nos habían dado la victoria y las ideas, yo quedé con cariño y admiración hacia Franco, pero ya el Movimiento dejó de interesarme. Entonces empecé una sección en **Pueblo**, y también escribí dos libros. Después emigré a América, porque aquí no tenía nada que hacer. Y estando en Paraguay de Agregado cultural, cargo que conseguí gracias a Ruiz Giménez —Franco no me dio ningún puesto, ni nada—, el Embajador José de la Riva, un gran monarquicón, me dijo que había pedido mi expulsión de Paraguay porque, según él, a mí me escuchaba más el Gobierno y el Presidente que a él. Y me trasladaron a Brasil. Pero el Presidente del Paraguay, indignado, pidió a Franco que trasladara al Embajador y me quedara yo en su puesto, y Franco no tuvo más remedio que dejarme ir en la etapa que estuvo de ministro Castiella.

T. de H.—*¿Cuál es su opinión sobre las doctrinas políticas de la España actual? ¿No es contradictorio que afirmara usted hace dos años que el eurocomunismo es el fascismo de hoy, y en cambio hace unos días se definiera como anarcosindicalista?*

G. C.—No, porque el sindicalismo es una autoridad y el anarquismo es la libertad exacerbada y revolucionaria. El eurocomunismo es la misma conjunción del comunismo como movimiento autoritario y masivo y el «euro» liberal y europeo, que ya no puede ser ruso. Son modalidades fascistas, sin cristalizar todavía en una doctrina precisa.

T. de H.—*¿Piensa usted que en España puede haber un resurgimiento del fascismo? ¿Cuál sería su ideología?*

G. C.—Depende de lo que apriete el comunismo. Si el fascismo es la aspirina contra el dolor de cabeza del comunismo, depende del dolor de cabeza que nos dé el comunismo.

Si un escritor, un poeta, un profeta tiene que estar montado en un Pegaso con alas, yo creo que en este momento si se produce el triunfo del marxismo-leninismo, que intenta traer la felicidad sobre la tierra a todos los proletarios del mundo, convirtiéndoles en burgueses, o sea en consumidores de bienes terrenales, si se acerca esa victoria de tipo espiritual sobre todo el haz de la tierra y de los demás planetas que conquiste el hombre, se empezará acentuar cada vez más el ansia y el ideal por una revolución en la dimensión temporal, en el tiempo. El marxismo-leninismo ha querido resolver la felicidad sobre esta tierra, pero esta felicidad —en caso de que sea felicidad— dura muy poco, y despierta lo que llamaba Unamuno «el hambre de eternidad», el seguir viviendo después de la muerte. Y mientras no se resuelva el problema de la muerte, no se ha resuelto nada. Por eso mi actitud presente es



radicalmente religiosa, en ese sentido transcendente a la vida terrena y espacial.

T. de H.—*¿Cuáles serían los líderes de ese nuevo fascismo?*

G. C.—Eso depende. Los movimientos fascistas que se están dando van tomando una forma que es «el piñarismo», de apiñado, en torno a un hombre que tiene nombre de piña, de apiñar a la gente, sin más doctrina que su palabra, con gran capacidad de convocatoria, como se dice ahora, y con el «sálvese el que pueda» como única doctrina. El piñarismo no es una doctrina, es una palabra encendida o congelante, como la tuvo Viriato frente a la invasión romana, o los caudillos del siglo pasado que se pronunciaban... Se podrían llamar voces salvacionales, más que doctrinales.

T. de H.—*Cómo definiría usted al terrorismo?*

G. C.—Todo el mundo está aterrado con el terrorismo, y quieren darle soluciones y explicaciones. Yo como profeta un tanto bíblico, me remontaría a aquellos tiempos de que habla la Biblia, en que se levantaban a pronosticar catástrofes, terrores y apocalipsis, para purgar los pecados del pueblo de Israel. El terrorismo actual en ese aspecto político es muy positivo frente a la sociedad de consumo, al becerro de oro en que vivimos, porque provoca el terror, que es un sentimiento religioso ante el olvido de la muerte, porque el terror trae la muerte ante una sociedad que se ha convertido en la piara de Epicuro, es decir, en cerdos.

Luego, hay en en terrorismo otro aspecto muy



Ernesto Giménez Caballero

Memorias de un dictador



espejo de españa

El genio de España, vivido y ahora dictado por un gran escritor en un libro que es testimonio e interpretación personal de la historia del mundo moderno.



«El terrorismo actual en ese aspecto apocalíptico es muy positivo frente a la sociedad de consumo, al becerro de oro en que vivimos, porque provoca el terror, que es un sentimiento religioso ante el olvido de la muerte, porque el terror trae la muerte ante una sociedad que se ha convertido en la piara de Epicuro, es decir, en cerdos». (Portada de las «Memorias de un dictador», de Ernesto Giménez Caballero).

nacionalista, y yo diría casi fascista: el de los pueblos vencidos en la última guerra, que intentan de algún modo invalidar la victoria de los vencedores, y si es posible, preparar la revancha,por aquello que dijo Sancho a Don Quijote: «Los vencidos de hoy serán los vencedores de mañana». Nadie ha observado, salvo yo en **Mis Memorias**, que los principales focos terroristas se están dando en los pueblos que perdieron la guerra: las Brigadas Rojas en Italia, la banda Baader-Meinhof en Alemania; los kamikazes japoneses; los palestinos frente a Israel, y los vascos de ETA frente a una España que se está dejando colonizar.

T. de H.—¿Pero, no es esto hacer apología del terrorismo?

G. C.—No es apología, sino explicación. Al terrorismo se le ataca y no se le explica, y si no se le explica, sólo se limitan a ponerle emplastos a la buena de Dios. Yo le doy la etiología de este cáncer, que es el modo de poderlo vencer. Como el cáncer no es más que células envejecidas es necesario rejuvenecer esas células con una nueva primavera que vuelva a reír. ■

M. R.

«Franco era uno de los hombres más graciosos, divertidos, humanos, y con una ironía y un humor gallego enormes. Yo con Franco he sido con uno de los hombres que más me he reído». (Giménez Caballero durante una audiencia con Franco, en compañía del ministro de Industria del Paraguay)



Ovidio Gondi

Tacho Somoza, el viejo



El Banco de la Nación lanzó una emisión de billetes de un córdoba, que llevaba estampada la efigie de Lillian Somoza Debayle, que inmediatamente sirvieron de chufla contra el régimen. Era frecuente oír en el mercado preguntas como ésta: ¿Cuántos lilians vale este cerdo? (Facsímil de un córdoba, con la efigie de la hija del dictador).

I

«Somoza era un temible guerrillero y al mismo tiempo un bandido y sanguinario. Su nombre causaba espanto, no sólo en Nicaragua, sino en todos los Estados centroamericanos. La devastación era su debilidad y el pillaje su divisa. El bandido terminó en el patíbulo a las ocho de la mañana del 17 de julio de 1849. El cadáver de Somoza fue colgado de un poste en una de las calles principales de la ciudad, en donde permaneció expuesto por tres días, hasta que alguien le proporcionó una humilde y cristiana sepultura».

Esta nota fue escrita por un cronista nicaragüense el mismo año de la ejecución. Casi un siglo después, el nieto de aquel bandolero se convertía en el personaje más importante de Nicaragua y los hechos de su vida política hicieron que el pueblo le recordara, por medio de la literatura clandestina y el rumor, la ascendencia patibularia de su abuelo, Bernabé Somoza **Siete Pañuelos.** (Dice la leyenda que para la comisión de sus fechorías Bernabé Somoza se cubría la cara con un pañuelo, diferente cada uno de los días de la semana).

Nicaragua ha sido —y lo sigue siendo— un país desventurado. Sus 148.000 kilómetros cuadrados de superficie ocupan un lugar estratégico en Centroamérica. El proyecto de un canal interoceánico y los grandes intereses mineros hicieron al país víctima de repetidas intervenciones armadas de los fusileros norteamericanos, en el transcurso de la segunda y tercera décadas del siglo. El millón y medio de nicaragüenses, a fines de los años cuarenta, habían tenido escasas oportunidades de expresar libremente su voluntad para escoger gobernantes.

En 1936 Anastasio Somoza García, el nieto de **Siete Pañuelos**, tomó por asalto el poder. Su tiranía duró diez años, al cabo de los cuales los nicaragüenses daban muestras de desaliento ante la perspectiva política que se les ofrecía. Los líderes de la oposición seguían siendo dos ancianos ex presidentes que pertenecían al Partido Conservador, Adolfo Díaz y el general Emiliano Chamorro, que en la segunda década y tercera década del siglo se alternaron en el poder bajo la protección de los Estados Unidos.

Cuando Somoza decidió no reelegirse en las elecciones de febrero de 1947, los dos partidos rivales se aprestaron a la campaña política. Por decenios, liberales y conservadores habían regido los destinos de Nicaragua, pero ahora se hallaban divididos. El conservador contaba con dos fracciones, la que permanecía adicta al general Chamorro y la que aceptó colaborar, en años anteriores, con la dictadura. Por su parte, el Partido Liberal también se había escindido entre los que apoyaban a Somoza y aquellos que no lo consideraban representativo del liberalismo tradicional. Liberales, disidentes y conservadores ortodoxos, los de Chamorro y Díaz, apoyaron la candidatura de Enoc Aguado, liberal enemigo de Somoza, y liberales somocistas y conservadores disidentes se inclinaron por el candidato oficial del presidente, el fiel y pacífico don Leonardo Ar-

güello, otro anciano de 73 años de edad, médico dedicado a la política, con aficiones literarias.

No era fácil que Somoza se resignara a perder el control de la gobernación del país. En diez años de dictadura se convenció a sí mismo de que Nicaragua era una gran hacienda de su propiedad y los nicaragüenses peones a sus órdenes. A mediados de 1944, Anastasio Somoza, el nieto de **Siete Pañuelos**, tenía 48 casas - habitación, 51 haciendas de ganado, 46



Cuando le dijeron a Roosevelt sus amigos que Somoza era un hijo de puta, Roosevelt contestó cínicamente: «Sí, ya lo sé, pero es nuestro hijo de puta». (En la fotografía, el Presidente de los Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt).

haciendas cafetaleras, 18 campos de forraje, ocho campos azucareros con sus respectivos ingenios, 76 terrenos urbanos baldíos, 16 empresas rurales y 13 industriales. Era el accionista principal de la Cervecería Nacional y estaba asociado con Mauricio Robelo, concesionario exclusivo de la emisión de timbres fiscales y de las estampillas de correos. De los diez millones de córdobas que anualmente producían las minas de oro de Las Segovias, el 15 por 100 pertenecía a Somoza.

II

Durante la II Guerra Mundial, el general obtuvo considerables ganancias vendiendo provisiones a los norteamericanos que se hallaban de guarnición en la zona del Canal de Panamá. Diariamente salían de sus haciendas aviones cargados de leche destinada a la intendencia yanqui. En 1943 Somoza, al mismo tiempo que incorporaba la Carta del Atlántico a la Constitución del país, dispuso la venta de un millón de gallinas a la zona del Canal. Cuando se hallaban listas para el embarque, el jefe del puerto recibió un telegrama del presidente, que decía así: *«Sírvase no despachar las gallinas hasta que hayan puesto huevo»*.

Toda la gasolina y medios de transporte que empleaba Somoza en sus empresas privadas pertenecían a la Guardia Nacional, y los peones, en buena parte, eran pagados con fondos del Presupuesto General de Gastos, haciendo figurar a sus obreros como miembros de la Guardia. Somoza tenía una hacienda ganadera en Costa Rica, tres casas de departamentos en Miami (Florida), una casa en San José de Costa Rica, arrendada a la legación de Nicaragua; una quinta en el Canadá y varias cuentas en distintos bancos del continente americano, principalmente en los Estados Unidos.

El sueldo de Somoza, como presidente, era de 3.000 córdobas mensuales, más 100.000 al año por gastos de la casa privada. Recibía 900 al mes como jefe de la Guardia Nacional y 800 que le entregaban los Ferrocarriles Nacionales por presidir las reuniones de directores. Las compañías mineras extranjeras le pagaban 3.000 dólares mensuales por autorizar la salida de mineral de oro. Todo el presupuesto de Nicaragua llegaba entonces a 6.000.000 de dólares. Un maestro de escuela ganaba el equivalente de seis dólares al mes y un peón 30 centavos de córdoba al día.

El dictador fue en otro tiempo secretario privado de José María Moncada, que murió a los 72 años de edad (1944), siendo ministro de Gobernación. Estuvo en contra de la intervención norteamericana hasta que en 1927 firmó un compromiso con Henry Lewis Stimpson, por el cual Moncada se comprometía, siendo ministro de la Guerra del Gobierno opuesto al que apoyaban los norteamericanos, a entregar fusiles del Ejército Constitucionalista al precio de diez dólares pieza, y ametralladoras a cien. Además, Stimpson le había prometido que sucedería a Díaz en el mandato presidencial.

José María Moncada, ex presidente, que fue uno de los más seguros servidores de la administración de Somoza, solía hacer chistes a costa suya, unas veces en su presencia y otras a su espalda. A él se atribuye esta frase: *«Cuando fui presidente decían que yo era un ladrón; cuando lo fue Sacasa dijeron que yo había sido*

un ratero; ahora que lo es **Tacho** *dicen que yo fui un hombre honrado».*

Somoza escogía los hombres de su equipo ministerial en forma caprichosa. Bastaba con que fueran sus amigos personales o que le cayeran en gracia. Y por razones parecidas, en sentido contrario, los destituía. A fines de 1943, un ingeniero norteamericano que dirigía las obras del tramo nicaragüense de la carretera Panamericana, aconsejó a Antonio Flores Vega, ministro de Fomento, la necesidad de elevar en 20 centavos de córdoba el salario de los obreros. Flores Vega pidió a Somoza que autorizara un aumento de diez centavos y el dictador lo destituyó fulminantemente, acusándole de sabotear una obra de defensa continental.

En otra ocasión, cuando presenciaba una fiesta charra, se dirigió a un joven que tenía a su lado y del cual sólo sabía que tenía aficiones literarias y que era miembro de una de las familias más importantes de Managua: *«Si montas ese torete te hago subsecretario de Educación».* El joven, Mariano Fiallos, montó el animal y al día siguiente recibió el nombramiento.

A Somoza le encantaba la populachería y se hacía ver en las reuniones públicas luciendo vistosos uniformes, generalmente blancos, y brillantes zapatos de tafilete rojo. Le gustaban los encierros de toros y las peleas de gallos. Al comienzo de su administración hacía largas giras por el país, aprovechando hasta el último kilómetro de los 923 con que cuentan los ferrocarriles nacionales. Hacía los viajes en tren especial, en el que no faltaba detalle de lujo y comodidad, llevando siempre a la cola un furgón con la banda de música. Sus uniformes, siempre recargados de condecoraciones, hizo que Moncada le dijera en cierta ocasión: *«Tacho, pareces un árbol de Navidad».*



Anastasio Somoza Tebaina, con uniforme de Jefe de la Guardia Nacional (creada por los EE.UU.).

III

El día más feliz de la vida de Somoza fue el 1.º de febrero de 1943. No porque aquel día cumpliera 47 años de edad, sino porque su hija Lillian contrajo matrimonio con Guillermo Sevilla Sacasa, sobrino del presidente que Somoza destituyó en 1936, pariente de su propia esposa e hijo del ministro de Hacienda en el gabinete de aquella época.

Los nicaragüenses recordaron el espectáculo durante muchos años, del mismo modo que recordaban, porque se lo oyeron contar a sus abuelos, la muerte que llevó Bernabé Somoza hacía 98 años. Ya en la época en que Lillian estudiaba en el Gunston Hall, de Washington, la hija del presidente fue festejada como tributo a su singular belleza. Los miembros de la Guardia Nacional la nombraron Reina del Ejército y le regalaron una corona y cetro de oro y piedras preciosas, valorados en 100.000 córdobas. El arzobispo de Managua colocó sobre las sienes de Lillian el regio tributo. El día de la coronación se declaró fiesta nacional y Lillian recorrió las calles de Managua a bordo de una carroza, a la que hacían guardia de honor los oficiales de las fuerzas armadas, vestidos a la usanza romana. Los gastos de la fiesta ascendieron a 200.000 córdobas, deducidos centavo a centavo de los sueldos de los componentes de la Guardia Nacional, desde el soldado raso hasta el general de brigada.

Meses antes del 1.º de febrero se hicieron ya los preparativos matrimoniales. El Banco de la Nación lanzó una emisión de billetes de un córdoba, que llevaban estampada laefigie de Lillian Somoza Debayle, que inmediatamente sirvieron de chufla contra el régimen. Era frecuente oír en el mercado preguntas como ésta: *«¿Cuántos lillian vale este cerdo?»*

Quince personas se trasladaron a México con el objeto de comprar regalos para la novia. Veintiséis juegos de plata competían entre sí, provenientes de distintos lugares del continente. El presidente de Costa Rica, Rafael Calderón Guardia, apadrinó a los novios y les hizo regalos por valor de 6.000 dólares. Los directores de las compañías mineras La Bo-



El día más feliz de la vida de Somoza fue el 1.º de febrero de 1943, porque su hija Lillian contrajo matrimonio con Guillermo Sevilla Sacasa, sobrino del Presidente que Somoza destituyó en 1936, pariente de su propia esposa e hijo del ministro de Hacienda en el gabinete de aquella época. (En la foto, Sevilla Sacasa, abrazado por Somoza Debayle, hijo del viejo Tacho Somoza; los acompaña el entonces Presidente Lorenzo Guerrero).

nanza y El Jabalí enviaron presentes por valor de 4.600 y 3.000 dólares. El anillo matrimonial se valuó en 10.000 dólares. El valor total de los regalos dicen que ascendió a medio millón de córdobas.

El día de la ceremonia llegaron aviones de México y Guatemala cargados de flores, con las que se confeccionó una alfombra que se extendía desde el Palacio Presidencial hasta la Catedral, donde el arzobispo habría de casar a los novios; medio kilómetro cubierto de gardenias, rosas y claveles, sobre un fondo de seda. Las bandas de música recorrieron las calles y el presidente inauguró seis manzanas pavimentadas del Bulevar Somoza y del Jardín Lillian.

Terminada la ceremonia, el novio recibió de manos de su suegro el nombramiento de ministro en Washington, sustituyendo al doctor León Debayle, uno de los muchos cuñados del presidente que ocupaban puestos clave en el Gobierno.

Un año después (1944), Tacho Somoza García recibió con alborozo la noticia de que era abuelo. En el mes de junio, cuando el niño Guillermito Sevilla Somoza cumplió tres meses de edad, el presidente extendió un decreto nombrándolo capitán de la Guardia Nacional, con disfrute de sueldo. Para hacer efectivo el nombramiento Somoza dispuso una recepción en Palacio, en la que el niño recibió otros honores, como el de *«mascota de las reservas del Ejército Nacional»*, al mismo tiempo que se le impuso la Medalla de Oro y se le hizo entrega —en manos de mamá— de las alas de aviación, con despacho y diploma.

IV

Cuando se anunciaron las elecciones de febrero de 1947, para elegir presidente, Chamorro y Díaz se trasladaron a Washington para entrevistarse con Spruille Braden, en el Departamento de Estado. Los dos ancianos recordaron los tiempos de William Howard Taft y pidieron que Washington prestara a las elecciones nicaragüenses *«una vigilancia paternal»*.

Si se hablaba en Nicaragua del posible retorno de los conservadores al poder —Chamorro o Díaz—, los nicaragüenses se revolvían airados para exclamar: *«¡Que siga Somoza!»*, a pesar de que era notorio que detestaban al nieto de **Siete Pañuelos.** El abuelo Bernabé incendiaba las fincas de café y saqueaba las haciendas. El nieto, Anastasio, prefería apropiarse de ellas y hacer que rindieran pingües beneficios. En la

época de la intervención, la aviación norteamericana destruía las pacíficas aldeas que no se sometían a los gobiernos de Chamorro o Díaz. El pueblo no lo olvidaba, pero tampoco olvidaba que fue Somoza quien ordenó y dirigió el asesinato de Augusto César Sandino, el legendario héroe de la independencia, siempre frustrada, de Nicaragua.

Desaparecido Sandino de la escena política (1934), el resto fue sencillo para Somoza. En 1936 depuso a su tío, Juan Bautista Sacasa, y al año siguiente un presidente provisional le traspasó los poderes. En 1940 Somoza promulgó una nueva constitución con las reformas adecuadas que le permitieran continuar en el poder.

Somoza tenía gran simpatía por los Estados Unidos. El dictador había nacido en San Marcos, departamento de Carazo, el 1.º de febrero de 1896. Su familia poseía una modesta finca cafetalera, y haciendo grandes sacrificios envió a Anastasio a estudiar al Comercial College de Filadelfia, donde se hizo perito mercantil. Cuando regresó a Nicaragua ocupó varios cargos políticos y administrativos de escasa importancia. El cargo que le puso en el camino de la influencia fue el de intérprete de las autoridades norteamericanas de ocupación. Conocía a los altos jefes y no le fue difícil convertirse en jefe auxiliar de la Guardia Nacional (1932) y jefe supremo un año más tarde.

La oposición conservadora y la dictadura de Somoza padecía el mal de su propio origen: Díaz y Chamorro. Entre los años de 1909 y 1912, los Estados Unidos habían tomado parte activa en la deposición o nombramiento de varios presidentes. Era la época del **Big Stick.** Los mandatarios se sucedieron hasta que los norteamericanos encontraron uno a su gusto. Este presidente fue Adolfo Díaz, elegido en 1912. Había nacido el 15 de julio de 1875, hijo de padre nicaragüense y madre costarricense. Díaz era un modesto empleado de La Luz y Los Angeles Mining Company, en Bluefields, concesión minera dedicada a la obtención de oro. Santos Zelaya había cometido la indiscreción de intentar cancelar la concesión de La Luz y Los Angeles, de la que era uno de los principales accionistas Philander Knox, ex secretario de Estado estadounidense. Uno de los sobrinos de Knox era jefe de Díaz en Bluefields.

En 1909 estalló la revolución que acabó con



Anastasio Somoza Debayle, hijo y sucesor del dictador Tacho Somoza, cuando era Jefe de la Guardia Nacional de Nicaragua, en compañía del embajador nicaragüense en El Salvador, Ernesto Matamoros.

Zelaya. El general Estrada encabezó el movimiento, secundado por Chamorro. Díaz, cuyo sueldo semanal era de 25 dólares, entregó un cheque, según decían los liberales, de 200.000 dólares, al que siguió otro de 400.000. El presidente Juan J. Estrada, que dimitió poco después de triunfar la revolución, al negarse a admitir ciertas exigencias del embajador norteamericano, aseguró en Nueva York, sin que nadie lo desmintiera, que los intereses mineros de la costa oriental de Nicaragua habían contribuido a la revuelta con un millón de dólares.

El primer paso que dio Adolfo Díaz, una vez en la poltrona presidencial, fue acordar la cesión de una zona a los Estados Unidos para construir el Canal de Nicaragua, por la cantidad de tres millones de dólares. El pacto llevaba el nombre de Bryand-Chamorro, correspondiendo el segundo de estos nombres a Emiliano Chamorro, al que Díaz había hecho ministro en Washington. El pacto tenía que llevar la aprobación de los Congresos de ambos países. La agitación popular en Managua era tan grande que el día que se reunieron los representantes, los fusileros de la marina norteamericana tuvieron que rodear el edificio del Congreso, para evitar que lo asaltaran.



En el interior de este boletín propagandístico del dictador «Tachito» Somoza, sucesor del «Viejo» Somoza, se puede leer: «No ostento mi dinero como símbolo de poder, sino como símbolo de fuente de trabajo para los nicaragüenses».

El documento fue leído en su original inglés y ninguno de los representantes conocía este idioma, lo que no fue obstáculo para su aprobación. Curiosamente, algún tiempo después, el pacto fue rechazado por el Congreso de los Estados Unidos, por considerarlo lesivo a los intereses del país centroamericano.

Emiliano Chamorro, la figura de mayor personalidad en aquella época, difería de Adolfo Díaz en todo. Este último tenía poco ascendiente popular, mientras que Chamorro se convirtió en héroe nacional en la lucha contra la dictadura de Zelaya. En realidad, a Díaz, pasados algunos años en el poder, no le agradaba ser presidente y aceptaba el cargo cuando los norteamericanos se lo pedían, como si se tratara de la administración de una de las minas de Bluefields. En los años que siguieron a su aparición en la política, hubiera preferido retirarse a su finca cafetalera y no volver a oír hablar de política.

Chamorro, por el contrario, tenía pasión por la lucha, y cuando se retiraba por algún tiempo a su rancho, lo hacía con el propósito de fraguar alguna conspiración. Díaz amaba la tranquilidad, Chamorro la acción. Cuando se hablaba en Nicaragua de *«El General»*, todo el mundo sabía que se referían a Chamorro, pese a que por aquel entonces abundaban los generales en el país. Díaz, criollo, tenía como orgullo la pureza de su sangre española. Chamorro se sentía fieramente ufano de su mestizaje. Su padre perteneció a una de las familias españolas más importantes de Nicaragua. Su madre, humilde indígena, había prestado servicios domésticos en la casa de los Chamorro. El general sentía devoción por su madre, y cuando se convirtió en presidente la llevó a su lado, en el Palacio Presidencial de Managua. Todo esto contribuía a aumentar su popularidad.

Chamorro fue elegido presidente en 1916. Cuando abandonó el poder (1920) hizo elegir a su tío, Diego Manuel Chamorro, cuyo gabinete fue uno de los casos de nepotismo más pintorescos que puede registrar la historia de cualquier país. Los Chamorro se multiplicaron de tal modo que, a un mismo tiempo, había uno ministro del Interior (Rosendo), otro ministro en Washington (el propio Emiliano), otro en la presidencia del Congreso (Salvador), otro en el Consejo del Departamento del Tesoro (Agustín). El jefe de la policía de Managua era Filadelfo Chamorro y el de la fortaleza militar de la misma plaza Bolaños Chamorro. También eran Chamorro el director de Rentas Públicas (Dionisio), el jefe del Ejército de la Zona Norte (Carlos), el cónsul en San Francisco (Fernando), el cónsul en Nueva Orleáns (otro Agustín) y el cónsul en Londres (Pedro). Doce persona-

jes que llevaban el mismo apellido, sin contar las docenas de parientes que no lo tenían y que ocupaban puestos importantes en la administración.

V

Somoza, que siempre quiso dar a su dictadura un tinte constitucional, planteó a sus amigos y enemigos del Partido Liberal (1944) la posibilidad de reelegirse en 1947. Logró nuevas reformas constitucionales que abrían la puerta a estos deseos. Un día dijo a los líderes que se le oponían que no pensaba abandonar el poder y que para ello contaba con el apoyo de las *«cañas huecas»*, como él gustaba llamar a los fusiles. Cuando explicó las razones para la reelección les hacía ver la dificultad de encontrar un sucesor digno de él, y les preguntaba: *«¿A quién van a elegir ustedes?»*. Mencionaba algunos nombres que los reunidos rechazaban como inaceptables, y entonces Somoza, con sorna, los ojillos brillantes por el triunfo de su dialéctica, les preguntaba de nuevo: *«¿Acaso piensan elegir a don Leonardo?»*. Los reunidos estallaron en una sonora carcajada al oír el nombre de Leonardo Argüello, que era ministro del Interior del mismo Somoza, un instrumento dócil en sus manos, huérfano de carácter y sin ningún prestigio político en el partido del presidente.

Durante todo el año de 1944 Somoza jugó la papeleta de la reelección, siempre con poco éxito, pues la oposición en el seno del Partido Liberal era muy fuerte. A veces tomaba muy a pecho las cosas. Un día se enfrentó a Carlos Pasos, su enemigo y correligionario más destacado, para decirle en son de desafío y con la sonrisa en los labios: *«Te apuesto tres millones de córdobas a que me sucederé a mí mismo en la presidencia»*.

Otro enemigo de Somoza en su propio partido era Manuel Cordero Reyes, pariente suyo que había sido ministro de Relaciones Exteriores y que le arregló la entrevista con Roosevelt en 1939. (Cuando le dijeron a Roosevelt sus amigos que Somoza era un hijo de puta, Roosevelt contestó cínicamente: «Sí, ya lo sé; pero es nuestro hijo de puta»). Somoza envió a Cordero Reyes un emisario para advertirle que su actitud era peligrosa y que en Nicaragua *«eran frecuentes los accidentes en que cualquier ciudadano perdía la vida en forma inesperada»*. Cordero Reyes replicó: *«Dígale a Tacho que eso no vale nada, que el hombre tiene la vida en la pata de una mosca»*. Esto ocurrió después de una reunión entre los líderes oposicionistas y Somoza, en la que se destacó Cordero Reyes con sus acusaciones. Ante los argumentos, Somoza acabó gritando: *«¡Ustedes quieren que me coman los perros! ¡Necesito mantenerme en el poder! ¡Tengo muchos enemigos! ¡Debo defender a mi familia, mi vida y mis intereses!»*



Nicaragua no estaría representada en la Conferencia de Cancilleres de Río de Janeiro, y lo que más le dolía a Somoza era la reacción adversa de Washington. (Mapa de Nicaragua).

Somoza tenía espías entre sus enemigos políticos y en cierta ocasión envió a Carlos Pasos este recado verbal: *«Dile a Carlos que si insiste en leer en la convención el discurso que ya conozco, y que fue leído anoche dos veces en casa de Castro Wassamer (otro líder de la oposición interna), no se olvide de ir armado, porque nos vamos a matar, a pesar del aprecio que le tengo. Yo no me dejo* **botar** *con discursos»*. Somoza pensó mejor su amenaza, y en lugar de matarse con Carlos Pasos decidió meterlo en la cárcel, impidiendo de este modo que asistiera a la convención. Por su parte, Cordero Reyes no se arredró y acudió a la reunión liberal. Algunas semanas después apareció muerto, repentinamente, en su casa. En torno a este hecho circularon por Managua historias en la que Somoza jugaba importante papel.

En 1945, por fin, la oposición liberal logró arrancarle la promesa de no reelección, pero todavía volvió a hacer declaraciones en el mismo sentido. *«Si me eligen presidente* —comentó— *abandonaré el poder después de terminar las obras de la carretera del litoral atlántico»*. En 1946, cuando estuvo en Nueva Orleáns para curarse de unas fiebres palúdicas, insistió: *«No puedo evitar la política. Después de todo, soy el jefe del Partido Liberal y tendré que aconsejar a mi sucesor»*.

Cuando por fin se reunió la convención del partido (1946) —controlada totalmente por Somoza— para elegir el candidato oficial, el presidente puso todo el peso de su influencia en el nombre de Leonardo Argüello, el pacífico ministro del Interior, al que se había referido con sorna y desprecio tres años antes. Delante de los reunidos, Somoza quiso hacerle sentir al candidato, una vez más, la razón por la que había sido elegido, y dijo: *«Los 102 delegados que asisten a esta convención me habían designado a mí candidato por unanimidad, pero una vez más he rechazado tal nombramiento»*.

Desde el primer momento se consideró asegurado el triunfo de Argüello. El 1.° de mayo se celebró la toma de posesión y sucedió algo extraordinario que hizo tambalearse al dictador bajo el pesado fardo de sus condecoraciones. Argüello, el colaborador inefable de tantos años, que le había servido fielmente en tres ministerios, declaró enérgicamente en su discurso inaugural, subrayando cada palabra con su aguda barbita de chivo: *«Pueden estar seguros de que no seré una simple figura decorativa»*.

No obstante, Argüello comenzó a cumplir algunos de los compromisos personales adquiridos con Somoza. Puso al ex dictador al frente de la Guardia Nacional, a cuyo mando estuvo Somoza desde 1933. Pero al mismo tiempo trató de disminuir su dominio con medidas que fortalecían la función presidencial. Destituyó al jefe de la policía de Managua y revocó nombramientos hechos por su antecesor antes del traspaso de poderes.

Aquel cambio tan radical en el carácter del antiguo ministro de Somoza acrecentó su popularidad en los 26 días que duró su estancia en el Palacio Presidencial. Se presentaba en los lugares públicos sin escolta alguna y el pueblo lo rodeaba aplaudiendo. Estas muestras de simpatía dieron tal fuerza a don Leonardo que éste dio un nuevo y peligroso paso: ordenó el traslado de Luis Somoza Debaylle, uno de los comandantes de la Guardia Nacional e hijo del dictador, a un puesto de inferior categoría, en el departamento de León. (El padre estaba orgulloso de Luis y años antes le dijo que tenía que aprender a ganarse la vida *«con sus propias manos»*, para pagar los estudios. Y lo nombró inspector general de consulados. Posteriormente lo hizo agregado militar en Washington, y, por último, le ordenó regresar a Managua, para ascenderlo a comandante y colocarlo, a los 26 años de edad, en las filas de la Guardia Nacional).

El 26 de marzo Somoza sacó las fuerzas a la calle y en unas horas, sin disparar un tiro, se hizo dueño de la situación. Argüello se refugió en la Embajada de México, y el Congreso, reunido por orden de Anastasio Somoza, declaró a Argüello *«incapacitado para ejercer el cargo»*, nombrando para sustituirlo a Benjamín Lacayo Sacasa, rico ganadero de 60 años de edad y pariente de doña Salvadorita Debayle, esposa del hombre fuerte. Este entró a formar parte del gabinete como ministro de la Guerra. Marina y Aviación.

Las repúblicas americanas no reconocieron a aquel Gobierno. Nicaragua no estaría representada en la Conferencia de Cancilleres de Río de Janeiro, y lo que más le dolía a Somoza era la reacción adversa de Washington. Confiaba en su habilidad para manejar situaciones difíciles, aunque había perdido a algunos de sus más eficaces colaboradores en aquel levantamiento incruento que lo colocaba una vez más en el poder. La actitud en el exterior hizo nacer las esperanzas de los nicaragüenses, cansados de liberales y de los conservadores, que se habían alternado en el poder en lo que iba de siglo.

Era frecuente escuchar las mismas palabras en los labios del pueblo: *«Dennos unas pistolas y un líder, y la próxima madrugada haremos la revolución»*. Pero las únicas armas estaban en manos de la Guardia Nacional y no había otros líderes que los que utilizaban Somoza y Chamorro, dos cosas consideradas malas, pero que a veces ni siquiera tenían la alternativa de poder escoger.

En el año de 1944, época en que Somoza mantenía con más firmeza las riendas del poder, tenía en la administración gran cantidad de parientes, entre los que destacaban los siguientes:

Julio Somoza, *hermano, jefe militar del departamento de Carazo;* **José Dolores García**, *primo,*



Anastasio Somoza Debayke, «Tachito II». Actual dictador de Nicaragua.

director general de Comunicaciones; **José Somoza,** *hijo naturál, teniente del Ejército, donde tenía, además, cuatro sobrinos;* **Luis Somoza Debayle, hijo attaché,** *militar en la misma Embajada;* **J. Ramón Sevilla,** *consuegro, ministro de Hacienda;* **Guillermo Sevilla Sacasa,** *yerno, embajador en Washington;* **Alberto Sevilla Sacasa,** *hermano del anterior, secretario de la Embajada en Washington;* **Lidia Sevilla Sacasa,** *hermana de los dos últimos y empleada en la Embajada;* **Oscar Sevilla Sacasa,** *hermano de los anteriores, jefe de protocolo;* **Luis Rivas Oftalmí,** *esposo de* **Lidia,** *en la Comisión del Centro de Precios;* **J. Somoza,** *sobrino, director de la Compañía de Aguas de León;* **Arturo Somoza Medina,** *primo, alto funcionario de los Ferrocarriles Nacionales;* **Luis Manuel Debayle,** *cuñado, ministro de Higiene, director general de Sanidad y coronel del Ejército;* **Luis Manuel Debayle,** *hijo del anterior, capitán del Ejército;* **León Debayle,** *miembro de la directiva del Banco Nacional y consejero de la Presidencia;* **Roberto Debayle,** *cuñado, jefe político del departamento de León;* **Henry Debayle,** *cuñado, médico de la Presidencia;* **Noel Ernesto Pallais,** *esposo de* **Margarita Debayle,** *cuñada, abogado de los Ferrocarriles Nacionales;* **Narciso Lacayo Pallais,** *casado con* **María Debayle,** *cuñada, abogado general del Banco Nacional;* **Edmón Pallais,** *sobrino, jefe de zona militar;* **Armando Pallais,** *ministro en Panamá;* **Francisco Aguirre,** *sobrino, teniente del Ejército y jefe de Defensa Nacional;* **Emiliano Tercero Debayle,** *contratista de obras del Gobierno:* **Rafael Sacasa,** *tío, gerente del Banco Hipotecario;* **Antonio Sacasa,** *de la directiva del Banco Nacional;* **Crisanto Sacasa,** *tío, senador de la República;* **Amalia Somoza,** *hermana. agente de compras del Gobierno;* **Francisco Rodríguez Somoza,** *sobrino, alto funcionario de la Compañía de Aguas, y* **Rodríguez Somoza,** *hermano del anterior, teniente del Ejército.* ■ **O. G.**



Era frecuente escuchar las mismas palabras en los labios del pueblo: «Dennos unas pistolas y un líder y la próxima madrugada haremos la revolución». (guerrilleros Sandinistas de Estelí, haciendo frente a la Guardia Nacional somozista).

La Iglesia y



Heleno Saña

Una de las cuestiones históricas más debatidas en los últimos decenios ha sido la actitud adoptada por la Iglesia —tanto la católica como la protestante— durante el Tercer Reich. Existen dos tendencias interpretativas fundamentales: una que acusa de colaboracionismo abierto al cristianismo alemán y otra que subraya la oposición activa y pasiva de

el III Reich



El Nuncio Eugenio Pacelli en 1928, en Berlín, antes de hacer una visita al Presidente Hindenburg.

las fuerzas religiosas contra el régimen nazi. Con respecto al Vaticano, existe la misma división de opiniones. La polémica suscitada hace algunos años por el dramaturgo Rolf Hochhuth con su obra «Der Stellvertreter» (El Vicario) prosigue silenciosamente en el seno de la historiografía seria.

EL ANTICLERICALISMO NAZI

La ideología nazi no formuló nunca de una manera clara y rotunda su posición exacta frente al cristianismo. Aunque la mayor parte de militantes y simpatizantes nacionalsocialistas estaban adscritos formalmente a una de las dos Iglesias mayoritarias, el NSDAP no fue nunca un movimiento especialmente religioso. Lo predominante era la indiferencia, la arreligiosidad, el anticlericalismo, el agnosticismo e incluso el ateísmo. Entre los enemigos del cristianismo se hallaban sobre todo Himmler, Martin Bormann, Alfred Rosenberg y el propio Hitler. En una de sus conversaciones de sobremesa, Hitler dijo, en cierta ocasión: «Yo no voy a la iglesia a oír misa. Cuando sea enterrado tampoco quiero ver en un radio de diez kilómetros a ningún clérigo» (1). El anticlericalismo de Hitler no se diferenciaba del que había predominado en los escritos de Voltaire y otros ilustrados franceses. Había otros líderes nazis que sin ser beatos postulaban una política religiosa cauta y equilibrada, como Rudolf Hess y Goebbels. La hostilidad abierta contra la Iglesia estaba representada especialmente por Bormann. En una orden secreta de 9 de junio de 1941, dirigida a los Gauleiter del NSDAP (pero retirada luego), el jefe de la Cancillería y secretario del Führer decía: «La concepción nacionalsocialista y la cristiana son incompatibles. Las Iglesias cristianas se apoyan en la ignorancia de la gente y procuran mantener la ignorancia de la mayor parte de la población, pues sólo así pueden conservar su poder. Por el contrario, el nacionalsocialismo se apoya en fundamentos científicos... Pero las Iglesias no deben poseer en el futuro ninguna influencia sobre la dirección del pueblo. Esta influencia tiene que ser eliminada total y definitivamente» (2).

(1) «Hitlers Tischgespräche», p. 352-353, Bonn 1951.

En conjunto puede decirse que los nazis no creyentes aspiraban a la instauración de un paganismo germánico basado en el culto a la raza aria y a una serie de valores nacionalsocialistas. Estas ideas encontraron su expresión más sistemática en el libro de Alfred Rosenberg «El mito del siglo XX», publicado en 1930. Hitler se distanció en privado del libro y lo tachó de «inoportuno», pero ello no impidió que sus tesis —sin llegar a ser nunca oficiales— ejercieran una gran influencia sobre la casta dirigente nazi e, indirectamente, sobre los escolares y estudiantes, sobre todo en Prusia. El 20 de febrero de 1934, la Curia puso la obra en el Indice de libros prohibidos.

LA ACTITUD DE LA IGLESIA

En su inmensa mayoría, los creyentes alemanes no eran nazis, aunque hubo incluso sacerdotes y pastores que colaboraron muy pronto con el NSDAP. Hasta las postrimerías de la República de Weimar, los católicos y protestantes alemanes más conscientes votaron generalmente a los partidos políticos confesionales como el «Zentrum», el Partido Popular de Baviera o los nacional-alemanes. Ahora bien, el primer gran éxito electoral del NSDAP, en 1930, demostró que el nazismo era capaz de atraer a grandes masas de electores religiosos.

(2) Este documento, capturado por los aliados, es citado a menudo en la historiografía sobre el Tercer Reich. El texto completo es reproducido por Friedrich Zipfel en su magnífica obra «Kirchenkampf in Deutschland 1933-1945», p. 512-516, Berlín 1965.

Es un hecho evidente que el ascenso de Hitler al poder, entre 1930 y 1933, se efectuó con el apoyo de una parte considerable del electorado confesional. En el contexto de la época, esta aproximación entre cristianismo y nacionalsocialismo no puede sorprender. La ideología nazi significaba, en aspectos esenciales, el antípoda del cristianismo, pero entre ambas concepciones existían puntos de confluencia importantes, como el odio común contra el comunismo y la hostilidad hacia el socialismo, el liberalismo, la democracia y la masonería. El antisemitismo y el patriotismo exacerbado eran también dos factores que a menudo unían a ambos movimientos.

El Episcopado católico y las



En Berlín, el Nuncio Pacelli, al fondo a la derecha, asistió a un banquete del ministro de Asuntos Exteriores del Reich, Dr. Stressmann, al fondo a la izquierda.



La primera reunión del gabinete del nuevo Canciller del Reich, Adolfo Hitler (1933): sentados, de izquierda a derecha, Goehring, Hitler y von Papen; de pie, Seldte, Gerecke, von Krosigk, Frick, von Blomberg y Hugenberg.

jerarquías protestantes estaban divididos. Algunos obispos llegaron a recomendar el no ingreso en el NSDAP, pero otros se limitaron a expresar ciertas reservas religiosas, dejando mano libre a los creyentes en materia política. En todo caso, antes de 1933, ninguna de las dos Iglesias se distanció colectiva y rotundamente del nacionalsocialismo.

Existía sin duda un núcleo selecto de católicos y protestantes que rechazaban de plano el nacionalsocialismo como una ideología anticristiana y satánica, pero esta minoría, aunque de gran significado cualitativo, quedaba anegada en medio de la gran masa de católicos y protestantes que veían en Hitler el nuevo Mesías del país.

Al subir a la Cancillería, Hitler, consciente del peso específico del cristianismo como fuerza moral y política, procuró de momento adoptar una línea que tranquilizara a la Iglesia. En sus discursos de 1 de febrero y 23 de marzo de 1933 anunció su propósito de vivir en paz con la Iglesia y de atenerse al «cristianismo positivo» proclamado por el programa del NSDAP. El 1 de febrero dijo: «El gobierno tomará bajo su protección al cristianismo como base de nuestra moral» (3). Y el 23 de marzo: «El gobierno nacional ve en ambas confesiones importantes factores para el mantenimiento de la idiosincrasia de nuestro pueblo» (4).

Por su parte, los altos dignatarios de la Iglesia católica acogieron con benevolencia al nuevo Estado. En la conferencia anual celebrada en Fulda entre finales de mayo y principios de junio de 1933, el Episcopado no dejó de criticar ciertos aspectos de la ideología nazi, pero las declaraciones a favor del nuevo régimen predominaban sobre los pasajes críticos. Los obispos dijeron, entre otras cosas: «Precisamente, en nuestra santa Iglesia católica, el valor y el sentido de la autoridad juegan un papel esencial... A nosotros, católicos alemanes, no nos resulta en modo alguno difícil aceptar el nuevo y fuerte acento de autoridad en el Estado alemán». A esta declaración conjunta siguieron declaraciones individuales por parte de los diversos obispos, en general de carácter apologético. El obispo de Tréveris, Bornewasser, por ejemplo, dijo: «Con la cabeza alta y el paso firme hemos entrado en el nuevo Reich y estamos dispuestos a servirlo movilizando todas las fuerzas de nuestro cuerpo y nuestra alma» (5). El Vicario General de Berlín, que sustituía provisionalmente al obispo Schreiber, declaró, ante miles de católicos: «Tenemos un Reich y un

(3) «Dokumente der deutschen Politik», tomo I, p. 4, Berlín 1935, editado por Paul Meier-Beneckenstein.
(4) Ibid., p. 39.

(5) «Kölnische Volkszeitung», 27 junio 1933.



La línea del NSDAP en materia de publicaciones estaba representada por la Cámara de Prensa del Reich, dependiente del Ministerio de Propaganda de Goebbels. Los periódicos católicos que no eran suspendidos directamente, tenían que someterse a la censura oficial y publicar los artículos-consigna de Goebbels, como ocurrió en la España franquista. (En la foto, Hitler, Goehring y Goebbels, y en segundo término, a la derecha de Hitler, Hess).

mán y el clero protestante aceptasen como legítimo un sistema que, en rigor, significaba la negación más rotunda de la doctrina de Cristo y de la civilización occidental.

Los teólogos, profesores, intelectuales y publicistas empezaron de pronto a buscar paralelos entre dos movimientos que hasta entonces habían mantenido una relación distante. Entre ellos hay que citar sobre todo al profesor e historiador de la Iglesia, Joseph Lortz (7), al profesor de dogmática Michael Schmaus (8), al famoso teólogo de Tubinga Karl Adam y al teólogo Karl Eschweiler. Este último llegó a aprobar la esterilización forzosa, por lo que fue

(7) Véase Joseph Lortz, «Katholischer Zugang zum Nationalsozialismus Kirchengeschichtlich gesehen», Munster 1933.

(8) Véase Michael Schmaus «Begegnungen zwischen Katholischen Christentum und Nationalsozialistischer Weltanschauung», Munster 1934, seg. ed.

Führer, y a este Führer lo seguiremos fielmente y a conciencia» (6). Göring nombró al obispo de Osnabrüch, Berning, miembro del Consejo de Estado de Prusia, y el obispo aceptó.

Por estas fechas estaba ya en marcha la negociación de un Concordato entre Berlín y la Santa Sede, que firmado el 20 de julio de 1933, entraría en vigor el 10 de septiembre. Si de una parte Roma creía con este acuerdo salvaguardar los intereses de los católicos alemanes, de otro lado, el Concordato significó un gran apoyo político-moral para el Tercer Reich, y demostraba que la Curia estaba muy lejos de adivinar el contenido diabólico del Estado hitleriano.

El reconocimiento del régimen por parte del Vaticano contribuyó de manera decisiva a que el Episcopado ale-

(6) «Germania», 21 agosto 1933.



El reconocimiento del régimen por parte del Vaticano contribuyó de manera decisiva a que el Episcopado alemán y el clero protestante aceptasen como legítimo un sistema que, en rigor, significaba la negación más rotunda de la doctrina de Cristo y de la civilización occidental. (En la foto, Hitler asiste a un desfile de antiguos combatientes, en la Plaza Real de Munich, el 9 de noviembre de 1938. A la derecha de la fotografía, en primer plano, Goering, el Gran Almirante Rëder y Rossenberg).

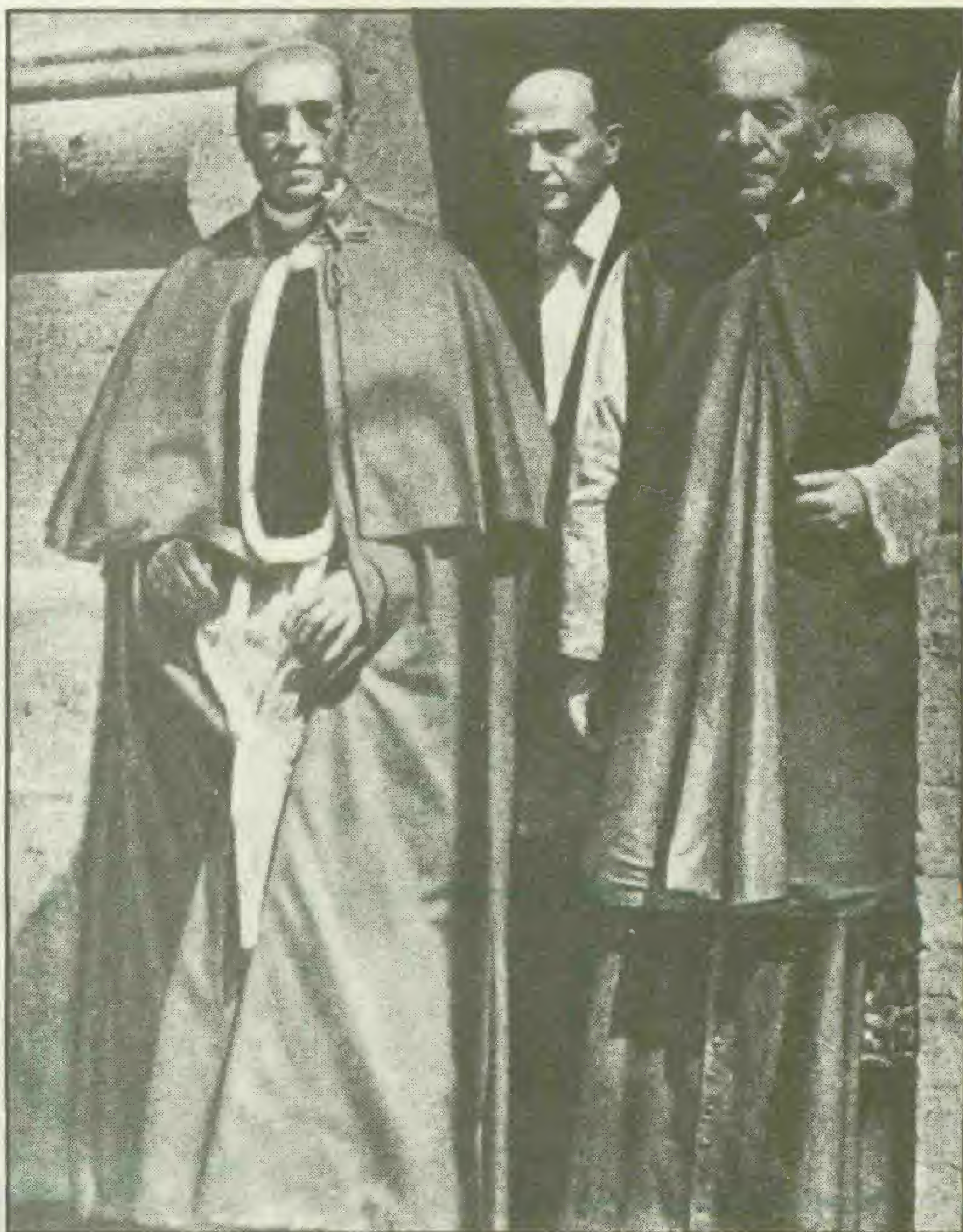
suspendido de su labor docente por Roma, hasta que se retractó. Von Papen era uno de los más decididos partidarios de una marcha en común entre católicos y nacionalsocialismo, y fundó con este objeto una organización «ad hoc».

LA OFENSIVA ANTICATOLICA

Si Hitler estableció a menudo acuerdos con sus rivales y enemigos, fue siempre para violarlos. El Vaticano no se libró tampoco de esta praxis hitleriana. La entrada en vigor del Concordato no impidió que los nazis iniciaran pronto su ofensiva contra la Iglesia católica y protestante. El Tribunal Militar de Nurenberg diría, al respecto: «En su intento de combatir la influencia de la Iglesia cristiana, cuyas doctrinas estaban en contradicción fundamental con la filosofía y la praxis nacionalsocialista, el régimen nazi actuó con más lentitud. Si no tomó la decisión última de prohibir el ejercicio de la religión cristiana, año tras año fueron tomadas medidas para limitar la influencia del cristianismo sobre el pueblo alemán» (9).

Lo primero que los nazis hicieron fue disolver los partidos y sindicatos católicos. A continuación prohibieron o limitaron las actividades de la mayoría de organizaciones culturales, recreativas y seglares vinculadas al catolicismo. Una de las sociedades afectadas por estas medidas fue la Liga de la Paz de los Católicos Alemanes, que tenía 40.000 miembros y combatía la guerra. Prohibida el 1 de julio de 1933, algunos de sus líderes fueron procesados y acusados de tráfico de divisas, uno de los recursos habituales utilizados por los nazis para desprestigiar al clero. Especialmente perseguidas fueron las órdenes religiosas, en primer lugar los jesuitas. Hacia 1935, en la prensa aparecieron noticias afirmando que el clero católico incurría a menudo en delitos sexuales. El ministro del Interior llamó a los conventos «antros de vicio».

Los nazis intentaron con toda clase de presiones y maniobras administrativas reducir la enseñanza religiosa en las escuelas. Asimismo, empezaron a incautarse de bienes eclesiásticos. Pero su ofensiva principal se dirigió contra los medios de información católicos. Lo primero que hicieron en este sentido fue obligar a la prensa católica a prescindir de todos los colaboradores judíos y marxistas. El 4 de octubre de 1933 entró en vigor la ley sobre los directores de periódico (Schrifleitergesetz), con ayuda de la cual el Tercer Reich sometió a un control total a la prensa católica. La línea del NSDAP en materia de publicaciones estaba representada por la Cámara de Prensa del Reich, dependiente del Ministerio de Propaganda de Goebbels. Los periódicos católicos que no eran suspendidos directamente, tenían que someterse a la censura oficial y publicar los artículos-consigna de Goebbels, como ocurrió en la España franquista. El 24 de abril de 1935 se publicó un decreto



Monseñor Kaas (a la derecha de Pio XII), jefe del partido alemán del Centro (ZENTRUM), hasta 1933, descubrió los motivos ocultos de la conclusión del Concordato con Hitler.

(9) *«Das, Urteil von Nürnberg», p. 30 DTV Dokumente, Munich 1977.*

prohibiendo a la prensa diaria publicar artículos de contenido religioso. En octubre de 1935 se prohibió a la prensa católica reproducir artículos del «Osservatore Romano». Durante un tiempo, la única prensa católica relativamente independiente fueron las publicaciones dominicales de los obispados. Pero aquí también, los nazis ejercieron toda clase de presiones para asfixiar las noticias hostiles e incómodas a ellos. El 1 de octubre de 1936, el ministro para Asuntos Eclesiásticos prohibió la publicación de pastorales en la prensa dominical y demás publicaciones católicas. Para salvar su existencia, la prensa católica hacía toda clase de concesiones al régimen. El Padre jesuita Friedrich Muckermann, que dirigía en Holanda una revista católica antinazi, escribió en la primavera de 1936 que la prensa católica del Tercer Reich era «un instrumento repugnante al servicio de la mentira» (10).

Los nazis lograron eliminar la mayor parte de la prensa católica. En primer lugar cayeron las principales publicaciones diarias, más tarde las revistas. En enero de 1934 existían en Alemania 435 revistas católicas, en julio de 1941 sólo quedaban 27, y en 1943 dos.

Los nazis completaban estas medidas opresivas deteniendo a los sacerdotes y seglares católicos más incómodos. Aunque en general los detenidos eran puestos en libertad poco después o condenados a penas leves, muchos de ellos fueron internados en campos de concentración y eliminados (11). No olvidemos que entre las víctimas del 30 de junio, durante la carnicería contra la SA, fueron asesinados varios dirigentes católicos muy conocidos, entre ellos el líder de Acción Católica, Erich Klausener, y Adalbert Probst, jefe de la Energía Juvenil Alemana.

Ante esas y otras medidas anticatólicas, el Vaticano no podía callar. En realidad, la Santa Sede no había dejado en ningún momento de defender por vía diplomática los intereses de los católicos alemanes. Mientras Pío XI era partidario de una línea enérgica, su secretario de Estado Pacelli postulaba una actitud más diplomática y realista. En conjunto, el Vaticano cometió el mismo error que el Episcopado alemán: intentar ganarse la buena voluntad de los nazis cediendo una y otra vez a sus presiones y exigencias. Sus protestas fueron acompañadas siempre de manifestaciones de respeto y simpatía por el nuevo Estado.

El documento más enérgico y claro del Vaticano contra el Tercer Reich fue la encíclica papal «Mit brennende Sorge» (Con angustiosa preocupación), publicada el 14 de marzo de 1937 y leída en todas las diócesis alemanas el 21 de marzo siguiente. Pero dentro de su energía, la encíclica de Pío XI era también un texto ambivalente. Si condenaba los aspectos teóricos y antireligiosos de la doctrina nacionalsocialista, no incluía una condena tajante y específica del Tercer Reich, ni fue seguida de una ruptura de las relaciones diplomáticas con Berlín. Más aún: en su respuesta a la nota de protesta alemana, el cardenal Pacelli subrayó que si el Tercer Reich renunciaba a su política anticlerical, no había ningún motivo para que no existieran re-

(10) *«Der deutsche Weg», abril 1936.*

(11) *Sobre el destino de los sacerdotes y seglares católicos en los campos de concentración véase especialmente, de Johannes Maria Lenz, «Christus in Dachau», Viena 1957. Véase también, en un plano más general, de Eugen Kogon, «Der SS-Staat. Hay varias ediciones y trad. española.*



Lo primero que los nazis hicieron fue disolver los partidos y sindicatos católicos. A continuación prohibieron o limitaron las actividades de la mayoría de organizaciones culturales, recreativas y seglares vinculadas al catolicismo. (En la foto, Hitler llega a una de las concentraciones anuales del régimen nazi, en Nürenberg).

laciones amistosas entre Roma y Berlín. Con ello reafirmaba el carácter no político de la encíclica.

Pero al actuar así, el Papa no se diferenciaba de los principales estadistas europeos, que todavía por estas fechas, cuando el régimen nazi se había convertido ya en una dictadura feroz, era tratado con toda clase de consideraciones por ellos. No olvidemos la intervención nazi en la guerra de España, la capitulación moral ante Munich, en septiembre de 1938, y el pacto de Amistad entre la Alemania nazi y la Unión Soviética, en agosto de 1939.

En el interior del Reich, la encíclica papal no impidió que las jerarquías eclesiásticas prodigaran elogios desmesurados a Hitler, siempre en nombre del anticomunismo, incluso por parte de eminencias como el cardenal Faulhaber y el obispo Clemente Augusto von Galen, símbolos de la oposición episcopal contra el Tercer Reich. Al terminar la guerra civil española, von Galen publicó una pastoral bendiciendo la victoria de Franco, y por las mismas fechas, con motivo de cumplirse el cumpleaños del Führer, la prensa del cardenal Faulhaber publicó un artículo ditirámbico dando las gracias a la Providencia por «haber confiado el mando de la nación a un hombre de Estado que ha sabido unificar en sus manos un poder sin precedentes históricos, librándonos con ello del destino terrible sufrido por el pueblo español durante dos años y medio» (12).

LA IGLESIA PROTESTANTE

Entre los protestantes alemanes —mayoritarios en el país— existía un sector muy importante dispuesto a aceptar la ideología del Tercer Reich. Esta corriente estaba representada sobre todo por los «Deutsche Christen», que con ayuda del Estado lograron adquirir pronto una clara hegemonía dentro del aparato institucional y formal de las 28 «Landeskirche» o Iglesias territoriales. El dirigente máximo del sector protestante pronazi era el obispo del Reich Ludwig Müller, asistido por el pastor Joachim Hossenfelder, miembro del NSDAP y desde junio de 1933, Reichsleiter (jefe nacional) de los «Cristianos Alemanes».

El intento de nazificar totalmente a la Iglesia protestante condujo a una ola de conflictos. Un porcentaje considerable de la Iglesia protestante-luterana se opuso más o menos abiertamente a la manipulación de los Müller y su cohorte de pastores fascistas. A partir del verano de 1933, se formó un amplio movimiento de oposición contra los Cristianos Alemanes que pretendían erigir un nuevo protestantismo alemán basado en las enseñanzas del Führer. Los núcleos oposicionales se rebelaron sobre todo contra el «párrafo ario» reivindicado por Müller.

La Liga Nacional de Asociaciones Parroquiales Evangélicas Alemanas, que agrupaba a más de 16.000 pastores protestantes, mantuvo en general una actitud crítica y distanciada frente al nazismo. Su presidente Klinger protestó una y otra vez contra las injusticias y arbitrariedades del NSDAP (13).



El cardenal conde de Galen, «el león de Münster».

(12) «Byrische Katholische Kirchenzeitung», 16 abril 1939.

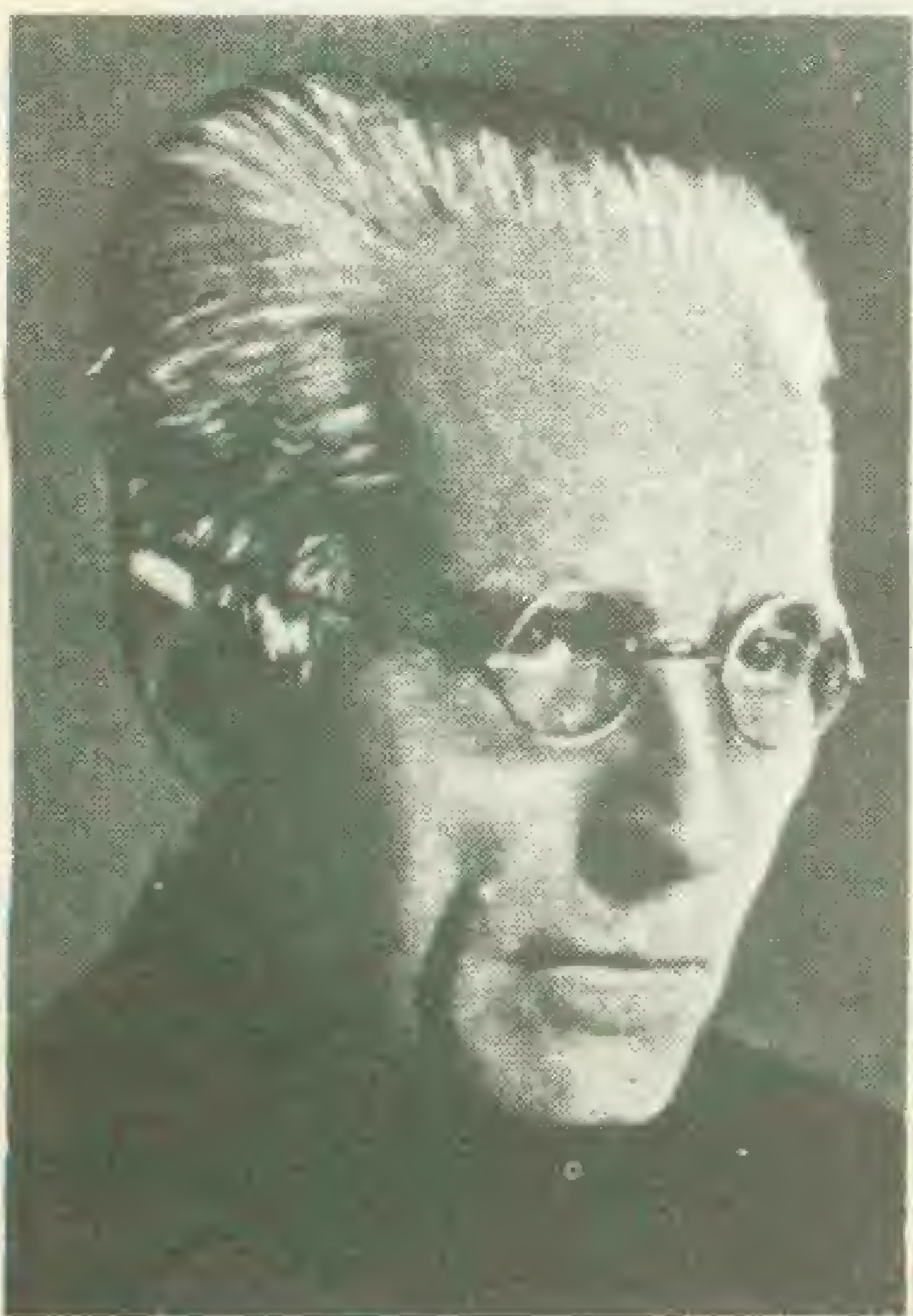
(13) Véase, como testimonio de esta actitud, «Dokumente zum Abwehrkampf der deutschen evangelischen Pfarrerschaft gegen Verfolgung und Bedrückung 1933-1945», Nuremberg, sin fecha de ed.

Los pastores antinazis se organizaron en torno a un movimiento llamado «Bekennende Kirche», término que significaba una actitud basada en la profesión de fe (bekennen) de los principios cristianos por encima de toda exigencia de carácter político. El padre espiritual de esta actitud fue el teólogo Karl Barth. Este movimiento de resistencia, visible ya en 1933, empezó a cristalizar a partir de 1934, tras la destitución de varios pastores protestantes ingratos a Müller. Los disidentes crearon una Federación de Emergencia (Notbund) dirigida por un Reichsbruderrat (Consejo Nacional de Hermanos), que empezó a funcionar desde marzo de 1934.

La personalidad más carismática y representativa de la Bekennde Kirche pasó a ser pronto el pastor Martin Niemoller, de la parroquia berlinesa de Dahlem. En febrero de 1934, Niemoller fue destituido de su puesto. Comandante de un submarino en la I Guerra Mundial, Niemoller había simpatizado al principio con el nacionalsocialismo, pero al darse cuenta de lo que significaba, se convirtió en uno de sus más enérgicos y decididos enemigos. Detenido en junio de 1937 y procesado en febrero de 1938, fue internado en el campo de concentración de Sachsenhausen, más tarde trasladado al de Dachau, donde permaneció hasta el final de la guerra.



Los nazis intentaron con toda clase de presiones y maniobras administrativas reducir la enseñanza religiosa en las escuelas. Asimismo, empezaron a incautarse de bienes eclesiásticos. Pero su ofensiva principal se dirigió contra los medios de información católicos. Lo primero que hicieron en este sentido fue obligar a la prensa católica a prescindir de todos los colaboradores judíos y marxistas. (En la fotografía, Hitler inspecciona la «Línea Sigfrido», en compañía de su ministro de Policía, Himmler).



El Dr. Pfeiffer, que salvó del terror a millares de perseguidos políticos.

La Iglesia protestante sufrió la misma persecución que la católica: disolución de organizaciones juveniles y seglares, registros de periódicos, procesos, boicot de la enseñanza religiosa en las escuelas, prohibición o sometimiento de la prensa a las consignas oficiales, incautación de bienes, prohibición de todo acto fuera de los recintos religiosos y detenciones. El número de detenidos fue relativamente bajo. En otoño de 1937, por ejemplo, se hallaban en la cárcel o en campos de concentración unos 70 pastores protestantes (14).

RESISTENCIA DE LA IGLESIA

Si la tónica general de las dos Iglesias fue de acatamiento y lealtad al nuevo régimen, no faltaron grupos y personalidades eclesiásticas que ofrecieron resistencia al Tercer Reich.

La oposición de la Iglesia se limitaba fundamentalmente a aquellos aspectos del nacionalsocialismo que afectaban de una manera directa a la doctrina cristiana; no era pues política —como la de los comunistas o socialdemócratas— sino confesional.

Los sacerdotes católicos y los pastores protestantes condenaban a menudo en el púlpito

(14) Ibid., p. 111.

o en sus órganos informativos los principios más específicamente anticristianos de la ideología nazi, como el racismo, el antisemitismo o la eutanasia. La Gaceta del Ordinariado Episcopal de Berlín publicó entre 1934 y 1935, bajo el título de «Estudios sobre el mito del siglo XX», una serie de artículos (reproducidos por los demás obispados) contra la obra de Rosenberg del mismo nombre. En la primavera de 1935, la Bekennende Kirche publicó una obra de Walter Künneth (prologada por el obispo Marahrens) sobre el mismo tema, titulada «Respuesta al mito. La decisión entre el mito nórdico y el Cristo bíblico». En 1935, aparecieron 25 escritos protestantes y 10 católicos contra el libro de Rosenberg. El cardenal Faulhaber protestó contra el intento nazi de desjudiizar la religión cristiana y defendió la base inconmovible del Antiguo Testamento. El obispo de Munster, von Galen, protestó, en nombre del quinto mandamiento, contra la eutanasia. También el obispo de Freiburgo, Conrad Gröber, levantó su voz para combatir la doctrina nacionalsocialista.
Pero no hubo protestas católicas o protestantes contra los campos de concentración, la persecución de la izquierda política y el clima de terror. La Iglesia atendía a sus deberes sacramentales y dogmáticos a cambio de renunciar a sus deberes morales y humanos. Las jerarquías católico-protestantes tampoco protestaron contra la política exterior de Hitler: salida de la Sociedad de las Naciones, retorno del Sarre al Reich, ocupación de la zona desmilitarizada del Rin, intervención de Alemania en la guerra de España, anexión de Austria y ocupación de Checoslovaquia. Si las jerarquías de la Iglesia Católica y los miembros de la Bekennende Kirche no exhortaron nunca a la rebelión abierta contra el Estado, ayudaron en muchas ocasiones a los perseguidos y oprimidos, también a los judíos. Esta obra caritativa, que en general permaneció anónima, fue uno de los aspectos más nobles y humanos de la resistencia eclesiástica contra el nacionalsocialismo. Citemos en este contexto sobre todo al Padre Grüber y su Buró de Berlín, que salvó la vida a miles de judíos. Grüber fue detenido por la gestapo en diciembre de 1940 e internado en un campo de concentración. En algunos casos, miembros de ambas Iglesias sostuvieron relación con los círculos políticos oposicionales y entablaron contacto con los aliados, entre ellos el prelado muniqués Adolf Müller, el jesuita Alfons Delp y el consejero consistorial Eugen Gerstenmaier. Pero esta acción conspirativa fue minoritaria. El historiador norteamericano Guenter Lewy, autor de un libro excelente sobre la problemática que nos ocupa aquí, dice: «Si por resistencia contra la dictadura nacionalsocialista entendemos no una crítica contra determinadas medidas sino una oposición fundamen-



Ernst Weizsacker (a la derecha), embajador alemán ante la Santa Sede, inició en 1944 gestiones de paz por medio del Vaticano.

tal contra el régimen, entonces la Iglesia no ofreció, como institución, ninguna resistencia» (15). Según Friedrich Zipfel, «el número de mártires entre los sacerdotes católicos alemanes fue relativamente escaso» (16). Este juicio es aplicable también al clero protestante.

LA GUERRA

A pesar de que las guerras desencadenadas por Hitler eran guerras injustas o de agresión, el clero alemán sucumbió a la propaganda oficial y se identificó esencialmente con los designios nazis. Y si algún clérigo tuvo el coraje de denunciar desde el púlpito los excesos nazis, no dejaba nunca de justificar la guerra y la necesidad de defender a la patria.

Al iniciarse la campaña de la Wehrmacht en Polonia, el Episcopado publicó una pastoral colectiva exhortando y ordenando a los católicos a cumplir su deber de soldados, y tras la rendición de Polonia, en todas las diócesis del Reich hubo el consiguiente repique de campanas en honor de la victoria. Los obispos alemanes no abandonaron su actitud probélica cuando el 21 de septiembre de 1939, el cardenal primado de Polonia, Hlond, informó al Papa del terror nazi contra el clero católico de su país y Radio Vaticano y el Osservatore Romano informaron sobre estos hechos.

Hubo obispos que adoptaron una actitud crítica. En este contexto surgen los nombres del obispo von Galen, del cardenal Faulhaber y el obispo Preysing. Así, en julio y agosto de 1941, von Galen pronunció tres sermones contra el Tercer Reich. El texto de los mismos circulaba secretamente por el país, y si Goebbels no intervino fue por temor a la repercusión en el extranjero. El 13 de julio de 1941, von Galen dijo: «¡Exigimos justicia! Si este llamamiento no encuentra eco, no se restablecerá ya el reino de la diosa Justicia, y nuestro pueblo alemán y la patria, a pesar del heroísmo de nuestros soldados y sus gloriosas victorias, perecerán sin remisión víctimas de la putrefacción y la corrupción interior». Y en el último de los tres sermones exclamó: «¡Es mejor morir que pecar!» (17).

Pero aun en los casos en que los obispos adoptaron una actitud crítica, no hubo tampoco ruptura abierta con el régimen ni llamamientos activos contra el Estado nazi y la guerra. Incluso en la declaración más valiente del Episcopado alemán durante la contienda —a raíz de la Conferencia de Fulda de 1943— no faltaron las alusiones apologéticas y patrioteras a la guerra: «Recordamos desde aquí a los valerosos soldados de todos los frentes y hospitales y les damos las gracias en nombre de todo el pueblo por su elevado coraje y la infatigable energía que despliegan para rodearnos de una muralla contra el enemigo» (18). El sociólogo inglés Gordon C. Zahn anota, al respecto: «Los católicos alemanes secundaron las guerras de Hitler no sólo porque este apoyo era exigido por los líderes nazis, sino también porque sus líderes religiosos les ordenaron actuar así» (19).

A diferencia de los Testigos de Jehová, que ya antes de la guerra se negaron a cumplir el servicio militar y fueron internados en los campos de concentración, los miembros de la comunidad católico-protestante acudieron al frente, no sólo los seglares, sino también miles de sacerdotes, pastores y estudiantes de Teología, actuando de sanitarios, castrenses y también soldados. Algunos de ellos fueron condecorados por su valentía ante el enemigo.

Hubo excepciones que no cabe silenciar. Citemos como símbolo de la ética cristiana irreductible y fidelidad al quinto mandamiento al sacerdote de la diócesis de Freiburgo, Max Joseph Metzger, ejecutado el 14 de abril de 1944 por su oposición a la guerra. El campesino austriaco Franz Jägerstätter, padre de varios hijos, fue también ejecutado por negarse a empuñar las armas.

(15) Guenter Lewy, «The Catholic Church and Nazi Germany», Nueva York 1964. La cita corresponde a la p. 348 de la edición alemana.
(16) Zipfel, obra cit., p. 65.

(17) Sobre la figura del obispo de Munster, véase de Max Bierbaum, «Nicht Lob, Nicht Furcht. Das Leben des Kardinal von Galen, Munster 1957.

(18) El texto de la pastoral es incluido en la obra de Jakob Fried, Nationalsozialismus und katholische Kirche in Österreich», p. 213 y sig., Viena 1947.
(19) Gordon C. Zahn, «German Catholics and Kitlers Wars», p. 82, Londres 1963.



Hitler, representado como «Diocleciano ordenando la ejecución de San Castulo», en una vidriera de la Iglesia de San Martín de Landshut (Baviera).

EL SILENCIO DEL VATICANO

A lo largo de la II Guerra Mundial, Pío XII —sucesor de Pío XI desde la primavera de 1939— se abstuvo de denunciar de una manera directa, clara y oficial al régimen nazi, a pesar de que estaba perfectamente enterado del terror que el Tercer Reich ejercía en los países ocupados y en la misma Alemania. Hubo una excepción: al producirse la invasión nazi en Bélgica, Holanda y Luxemburgo, el 10 de mayo de 1940, Pío XII envió un telegrama de simpatía a los jefes de Estado de los países invadidos.

Escudándose en la tesis de la neutralidad estricta, el Papa no protestó contra los crímenes nazis, tampoco contra la deportación y exterminio de los judíos, aunque bajo mano la Iglesia tendió más de una vez la mano a los perseguidos. Pío XII se abstuvo también de llamar a capítulo a los obispos alemanes por su actitud probélica. Es cierto que su Santidad deploró públicamente en numerosas ocasiones el trato inhumano que se infligía a los prisioneros de guerra y demás víctimas de nazismo, pero sin nombrar nunca a los agresores.



Es evidente que el silencio del Papa constituyó una gran decepción para todas las fuerzas humanistas y religiosas que esperaban en esta trágica coyuntura histórica una palabra clarificadora por parte del máximo representante de la Cristiandad. (Pío XII, el día 12 de marzo de 1952, décimotercer aniversario de su coronación).

Si esta actitud estaba en parte dictada quizá por la prudencia y el deseo de no romper los hilos con el Tercer Reich para poder seguir ayudando secretamente a las víctimas, en ella jugaba también un papel esencial el anticomunismo de Pío XII. El Sumo Pontífice consideraba al comunismo como más peligroso que el nacionalsocialismo, y una de sus ideas fijas —compartida por una gran parte de creyentes— era que Hitler, a pesar de sus monstruosidades, salvaba la civilización occidental deteniendo el avance del comunismo.

El Nuncio de Su Santidad en Berlín, Orsenigo, simpatizaba abiertamente con el fascismo, y el Papa, si no compartía los mismos sentimientos, era conocido por su tradicional y profunda simpatía hacia Alemania. En todo caso, por la documentación accesible sabemos que en conjunto, el Tercer Reich, a pesar de los lamentos de Hitler y otros nazis contra la Iglesia, estaba satisfecho de la actitud de la Santa Sede con respecto al régimen nacionalsocialista. Durante una visita de Himmler a Roma, en octubre de 1942, el jefe de las SS elogió frente a Ciano «lá discreción del Vaticano» (20).

Sin que se tengan que compartir necesariamente las tesis unilaterales y simplistas de Rolf Hochhuth sobre Pío XII, es evidente que el silencio del Papa constituyó una gran decepción para todas las fuerzas humanistas y religiosas del mundo que esperaban en esta trágica coyuntura histórica una palabra clarificadora por parte del máximo representante de la Cristiandad. ■ **H. S.**

(20) «The Ciano Diaries 1939-1943», editados por Hugh Gibson, p. 530, Nueva York 1946.

La política internacional de los Estados Unidos y 2



Los «Tres Grandes», Churchill, Truman y Stalin, durante la Conferencia de Potsdam (17 de julio al 2 de agosto de 1945).

De la represalia masiva a la retirada de Vietnam

Alvaro Custodio

AL término de la guerra mundial Europa era, según frase de Winston Churchill: «Un informe montón de ruinas, un gran osario y un criadero de odios y pestilencia». Sin embargo, los Estados Unidos habían llegado a convertirse, gracias a la distancia geográfica y a sus enormes recursos, en un emporio de riqueza y abundancia. El país más sacrificado fue la Unión Soviética, con cerca de 20 millones de muertos, aunque se apuntó las victorias más espectaculares: Stalingrado y Berlín. Pese a esa sangría y a la destrucción de tantas ciudades y pueblos, sin contar todavía con la fórmula de la bomba atómica que la mantenía en condiciones de inferioridad, supo tomar la iniciativa de la política internacional condicionando, desde los acuerdos de Potsdam, todos los movimientos de Washington.

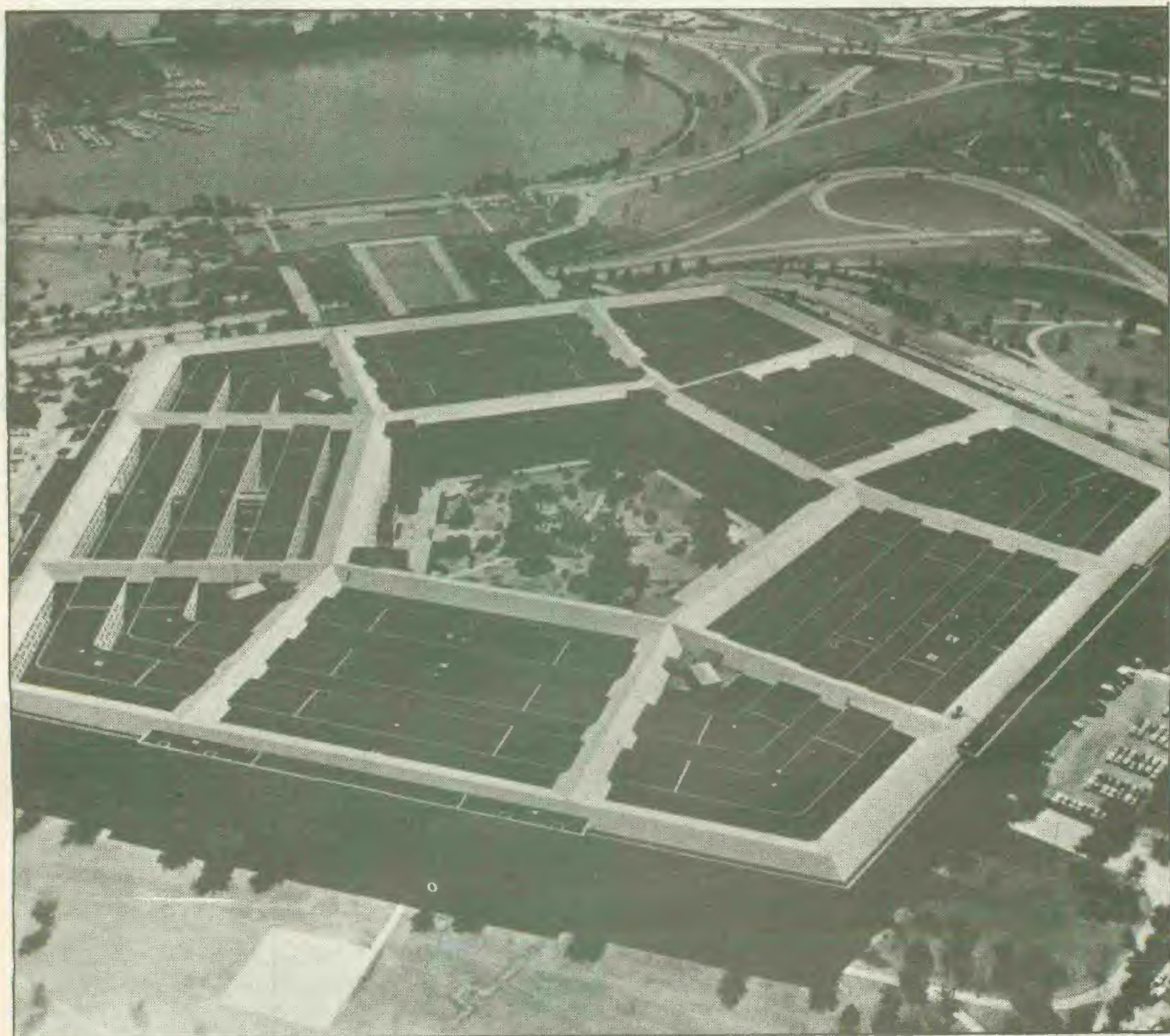
EL general George Marshall, Secretario de Estado bajo la presidencia de Harry Truman, fue el iniciador de esa estrategia de trinchera en la que se deja al enemigo que prepare y disponga la ofensiva confiando en la potencia de los recursos propios para repeler cualquier avance. La Doctrina Truman impidió que Grecia cayera en manos comunistas (1947) debido a las llagas y cicatrices que la URSS padecía en esos momentos, incapacitándola para ayudar a las guerrillas helenas. El peligro para la política norteamericana era que Europa occidental, hambrienta y semidestruida, tuviera que inclinarse ante una invasión o a la influencia de la Unión Soviética, que ya se perfilaba como la segunda superpotencia de la Tierra.
Surgió entonces lo que se conoce como el **Plan Marshall**, cuyo verdadero creador fue el jefe del **Policy Planning Staff** de la Secretaría de Estado, George Kennan, secundado por el que sería sucesor de Marshall en dicho Departamento, Dean Acheson, quien afirmó paladinamente en ese mismo año de 1947 que el mundo entero apelaba a los Estados Unidos en busca de ayuda, por lo que se veía constreñido a concentrar su más urgente asistencia en aquellas áreas donde resultara más efectiva económica y políticamente. Kennan sabía que las fuerzas de Mao-Tse-Tung acabarían por dominar todo el territorio chino y que volcar la ayuda norteamericana sobre el gobierno ineficaz y corrompido de Chang-Kai-Chek —al que se entregaron, de todos modos, más de dos billones de dólares y otro en armamento— era perder el tiempo y el dinero. Por otra parte, Kennan pensaba que China estaba muy lejos de poder convertirse en una potencia industrial, y por tanto militar, teniendo que depender de Rusia durante varias décadas: lo que interesaba en esos momentos mantener en plena prosperidad, fuertemente ligados a los Estados Unidos, era al Japón y a Europa occidental.

No cabe duda de que los 17 billones de dólares del Plan Marshall (1948 a 1952) procuraron la recuperación europea y japonesa, aunque a costa de perder para el comunismo la China continental, a la que seguirían después Corea del Norte y Vietnam. Henry Wallace, ex-vicepresidente roseveltiano que jugó un papel de izquierdista avanzado al fundar el Partido Progresista que no prosperó, llamó a dicho plan el **Martial** (Marcial), por considerarlo incubador de una posible guerra antisoviética. El Plan Marshall logró plenamente su objetivo y se fortaleció con la alianza militar permanente, OTAN, de norteamericanos y europeos, constituida a raíz de la subida al poder en Checoslovaquia de los comunistas con ayuda soviética (1948). Más tarde, el General De Gaulle, Presidente de Francia, cuyo orgullo napoleónico se había agriado por su resentimiento contra la desconfianza con que lo trataron los militares norteamericanos durante la guerra, decidió salirse de la OTAN y manejar por propia cuenta su política internacional, jugando a la gran potencia sin contar con verdaderos medios para ello. Los aliados se dividían, pero lo mismo ocurrió, contra todas las previsiones del marxismo, entre los nuevos países comunistas surgidos de la segunda guerra mundial: Tito se apartó de Stalin y años después siguieron el mismo camino respecto a la URSS, la China de Mao y la diminuta Albania.

Truman fue elegido para un segundo período de Gobierno —todos los vaticinios daban la victoria a su opositor Thomas Dewey—, a pesar de que un

diario de su ciudad natal, partidario de los Demócratas, había dicho de Truman que carecía «de estatura política, de visión y de suficiente comprensión para los problemas sociales y económicos, así como de sentido histórico para conducir a la nación en un mundo en crisis» **(St. Louis Post-Dispacht**, 1950). El mismo año de su reelección los Estados Unidos se vieron envueltos, al aplicar taxativamente la Doctrina Truman, en la guerra de Corea, que había de costarles cuatro años de lucha, 25.000 muertos, 115.000 heridos, más 22 billones de dólares. Demasiado caro e inútil para contentarse con un simple match nulo. El régimen político de Corea del Sur, sostenido por los Estados Unidos, era entonces tan corrompido, bajo la dictadura de Singman Rhee, como en la actualidad. Fue durante esta guerra cuando el general Douglas Mac Arthur propuso atacar a China militarmente, lo que le costó, a la postre, su destitución por el Presidente Truman, pese a su formidable prestigio ganado durante la contienda contra el Japón. El general Omar Bradley, otro héroe de la guerra mundial, sentenció que la propuesta de MacArthur «nos envolvería en una guerra equivocada, en un lugar equivocado, en un momento equivocado y con un enemigo equivocado». Pese a lo cual, la destitución de MacArthur costó a Truman su popularidad, llegando a ser quemado, en algunos pueblos, en efigie.

La presidencia del general Dwight Eisenhower con Richard Nixon como vicepresidente se caracterizó por su extremado conservadurismo. El país parecía querer olvidar por completo el estilo y las reformas liberales de Roosevelt. Fue durante el período de Eisenhower cuando alcanzó su apogeo la **caza de brujas** a cargo del senador Joseph MacCarthy con protección oficial: los artistas, escritores,



El Pentágono, al otro lado del río Potomac, en la ciudad de Washington, sede de los cuarteles generales unificados de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos.



El general George Marshall, Secretario de Estado bajo la presidencia de Harry Truman, fue el iniciador de esa estrategia de trinchera en la que se deja al enemigo que prepare y disponga la ofensiva confiando en la potencia de los recursos propios para repeler cualquier avance. (En la fotografía, de izquierda a derecha: Marshall, Eisenhower, Truman y Acheson).

pedagogos y científicos más brillantes de la nación fueron acusados de procomunistas en una campaña semejante a los juicios de Stalin contra los trotskistas y demás **desviacionistas.** No se llegó, como en la URSS, a condenarlos a muerte (1), pero sí al ostracismo en sus trabajos, y se encarceló a funcionarios como Alger Hiss por haber negado que perteneció en su juventud al Partido Comunista. Todavía quedan rescoldos, al cabo casi de veinte años, de aquella histérica campaña que estuvo a punto de romper la espina dorsal de un pueblo tan próspero, ya que todavía la calificación de comunista para un ciudadano lo incapacita para cualquier clase de labor y lo aísla del resto de la sociedad.

La política internacional de Eisenhower debutó con el armisticio de la guerra de Corea, pero habría de caracterizarse por una agresividad y falta de juicio poco común debido al temperamento del Secretario de Estado, John Foster Dulles. Su protección a los más repulsivos dictadores, casi siempre militares, en nombre de la Doctrina Truman, lo llevó a salvar al General Franco de la bancarrota económica en 1952, ya que su Gobierno no había sido incluido en el Plan Marshall. Por otra parte, el Pentágono decidió instalar en territorio español cuatro bases militares, dos de ellas atómicas, lo que se hizo sin consultar al pueblo ni a sus representantes. España no sólo fue excluida del Plan Marshall, sino del Mercado Común europeo por sus antecedentes fascistas y su régimen despótico, pero Foster Dulles suplió esas deficiencias con tratados y préstamos bilaterales.

El historiador Merlo Pusey, admirador de Eisenhower, llamó **cenit de la guerra fría** a la política enunciada por Foster Dulles en 1954, de **represalia masiva** consistente en devolver el golpe recibido por el enemigo cuando y como decidieran los Estados Unidos sin consultar a sus aliados, como se había hecho en la guerra de Corea. La fórmula nueva consistía en lograr que se mantuviese la paz o en ir a la guerra sin matices diplomáticos. La más grave consecuencia de esta política se produjo, con resultados todavía vigentes, en el Medio Oriente. El entonces nuevo hombre fuerte de Egipto, Abdel Nasser, un gran demagogo enfermo de nacio-



Al subir a la presidencia John F. Kennedy heredó el plan fabricado por la Administración de Eisenhower de promover y ayudar a la invasión de la Cuba comunista, armando y entrenando a los desterrados anticastristas. (Truman, en el centro de la fotografía, en compañía del entonces candidato a la presidencia de los Estados Unidos, Kennedy, y de su compañero de candidatura, el futuro Presidente Lyndon B. Johnson).

nalismo, por lo que cerraba los ojos a la miseria y al atraso en que había vivido su pueblo bajo una monarquía torpe y corrompida, tenía dos objetivos principales: aplastar el nuevo Estado de Israel y nacionalizar el Canal de Suez. Los escasos recursos de Egipto estaba empleándolos en la compra de armamento a la Unión Soviética. Los Estados Unidos habían propuesto a Nasser financiar la construcción de una gran presa en Asuán que llevara las aguas del río Nilo a tierras hambrientas, hasta en un 30 por 100 de la superficie cultivable del país. En julio de 1956, Foster Dulles decidió cancelar sin razón aparente el ofrecimiento norteamericano. Nasser, furioso, decidió de improviso nacionalizar el Canal de Suez para pagar con sus beneficios la construcción de Asuán, movilizando su ejército. Israel se quiso anticipar al posible ardid militar de Nasser y, de acuerdo con Francia e Inglaterra, propietarias del Canal navegable, atacó a Egipto derrotándolo en una guerra relámpago, secundado después por barcos y aviones franco-británicos. La Unión Soviética, sorprendida, anunció que se opondría a la «agresión imperialista», y esto, por lo visto, bastó para que Foster Dulles, ausentes los Estados Unidos de la operación, obligaran a Israel, Francia e Inglaterra a retirarse de Egipto, sirviendo a Nasser en bandeja de plata una victoria que no había ganado y con ella el Canal de Suez.

Diez años después, Nasser volvió a atacar a Israel y fue de nuevo derrotado en poco tiempo, quedando inutilizado durante largo plazo el Canal de Suez. Foster Dulles había encendido el polvorín de Oriente Medio, que había de costar a los Estados Unidos



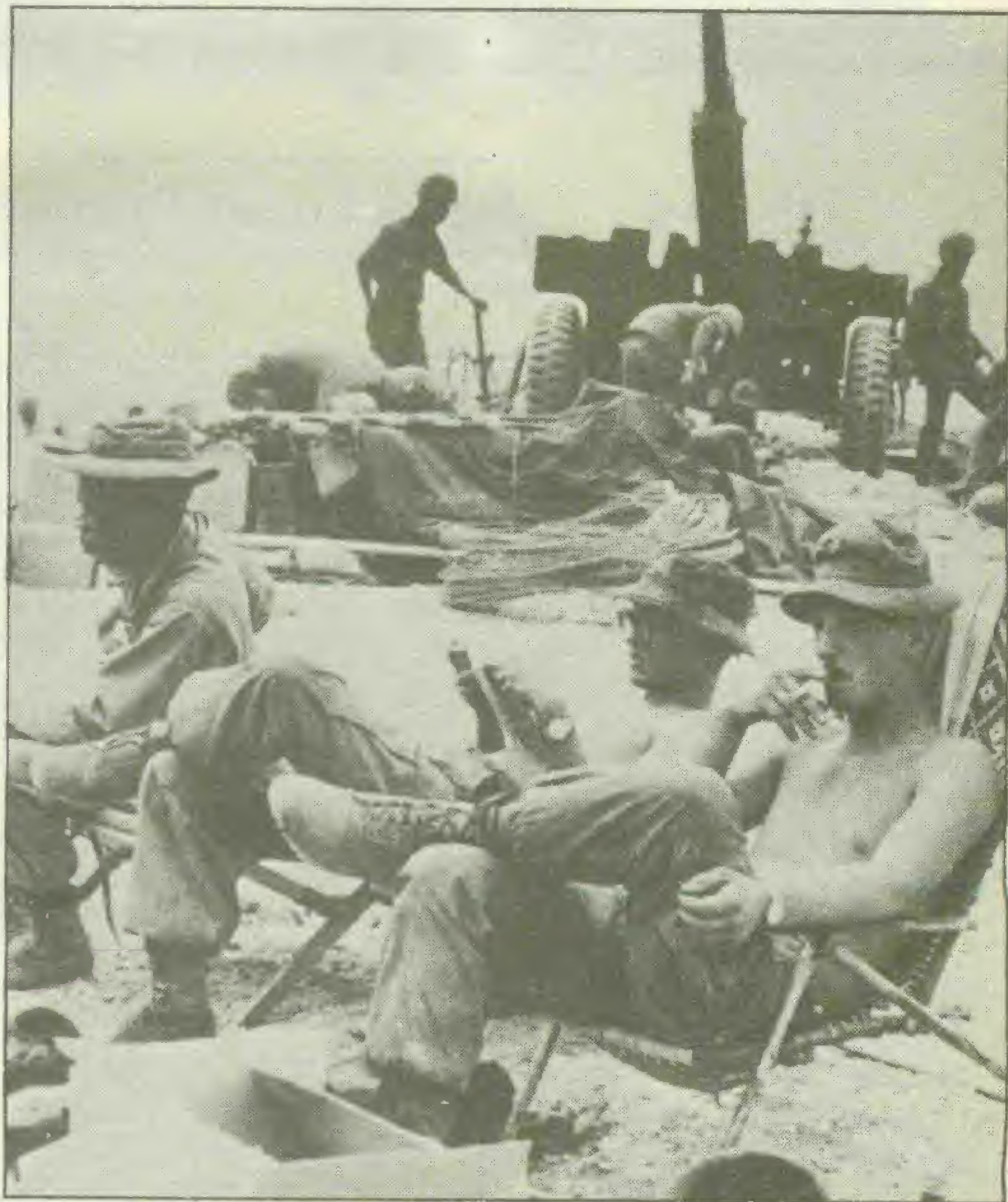
Kennedy decretó el bloqueo marítimo de Cuba y amenazó con bombardear todos los barcos que llevaran material bélico a Fidel Castro. Aquella era la crisis más grave de la postguerra, cuyo desenlace era imprevisible. (En la foto, el Presidente Kennedy charla con el Viceprimer ministro soviético, Anastas Mikoyan, en la Casa Blanca, el 29 de noviembre de 1962).

muchos miles de millones de dólares y grandes quebraderos de cabeza. El ascenso al poder en la Unión Soviética de Nikhita Jrushov y su denuncia de los crímenes de Stalin procuró una **detente** entre las dos grandes potencias que se plasmó en los viajes de Jrushov a los Estados Unidos y en la convocatoria de la conferencia cumbre de los cuatro —Inglaterra, Francia, URSS y Estados Unidos— en 1960, pero la torpeza del Departamento de Estado norteamericano volvió a dejar la guerra fría en carne viva cuando los soviéticos derribaron el avión espía U-2, que volaba sobre su territorio, haciendo prisionero al piloto.

Al subir a la presidencia John F. Kennedy heredó el plan fabricado por la Administración de Eisenhower de promover y ayudar a la invasión de la Cuba comunista, armando y entrenando a los desterrados anticastristas. Kennedy no quiso extremar la colaboración de su Gobierno y prohibió el uso de aviones de bombardeo: el resultado fue el fracaso de la expedición que pretendía desembarcar en la Bahía de Cochinos de la isla antillana. Su consecuencia inmediata fue la instalación, con consentimiento cubano, de **missiles** soviéticos apuntando hacia territorio norteamericano. Kennedy decretó el bloqueo marítimo de la isla y amenazó con bombardear todos los barcos que llevaran material bélico a Fidel Castro. Aquella era la crisis más grave de la postguerra, cuyo desenlace era imprevisible. Jrushov decidió dar marcha atrás y retiró todos los **missiles** soviéticos: el error le costaría a la larga su puesto, siendo sustituido por Breznev.

El asesinato de Kennedy dio paso en la Presidencia a Lyndon B. Johnson, y con ello al error internacional más costoso, sangriento y absurdo de la historia norteamericana: la guerra de Vietnam. El país se dividió en forma aún más aguda y casi irreconciliable que en tiempos de MacCarthy. La retirada de medio millón de soldados estadounidenses, después del ridículo Premio Nobel de la Paz concedido al Secretario de Estado, Kissinger, se hizo después de que el Presidente Richard Nixon diera la orden de bombardear indiscriminadamente como martillo pilón los poblados y ciudades de Vietnam del Norte. Ese Presidente fue poco después destituido por el carácter inmoral de su gestión y Vietnam está hoy gobernado íntegramente por comunistas. Los norteamericanos dieron una gran lección al mundo de su justicia democrática al provocar la dimisión de Nixon, lo que contrasta de modo evidente con la escasa aptitud y falta de sensibilidad para las relaciones internacionales de los encargados de la política internacional del país más poderoso del Globo. En estos momentos, el Presidente Carter sigue yendo a la zaga de los pasos que decida dar la Unión Soviética, sin acertar a resolver ninguno de los problemas planteados en los cinco continentes y enconando, como en tiempos de Truman y Eisenhower, la interminable guerra fría que se aproxima cada día más a la **caliente** con que los habitantes de la Tierra dirán adiós al privilegio sideral de vivir. ■

A. C.



El asesinato de Kennedy dio paso en la presidencia a Lyndon Johnson y con ello al error internacional más costoso, sangriento y absurdo de la historia norteamericana: la guerra de Vietnam. (En la foto, soldados norteamericanos de la 301 división aerotransportada descansan en un alto del combate, durante la guerra del Vietnam).

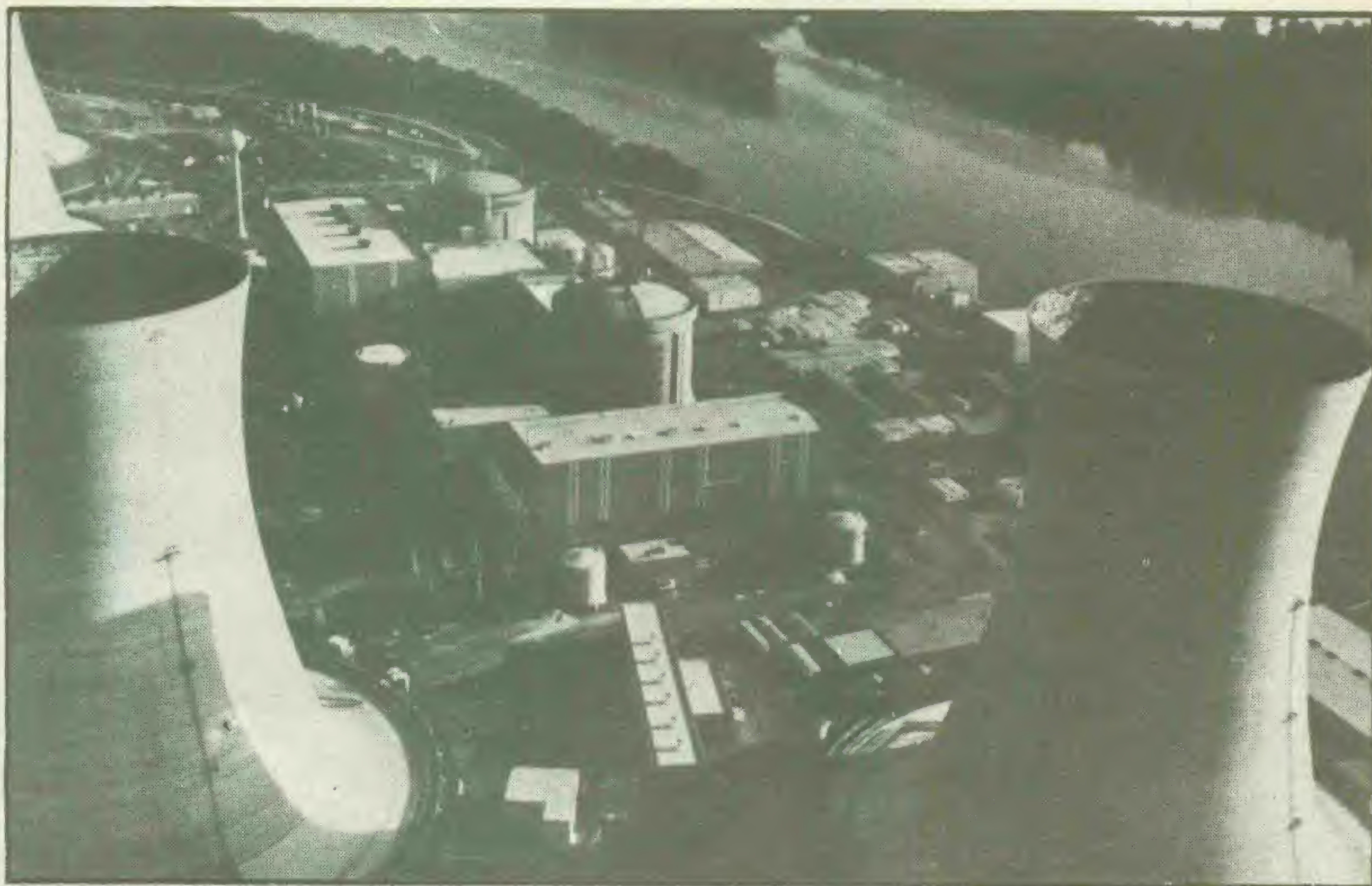
El síndrome "Harrisburg (U.S.A.)

● Un accidente nuclear. Una película antinuclear. Un artículo nuclear. Y más, ¡mucho más! ¡No se lo pierda!

A mi padre, «obrero de la luz» (hidroeléctrica)
«...bajo la ley del poseedor del mayor número de artefactos prosperarán enfermedades y enfermos. Quizá a través de una catástrofe inaudita producida por los artefactos volveremos a la salud».
Italo Svevo, La conciencia de Zeno **(1922)**

Jesús López Pacheco

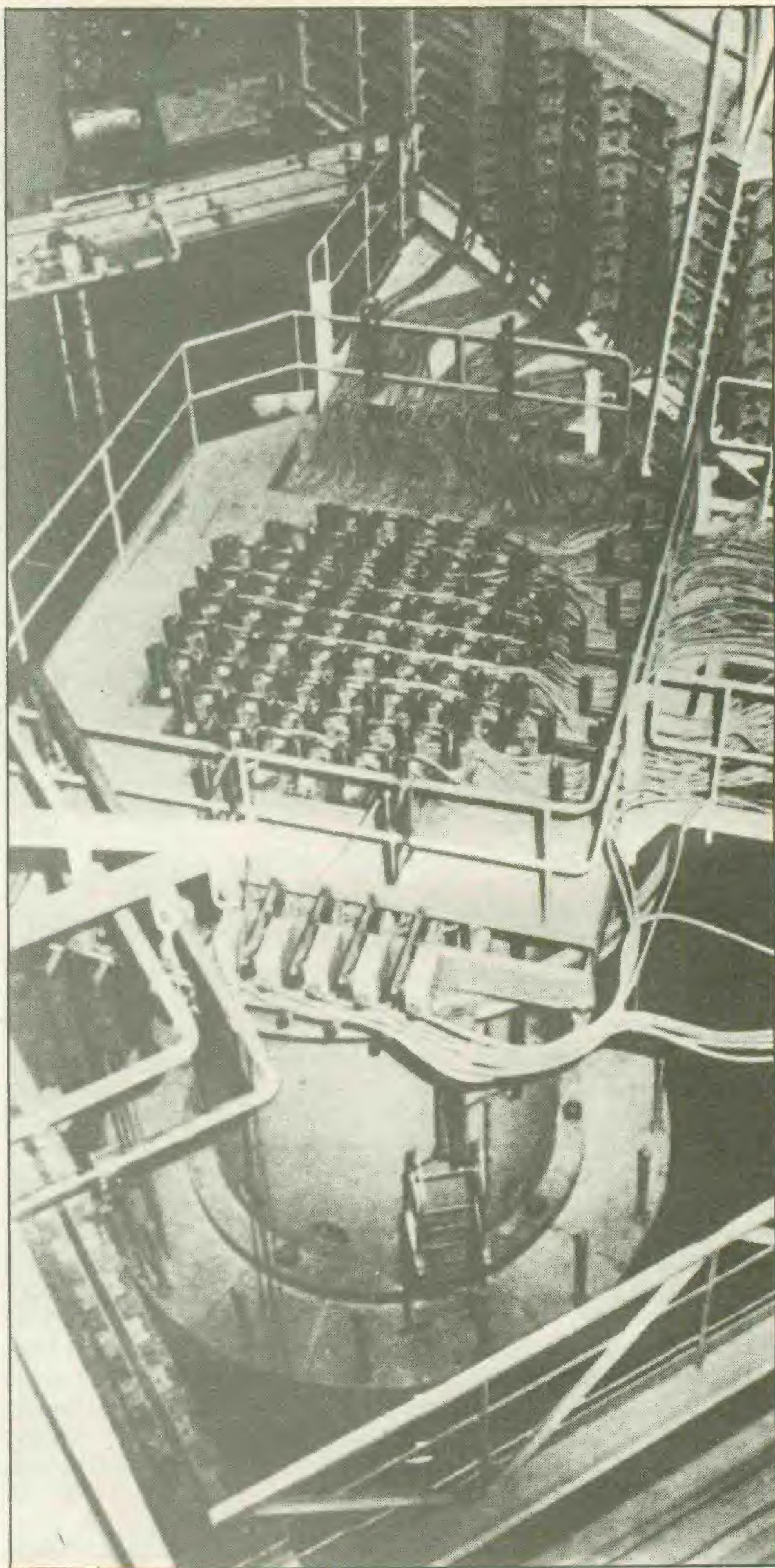
LA ley de la «americanización». *La ley que parece regir el semiuniversal fenómeno mal llamado «americanización» (pues América es un continente, no un país), se podría expresar así: «Lo que ocurre en los Estados Unidos, antes o después ocurre en los demás países». En general, sería terrible, por muchas razones, que esto fuera realmente una ley; especialmente después de lo ocurrido en Harrisburg, capital de Pennsylvania, a finales de marzo. Hay otras leyes que nos podrían ayudar, en todo caso, a evitar los efectos de ésta; por ejemplo, en las circunstancias actuales: «Cuando las plantas nucleares de tu vecino veas reventar, echa las tuyas a remojar». O a desmontar. Lo ocurrido, sin embargo, no es solamente cuestión ecológica, cuestión de energía nuclear ver sus energías limpias e inocentes, como muchos querrían creer y/o hacen creer. Se trata de algo mucho más vasto y, en cierto sentido, mucho más grave. Porque, en efecto, lo ocurrido en la central nuclear de Three Mile Island y alrededores constituye un conjunto de síntomas que bien podríamos llamar «El síndrome Harrisburg». Para describirlo, y para valorar su importancia y gravedad, conviene empezar por el comentario de una película recién estrenada en Estados Unidos, y que pronto se verá en España (pues en este campo la ley es casi sin excepciones): lo que se estrena en los Estados Unidos, antes o después se estrena en los demás países; en este caso, afortunadamente.*



«Cuando las plantas nucleares de tu vecino veas reventar, echa las tuyas a remojar, o a desmontar». (Central Nuclear de Harrisburg, en Pensylvania, Estados Unidos).

UNA película antinuclear. «The China Syndrome» («El síndrome China») se ha estrenado el 15 de marzo en los Estados Unidos y el 23 en Canadá, país donde la «americanización» suele ser masiva y casi instantánea. Dos actores merecidamente famosos (Jane Fonda y Jack Lemmon) y otro (Michael Douglas) que está empezando a serlo, refuerzan la atracción que ejerce el misterioso e inquietante título, sobre el que se ha centrado la campaña de lanzamiento. La China del título no tiene nada que ver con el país asiático, aunque resulte irónico que el estreno haya coincidido casi con la manifestación de ese otro «síndrome chino» constituido por una serie de síntomas también inquietantes: los «cuatro caballos de la modernización»; el viaje de Teng Hsiao-Ping a Estados Unidos; la invasión de Vietnam... En la jerga de la industria nuclear, el «síndrome China» expresa el más grave accidente que, después del de una explosión, puede ocurrir en una central nuclear: por un fallo en el sistema de refrigeración, el núcleo del reactor comienza a fundirse, y su masa incandescente y muy radiactiva se va abriendo paso hacia abajo, derritiendo todo lo que encuentre, el acero, el cemento, la tierra... hasta llegar a los antípodas (de los EE.UU.), es decir, China. (Es curiosa la inexactitud geográfica: quizá se deba, más que a ignorancia, a una especie de agresividad humorística de los tecnócratas y militares nucleares, quienes, puestos a bautizar semejante accidente en tiempos del «peligro comunista amarillo», debieron de confundir los antípodas políticos con los geográficos). La «perforación diametral» de la Tierra no es, en realidad, más que una hipérbole de lo que podría ocurrir; en la práctica, la masa incandescente y radiactiva se detendría a una cierta profundidad, «rebotando» en una gran explosión y contaminando el subsuelo y las corrientes de agua subterránea, desde donde se difundiría la contaminación por emanaciones y geysers. Sería algo así como un volcán al revés y de ida y vuelta; tras la «erupción» hacia el centro de la Tierra, la «lava» radiactiva alcanzaría con sus efectos mortíferos y cancerígenos a cientos de miles, acaso millones, de personas, directa o indirectamente. La película, con una impecable técnica de clásico «triller» (pero, en este caso, no gratuita ni evasiva, sino al contrario) cuenta el conato de un accidente de este tipo en la imaginaria «Central Nuclear de Ventana», California; lo imaginario es sólo el nombre, curiosamente español, como tantos topónimos del oeste norteamericano; y me pregunto si, en la intención de los

realizadores, «Ventana» no tendría un valor simbólico por su significado: ¿es la película una «ventana» abierta por primera vez al gran público para que vea las terroríficas posibilidades de la energía nuclear controlada por las manos nada escrupulosas de las multinacionales y de un gobierno las más de las veces servil a ellas? Una reportera televisiva (Jane Fonda) visita, acompañada por su cameraman (Michael Douglas), la central nuclear. Su misión es hacer un «coverage» (reportaje), no una «controversy», como irónicamente advierte la reportera a su compañero, activista antinuclear. Al llegar a la sala de control, que visitan desde una alta galería encristalada, el encargado de relaciones públicas les impide filmar «por razones de seguridad». En ese momento se producen un ruido y una vibración que alarman al encargado de relaciones públicas; éste, siguiendo las instrucciones que recibe por teléfono, tranquiliza a los reporteros y les ruega que permanezcan allí mientras terminan una «maniobra de rutina». Pero lo que están presenciando en la sala de control está muy lejos de tranquilizarles: el ingeniero supervisor (Jack Lemmon) y todos los operadores dan muestras de gran nerviosismo, gesticulan, miran con ansiedad los aparatos de medida y las impresiones de las computadoras, aprietan botones, se muestran abatidos, desesperados, presas del pánico... La reportera descubre que su compañero, con la cámara aparentemente abandonada colgándole del cuello, lo está filmando todo; con su cuaderno de notas, la reportera oculta el objetivo para que no lo vea el hombre de relaciones públicas... Pasa el peligro, y la central nuclear vuelve a estar bajo control.



«Se corre más riesgo de cáncer sentado junto a un fumador que cerca de una central nuclear»... Discutible opinión que, sin duda, no compartirán ya nunca las 250.000 personas que, por evacuación «espontánea», escaparon de *la zona* de Harrisburg en los últimos días de marzo, ni las 600.000 que estuvieron a punto de ser evacuadas (y que quizá debieron serlo), ni los millones que viven en torno a las 72 centrales nucleares que funcionan en los Estados Unidos. (En la foto, el reactor principal de la planta Three Mile Island en Midlleton, Pennsylvania. Al fallar los controles se producen graves escapes de radioactividad).

Tras este comienzo, de intensidad climática tan alta, director, guionistas y actores logran el prodigio de mantener y aun aumentar el suspense hasta un final de dramatismo escalofriante y realismo denunciador. El desarrollo se centra en la complicidad de los medios de difusión, concretamente de la televisión, con los grandes intereses económicos y políticos que hay detrás de la industria nuclear. Los activistas antinucleares, a los que se unen el cameraman y el ingeniero supervisor de la central, son obstaculizados por todos los medios, incluso el crimen, por los dirigentes de la gran compañía propietaria de la central nuclear. Las conveniencias de ésta (salvaguardar su «imagen», proteger sus ingentes inversiones, evitar costosas reparaciones...) se imponen a las imprescindibles medidas de seguridad; técnicos, empleados y obreros participan en esta especie de silenciosa conspiración suicida, por su conformismo y su miserable sumisión a la disciplina laboral. Una patrulla de «SWAT» («Tácticas y Armas Estratégicas», programa que en televisión española se ha presentado, bajo el título de «Los Hombres de Harrelson») interviene como **Deus ex Machina** oficial para «resolver», con la más ciega e injusta brutalidad, una situación «catastrófica» para la industria nuclear y sus protectores oficiales. La verdadera catástrofe (que, según una frase, profética a medias, «podría haber devastado una zona de la extensión de Pennsylvania») no es ni siquiera considerada por las autoridades y la dirección de la compañía.

UN ARTICULO NUCLEAR

«The China Syndrome» ha tenido también un «contralanzamiento». La industria nuclear, previendo los desastrosos efectos que su estreno iba a tener para su «imagen» pública, envió a los medios de difusión «material informativo» que atacaba directamente a la película, a sus realizadores y a sus asesores técnicos, varios de ellos activistas antinucleares. De los numerosos artículos y comentarios que ha debido producir esta maniobra de «relaciones públicas», es muy probable que el más sorprendente sea el de George E. Will, «A film about gred» («Un filme sobre la codicia»), publicado en «Newsweek» el 2 de abril; debió de terminar de escribirlo, pues, pocas horas antes de que ocurriera el accidente de Three Mile Island, y acaso, al enterarse de éste, le dio tiempo a llamar a la revista para pedir que lo retiraran: ¡demasiado tarde, estaba ya en prensa! Mr. Will (a quien quizá ya alguien haya llamado «El Profeta», y no precisamente por el significado de su apellido como verbo auxiliar) ridiculiza «The China Syndrome», a partir de una definición comercial de su propio director, como una «película de monstruos» (la técnica, en este caso), «de conspiración», como una pieza de «agit-prop» (¿resabio maccarthysta?) en la que se mezclan, demagógicamente, algunos datos y hechos reales con una «increíble» ficción (se refiere al «remoto» peligro de accidente nuclear y a la falta de escrúpulos de las compañías ante la cuestión de la seguridad pública) que se pretende hacer pasar por realidad. La película, añade, que «no sería emocionante si fuera honesta», se propone «manipular» al público para crear en él, injustificadamente, una «histeria antinuclear». No falta, en el ejemplar artículo de Mr. Will, la típica nota «antiintelectual», tan característica de la mentalidad conservadora norteamericana: los «intelectuales» padecen de «tecnofobia» por su ignorancia de la ciencia moderna y envidian el prestigio de los científicos (a los que no sé por qué no se considera también «intelectuales»).

El articulista olvida, a este respecto, que son varios los científicos y técnicos que se han unido al movimiento antinuclear, algunos incluso después de haber renunciado a sus puestos en la industria o en los organismos nucleares (1). En una frase tan lapidaria que estoy harto de leerla con pequeñas variantes, afirma luego: «Los errores de los cineastas son malas películas. Los errores de los ingenieros son malos puentes». ¡O malas y peligrosas centrales nucleares! Pero donde las dotes proféticas del articulista brillan hasta la incandescencia radiactiva es en el slogan que, como un subtítulo, destaca en el centro de su trabajo: «Se corre más riesgo de cáncer sentado junto a un fumador que cerca de una central nuclear». Discutible opinión que, sin duda, no compartirán ya nunca las 250.000 personas que, por evacuación «espon-

(1) Por ejemplo, en febrero de 1977, tres ingenieros nucleares de la General Electric, y, poco después, el jefe de seguridad (nombrado por la Comisión Reguladora Nuclear) de la central de Indian Point; los cuatro pasaron a reforzar las filas del poderoso movimiento antinuclear norteamericano, que cuenta, entre otros, con científicos como Linus Pauling, Ernest Sternglass, David Ford, Commoner, Ehrich, Tamplin, Gofman... De las organizaciones antinucleares, las más conocidas son: «Nuclear Information and Ressource Service» (1536 Sixteenth Street NW, Washington D. C. 20036); «Union of Concerned Scientists»; «Clamshell Alliance» (62 Congress Street, Portsmouth, NH 03801); «Trojan Decommissioning Alliance» (215 SE Ninth Avenue, Portland OR 97214); «Abalone Alliance» (452 Higuera Street, San Luis Obispo, CA 93401); «Palmetto Alliance» (P. O. Box 1065, Barnwell, SC 29812); «Catfish Alliance» (P. O. Box 20049, Tallahassee, FL 32304).

tánea», escaparon de la zona de Harrisburg en los últimos días de marzo, ni las 600.000 que estuvieron a punto de ser evacuadas (y que quizá debieron serlo), ni los millones que viven en torno a las 72 centrales nucleares que siguen funcionando en los Estados Unidos. «A film about greed» termina con una concesión a la mezquindad envidiosa y deprimente de la clase media norteamericana, obsesionada por un «democrático» pesimismo, universal y sagrado, sobre la «naturaleza» humana; en lugar del francés «cherchez la femme», el principio básico del norteamericano medio, a la hora de encontrar motivación para cualquier acto, especialmente si parece tener alguna dignidad moral, es «cherchez l'argent». Mr. Will, puesto que lo reserva para el final, parece considerar este argumento de una contundencia irrebatible. Jane Fonda ha dicho que la película es «básicamente sobre la codicia», sobre el hecho de que los intereses públicos estén en manos de negociantes «cuyo principal interés es maximalizar sus beneficios económicos». El colaborador de «Newsweek» —partidario acaso de que los artistas vivan del aire— revela a sus lectores el escandaloso hecho de que los actores de «The China Syndrome» fueran pagados y Columbia Picture no es una organización caritativa.

UN ACCIDENTE NUCLEAR

Estrenada la película (y escrito y a punto de ser publicado el artículo de Mr. Will), el 28 de marzo, a las 4 de la madrugada, como todo el mundo sabe, se produjo en Harrisburg el «accidente nuclear más grave de la historia». Muy similar al de la película, pero más grave incluso, pues al «síndrome China» se añadió el peligro no previsto de una burbuja de hidrógeno que, encerrada bajo la cúpula de cemento de la torre del reactor, amenazaba explotar esparciendo casi instantáneamente una inmensa nube radiactiva. «La realidad imita al arte», han dicho y repetirán muchos, con brillante pero trasnochada fórmula esteticista; la realidad imita al arte cuando el arte se ha basado en ella y se ha propuesto expresarla. La siniestra amenaza ha afectado, de un modo inmediato, a la zona de Harrisburg y a Pensilvania, donde el gobernador se limitó a ordenar la evacuación de las mujeres embarazadas y de los niños a ocho kilómetros de la central; fetos y niños menores de 10 años son los más (pero no los únicos) vulnerables a la radiactividad. Ha afectado también, con mayor o menor gravedad según la distancia, a todo el este de Estados Unidos y de Canadá; en las zonas periféricas, todo dependería (habrá dependido) de la dirección del viento. En el sur de Ontario, por ejemplo, donde yo vivo desde el 1 de octubre (Fiesta del Caudillo) de 1968, se nos llegó a anunciar que si los vientos soplaban de Pensilvania, la radiactividad tardaría en llegar (menos intensa, desde luego) unos tres días. Desde el día del accidente, ha habido algunos vientos de Pennsylvania, pero todavía no tenemos ninguna noticia oficial sobre si han traído mucha, poca o ninguna radiactividad. Un especialista, el doctor Ernest Sternglass, profesor de Física Radiológica de la Universidad de Pittsburg (Pennsylvania), afirma que la radiación ha llegado hasta sitios tan alejados como Nueva York, Boston y Ottawa; según él, todos los niños recién nacidos en esta vasta zona deberán ser sometidos durante los próximos años a reconocimientos médicos para vigilar la posible aparición de cáncer en la glándula tiroides; y en cuanto a los niños de la zona más afectada, el doctor Sternglass predice que habrá entre ellos, en el plazo de un año, un aumento del 5 al 20 por 100 de casos de leucemia (producida incluso o sobre todo, según muchos científicos, por la radiactividad absorbida en bajos niveles). Aparte de los efectos inmediatos, habrá muy probablemente otros (entre ellos, deformaciones genéticas), difíciles de valorar, que pueden tardar en manifestarse hasta 20 ó 30 años. Un aspecto especialmente inquietante de la cuestión es el de los «niveles permisibles de exposición a la radiactividad» establecidos *por el* gobierno: el nivel anual para la población es de 500 milirems, y de 5.000 para el personal que trabaja en centrales nucleares. Para hacer comprender estas cifras a los profanos, la prensa ha explicado que el norteamericano está expuesto, por término medio, a unos 100-200 milirems anuales, procedentes, el 50 por 100 del Sol y de los rayos cósmicos, el 45 por 100 de reconocimientos médicos con Rayos X, y el 5 por 100 restante de las explosiones atómicas, los televisores de color, los hornos de microondas y las centrales nucleares.

Otro dato, que pretende ser tranquilizador también, es el de que una radiografía pectoral irradia al paciente entre 10 y 20 milirems. Es difícil saber la cantidad de radiación recibida por los habitantes de la zona; los datos oficiales (que el doctor Sternglass, entre otros, discute, llegando a afirmar que las verdaderas cifras han sido ocultadas) no parecen concordar: ¿30-25 milirems por hora el 30 de marzo (dos días después del accidente)?; ¿80 milirems en total entre el 28 de marzo y el 4 de



El Presidente Carter de los Estados Unidos y su esposa Rosalynn, junto al Gobernador de Pensylvania, Dick Thorburgh, durante la visita que efectuaron a la central nuclear de Three Mile Island (La Isla Tres Millas), tras el accidente de uno de los dos reactores de dicha Central Nuclear.

abril (al nivel del 30 de marzo, esta cantidad se habría recibido no en 7 días, sino en 3 ó 4 horas)?... Por otra parte, los «niveles permisibles» han sido tan criticados como excesivamente altos por médicos, biólogos y otros científicos que el gobierno está revisándolos. En cualquier caso, el accidente de Three Mile Island es una tragedia que ha afectado y seguirá afectando no sólo a la salud, sino también a los medios de vida de cientos de miles de personas. Una noticia reciente pone una nota de sangriento sarcasmo al desenlace, al tiempo que ilumina —por si no estuviera clara— la naturaleza del sistema político y socioeconómico norteamericano: los gastos del accidente serán cubiertos por una subida, del 35 por 100 o más, en la tarifa de la electricidad. En otras palabras: los «gastos» de la contaminación serán pagados por los contaminados. «Si los accionistas de la Metropolitan Edison Co. (propietaria de la central nuclear) tuvieran que cubrir los costos del accidente, la compañía se empobrecería o tendría que declararse en bancarrota»; el despacho de la Agencia A.P. que estoy citando añade aún las palabras del abogado de la compañía: «¿En qué beneficiaría esto a los usuarios?». Dudar que la respuesta justa a esta pregunta es «en nada», significaría dudar del dogma de la «libertad de empresa»; y el norteamericano medio es demasiado religioso para ello.

La realidad no sólo «imita», sino que supera al arte. Los realizadores de «The China Syndrome», con su realismo moralista, no han podido imaginar un final tan sencillamente terrible; habría sido poco cinematográfico para los cánones de Hollywood. El final del filme es espectacular, de un «catastrofismo realista», posible, pero que acaso tenga sólo, o sobre todo, un efecto catártico, a nivel individual: es la codicia de **una** compañía determinada, quizá sólo de **algunos** de sus directivos, lo que causa la tragedia, favorecida por la cobardía y el conformismo de **unos cuantos** técnicos y empleados.

EL SINDROME «HARRISBURG

No es un síndrome moral, sino el síndrome de la enfermedad ingénita de todo un sistema, cada vez más abocado al suicidio o, mejor dicho, a matarse matando. (El «monstruo sagrado» de Guayana, Jim Jones, tiene también un valor sintomático, quizá sindrómico: neonazi perfeccionado, logró rizar el rizo de los «campos de exterminio» al hacer que sus vícti-

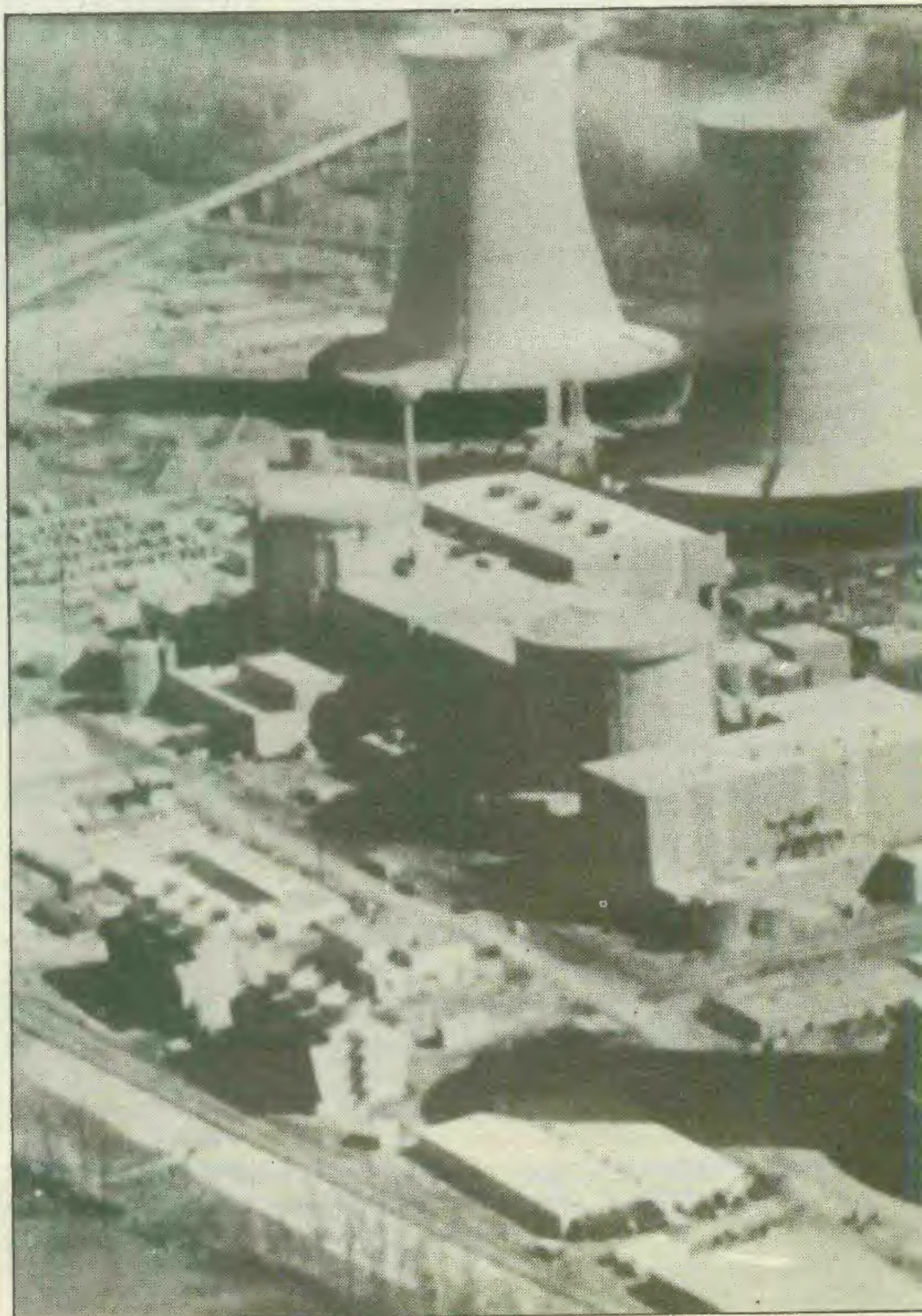
mas eligieran su propia destrucción por mayoría democrática). La forma en que se ha desarrollado la industria nuclear —hija, heredera y máscara del armamento nuclear— no es más que la manifestación extremada de las tendencias generales, inevitables, del sistema. Los «átomos para la paz» se presentaron como una forma de energía barata, baratísima, casi gratis una vez que fueran amortizadas las instalaciones. Pero los bajos costos —que hoy ya son tan altos y más que los de las otras formas de energía eléctrica— no iban a servir, desde luego, para reducir las tarifas eléctricas; servirían sólo para acelerar la acumulación de capital de las multinacionales que se lanzaran a la aventura. Las grandes inversiones iniciales que exigía, y el control casi exclusivo de la nueva técnica, reducían la competencia —haciéndola más brutal, por tanto— a los contados y selectos miembros de un «club», íntimos enemigos de los que, más tarde o más temprano, tendrían que depender el resto de las compañías y países. A las ventajas de la rentabilidad, se añadían, pues, virtudes autoritarias —quien concentra capital, concentra poder— e imperialistas. La energía nuclear es —incluso por ciertas características megalomaníacas que serían «cómicas» si no fueran trágicas— el supermán de los grandes países desarrollados.

¿Qué podían importar, ante la urgencia competitiva, los problemas de seguridad pública, el estudio verdaderamente racional de la conveniencia o inconveniencia —desde el punto de vista humano— de producir electricidad a partir de la energía nuclear? Científicos autorizados consideran este método no sólo peligroso, sino ineficaz: usar la temperatura nuclear, de millones de grados, dice Amory B. Lovins (2), para producir electricidad que va a ser usada para calentar una casa a 21º es «como cortar mantequilla con una sierra eléctrica». Además, la eliminación de los residuos, que son radiactivos y algunos lo serán por cientos de miles de años, es un problema todavía sin solución; son «basura indestructible», como los llama Jon Tinker (3), y por eso, ante las dificultades y peligros de su enterramiento, se ha llegado a pensar en mandarlos al Sol en naves espaciales: ¡nos costaría más cagar que comer!, como dijo Quevedo (4). Todo esto no ha impedido que en el mundo haya varios cientos de centrales nucleares. Y de las 72 que funcionan en los Estados Unidos, unas 60 se encuentran en

(2) Cito indirectamente del artículo de J. Dicken Kirschten, «A new alternative in the energy crisis», en el **Book of the year (1978),** *de la Enciclopedia Británica, pág. 144.*

(3) «The indestructible garbage», en **Book of the year (1979),** *pág. 365.*

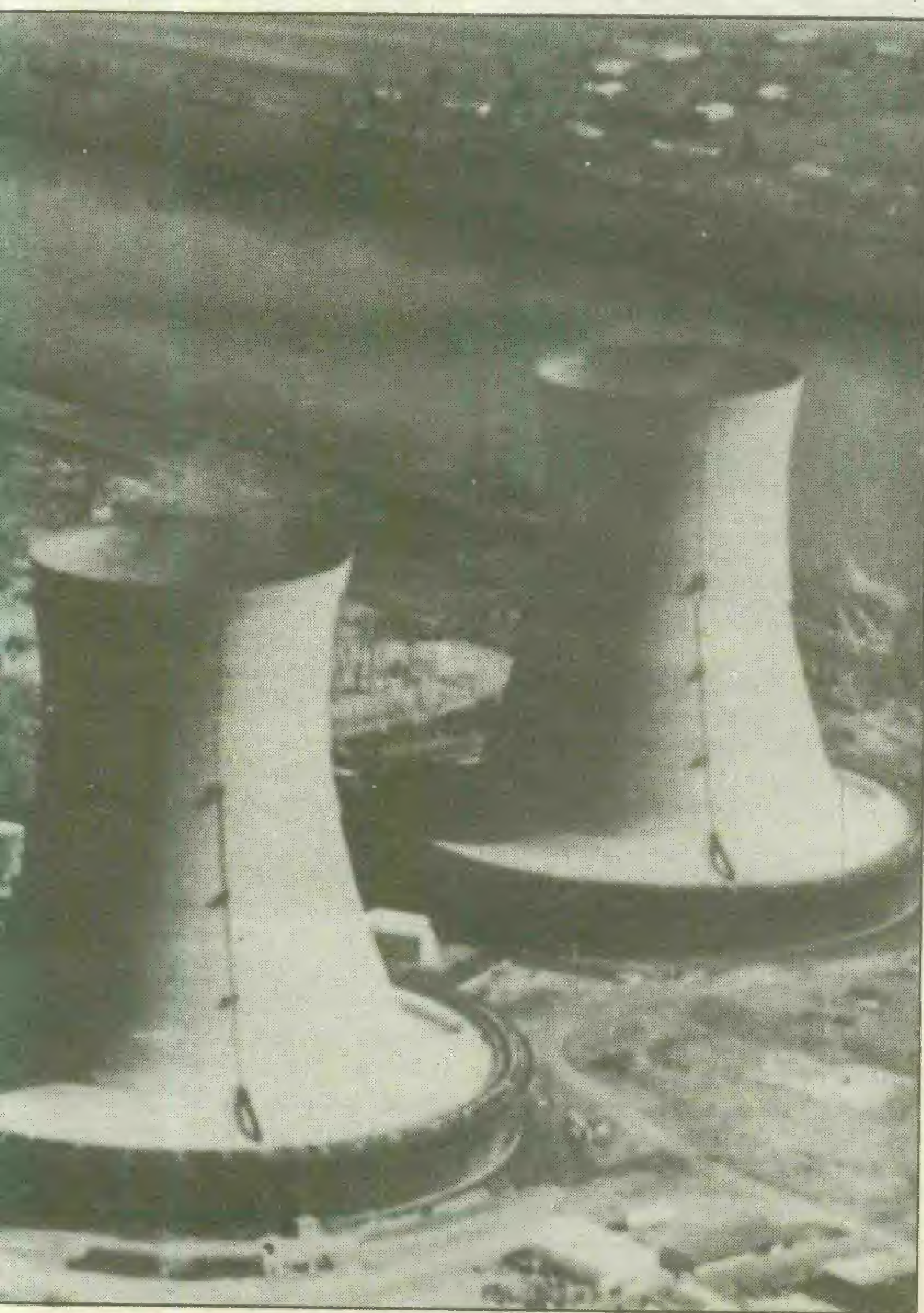
(4) ¿Quién, si no, puede haberlo dicho?



Uno de los dos reactores de la Central Nuclear de la Compañía Edison de Harrisburg fue parado tras producirse un escape de vapor radioactivo en una de las torres refrigeradoras. El reactor dos que aparece en la foto pudo estar arrojando material radioactivo al exterior durante dos horas.

menos de la mitad este de su territorio, con una concentración nuclear que debe de ser la mayor de la Tierra. Y en torno a ciudades como Nueva York, Boston, Filadelfia, Baltimore, Chicago... ¿Qué criterio sino el del beneficio —abaratamiento del transporte, proximidad del mercado...— ha podido decidir a la industria nuclear a elegir estos emplazamientos?

Se dice que hace falta más energía, pero las últimas estadísticas demuestran que en Estados Unidos y Canadá el índice de crecimiento del consumo de electricidad ha descendido; y, además, ¿para qué hace falta más energía? ¿Para mantener encendidos, día y noche, los billones de anuncios publicitarios; los aparatos de aire acondicionado de edificios sin ventilación natural; las dañinas luces fluorescentes de fábricas, oficinas, centros comerciales y escuelas sin ventanas o con las persianas bajadas? ¿Para que resplandezcan en la noche los vacíos rascacielos del negocio? ¿Para que sigan funcionando fábricas donde se hacen productos cada vez peores, más dañinos y en mayor número; fábricas que, al usar cada vez menos trabajadores, producen también paro, en lugar de mayores sueldos, más tiempo libre y más salud para los que trabajan? ¿Más energía para que al fin un día —¡oh «American dream», ya casi pesadilla universal!— podamos todos cepillarnos eléctricamente los dientes, si es que la industria de la alimentación no ha logrado, con la malnutrición que impone, que la especie humana sea desdentada?... Y si, a pesar de todo, es cierto que va a hacer falta más energía (en muchos países, desde luego, ya está haciendo falta), ¿con qué criterio científico y humano, por ejemplo, se ha abandonado o reducido drásticamente la construcción de centrales hidroeléctricas, absolutamente limpias, sin peligro y de magnífico rendimiento? (5). (Los términos «científico» y «humano» sólo pueden ser contradictorios cuando las ciencias, sometidas al capital como antaño lo estuvieron a la Teología, es decir, a la Iglesia y los señores feudales, son enseñadas, desarrolladas y aplicadas como «inhumanidades»).



Es cierto que, en los últimos años, se ha empezado a hablar de «energías alternativas», limpias, baratas, no peligrosas, modernas: la solar, la eólica, la geotérmica... (De todas estas cualidades, la única falsa es la de «modernas»). Se dice, en fin, que se están haciendo estudios sobre ellas. ¿Quiénes, y con qué propósito las «estudian» (de algunas,

---

(5) En Estados Unidos, el país más «nuclear», sólo había, en 1978, dos centrales hidroeléctricas en construcción, frente a 94 nucleares. Un informe del Cuerpo de Ingenieros del Ejército, publicado en 1977, afirmaba lo siguiente: «La explotación de todo el potencial hidroeléctrico de las centrales y presas **ya existentes** *(el subrayado es mío) podría producir unos 160.000.000.000 de kilovatios/hora y ahorrar 727.000 barriles de petróleo diarios»* **(Book of the year (1978),** *artículo citado de J. Kicken Kirschten, pág. 146).*



De las 72 centrales nucleares que funcionan en los Estados Unidos, unas sesenta se encuentran en menos de la mitad este de su territorio, con una concentración nuclear que debe ser la mayor de la Tierra. Y en torno a ciudades como Nueva York, Boston, Filadelfia, Baltimore, Chicago... ¿Qué criterio sino el del beneficio ha podido decidir a la industria nuclear a elegir estos emplazamientos? (En la foto, el Presidente Carter, de los Estados Unidos, durante una alocución al país).

como la eólica, hay poco que estudiar)? ¿No serán los mismos que nos están forzando a aceptar las formas de energía más peligrosas y sucias, desde el petróleo y el motor de explosión, de tan bajo rendimiento, hasta la energía nuclear? Lo que están «estudiando», ¿no será, sencillamente, cómo hacerlas controlables (por ellos) y rentables (para ellos), es decir, caras y acaso de lujo, reservadas, por tanto, para usuarios «modernos»? Los que producen peligro, polución, «crean mercado», al mismo tiempo, para la seguridad, para la limpieza. Es una ley general que se ve también, por ejemplo, en la industria de la alimentación: los «health food» (alimentos sanos) han sido lanzados como «alternativa», más bien para «snobs» y exquisitos suspicaces, de los «unhealthy food» (alimentos insanos), a los que presuponen; éstos son, en buena lógica binaria, todos los demás, los que llenan los supermercados; pues bien, los alimentos sanos han sido lanzados por los mismos que producen los insanos (normales) utilizando entre 7.000 y 8.000 «aditivos» y «preservativos», muchos de ellos cancerígenos y casi todos dañinos de una u otra forma. El círculo vicioso sólo puede romperse si se rompe el sistema que lo permite y necesita, la telaraña mundial de las multinacionales.

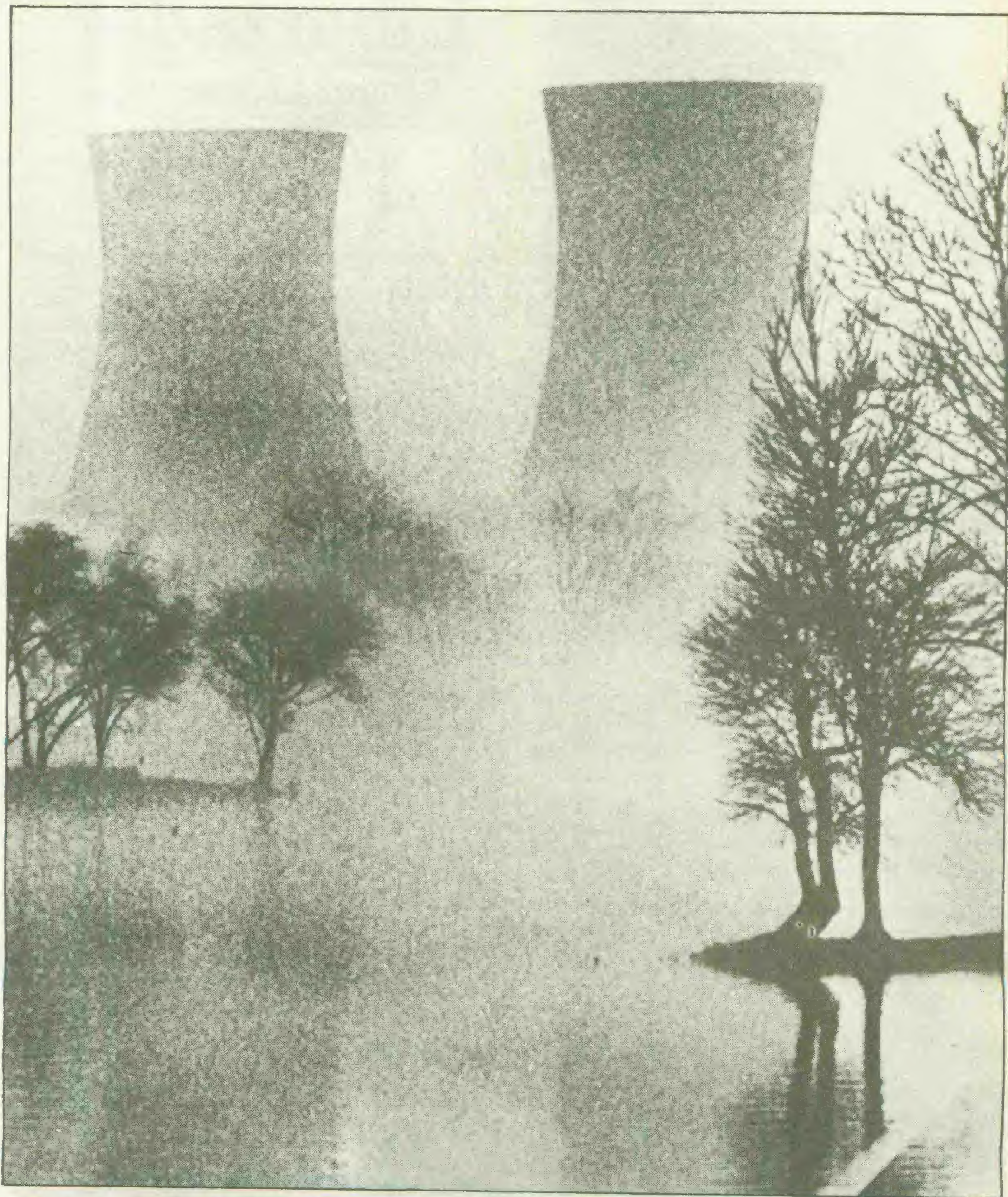
Los síntomas que componen el «síndrome Harrisburg», los que explican el demencial desarrollo de la industria nuclear, se expresan a través de algunas de las palabras clave del sistema, de resonancia cada vez más siniestra porque, en nuestras sociedades, están ya muy lejos de significar lo que significan: «eficacia» (¿matar mosquitos... con fumigaciones cancerígenas?; ¿producir electricidad con bombas atómicas?); «productividad» (¿en qué?; ¿para qué?; ¿a costa de qué?); «rentabilidad» (¿para quién?); «beneficio» (maleficio); «competencia» (lucha entre dinosaurios pisoteando hombres); «desarrollo» (de las enfermedades, los peligros, el paro...); «libertad de empresa» (para envenenar, contaminar...); «racionalización» (con la razón burguesa); «democracia» (de etimología desconocida, quizá por deformación de la frase «demos gracias», equivalente a la fórmula religiosa «Amén»)...

PROMOCIONES Y ANUNCIO

El sistema se va perfeccionando. Su fórmula fundamental parece estar a punto de convertirse en «la explosión del hombre por el hombre». Mientras se realiza la negra profecía de Svevo al final de «La conciencia de Zeno» (pues es muy posible que se realice si no se logra antes separar, como antaño la religión, el Capital del Estado), preparémonos a comprar los contadores Geiger, de pulsera o bolsillo, que estoy seguro han empezado ya a fabricar las compañías nucleares: es el nuevo

mercado en expansión; ¡la mejor inversión para su dinero! Serán, naturalmente, de circuito integrado, de oro, de plata, de platino, dorados o plateados, para 50.000 milirems, para 75.000 milirems, para 100.000 milirems. Más potentes, es inútil fabricarlos: no son negocio, no habría **ya** mercado para ellos. Al principio, serán caros, pero podrá pagarlos con su tarjeta de crédito «favorita». No deje usted de comprarse uno: todos tenemos derecho a saber cuánta radiactividad estamos disfrutando. Sea moderno, independiente: no sea como esas personas que van por la calle y tienen que preguntarle al primero que pasa qué hora es o cuántos milirems hay hoy. ■

J. L. P.



«Sea moderno, independiente; no sea como esas personas que van por la calle y tienen que preguntar al primero que pasa qué hora es o cuántos milirems hay hoy...» (Las torres de la Central Nuclear de La Isla Tres Millas, fotografiadas en medio del «escape» de radioactividad, en la madrugada del 28 de marzo de 1979).



Manuela Sáenz

La Libertadora del Libertador

Ricardo Lorenzo Sanz

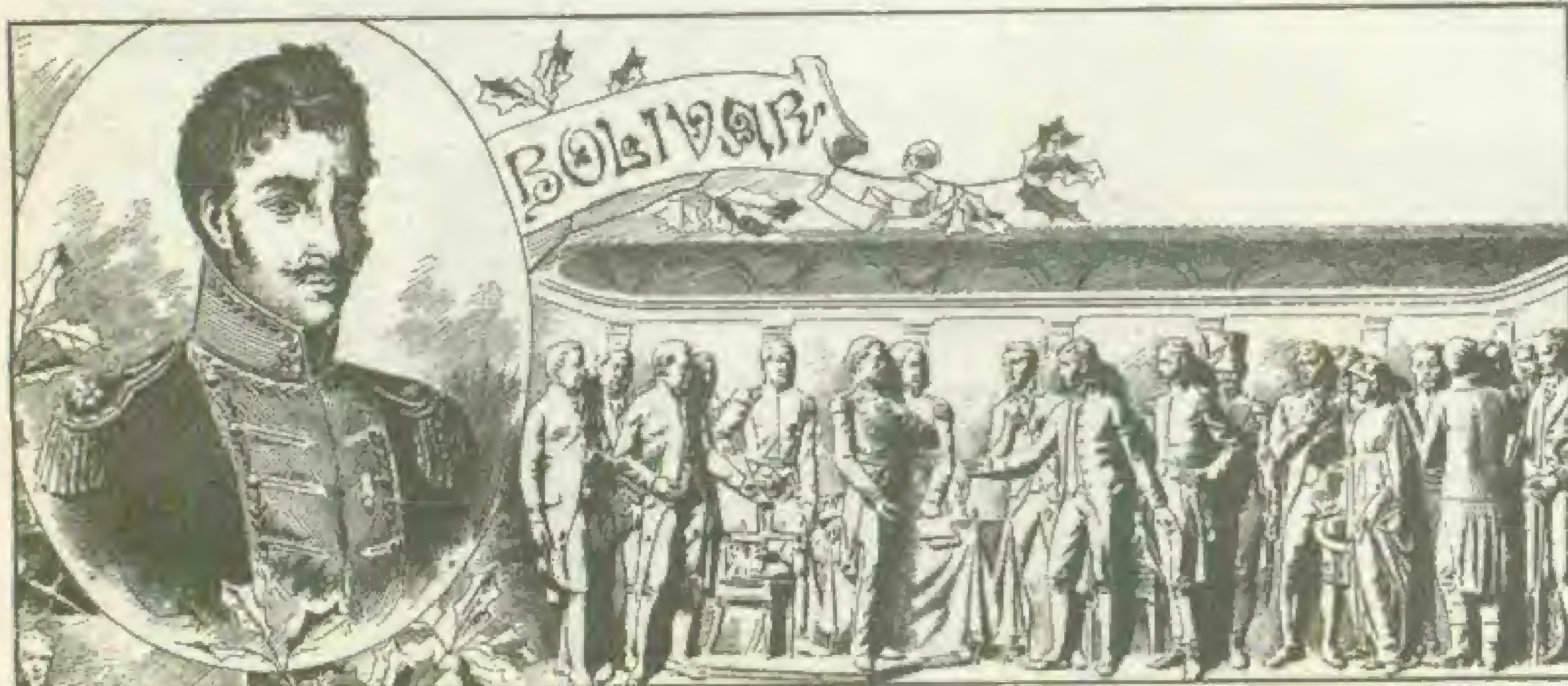
ALGUN día deberá escribirse sobre la importancia de las mujeres en el proceso independentista latinoamericano y, en ese estudio a realizar, el nombre de Manuela Saenz dejará de ser sinónimo de la amante de Simón Bolívar, para adquirir relevancia y significado propio.

MANUELA Sáenz nace a principios de 1977 en Quito, «en un lecho magnífico, cubierto de terciopelo doblado de satín, adornado con una larga franja y un precioso galón de oro, con una cobija del mismo estilo y sábanas bordadas de encaje de Bruselas» (1). Sin embargo, este esplendor se veía empañado por su condición de hija ilegítima, fenómeno que aunque harto frecuente en la colonia no dejaba de tener sus inconvenientes, sobre todo a la de hacer valer sus derechos hereditarios.

(1) *Hugo Moncayo,* **El Quito colonial y el de la época libertadora.**

La infancia de Manuela se desenvolvió en el centro mismo de los vientos revolucionarios que agitaban la colonia. Su hogar reproducía en escala la situación de la sociedad criolla. Su padre era un fervoroso realista, su madre y hermanos adherían a la causa revolucionaria. El 9 de agosto de 1809 se produce el postergado enfrentamiento. Quito, la ciudad de 60.000 habitantes se subleva y el día 10 se instaura la «Junta Suprema que gobernará interinamente a nombre y como representante de nuestro legítimo soberano Don Fernando VII». El padre de Manuela, Simón Sáenz, es apresado. Su madre y sus hermanos están entre los patriotas y no parecen preocuparse demasiado por la medida. Poco duró el gobierno criollo. El 2 de agosto de 1810 estalla la contrarrevolución; Simón Sáenz es uno de sus jefes y participa en la caza de patriotas por las calles quiteñas. El resto de la familia opta por la fuga, Manuela vive a los trece años su primer exilio en la hacienda de Catahuango al sur de la ciudad.

Pero poco después se produce la reconciliación de los padres y la capitulación incluye la in-



El poeta Olmedo pide a Bolívar la libertad del Perú (bajorrelieve de Tenerani).

corporación de los hermanos varones al ejército español. A Manuela se le reserva otro destino: el duro aprendizaje de la mujer-esposa. A los diecisiete años ingresa en el Convento de Monjas de Santa Catalina, donde le imparten «esas labores de aguja, esos bordados de oro y plata que son motivo de asombro para los extranjeros; la preparación de helados, sorbetes y confituras. Las religiosas enseñan, a la vez, a leer y a escribir. Es todo lo que sabe una joven de buena familia» (2). En este lugar habrá de protagonizar el primero de sus incontables escándalos al fugarse con un joven oficial español, Fausto d'Elhuyar (hijo del químico español del mismo nombre, a quien se debe el aislamiento del tungsteno).

Tras el rapto, el desastre. El amante cede ante las amenazas familiares y la devuelve a casa. Sólo queda un camino para aplacar los comentarios de la buena sociedad. Hay que casar a Manuela y el elegido es un súbdito inglés que le dobla en edad: el médico Jaime Thorne, a quien no preocupan las habladurías. Manuela se somete a la decisión paterna, pero no oculta su desprecio por su esposo. Su opinión sobre él queda manifiesta en esta carta que le enviará años más tarde, cuando Simón Bolívar aparezca en su vida: «Como hombre usted es pesado; la vida monótona está reservada a su nación. El amor les acomoda sin placeres; la conversación sin gracia, y el caminado, despacio; el saludar, con reverencia; el sentarse y levantarse, con cuidado; la chanza, sin risa. Yo me río de mí misma, de usted y de estas seriedades inglesas».

Luego de un corto período de paz conyugal, en el cual Manuela para aceptar su papel de esposa tradicional aparece nuevamente en escena Fausto d'Elhuyar y se inaugura el adulterio, un adulterio pregonado por ambos amantes que obliga a mister Thorne a tomar una medida drástica. Su alejamiento de Quito rumbo a Lima como medio de alejar a Manuela del joven oficial.

(2) *Juan Bautista Boussingault,* **Memorias.**

LA CABALLERESA DEL SOL

El doctor Thorne muy pronto comprendería que poco valían los cambios geográficos en el cometido de disciplinar a su esposa. En Lima le aguardan no sólo nuevas aventuras amorosas; se relaciona con Rosa Campuzano, que la inicia en el difícil arte del espionaje. Mientras Manuela conspira en los salones junto a su amiga, la suerte de las fuerzas patriotas no podía ser mejor. Bolívar y su ejército cruzan los Andes, reeditando la hazaña de San Martín en Chile, y liberan Bogotá el 10 de agosto de 1819. Por su parte, el general argentino parte de Valparaíso el 20 de agosto de 1820 al mando de 4.000 soldados rumbo a Perú. En Lima el nerviosismo iba en aumento y la labor de los espías patriotas se intensifica al producirse el desembarco de las fuerzas argentino-chilenas en las costas peruanas.



Como una sabia predeterminación histórica, la suerte final del continente fue sellada por un hombre que aún no había sido corrompido por el horror de la guerra y mantenía viva su generosidad. (En la imagen, Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho).

El virrey Pezuela había sido sustituido por De la Serna, quien llamó en su ayuda a varios regimientos destacados en Ecuador. Como oficial de uno de ellos llegará a Lima José María Sáenz, quien será ganado para la causa patriota por su hermana. Manuela Sáenz tendrá mucho que ver en la deserción en masa del regimiento Numancia y su incorporación al ejército de San Martín, que pone sitio a la ciudad de Lima. José De la Serna decide el 10 de julio abandonar la ciudad y San Martín se transforma en el Protector del Perú. Mientras tanto Bolívar triunfaba en Carabobo (24 de julio de 1820), asegurando así la independencia de Venezuela.

Manuela Sáenz es asidua concurrente a las reuniones patriotas. San Martín le otorga un trato preferencial. Nadie ignora que en tal distinción tuvo mucho que ver Rosa Campuzano, con quien el general argentino mantenía ciertas «relaciones de tapadillo, pues San Martín no quería dar en Lima escándalo por aventuras mujerieras. Jamás se le vio en público con su amante» (3).

El 21 de enero de 1822 Manuela sería distinguida con la máxima condecoración instituida por el Protector. La Orden del Sol, otorgada a «las

patriotas que se hubieran distinguido por su adhesión a la causa de la independencia del Perú».

EL ENCUENTRO

A mediados de abril de 1822, Manuela abandona a su marido en Lima con la excusa de visitar a su madre en Quito. Este viaje significará el gran cambio, conocerá a Bolívar y se encontrará a sí misma.

El 24 de mayo el general Sucre logrará el triunfo de Pichincha y asegura con esta victoria el control del Ecuador y parte de Colombia. Las tropas vencedoras desfilan por las calles de Quito. Entre la multitud entusiasmada se encuentra Manuela, quien será presentada a Sucre esa misma noche. Comienza aquí una relación sólida entre el indiscutible heredero de Bolívar y la que más tarde será su mujer. Sucre y Manuela parecen haber sido los afectos más sinceros y leales con los que contará el Libertador. Ambos serán sus ojos y oídos, sus confidentes y guardaespaldas.

El 16 de junio Bolívar llega a Quito y se produce el encuentro. «El guerrero ama el peligro y el juego —dice Nietzsche— y por eso ama a la mujer,que es el juego más peligroso». Simón Bolívar, guerrero y jugador, amó a las mujeres, pero ninguna parece haber gravitado tanto en su vida como Manuela Sanz. En verdad, las mujeres anteriores a ella parecen haber sido simplemente el espejo en el cual se reflejaba su propia vanidad en la admiración que ellas le tributaron como un ser viril, encantador, tierno o cruel, según correspondiera (3).

La unión de estas «dos fuerzas de la naturaleza» no podía menos que responder a los ciclos telúricos, calmas y tempestades,sucediéndose sin interrupción. La aparición de Manuela en la vida de Bolívar coincide con el momento en que éste se transforma en el líder indiscutible de la causa latinoamericana. Efectivamente, luego de la entrevista de Guayaquil (1822), San Martín se retira de la escena diciendo a Bolívar, «ahora le queda a usted, general, un nuevo campo de gloria, en el que va usted a poner el último sello a la libertad de América».



«¿Me cree usted menos o más honrada por ser él mi amante y no mi esposo? ¡Ah!, yo no vivo de las preocupaciones sociales inventadas para atormentarse mutuamente». (Manuel Sáenz, en su juventud).

Luego de la entrevista famosa, Bolívar prepara su estrategia, en compañía de Manuela, en la estancia de Babahoyo, cerca de Guayas. El amor jugó un importante papel en los preliminares de la definitiva campaña del Perú. Mientras tanto en Lima mister Thorne recibía las noticias del romance de Manuela y el general caraqueño, y le envía una dolorida carta recordándole sus deberes. La contestación de Manuela no se hace esperar: «Yo sé muy bien que nada puede unirme a Bolívar bajo los auspicios de lo que usted llama honor. ¿Me cree usted menos o más honrada por ser él mi amante y no mi esposo? ¡Ah!, yo no vivo de las preocupaciones sociales inventadas para atormentarse mutuamente». En septiembre de 1822 los dos amantes deben separarse por primera vez. Bolívar debe marchar al Perú previo aplastamiento de la sublevación de Pasto, y Manuela se dirige a Quito, donde protagonizará su primer episodio bélico. «Manuela Sáenz —dice Ricardo Palma— se quedó en Quito entregada por completo a la política. Fue entonces cuando, lanza en ristre y a la cabeza de un escuadrón de caballería, sofocó un motín en la plaza y las calles de Quito».

DE LA BABILONIA A AYACUCHO

En septiembre de 1823 Bolívar se instala en Lima. Encuentra el virreinato en un estado increíble de desorden, con dos presidentes, un parlamento dividido, amplias facciones realistas, un ejército español al mando del virrey La Serna acampando en las montañas y un ejército nacional presa de la incertidumbre. Pronto los acontecimientos superan sus fuerzas y cae gravemente enfermo. Manuela permanece a su lado ajena a las presiones de su marido y las del propio Bolívar, que se ve asaltado frecuentemente por cargos morales y le llega a escribir: «En lo futuro tú estarás sola aunque al lado de tu marido. Yo estaré solo en medio del mundo. Sólo la gloria de habernos vencido será nuestro consuelo. El deber nos dice que ya no somos más culpables. No, no lo seremos más». Sin embargo, Manuela permanece a su lado en una residencia conocida popularmente como **La Babilonia**, dado los escándalos frecuentes que en ella ocurren. Bolívar comete infidelidades y Manuela contesta con iguales armas. Las peleas y las reconciliaciones son comentadas por toda la sociedad limeña.

---

(3) *Ricardo Palma,* **Tradiciones peruanas.**

En 1824 Bolívar decide jugarse el todo por el todo y amparado en el poder dictatorial que le ha otorgado el Congreso de Perú, inicia su última y más grande campaña. Las tropas criollas deciden presentar batalla al poderoso ejército realista y el 25 de agosto, contra todos los pronósticos, Bolívar vence al general Canterac en el valle de Junín. Manuela estuvo presente custodiando el archivo del mando patriota y desempeña tareas de secretaria. Boussingault asegura que siguió el curso de la batalla valiéndose de un catalejo. Bolívar habría impedido que tomara parte activa en el combate. El destino le tenía reservado un lugar de privilegio en la última y decisiva batalla librada en Ayacucho.

Esta batalla tiene un protagonista, el general José Antonio de Sucre, y dos grandes ausentes: Bolívar y San Martín. Como una sabia predeterminación histórica, la suerte final del continente fue sellada por un hombre que aún no había sido corrompido por el horror de la guerra y mantenía viva su generosidad. Es así que decretará: «Todo individuo del ejército español podrá libremente regresar a su país, podrá ser admitido en el Perú si lo quisiese; no será incomodado por sus opiniones anteriores si su conducta fuere conforme a las leyes...».

Manuela fue la única mujer que participó en la contienda. Vestida de húsar se batió a la par de los otros soldados, llegando a arrancar «como trofeo unos soberbios bigotes españoles, con los cuales se hace arreglar unos postizos para sí misma» (Rumazo González).

LA SUBLEVACION DE LOS DELFINES

Luego de Ayacucho, Bolívar se entregó a su más ambicioso proyecto, la enunciación de una serie de principios que permitieran la unidad latinoamericana desde el Río Grande al Cabo de Hornos. En 1825 Sucre desaloja a los españoles del Alto Perú y crea la república independiente de Bolivia (en honor del Libertador)

Bolívar y Manuela se desplazan hacia allí. Son tiempos difíciles para ellos. Bolívar se dedica a la redacción de la constitución para la nueva República y espera que el documento sea adoptado rápidamente por todos los Estados vecinos como paso previo a la realización de un gran proyecto: la Confederación de Estados Americanos. Manuela, por su parte, advierte los peligros de la ausencia de Bolívar de la escena política e intenta prevenirlo sobre las maniobras de sus vicepresidentes, Páez y Santander. Alejado el peligro español en América, se hicieron evidentes las diferencias claras de todos los sectores que intervinieron en el conflicto. El fracaso del Congreso de Panamá y las maniobras de la cancillería norteamericana contribuyeron a debilitar la figura de Bolívar. El Libertador, el «hombre providencial», comenzaba a ser cuestionado. Los intereses de los sectores nacionalistas de los distintos Estados, recién formados, se contraponían unos a otros y hacían utópica la propuesta bolvariana. A todo esto Londres participaba muy de cerca de este proceso.

Se puede afirmar que Ayacucho no sólo fue el fin del poder de la corona española en América, sino el inicio también de la agonía política de Bolívar. En 1827 rige los destinos de Nueva Granada y Venezuela desde **La Babilonia**, en el Perú. El enfrentamiento de Páez y Santander en aquellos países era cada vez más violento. Por fin estalla la revuelta de Páez, que amenaza con la separación de Venezuela. El Libertador se decide a dejar Lima para solucionar el conflicto. Manuela no lo acompaña; decide permanecer en el Perú, y afronta sola los graves acontecimientos que se desencadenarán. El 26 de enero de 1827 se produce la sublevación del coronel Bustamante, que destituye al gobierno peruano. Manuela, secundada por sus servidoras negras, recurre al gobierno desesperado. Disfrazadas de soldados, intentan sublevar un cuartel. La tentativa fracasa y son apresadas. A los pocos días el nuevo gobierno ordena su destierro y son embarcadas en el Callao rumbo a Guayaquil.

Bolívar mientras tanto imponía su autoridad sobre Páez y Santander, y se instalaba en Bogotá. Sin embargo, era consciente que el fin estaba cercano y los poderes absolutos otorgados por la Junta Popular no alcanzaban para detener la conspiración. Es en este momento donde la figura de Manuela adquiere una dimensión propia, transformándose en la custodia no sólo de su amado, sino también de los principios revolucionarios americanos.

LA AMABLE LOCA

Luego de perder todos sus bienes en Ecuador, intentando sobornar vanamente a varios regimientos, Manuela marcha a Bogotá a reunirse con Bolívar. Pronto se ve inserta en el ojo mismo de la tormenta, y comienza a desenmascarar públicamente a los enemigos de Bolívar. Es así como organiza una fiesta en donde ordena fusilar una efigie de Santander frente a varios oficiales a quienes supone implicados en la conspiración. Ante las quejas de uno



El 17 de diciembre de 1830 muere Bolívar. En el delirio de la fiebre se le escucha decir: «Vámonos... Vámonos... esta gente no nos quiere en esta tierra... vamos, muchachos... lleven mi equipaje a bordo de la fragata». (Estatua ecuestre del Libertador Simón Bolívar, emplazada en el madrileño Parque del Oeste).

de ellos, el general Córdoba, Bolívar contesta lo siguiente refiriéndose a Manuela: «... En cuanto a la amable loca, ¿qué quiere usted que le diga? Usted ya la conoce de tiempo atrás; luego que pase este suceso pienso hacer el más determinado esfuerzo para hacerla marchar a su país o donde quiera». Sin embargo, los servicios de la «amable loca» serían muy importantes para el Libertador, ya que en dos ocasiones ésta le salvará la vida. El primer intento fue en un baile de disfraces. Manuela intenta persuadir a Bolívar para que no asista al mismo, pues ha sido avisada que se prepara un atentado. Bolívar desoye sus ruegos y acude. Manuela se presenta a la fiesta disfrazada de hombre y le es negada la entrada. Entonces utiliza un recurso que avergonzará profundamente a su amante. «El Libertador conversaba en esos momentos con los oficiales, distraídamente, cuando vio lo que menos podía esperarse: en la puerta del coliseo había una mujer desgreñada y sucia que se reía a carcajadas, que hacía contorsiones. Bolívar pregunta al edecán si se trata en realidad de Manuela. Sí, mi general, contesta Fergusson. Esto es insufrible, dice el Libertador, y sale precipitadamente tras de la mujer que huía» (4). Posteriormente se comprobó la existencia del complot y la participación en el mismo del ofendido general Córdoba.

El segundo intento fue el 25 de septiembre de 1828. El Libertador se hallaba tomando un baño. Su única compañía y guardia es Manuela. A media noche un grupo armado irrumpe en la casa. Bolívar intenta hacerles frente, pero Manuela lo hace fugar por una ventana, enfrentándose, espada en mano, a los conspiradores. El golpe había fracasado. Catorce de los implicados fueron ajusticiados. A Santander se le perdonó la vida, a pesar de ser el inspirador del atentado. Será el hombre que asestará el último golpe para la caída de Bolívar.

(4) *Ricardo Lorenzo Sanz,* **Caminos abiertos por Simón Bolívar.**

LA SEPARACION

La estrella política de Bolívar declinaba, hubo de enfrentarse en varias rebeliones conservadoras en Antioquía y Cauca, mientras se acentuaba la tendencia separatista de Venezuela y se producía el desmembramiento de Ecuador. Sólo restaba la renuncia. El 15 de enero de 1829, ante el Congreso de Colombia, pronunciará su último discurso: «Compatriotas: escuchad mi última voz al terminar mi carrera política: a nombre de Colombia os *pido,* os ruego que permanezcáis unidos, para que no seáis los asesinos de la patria y vuestros propios verdugos».

Luego parte hacia Cartagena ante las imposiciones de Venezuela, que se negaba a continuar sus relaciones con Colombia mientras permaneciera en Bogotá.

El 8 de mayo se produce la despedida de Manuela y Bolívar. «El caminaba directamente a la muerte, y para ella estaba reservado un calvario de varios años. Un corrillo de gentuza plebeya se le acercó para despedirlo con este apodo que le pusieron sus enemigos, ¡longaniza!, ¡longaniza! (era el apodo de un loco que vagaba por Bogotá)» (5).

Manuela, mientras tanto, se quedó en Bogotá animando a los partidarios de Bolívar y presentando una activa oposición al presidente Joaquín Mosquera. Desde Cartagena el Libertador le escribe: «Amor mío: Mucho te amo, pero más te amaré si tienes ahora más que nunca mucho juicio. Cuidado con lo que haces, pues si no, nos pierdes a ambos, perdiéndote tú». Sin embargo, Manuela no estaba dispuesta a quedarse quieta, y logra la adhesión del general Rafael

(5) *Alfonso Rumazo Gonzálèz Groot,* **Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada.**

Urdaneta, con quien sublevan en septiembre al regimiento Callao y deponen al presidente Mosquera. En forma provisional toma la jefatura Urdaneta, mientras se llama a Bolívar para que se ponga al frente del gobierno. Sin embargo, éste no acepta la propuesta. El reciente asesinato de Sucre, su sucesor, y el progresivo avance de su enfermedad han minado su ánimo. Sólo desea retirarse a Santa Marta y reponer fuerzas. El 17 de diciembre de 1830 muere. En el delirio de la fiebre se le escucha decir: «Vámonos... Vámonos... esta gente no nos quiere en esta tierra... vamos, muchachos... lleven mi equipaje a bordo de la fragata». Mientras el cadáver de Bolívar era sepultado en la isla, el general Santander derrocaba a Urdaneta, constituyéndose en presidente de Colombia.

Manuela recibe la noticia de la muerte de su amante e intenta suicidarse, haciéndose morder por una serpiente. La solícita atención de sus sirvientas logran salvarle la vida. Repuesta de un momento tan angustioso, continúa la lucha política con el mismo fervor. Participa en una conspiración que es desbaratada por Santander (23-7-1833), y luego de un período de reclusión es expulsada de Colombia.

EL MITO

Manuela inicia su destierro. Primero Jamaica, luego Ecuador, a donde no se le permitirá radicarse. Finalmente Paita, un pueblecito peruano. La compañan sus dos servidoras negras y el archivo y cartas de Simón Bolívar. Este será su destierro final. Años más tarde rechazará la amnistía del gobierno ecuatoriano: «Una orden me expatrió, el salvoconducto no ha podido hacerme revivir a mis caras afecciones».

Es verdaderamente «un formidable carácter», como ella misma se definió. En 1841 muere asesinado, en un oscuro episodio, mister Thorne. En su testamento nombraba a su esposa heredera única de su fortuna. Manuela la rechaza y continúa viviendo pobremente gracias a una industria casera de fabricación de dulces.

Por las calles de Paita recoge perros, a los que llama con el nombre de los generales traidores. A uno lo llama Páez, a otro Córdoba o Santander. La gordura había transformado su cuerpo y el reúma terminó por postrarla en un sillón.

De vez en vez llegan personalidades a visitarla. Garibaldi fue su huésped. «La dejé —escribirá años más tarde— verdaderamente conmovido; ambos nos despedimos con los ojos humedecidos, presintiendo sin duda que este era nuestro postrer adiós sobre la tierra. Doña Manuelita Sáenz era la más graciosa y gentil matrona que yo hubiera visto».

En noviembre de 1856 un barco fondea en el pequeño puerto. La marinería se lanza bulliciosa a las calles. «Para el burdo marinero, Paita, con su barrio de Maintope, habitado una puerta sí y otra también por proveedoras de hospitalidad, era otro paraíso de Mahoma» (R. Palma). Con ellos desembarca la difteria. Manuela fue una de las primeras víctimas. El 23 de noviembre de 1856 sus restos son arrojados en una fosa común y cubiertos con cal hirviente. Las medidas higiénicas adoptadas urgentemente por las autoridades preveían asimismo el incendio de las casas afectadas por la peste, y así fue como el archivo de Bolívar, el único tesoro de Manuela, fue destruido.

Durante muchos años la historia oficial ha ocultado a Manuela, o lo que es peor, ha intentado adornarla de «virtudes» con las que se intenta disimular las «relaciones particulares» que la unían a Bolívar y el papel destacado, independientemente de esto, que jugó en la causa independentista. Sin embargo, Manuela Sáenz parece haber escapado al proceso de «momificación» que la historia suele reservar a sus actores. ■

R. L. S.



«Nos trabaja una ambición oscura y confusa todavía, pero que viene rodando por el torrente de nuestra sangre desde los arquetipos platónicos hasta el rostro calenturiento y padecido de Bolívar, cuya utopía queremos volver realidad de cantos cuadrados», dirá Gabriela Mistral del Libertador. (En el cuadro de Tito Salas, Bolívar en sus últimos años).

COMO CONMEMORA LA ORGANIZACION SINDICAL LA FIESTA DE LA EXALTACION DEL TRABAJO

La función asistencial se muestra esplendorosa a través de las OBRAS SINDICALES



Hoy inaugura la Organización Sindical, certámenes, fiestas y exposiciones en toda España, para CONMEMORAR en 1949, LA FIESTA DEL TRABAJO

ARTESANIA

COLONIZACION

FORMACION PROFESIONAL

18 DE JULIO

EDUCACION Y DESCANSO

HOGAR

LUCHA CONTRA EL PARO

PREVISION SOCIAL

(«Pueblo», 18-VII-1949.)

EXCOMUNION A LOS CATOLICOS QUE SE ADHIERAN AL COMUNISMO

● *Ha sido notificada en un decreto del «Acta Apostolicae Sedis»*

Ciudad del Vaticano.—La Santa Sede ha anunciado que todos los católicos que se adhieran al comunismo incurrirán automáticamente en la excomunión de la Iglesia.

La Congregación del Santo Oficio ha condenado al comunismo como «doctrina materialista y anticristiana».

La notificación ha sido hecha en un decreto publicado en el «Acta Apostolicae Sedis».

La Congregación del Santo Oficio se halla encargada de la protección de la fe y está formada por cardenales y otros altos dignatarios de la Iglesia. Es la primera vez que esta Sacra Congregación se ha pronunciado sobre este tema, y dada su jerarquía esta excomunión tiene una importancia mayor que las dictadas hasta ahora. Significa que los católicos afectados por ella no podrán recibir ninguno de los Santos Sacramentos.

DECISIONES DE LA SUPREMA SAGRADA CONGREGACION

La Radio del Vaticano ha difundido el decreto de la Suprema Sagrada Congregación del Santo Oficio acerca del comunismo, cuyo texto es el siguiente:

«A esta Suprema Sagrada Congregación le ha sido preguntado:

Primero: ¿Es lícito inscribirse en

Agasajo al Sr. Fraga Iribarne

El Centro Gallego ha organizado un almuerzo en honor del doctor don Manuel Fraga Iribarne, con motivo de haberle sido concedido el ingreso en la Orden de Isabel la Católica.

El acto se celebrará hoy, a las dos y media de la tarde, en el Hotel Emperador.

Firman la convocatoria del agasajo destacadas personalidades del arte, de las ciencias y de las letras.

(«ABC», 1-VII-1949.)



LA CORUÑA.—En la villa de Noya, en el oratorio de la finca «Quinta Hermosa», residencia de los padres de la novia, se ha celebrado, en gran intimidad, el día de Nuestra Señora del Carmen, el matrimonio de don Gonzalo Fernández de la Mora y Mon con la señorita Isabel Varela Uña. Fueron padrinos la madre del novio, doña Mercedes Mon, y el padre de la novia, doctor Varela Radío.

(«ABC», 27-VII-1949.)

LOS ESTADOS UNIDOS DECLARAN LA GUERRA ABIERTA AL COMUNISMO

Diez años de prisión sufrirá quien sea culpable de conspirar contra el Gobierno

Inglaterra al borde de una huelga de brazos caídos

(Agencia «EFE», 23-VII-1949.)

los partidos comunistas o favorecerlos?
Los eminentísimos y reverendísimos padres que tienen a su cargo la defensa de lo que ataca a la fe y a las costumbres, habiendo escuchado el voto de los reverendísimos consultores, decretaron en la sesión plenaria en cuarto lugar que se debía responder «No», porque el comunismo es materialista y anticristiano, y sus jefes, aunque de palabra digan algunas veces que ellos no combaten la religión, sin embargo de hecho o con la doctrina, o con las obras, se muestran enemigos de Dios, de la verdadera religión y de la Iglesia de Jesucristo.

Segundo: ¿Es lícito publicar, propagar o leer libros, periódicos, diarios, folletos, etc. que favorezcan la doctrina y las actividades comunistas o escribir en ellos?

Contestación de la Congregación del Santo Oficio: No, como cosa que está prohibida por el derecho mismo.
Tercero: ¿Pueden ser admitidos a la recepción de los Santos Sacramentos aquellos fieles que conscientes y libremente hayan realizado aquellos actos de los que hablan los números 1 y 2?
Contestación de la Congregación del Santo Oficio: No, de acuerdo con los principios ordinarios sobre la anulación de los Santos Sacramentos a quien no tiene las disposiciones necesarias para recibirlos.
Cuarto: Los fieles que profesan la doctrina comunista y principalmente los que la defienden y propagan, ¿incurren ipso facto *en la excomunión, reservada especialmente a la Sede Apostólica, como apóstatas de la fe católica?*
Contestación de la Congregación del Santo Oficio: Sí.»

Lectura comunista, prohibida a los católicos de Nueva York

Nueva York 25.—Los católicos de Nueva York no podrán leer el periódico comunista "Daily Worker", después del decreto de excomunión dictado por la Sagrada Congregación del Santo Oficio contra los comunistas.—EFE.

(Agencia «EFE», 25-VII-1949.)

EL ACUERDO DEL SANTO OFICIO

Un alto dignatario eclesiástico declaró a un representante de la Agencia Reuter que el decreto del Santo Oficio tenía efecto inmediato. «El decreto —dijo— es una invitación a los católicos que apoyan el comunismo, a considerar el error de su camino y tiende a iluminar y esclarecer su senda de regreso a la Iglesia.» *(Agencia «EFE», 14-VII-1949.)*

EL SENADO NORTEAMERICANO Y LA CAMARA DE DIPUTADOS ITALIANA RATIFICAN EL PACTO DE DEFENSA DEL ATLANTICO

El Parlamento italiano tuvo que repetir la votación por haber falseado los comunistas la primera

(«ABC», 22-VII-1949.)

LA LETRA MATA

Siempre fue norma de prudencia no jugar con fuego, ni con las palabras. Que hay palabras de doble filo, palabras contaminadas, palabras insidiosas, que, bajo su apariencia inocente y cotidiana, llevan oculta la mordedura venenosa. Conviene prevenirse para no caer en tentaciones verbales ni en confusiones de sentido.

Es penoso observar cómo se van aclimatando tópicos y ambigüedades en el uso venal de términos y vocablos que, analizados debidamente, cuando se les punza y disecciona, vemos con asombro que contienen una carga explosiva de incalculables consecuencias. Y es que han pasado a incorporarse a nuestro lenguaje habitual sin

CHINA

LOS COMUNISTAS ESTAN AL LADO DE RUSIA

Shanghai.—Mao Tse Tung, jefe de los comunistas chinos, ha declarado que éstos están al lado de Rusia y que se trabaja por establecer la «dictadura del proletariado por el pueblo de China».

Mao ha expuesto claramente su posición en la ceremonia de la celebración del 28 aniversario de la fundación del partido comunista chino.

Mao ha dicho que no hay posibilidad de un término medio entre el socialismo y el imperialismo para el pueblo chino. Ha agregado que el principal objetivo de los comunistas chinos es la formación de un frente internacional unido con Rusia y otros países dominados por los comunistas y las clases proletarias.

Ha disipado los rumores de que los comunistas chinos traten de desarrollar su propio sistema comunista, a fin de no figurar en el grupo de partidos comunistas que obedecen a Rusia, y ha calificado de cándida la idea de que China necesite ayuda de los Estados Unidos y de Inglaterra. Sin embargo, ha declarado que los comunistas chinos están dispuestos a comerciar con los capitalistas occidentales, y que cree que éstos accederán a prestar dinero a China en condiciones mutuamente convenientes.

LA CUÑADA DE CHIANG, COMUNISTA

La viuda de Sun Yat Sen, fundador de la República china, y hermana de la esposa de Chiang-Kai-Chek, se ha adherido al partido comunista chino, con ocasión del aniversario de la fundación del mismo.

(Agencia «EFE», 1-VII-1949.)

haberlos depurado de siniestros contagios y torpes aleaciones. Se está haciendo precisamente una revisión severa, una poda saludable de expresiones contaminadas, admitidas sin previo examen en el caudal de nuestro vocabulario cotidiano. La palabra «revolución», explosiva, dinamitera, un poco desgreñada, con su oriundez anárquica, no se nos cae de los labios. Incluso se habla de revolución cristiana. Y el caso es que todos piden y quieren hacer su revolución; pero nadie quiere soportarla. Es lógico. En los buenos tiempos clásicos se hablaba de reforma —no la luterana, sino la teresiana—, de austeridad y descalcez. Y la reforma de vida alcanza a todos. Hay que reformarse para reformar. Que no es lo mismo precisamente que «revolucionar», para pescar a río revuelto y dejar una huella de sangre y de odio, que está pidiendo el desquite vengativo. Hay quien se inclina, por ejemplo, a establecer una ecuación entre «comunismo» y «Cristianismo», e incluso se habla, con torpe ligereza, buscando semejanzas de un comunismo en la vida de las Ordenes religiosas. Y eso es una solemne estupidez. Es cierto que por la caridad de Cristo llegamos a esa gran coincidencia de amor que logra que en una comunidad aliente un alma sola y un solo corazón. Pero, ¿qué tiene que ver esa conquista sobrenatural y maravillosa del Evangelio, que hace al cristiano todo para todos, con el «comunismo» materializado, odioso, que empieza por eliminar a Dios de la vida para que el hombre experimente la miseria y la tiranía del hombre?

Sucede con frecuencia que en las etapas de combate y de antagonismos sociales se suelen arrebatar al enemigo sus propias locuciones y su fraseología agresiva, como medio de propaganda fácil y atracción de adeptos arrancados a un sector hostil. Pero sucede también que esa estrategia, muy explotada en las luchas sociales, trae como consecuencia muchas veces que el que trata de asimilar sea asimilado. Y que se repita lo del burlador burlado. Es torpe que escritores católicos como Mauriac y Maritain, por ejemplo, nos hablen de una mística del comunismo y se extasíen ante el sacerdote que adopta modos y procederes comunistas para cristianizar al comunismo.

Hay palabras que tienen su sino y malsonancia, y no pueden ser desintoxicadas y redimidas de su baja extracción. No se puede jugar con palabras que tienen ya una fatalidad y sirven, por su nativa condición, por su mala sombra, para expresar determinados fenómenos. Y es que hay palabras que están cargadas de vitando lastre histórico y conceptual, y es difícil regenerarlas. Creer que las palabras son inofensivas y que se puede jugar con ellas alegremente, como si no fueran vehículo de ideaciones, de reacciones psíquicas, de actitudes y estados individuales y sociales, es un error gravísimo, que nos arrastra a equívocos y mixtificaciones, cuyos resultados son desastrosos.

Tomemos los términos «democracia» y «totalitarismo», en torno de los cuales han prosperado, como pólipos viciosos, muchas incongruencias y que utilizan con frivolidad inexplicable. A las democracias se oponen polarmente los totalitarismos. Pero resulta que democracia y totalitarismo, en la coyuntura presente, y no obstante el absurdo que ello

(Continúa en la pág. siguiente)

LA LETRA MATA

(Viene de la pág. anterior)

implica, se muerden la cola y cierran su círculo de contradicciones. Así vemos, no sin asombro, que los dos países clásicos de la democracia pura van del brazo, en colaboración quizá forzada, pero incongruente, con el totalitarismo más radical, más ferozmente agresor de las democracias vivas, que es Rusia. La razón motriz de esa alianza odiosa, pero innegable, es la de aniquilar posibles brotes de no sé qué soñados totalitarismos. Por eso los que livianamente juegan con estos términos y añoran un régimen de democracia viciado, siempre abocado a la anarquía, o los que se tragan con inconsecuencia el bocado indigesto del totalitarismo, siempre propenso a la tiranía, deben medir bien los resultados de sus preferencias ciegas o de sus no meditadas posiciones.

Y no echar en olvido que lo que importa es «reformar» y «reformarse» más. Y «revolucionar» un poco menos. Y no olvidar que la letra mata.

Félix GARCIA

(«ABC», 13-VII-1949.)

HOMENAJE A FRANCO CON MOTIVO DEL 18 DE JULIO

Productores y empresarios madrileños, de acuerdo en trabajar QUINCE minutos más

Con ello se iniciará la construcción de un sanatorio de mil camas para obreros

Recientemente un grupo de productores madrileños —empresarios y obreros—, expuso en la C.N.S. su iniciativa de ofrendar al Caudillo, con motivo de la fiesta de Exaltación del Trabajo, un homenaje de fines de inmediata realización en beneficio de los humildes: trabajar quince minutos más de la jornada laboral de un día determinado y el importe de esta labor destinarlo para allegar fondos destinados a construir un sanatorio con mil camas, que se denominará Sanatorio Sindical Obrero Francisco Franco, persiguiéndose con ello el doble fin de crear una institución donde combatir la «peste blanca» y al mismo tiempo cumplir la consigna, reiteradamente expuesta por el Caudillo en sus discursos, de incrementar la producción. Aceptada la idea por las jerarquías sindicales madrileñas, se recabó del mando nacional la oportuna aprobación, a la que accedió, y considerando muy acertada la iniciativa, dicha Comisión de productores deseaba que fuera secundada por todos los trabajadores y empresas de España.

Nombrada la Comisión correspondiente, la C.N.S. de Madrid se dirigió a las restantes de toda España que, inmediatamente, se unieron con entusiasmo al proyecto, después de escuchar la opinión de las Juntas Económicas y Sociales de los respectivos Sindicatos. Las empresas españolas de acuerdo con las condiciones de trabajo de cada provincia, se aprestan a fijar los días en

que se realizará esa labor extraordinaria en homenaje voluntario del mundo de la producción a la figura del primer trabajador de España.

HOY CERRARA EL COMERCIO UN CUARTO DE HORA MAS TARDE

Como primera noticia del homenaje al Caudillo en el próximo 18 de julio, puede anticiparse que, previa la conformidad de las autoridades laborales, hoy, viernes, día 15, el comercio de Madrid en general podrá cerrar sus puertas un cuarto de hora más tarde de lo preceptuado en el horario vigente, con el fin de dedicar el importe de este trabajo extraordinario y voluntario al proyecto de construir un sanatorio dedicado exclusivamente a los productores españoles.

HA QUEDADO ABIERTA EN EL BANCO DE ESPAÑA UNA CUENTA CORRIENTE

Las empresas y trabajadores, tanto de la capital como de la provincia, irán —privadamente o a través de la Prensa— recibiendo detalles de los acuerdos que se tomen para llevar a cabo los quince minutos de trabajo extraordinario.

Las cantidades que vayan recaudándose, pueden ingresarse en la cuenta corriente abierta en el Banco de España a nombre de Sanatorio Sindical Obrero Francisco Franco.

EL «DIA DEL VALOR» DEL FRENTE DE JUVENTUDES

El Frente de Juventudes celebrará el 18 de julio el «Día del Valor», para exaltar el heroísmo de España, honrando así a los que les precedieron en el servicio y engrandecimiento de la Patria.

(«ABC», 15-VII-1949.)

Nuestra cinematografía en la jornada ejemplar de hoy

Cada 18 de julio supone la puntual exaltación del Trabajo desde el área del más sano patriotismo. La jornada que hoy se conmemora dignamente es un ejemplo de sana colectividad al servicio de la más noble causa del pueblo, del verdadero pueblo español, que labora, unido, para los fines que intentaron destruirse un día de prueba para el valor de la raza y de sus hombres fieles. Nuestro 18 de julio cinematográfico señala también el ápice de triunfos y de avances bajo la tutela oficial que ha permitido la expansión de nuestras imágenes representativas, y celebramos la fecha con el íntimo orgullo de todo lo conseguido y con la firme esperanza de todo lo que aún podemos conseguir...

La Fiesta del Trabajo, a la altura de este año de 1949, equivale a un cúmulo de legítimas satisfacciones, ante el que la fe se robustece y el ánimo se ensancha en busca de ilimitados horizontes de progreso y de reconocimiento de nuestra valía espiritual. El nombre de España se pronuncia con respeto al ritmo de producciones raciales, de contenido inconfundible, proyectadas en pantallas muy distantes de nuestro suelo y ahora fundidas con nuestra verdad. Hablar de éxitos internacionales es altamente consolador cuando todavía alguien pretende que seamos desconocidos o mal interpretados.

Vehículo cultural de fuerza potente y certera, el cinematógrafo ha interesado siempre a nuestro Caudillo, y a su voluntad se debe la organización de una auténtica industria que, virtualmente, no existía en 18 de julio de 1936 y que hoy forma una red laboriosa e inteligente bajo el signo protector del Estado y de sus elementos idóneos. No hace falta escribir nombres ni enunciar títulos. Tampoco debemos evocar éxitos auténticamente españoles reconocidos allende las fronteras. No es hora de autopropaganda, sino de pulsar los propios alientos y coordinar las generales aspiraciones para ir en busca de una próxima perfección técnica dentro del estilo ya prácticamente impuesto y de un sentido artístico que nadie nos puede negar. Sin vanidad ni euforia continuemos trabajando por y para el cine español, que sólo el trabajo dignifica a los hombres y a los pueblos y sólo los verdaderos trabajadores pueden enriquecer y honrar a su Patria...

García de la Puerta

(«Pueblo», 18-VII-1949.)

Lo elemental y lo profundo en el 18 de julio

15 de julio.—Es difícil entresacar del paisaje de nuestra historia contemporánea tres palabras que tengan más poder de evocación. El 18 de julio no es una fecha más en la cadena sin fin de los años ni una cuenta más perdida en el largo rosario de los hechos políticos. El 18 de julio es la cumbre que separa dos formas de vida, dos entendimientos de España y dos maneras de acometer el hecho cierto e irrevocable de que veinticuatro millones de personas vivan sobre el suelo español. Con esto último apuntamos a la significación más elemental, y por eso más dramática de la fecha. El 18 de julio representa la única posibilidad de convivencia de una comunidad histórica a punto de disolverse. La obra del Frente Popular en 1936 culminaba siglos enteros de decadencia y sellaba, con hierro y sangre, la última posibilidad de un pueblo. Sobre el hecho de empalmar con el sentido más limpio de nuestra historia y de salvar los valores morales de España, la rebeldía del 18 de julio realizaba el mínimo programa individual de conservar la cabeza unida al cuerpo. Fue, pues, el de 1936, no simplemente un alzamiento contra la heterodoxia, contra la traición y contra el desahucio nacional, sino un levantamiento contra el crimen, en sus más refinadas manifestaciones individuales. La trascendencia del 18 de julio estriba en eso: en haber partido de lo elemental, del derecho individual a la vida, para remontarse, como sobre ruedas, por la cuesta hermosa de los grandes ideales políticos. Esto, por otra parte, vinculaba, en estilo y espíritu, al Movimiento nacional con los grandes hechos de nuestra historia. Perezoso, para las nimiedades, diligente para las epopeyas, el pueblo español, que había resistido muchas humillaciones, tuvo el valor de alzarse el 18 de julio, con un sentido total, riguroso y ancho de su propia vindicación. Un alzamiento de este género, jalonado por la mejor sangre —la del sacrificio, la del heroísmo y la del martirio— no podía detenerse en la ligera compostura de un régimen desmantelado por sus propios errores. Tan grandioso esfuerzo tenía necesariamente que ir más lejos y aflorar en la segura arquitectura de un régimen nuevo, elaborado fervorosamente en sus propias raíces, alzándose como una afirmación irrevocable de españolidad y de justicia.

De aquí que junto a la elementalidad del 18 de julio, se dé su trascendencia y su profundidad, como fecha en la que resueltamente cada español conquistó el derecho a la libertad y la vida, y colectivamente el derecho a formar un Estado y regirse con ambición y gloria.

(«Sevilla», 18-VII-1949.)



EL CAUDILLO Y LA PRENSA ESPAÑOLA

motivo del XIII aniversario del Alzamiento Nacional
utrido grupo de periodistas, presidido por el subsec-
rio de Educación Popular, D. Luis Ortiz Muñoz, y el
or general de Prensa, D. Tomás Cerro Corrochano,
ecibido ayer por el Jefe del Estado, Generalísimo
o, en el palacio de El Pardo. Le hicieron entrega del
l de Honor, número uno, expedido por la Dirección
ensa, y de un álbum con los nombres de todos lo-
ionales del periodismo caídos por Dios y por Es-
paña. (Fotos Cifra.)

(«ABC», 21-VII-1949.)

EL CONSEJO DE MINISTROS ACORDO CONCEDER SESENTA MILLONES DE PESETAS PARA MITIGAR EL PARO OBRERO

(De la Nota oficial publicada en los diarios del 2-VII-1949.)

Aceite, azúcar, arroz, sopa, tocino, patatas, chocolate, leche condensada, bacalao, harina y puré

EN CONMEMORACION DE LA FIESTA DEL TRABAJO

Racionamiento de víveres que del día 11 al 16 de los corrientes se efectuará al vecindario madrileño y pueblos del cinturón con motivo del 18 de julio, Fiesta del Trabajo:

Cuarto de litro de aceite, al precio de 2,10 pesetas ración, previo corte del cupón correspondiente, semana 28.

100 gramos de azúcar, al precio de 0,70 pesetas ración, previo corte del cupón correspondiente, semana 28.

200 gramos de arroz, al precio de 0,70 pesetas ración, previo corte del cupón correspondiente, semana 28.

100 gramos de sopa, al precio de 0,65 pesetas ración, previo corte del cupón correspondiente, semana 28.

250 gramos de tocino, al precio de 4,25 pesetas ración, previo corte del cupón número 98 de varios.

Cinco kilos de patatas, al precio de 8,25 pesetas ración, previo corte del cupón correspondiente, semana 28.

100 gramos de chocolate, al precio de 1,10 pesetas ración, previo corte del cupón correspondiente, semana 28.

Un bote de leche condensada, al precio de 5,75 pesetas ración, previo corte del cupón número 99 de varios.

100 gramos de bacalao, al precio de 1,40 pesetas ración, previo corte del cupón número 100 de varios, a los distritos del Centro y Latina.

125 gramos de harina de arroz, al precio de 1,30 pesetas ración, previo corte del cupón número 100 de varios, a los distritos de Palacio, Chamberí, Hospicio, Hospital y Congreso.

125 gramos de puré, a los precios siguientes: De almortas, empaquetado, 3,80 pesetas kilo; de algarrobas, 4,80; de almortas, a granel, 2,60; de algarrobas, a granel, 2,80, y de habas, a granel, 3,60, previo corte del cupón número 100 de varios, a los distritos de Buenavista, Inclusa y Universidad.

El racionamiento de chocolate familiar se ha ampliado a los titulares de colecciones de cupones de primera y segunda categorías, en sustitución de café.

Por excepción los industriales detallistas presentarán las liquidaciones de este suministro a partir del día 20 del actual, con sujeción a las normas ya establecidas.

(Nota oficial publicada por los diarios madrileños del 8-VII-1949.)

SE INTENSIFICARA, A PARTIR DE MAÑANA, EL REGIMEN DE RESTRICCIONES DE ENERGIA ELECTRICA

La crítica situación de las reservas y el bajísimo caudal de los ríos han determinado las nuevas medidas

A LAS DOS DE LA MADRUGADA SE DARA EL CORTE GENERAL DE CORRIENTE EN MADRID

En todo el resto de la zona Centro, el flúido nocturno dejará de suministrarse a la una

(De la Nota oficial publicada por los diarios madrileños del 24-VII-1949.)

Sir Oswald Mosley, en Mallorca

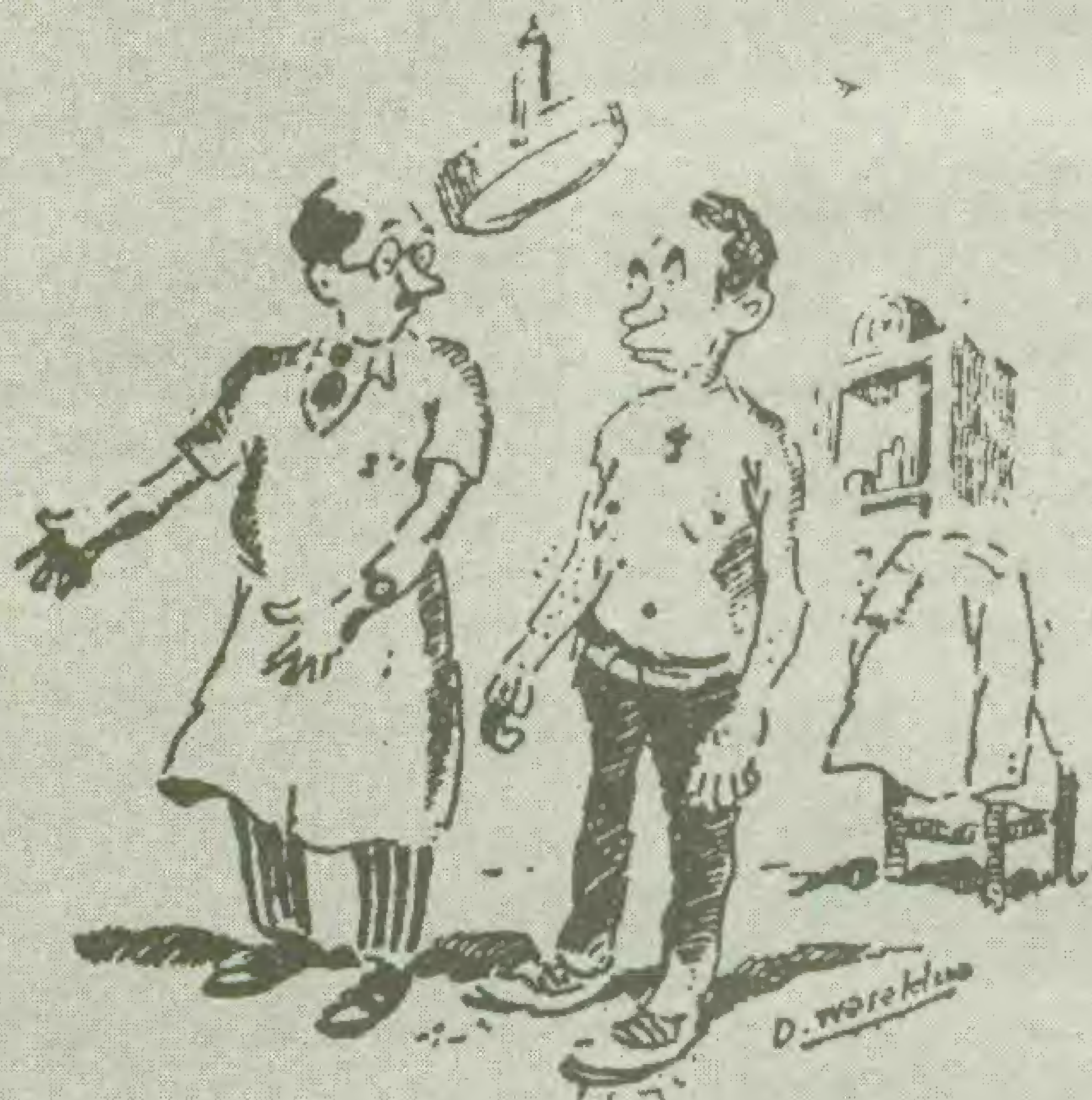
Palma de Mallorca.—Esta tarde ha llegado, procedente de Madrid, en el buque correo de Valencia, el fundador del fascismo en Inglaterra, sir Oswald Mosley, que viaja en compañía de su esposa. Después de pasar unas horas en Palma, ha marchado a Formentor, donde permanecerá hasta que llegue el yate que le trajo a España, y que está reparando averías en Gibraltar. Desde Palma piensa marchar a Francia, y de allí seguirá a Londres. Se muestra encantado de las muchas atenciones recibidas en España.

(Agencia «Cifra», 13-VII-1949.)

DETENCION DE LOS AUTORES DE VARIOS ROBOS Y ASESINATOS

Barcelona.—La Jefatura Superior de Policía ha facilitado la siguiente nota:«La Brigada de Servicios Especiales de esta Jefatura Superior de Policía, ha puesto a disposición de la justicia militar a Carlos Vidal Pasanau, de treinta y dos años, natural de Barcelona, convicto de haber participado como chófer en las fechorías de un grupo de cinco bandoleros llegados todos subrepticiamente de Francia, autores de varios robos a diversas entidades bancarias; del asesinato de dos militantes del Frente de Juventudes, cuando viajaban en un coche del Parque Móvil de los Ministerios, y de la muerte de dos agentes del Cuerpo General de Policía, hechos cometidos en esta capital en los meses de enero, febrero y marzo del corriente año. Anteriormente, la misma Brigada y la Comisaría de Hospitalet, habían logrado la captura de tres de los componentes de esta banda de forajidos, algunos de los cuales resultaron heridos, incautándose la Brigada político-social de la Jefatura de las armas largas y cortas de que disponían. Pero no se pudo detener, a pesar de la constante persecución de que fue objeto, al jefe de la partida, un peligrosísimo sujeto, llamado Francisco Sabaté Llopart, (a) el «Quico». Hace unos días se averiguó que Sabaté, abandonando su guarida en esta ciudad y traspasando la frontera, se hallaba oculto en su habitual domicilio, enclavado en el pueblo francés de Coustouges, en una casa de campo muy próxima a territorio español, y que dos agentes de la gendarmería, con la ayuda de perros adiestrados, lo capturaron en pleno monte, encontrándosele aún en su poder el arma con la que agredió a dichos gendarmes. Según parece, Carlos Vidal y Francisco Sabaté, en un coche Citroen, propiedad del primero, y capitaneando otro grupo armado de exiliados españoles, tomaron parte en el robo de una fábrica de productos químicos de Lyon, asesinado a un guarda. Igualmente se les atribuyen dos atracos: uno en el pueblo de Prades y otro en la ciudad de Marsella, con muerte de tres personas».

(Agencia «Cifra», 11-VII-1949.)



(«Sevilla», 20-VII-1949.)

CASAS ENTERAS DEVORADAS POR LA LAVA DEL VOLCAN DE LA PALMA

Verdaderas CASCADAS de fuego van formando ríos



que se acercan al mar, más deprisa que un hombre andando

LA GENTE, hasta ayer serena, está hoy aterrorizada de la magnitud de la catástrofe

(«Pueblo», 9-VII-1949.)

16 MUERTOS EN LA EXPLOSION DE UNA MINA DE LA DURO FELGUERA

UNA DE LAS MAYORES CATASTROFES registradas EN LA CUENCA DEL NALON

SAMA DE LANGREO, 15.—Al disparar un barreno, a las siete de la tarde, en una de las galerías del pozo "María Luisa", de la Sociedad Duro Felguera, se produjo una gran explosión de grisú, que sepultó a los obreros que se encontraban allí.

Quedaron sepultados entre la tierra y escombros que se derrumbaron a consecuencia de la explosión 12 obreros más y dos trenistas, de los que no se tienen noticias a las nueve de la noche,. creyéndose con fundamento que no será posible extraer con vida a estos mineros.

A última hora han sido extraídos los cadáveres de Manuel Suárez y Suárez, Amalio Fernández Montes y José Rodríguez Fernández. Ingenieros, capataces y obreros especializados continúan los trabajos de salvamento para rescatar los cuerpos de los otros 11 mineros sepultados. (Cifra.)

(Agencia «Cifra», 15-VII-1949.)

Una novela utilizada en la calificación de un delito

Orense.—En la Audiencia provincial de esta ciudad se ha dado el caso de que, en el momento de verse una causa por homicidio, se haya tenido en cuenta una obra literaria. Se trata de la novela titulada «La llaga», de Marcial Suárez. Por imposibilidad física del acusado, la vista hubo de efectuarse en una de las salas de la prisión provincial, sin que, por lo tanto, asistiese público, a excepción del autor de la novela, que conoció al protagonista de ella, sentado hoy en el banquillo. El ministerio fiscal redujo a ocho años y un día su petición definitiva, en vez de los veinticinco que solicitaba en sus conclusiones provisionales. Los informes de la acusación y de la defensa hicieron frecuentes alusiones a los puntos de vista expuestos en la novela, en la que se estudia el carácter y reacciones psicológicas del autor del crimen de forma tal, que sirvió de base para la apreciación de circunstancias atenuantes y para la calificación más exacta del delito.

La originalidad del caso ha despertado gran interés en esta capital. El homicida, Manuel Alvarez González, de veintiún años, padece parálisis infantil en las extremidades inferiores y cometió el crimen el día 24 de agosto de 1946, en el pueblo de Bustaballe, de esta provincia.

(Agencia «Cifra», 30-VII-1949.)



Hoy día 15, San Enrique.

Mañana 16, Ntra. Sra. del Carmen

Bombones selectos, marrón glacé, caramelos, dulces, pastas, etc. Toda clase de regalos escogidos: porcelanas Doulton, cristales nacionales y extranjeros, cajas de piel, cajas de música, etc., etc.

Visite usted

EL BUEN RETIRO

GOYA, 17 MADRID

VIOLENTO INCENDIO DESTRUYE PARCIALMENTE LOS ESTUDIOS cinematográficos BALLESTEROS

Cinco bomberos HERIDOS, entre ellos UNO GRAVE

Las pérdidas ascienden a tres millones de pesetas

Se salvaron los negativos de algunas películas valorados en 20 millones

Parece ser que la causa del fuego fué una colilla abandonada en la sala de proyección

(«Pueblo», 13-VII-1949.)

HA SIDO DECLARADA INFECTA DE RABIA TODA LA PROVINCIA DE MURCIA

La Revista del Real Automóvil Club de Bélgica recomienda se visite España y elogia sus ciudades, carreteras y hoteles

LA BRIGADA MADRILEÑA DE INVESTIGACION CRIMINAL DESCUBRE FALSAS AGENCIAS DE EMIGRACION Y DETIENE A VARIOS COMPONENTES DE ELLAS

Cuatro mil personas abandonan Sevilla por el calor, que en Córdoba ha llegado a los cuarenta y tres grados a la sombra

(Agencia «Cifra», 24-VII-1949.)

UN SACERDOTE ES HOY EL MAS FAMOSO PRODUCTOR DE PELICULAS EN HOLLYWOOD

● El padre Peyton y sus ideas, ante el Papa

Por Julián CORTES CAVANILLAS

Roma. (Crónica de nuestro corresponsal).—Nadie se debe alarmar si por la fe, la bondad y el servicio de Dios un sacerdote se multiplica. Y Patrick Peyton es un sacerdote joven, bien plantado, que reside en Hollywood, en el Sunset Boulevard, la arteria urbana más elegante de la Meca del cine y que ahora ha venido a Roma a rendir pleitesía al Santo Padre y a obtener el «placet» para una singular cruzada que ha emprendido. El padre Peyton, con su hábito talar, su enorme simpatía, su buena estampa irlandesa y su fenomenal dinamismo, es hoy el más famoso productor de Hollywood y para sus realizaciones cuenta con la colaboración de los más célebres nombres, como Loretta Young, Bing Crosby, Pat O'Brien, Irene Dunne, Ethel Barrymore, Don Ameche, Dennis Day, Charles Boyer, Rosalind Russel y tantos otros. Desde luego, Patrick Peyton es uno de los más jóvenes, activos y modernos apóstoles —moderno por los medios que utiliza para su apostolado— de la Iglesia Católica.

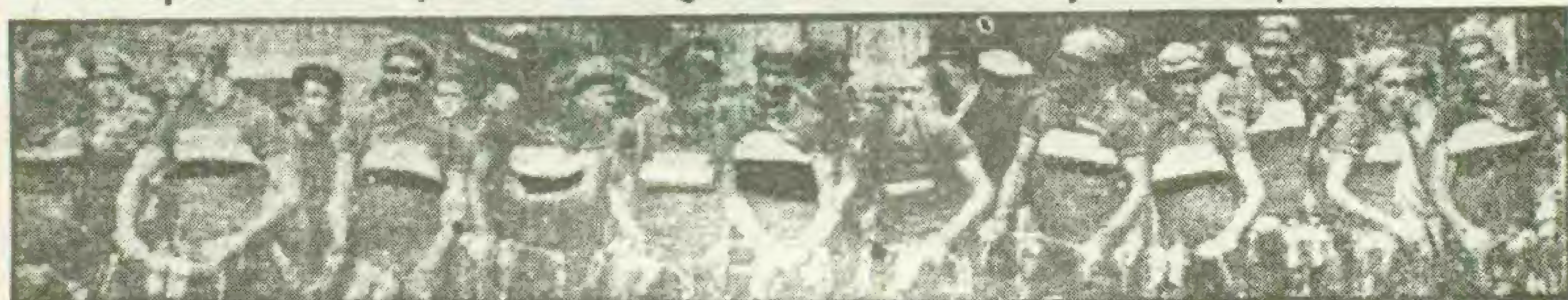
Su historia es breve y sencilla. Recién ordenado sacerdote contrajo una aguda forma de tuberculosis, y entonces, más que en los médi-

Fausto Coppi, gran vencedor de la Vuelta a Francia 1949

GINO BARTALI fué segundo, y MARINELLI, tercero

ITALIA TRIUNFO POR EQUIPOS NACIONALES

El sábado Coppi ganó la etapa contra reloj, y ayer Van Stenbergen venció al sprint en la apoteósica llegada final del Parque de los Príncipes



El equipo italiano vencedor en la Vuelta Ciclista a Francia y clasificado íntegramente. De izquierda a derecha: De Santi, Ricci, Rossello, Pezbi, Biagoni, Parquini, Bartali, Cornere, Sciandis, Brignol, Coppi y Milano.

cos, puso su confianza y sus plegarias en la Madre de Dios. Y como por milagro fue curado radicalmente. Entonces, sin saber por qué, fue a Hollywood, y frecuentando estudios cinematográficos y haciéndose amigo de los magnates del «cinema» inicia su gran «Cruzada de la Bondad», para propagar la cual las más potentes estaciones de radio del West lanzan su palabra y, colaborando con él, toman parte en las transmisiones semanales, actores, guionistas, periodistas, escenógrafos y productores. Por estos productores, el padre Peyton ha terminado siendo productor, ya que en la actualidad dirige una grandioso film, «The Road to Peace» (El camino hacia la paz) y dícese en Hollywood que «Patrick» ha superado a los más famosos directores, de tal manera que el rodaje se hace rápidamente, sin interrupción alguna y sin tener que repetir una escena, como si se debiese a un milagro. Incluso en esta película el buen cura aparece como uno de los intérpretes principales junto a Ann Blyth, y todos se muestran entusiastas de sus singularísimas condiciones artísticas.

Para el padre Peyton no hay obstáculos sus formas —por modernos y extravagantes que parezcan— que puedan detener la propaganda de su «Cruzada». Y como la publicidad es fundamental, en



(«Pueblo», 25-VII-1949.)

La energía atómica para usos industriales tardará muchos años

Washington.—El conocido físico Enrico Fermi, que en 1942 obtuvo la primera reacción nuclear en cadena, ha declarado ante la Comisión de Energía Atómica del Congreso norteamericano que constituye un servicio poco grato para el público el hacerle alentar esperanzas de que la energía atómica para usos industriales está poco menos que «al doblar la esquina». Agregó que no quería decir que no se logre, pero que transcurrirán muchos años antes de que sea realidad.

(Agencia *«EFE»*, *8-VII-1949.*)

cada larga carretera que lleva de un Estado a otro de la Confederación, sobre las fachadas de los rascacielos, en las calles más centrales de las ciudades, en las grandes tiendas, en las pantallas cinematográficas, donde sea eficaz, allí están las palabras de Patrick Peyton. Su «Cruzada» la dirige con el mismo sistema con que —y son sus palabras textuales— «se vende cualquier producto comercial». Sus representantes, sus «viajantes», no piden a nadie dinero, no venden estampas ni libros de oración, sino que invitan simplemente a todos a rezar a Dios y a hacer el bien al prójimo. En seis diócesis americanas, después de cuatro semanas de campaña publicitaria, el ciento por ciento de los fieles se habían adherido a la «Cruzada», y ahora todos los días millones y millares de familias recitan la plegaria compuesta por el padre Peyton y hacen obras de bien, en forma estrictamente reservada, y ahí sí que sin publicidad de ninguna especie.

En Roma, Patrick Peyton ha expuesto sus modernísimas ideas y el Papa ha bendecido su «Cruzada de la Bondad». Con su enorme fe, con su gran simpatía y con su dinámico impulso, el joven sacerdote de Hollywood ha vuelto a la tierra de su apostolado y, más tarde, se trasladará al Canadá y a Alaska, donde veinte, entre arzobispos y obispos, le aguardan para iniciar su obra, que en la ciudad del cine ha tenido la fuerza de rectificar muchos panoramas y de abrir grandes horizontes para la mayor gloria de Dios.

(«ABC», 15-VII-1949.)

CRISTINA

HOY, NOCHE, 10'30, MARAVILLOSO ESTRENO

La película de aventuras reconocida por todos los públicos como la más emocionante y de más acción



DOROTHY LAMOUR

Director ALFREDO SANTELL

HORIZONTES SALVAJES

EN "TECHNICOLOR"

RICHARD DENNING · JACK HALEY · PATRICIA MORISON · WALTER ABE

AMOR PRIMITIVO EN CORAZONES PAGANOS...

DOROTHY LAMOUR CON SU LINDO «SARONG», MAS SUGESTIVA QUE NUNCA

TAQUILLA ABIERTA DESDE LAS ONCE DE LA MAÑANA

DOCE MINEROS SEPULTADOS POR UNA EXPLOSION DE GRISU EN LA DURO FELGUERA

● Grave accidente en una mina

Oviedo 14. A última hora de la tarde, al disparar un barreno en el pozo María Luisa, de la Duro Felguera, se produjo una explosión de grisú, dejando sepultados a los obreros que se encontraban en su interior, en número aproximado a doce, según las primeras noticias.

Por estar apartados del lugar en que se produjo la explosión, lograron salvarse Rosalino Ballina, José María Montes, José Ovidio Torres González, aunque con quemaduras graves, y José Sánchez García, Valentín Fernández Antuña, Aurelio Roces Sánchez y Agustín Antuña, quienes presentaban síntomas de asfixia. Se trabaja para salvar la vida de los sepultados, aunque se desconfía que pueda lograrse por la gran profundidad a que se hallan. Tan pronto tuvieron conocimiento de la catástrofe acudieron a la boca del pozo millares de personas para interesarse por el salvamento de los mineros, entre las que figuraban las familias.—Mencheta.

SE EXTRAEN TRES CADAVERES DEL POZO MARIA LUISA

Sama de Langreo 14. De los obreros sepultados en una de las galerías del pozo María Luisa han sido extraídos los cadáveres de Manuel Suárez y Suárez, Amalio Fernández Montes y José Rodríguez Fernández. Ingenieros, capataces y obreros especializados continúan los trabajos de salvamento para rescatar los cuerpos de los otros mineros sepultados. Una representación del Gobierno Civil de la provincia y de la Jefatura de Minas hizo acto de presencia en el lugar de la catástrofe. En señal de duelo fue suspendido el concierto que tenía anunciado la Banda Municipal.—Cifra.

CONTINUAN LOS TRABAJOS DE SALVAMENTO

Ciaño 15. De madrugada continúan con gran actividad los trabajos para extraer a los obreros sepultados, concretándose que faltaban doce lámparas, o sea, doce mineros que trabajaban en la mina al sobrevenir el accidente.

(«ABC», 15-VII-1949.)

FIESTA EN Carabanchel

SE INAUGURARA UN GRUPO ESCOLAR

Fiestas de Carabanchel • 1949



Las tradicionales fiestas de Carabanchel comprenderán doce días de ininterrumpidas atracciones, y su conmeración revestirá este año la máxima solemnidad.

REFRIGERADORAS
Frisice

URBANIZACION DE SALAMANCA Y OTRAS IMPORTANTES MEJORAS

El Ayuntamiento de Salamanca, en octubre del pasado año, formalizó un presupuesto extraordinario por valor de cuarenta y seis millones de pesetas, con destino a grandes obras de urbanización y embellecimiento de la ciudad.

Ha comenzado la realización de las importantes mejoras, subastándose obras por valor de veintiún millones de pesetas.

Esta primera cifra se invertirá en resolver totalmente el abastecimiento de aguas de la ciudad, mediante la instalación de nuevos grupos elevadores, construcción de depósitos reguladores de gran capacidad, saneamiento de los barrios Sureste de la ciudad y montaje de la gran estación clarificadora y depuradora de agua.

Se realizará, también, la pavimentación de 47 calles y plazas; iniciándose los trabajos para la mejora del llamado Recinto Universitario. Igualmente se protegerá la construcción de extensas barriadas de casas baratas, emplazadas en los barrios Pizarrales y carretera de Béjar.

La segunda etapa, correspondiente al desarrollo de este presupuesto extraordinario, que entrará en vigor en un plazo inmediato, se refiere al saneamiento del barrio de San Vicente, creación del parque de la ciudad, construcción de cinco grupos escolares, pavimentación de otras 70 calles y plazas, reforma y ampliación del Matadero Municipal, transformación completa del alumbrado público y establecimiento de la estación de autobuses.

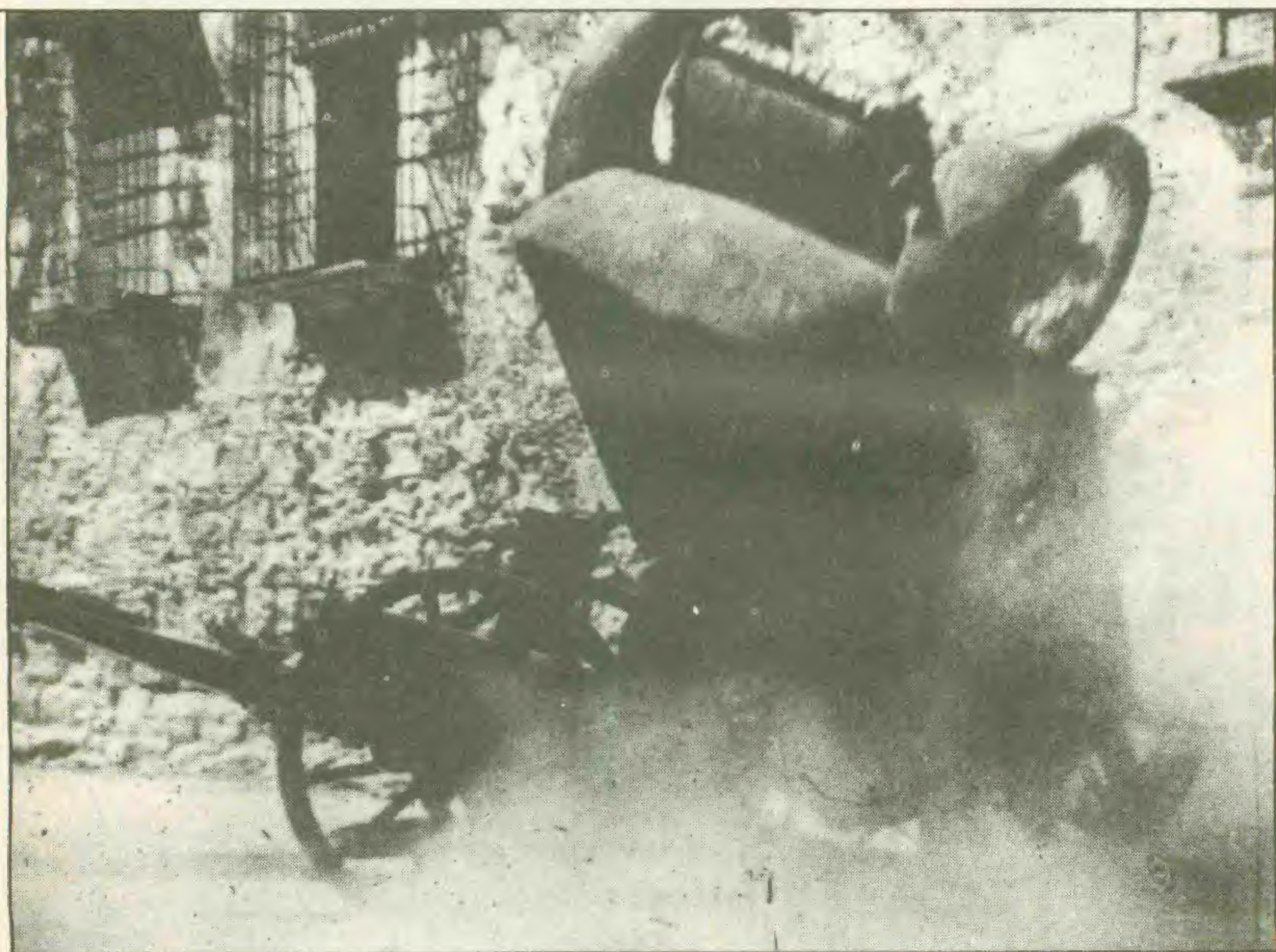
(«ABC», 15-VII-1949.)



SELECCION DE TEXTOS Y GRAFICOS: FERNANDO LARA Y DIEGO GALAN

Cine

Hace 40 años se estrenó "Sierra de Teruel" de André Malraux



Escena de la película de André Malraux «Sierra de Teruel».

ANDRE Malraux es uno de los pocos que luchó en todos los frentes. Desde el 20 de julio de 1936, en que viajó a España comisionado por el Front Populaire francés, hasta primeros de febrero de 1939, cuando pasó a Francia huyendo de las tropas franquistas que ocuparon Barcelona, ciudad donde filmaba, precisamente, «Sierra de Teruel».

En el frente bélico Malraux organiza la primera formación internacional de apoyo a la República, la escuadrilla «España» (luego rebautizada con el nombre de su fundador, ascendido a coronel del ejército republicano).

Esta escuadrilla aérea participa en numerosos combates, desde la lucha en el frente de Extremadura contra las tropas de Franco que



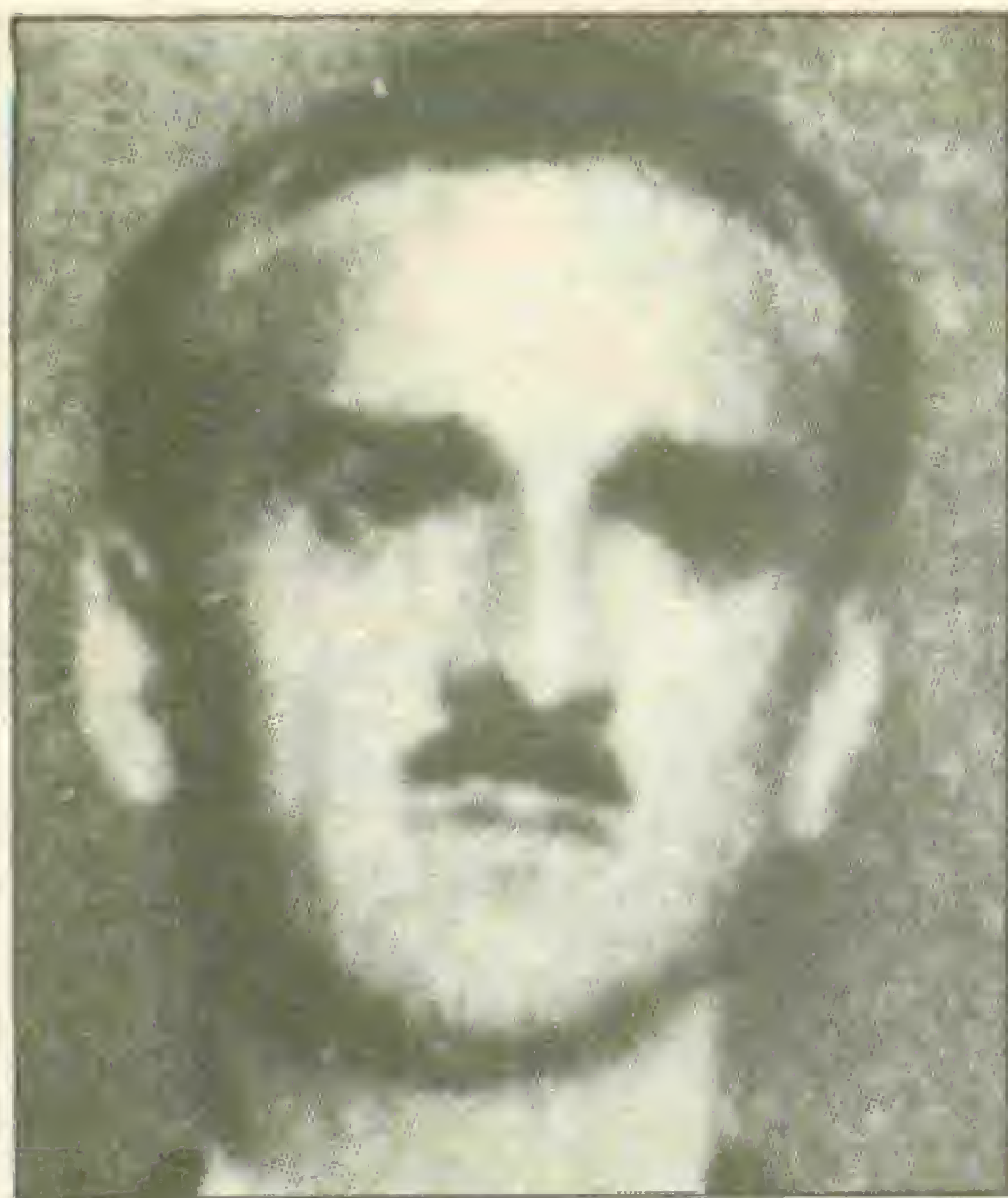
Blas Matamoro

LA guerra civil española fue una batalla múltiple. Dentro de las fronteras del país, se peleó a sangre y fuego. Fuera de ellas, hubo una manifiesta y a la vez sorda guerrilla diplomática. Paralela a ésta, una guerra de papel y tinta, librada sobre el frente de la literatura y del periodismo. Este conflicto llegó también al cine.

Escena de «L'Espoir», conocida también como «Sierra de Teruel», película de André Malraux.

avanzan desde el sur, hasta la caída de Málaga en 1937, cuando se disuelve y sus miembros, en parte, son absorbidos por las Brigadas Internacionales y por la aviación republicana. En el frente de la propaganda, Malraux cumple varias tareas, en mítines que tienen lugar en Francia, en una gira de conferencias por Estados Unidos y Canadá (primavera de 1937) y en el Segundo Congreso Internacional de Escritores, que ocurre en el verano del mismo año en Barcelona, Madrid y Valencia, presidido por José Bergamín, su amigo y modelo de Guernico para su novela **L'Espoir**.

Esta novela, imaginada en principio como la primera parte de una larga narración de ficción a cumplir junto con Ernst Hemingway, se publica a fines de 1937, aprovechando la ola



El Coronel Ignacio Hidalgo de Cisneros, Jefe de la Aviación Militar Republicana.

de propaganda antifascista que se derrama por el mundo a partir de la derrota de los italianos en la batalla de Guadalajara. Pero su alcance la excede y se transforma en una de las novelas capitales del siglo XX. Con algunos de sus episodios convenientemente adaptados a las condiciones de un relato cinematográfico, Malraux organiza un guión fílmico que constituirá su única película.

La última tarea de Malraux en España es la filmación de **Sierra de Teruel.** El proyecto surge en 1938, cuando la República se ve al borde del agotamiento, cercada por la política de no intervención. Juan Negrín y Julio Alvarez del Vayo, presidente y canciller del gobierno republicano, encargan la tarea a Malraux. Curioso encargo, en verdad, pues el escritor no es cineasta. «No soy técnico, pero creo que tengo imaginación visual», reflexiona Malraux. Sus antecedentes en el cine se limitan a una visita a los estudios de California, durante su viaje de conferencias de 1937, y un esquicio de colaboración con Sergio Eisenstein, su director favorito junto con Eric von Stroheim y René Clair, para filmar **La condition humaine** (1934). De Chaplin prefiere no hablar, por su incompetencia para lo cómico. El fruto teórico de esta filmación será su **Esquisse d'une psychologie du cinéma,** obra que no ha vuelto a reeditarse.

El objetivo inmediato del film es ser proyectado en los Estados Unidos para influir sobre la revisión del embargo bélico a España. Se cuenta con una red de 1.800 salas, que, a razón de 2.000 espectadores diarios en cada una de ellas, suman 3.600.000 norteamericanos para ser persuadidos cotidianamente de que deben apoyar a la República.

Para financiar el film, el gobierno ofrece 100.000 francos franceses y 750.000 pesetas, el

Escena de «L'Espoir», película de André Malraux.

material virgen y la posibilidad de revelar los negativos en Barcelona.

Entre abril y mayo de 1938 Malraux trata la realización con el Ministro de Instrucción Pública. El esquema de guión ya está hecho y lo siguen desarrollando en París sus colaboradores. Falta quien lo traduzca al español. Se duda entre Corpus Barga y Max Aub. Finalmente se elige a éste. «No sé nada de cine», dice Aub. «Yo tampoco», responde Malraux. Es como en el caso de la escuadrilla, una falencia local que hay que suplir con extranjeros.

Aub, nacido en París en 1903, hijo de un alemán y una francesa, es, de hecho, español. A los once años se radica con su familia en Valencia. En 1924 se le declara inapto para el servicio militar, por su avanzada miopía. Durante la guerra, por la misma razón, trabaja en la retaguardia, en Madrid, Valencia y Barcelona, en tareas de propaganda, culturales y la dirección del periódico socialista **Verdad.** Estará preso en la posguerra en un campo de concentración del norte de Africa y morirá en el exilio mexicano. Comediógrafo y novelista, el catálogo de sus obras es muy extenso, destacando su serie de novelas sobre la vida española del siglo XX, **El laberinto mágico.**

Los inconvenientes de la filmación son graves.



André Malraux, en septiembre de 1944.

No hay película en Barcelona y en Madrid sólo hay positivo que sirve para copias de trabajo. El revelado de la película, en la misma Barcelona, escenario de la tarea, es imposible: las alarmas aéreas cortan la corriente eléctrica una hora antes y una hora después de los bombardeos, de modo que las copias se inutilizan en los baños de revelado, debiéndose filmar nuevamente las escenas. Esto es, a veces, imposible, pues han cambiado las condiciones climáticas y los extras han sido despachados.

Dado que la calidad técnica debe ser inobjeta-

Escena de «Sierra de Teruel», de Malraux.

ble, para que la acepten las compañías norteamericanas, se trata una copia en francés. Pero como esto implicaría el doblaje completo y una gran pérdida de tiempo, se prefiere una versión en español y los subtítulos en inglés. De todos modos, debe comprarse la película virgen en Francia y revelarse también allí. De Francia deben traerse, asimismo, las lámparas, las pantallas, los objetivos, espejos y carbones para los arcos voltaicos, carros para los travellings, focos para spots, el maquillaje y hasta el jabón para quitarlo. Facilitan este tráfico algunos funcionarios amigos de la República, entre ellos el alcalde de Cerbère.

Los estudios barceloneses, después de dos años de guerra, están en pésimas condiciones. Los locales han sido ocupados sucesivamente por las tropas y la policía, y los equipos han sido saqueados o destruidos. Los escenarios naturales deben reducirse a sitios cercanos, para evitar traslados a lugares alejados, ocupados por los rebeldes o situados en puntos peligrosos del frente. Malraux recorre la costa, desde Valencia hasta Figueras, eligiendo los lugares apropiados. Por ejemplo: las «calles de Teruel» son de Barcelona, la «sierra de Teruel» es el Montserrat. Después de la derrota, todavía se filman algunos momentos en Fran-



Título de «Benefactor de la República Española», otorgado a André Malraux y firmado por Alvarez del Vayo.

Escena de «Sierra de Teruel», de Malraux.

cia, en Villefranche de Rouergue, que tiene una iglesia parecida a las españolas, o sea un elemento de «atmósfera».

También se impone una adaptación de la novela. El tiempo histórico se modifica. La novela abarca los hechos que van desde julio de 1936 a abril de 1937, es decir, desde el pronunciamiento hasta la batalla de Guadalajara. La película ocurre en 48 horas de 1938. Sólo el episodio del campesino que denuncia el campo clandestino de aviación y que, luego, desde la altura, no reconoce su propio país, es común a ambas. El suceso del coche que se estrella contra el cañón, ubicado en la novela en Barcelona y en 1936, pasa al film en Teruel en 1938.

Desde luego, se quita del guión toda la frondosa dialéctica sobre problemas filosóficos, morales, políticos, etc., dejándose la acción desnuda. El título, que es originariamente **Sang de gauche** (como una de las secciones de la novela), pasa luego a ser **Sierra de Teruel.** Se estrenará, por fin, en 1945 como **Espoir**.

La mayor parte de la filmación ocurre, a partir de julio, en las serranías de Tarragona y en los estudios Orphea de Barcelona, donde también un grupo de españoles filma una película surrealista.

Aparte de Aub, el equipo técnico se completa así:

— El jefe de producción es Fernando G. Mantilla, entonces secretario de la Federación Catalana de Espectáculos Públicos y autotitulado «primer universitario del cine español». Junto con Carlos Velo, había realizado varios documentales sobre las regiones españolas entre 1934 y 1936. Velo queda en zona nacional, donde rueda **Romancero marroquí.** Durante la guerra, Mantilla filma **España 1936** (que narra los primeros días del conflicto, la lucha en la sierra y en la retaguardia madrileña), **Nueva era en el campo** (sobre la reforma agraria en Valencia) y **Por la unidad hacia la victoria**, en que aparece José Díaz dando un discurso. Después de la guerra emigrará a México, donde se borrará su nombre.

— Los productores en Francia son Roland Tual, dirigente del PC, y el aviador Edouard Corniglion Molinier, compañero de Malraux en el vuelo a Etiopía en 1935, en la guerra española y en la Resistencia. Ambos adelantan parte del dinero para adquirir los materiales.

— El guión técnico es desarrollado por Boris Peskine, a quien Malraux elige tras ver un documental suyo sobre los ferrocarriles franceses.

— Los asistentes del director son Aub y el belga Denis Marion, quien ha dejado interesantes testimonios sobre la vida cotidiana durante la filmación.

Por la noche, después de haber trabajado, íbamos a comer en los restaurantes de Perpignan los salmonetes a la parrilla del país o la bullabesa catalana. Y bebíamos buen vino. Mi mujer, marsellesa, defendía "su" bullabesa, "superior a todas las demás", según ella. Y así discutíamos acerca de mil cosas hasta medianoche o la una de la madrugada. Hablábamos sobre todo de cine... Malraux sentía una especie de fascinación por la muerte. Después de los bombardeos de Barcelona, a menudo iba a "darse cuenta" de los destrozos en los puntos afectados. Muy valiente, parecía buscar el peligro. Vestido casi siempre con una cazadora de cuero, una camisa catalana de tela basta y calzado con alpargatas, no tenía, sin embargo, el porte de un soldado, ni de un "rayo de la guerra".

Marion es conocido de Malraux a través de la NRF, donde publica crónicas de cine.

— Louis Page, el fotógrafo, es recomendado



André Malraux, durante el II Congreso Internacional de Escritores organizado por la Alianza de Intelectuales Antifascistas, en homenaje a los heroicos defensores de Madrid.



Escena de «Sierra de Teruel», de André Malraux.

por el guionista Jacques Prévert. En 1930 Page ha actuado como asistente de Jean Cocteau en **Le sang d'un poète.** Page y Thomas realizan, también, **La kermesse héroique**, de Jacques Feyder, y varios films de Pabst.

Page ha dejado también un vivaz testimonio de algunos momentos del trabajo:

El día en que, por fin, pudimos rodar la escena (del descenso de la sierra) Malraux pidió a un cantador de jotas que asistiera a las tomas de las vistas. Quería acompañar las imágenes de aquella secuencia con un canto folklórico: la jota aragonesa. Por la noche, en una fonda, el cantador nos ofreció las primicias de sus improvisaciones. Todos los intérpretes del film se hallaban presentes. Entonaron a coro cantos revolucionarios. Uno de ellos, un tal Peña, recitó poemas de Verlaine. Malraux nos habló de Victor Hugo y de Chateaubriand, a quienes admiraba. Llegábamos al fin de nuestras noches españolas... En comparación con los actores de nuestra película, el general Yagüe iba adelantando con respecto al horario: porque cuando convocábamos a nuestros intérpretes para las nueve llegaban generalmente hacia mediodía y decían: "Bueno, ¿y si fuéramos a comer? Ya es la hora".

— El asistente es Manuel Berenguer. Escenógrafo, el valenciano Vicente Petit. El montaje lo hacen el propio Malraux y Georges Grace. Actúa como script girl madame Boultaut y como camarógrafo André Thomas. La música es de Darius Milhaud, compositor conocido de sobra como para trazar aquí su biografía.

En cuanto a los actores, los hay profesionales y una masa de campesinos, seleccionados por Aub, quien los hace ensayar y los fotografía para escoger los más típicos y ponerlos en los primeros planos. En el papel de Peña actúa José Santpere o Sempere, actor popularísimo por aquellos tiempos, tanto en catalán como en castellano, y en diversos géneros, sobre todo el varietés del teatro El Molino, en el barrio barcelonés del Paralelo. En Muñoz aparece el entonces joven y atlético extremeño Andrés Mejuto, que había sido revelado al público por García Lorca en **Liliom**, de Franz Molnar. Después de la guerra se exilió durante dieciocho años en la Argentina, desde donde

retornó a España para reintegrarse activamente al medio teatral y cinematográfico. En Attignies figura Julio Peña, actor madrileño que era galán en el teatro Infanta Isabel desde 1929. La Fox y la Metro lo contrataron desde 1930 a 1934 para filmar las versiones en español de varios films. Mercery es encarnado por el galán cómico madrileño Nicolás Rodríguez. José María Lado (1897-1962), que representa a José, era un comediante de familia valenciana, nacido en Cuba, incorporado al teatro y al cine mudo desde 1922. Después de la guerra filmó numerosas películas en la España franquista. Pedro Codina es Schreiner y S. Ferro es Saïdi.

El resto de los «actores» son, como dije, campesinos del lugar. En la escena final, cuando bajan a los aviadores heridos por la sierra, hay unos dos mil extras. A menudo se ha creído que todo el elenco era de esta naturaleza (aún cae en este error el gran crítico francés Georges Sadoul). La leyenda siempre acompaña a Malraux.

La filmación, hecha en plena guerra y llevada hasta la caída de Barcelona, está erizada de dificultades. Por ejemplo, las escenas aéreas: con fragmentos de aviones destruidos se monta una carlinga en el estudio (esta vez Hidalgo de Cisneros colabora con Malraux sin demasiada penuria). Es el último avión Potez que le queda al ejército republicano. Las escenas se completan con partes de un documental japonés sobre la aviación de guerra, que Malraux encuentra en la cinemateca de París.

En una secuencia de montañas, los extras son reclutas del ejército republicano que aún no han recibido su armamento. Malraux lucha por imponer un estilo sencillo y natural a los comediantes españoles, que él encuentra lentos y enfáticos.

Otro inconveniente para la toma de las escenas de combate es la falta de material militar de los leales. No hay carros de asalto y una secuencia importante (la entrada de las tropas moras en Llinas) se pierde en un incidente. Ciertos momentos de la actuación de la escuadrilla no se filman por imposibilidad material. Uno de los **plateaux** de filmación es el propio aeródromo de Prat de Llobregat, donde se aprovechan los momentos de calma entre dos bombardeos y bajo el inminente y constante peligro de ataque. La secuencia del bombardeo a Cervera es auténtica y está filmada a bordo de un viejo Latecoère. Los cazas rebeldes persiguen al avión de Malraux, que, en tanto, recita a Corneille para disipar el nerviosismo. Se escapan volando a poca altura, siguiendo el curso de un río. También se ha perdido otra secuencia estrictamente documental, sobre Teruel, cuando se coloca la cámara en el puesto de la ametralladora.

FICHA TECNICA

Escrita y dirigida por	ANDRE MALRAUX
Ayudante de dirección	DENIS MARION y MAX AUB
Guión técnico	BORIS PESKINE
Fotógrafo	LUIS PAGE
Cámara	ANDRE THOMAS
Asistente	MANUEL BERENGUER
Música	DARIUS MILHAUD
Montaje	ANDRE MALRAUX y GEORGES GRACE
Script	Mme. BOUTAULT
Productores	ROLAND TUAL/COL. CORNIGLION-MOLINIER

Ficha técnica de «L'Espoir», «Sierra de Teruel», de André Malraux.



Malraux y Max Aub en Montserrat, en julio de 1938, durante el rodaje de «Sierra de Teruel».



André Malraux, en la primavera de 1936, durante un acto de solidaridad con la República Española, celebrado en Francia.

En el estudio el trabajo tampoco es apacible. Cierta vez, unas esquirlas de bombas caen en los botes de pintura. Para filmar la caída de un avión se utiliza la cabina reconstruida en el estudio, pintándose un cielo que se proyecta, acelerándose su pasaje. Esta proyección pasa al fondo de las ventanas de la cabina. La caída del avión y su destrozo contra la montaña se logra montando la cámara en el teleférico de Montserrat.

Durante el trabajo ocurren hechos significativos, como la despedida de las Brigadas Internacionales en Barcelona, en septiembre y octubre de 1938. La no intervención logra que estos extranjeros dejen el lado republicano. Rusia empieza a desinteresarse por la suerte de la España real. El rodaje está prácticamente terminado cuando la vanguardia mora del general Solchaga, del ejército de Yagüe, llega a Barcelona y hay que huir a toda carrera hacia Francia. Es ya enero de 1939. Los dos tercios del guión están filmados. Poco más hará, sobre todo en materia de montaje, en los estudios franceses de Joinville, Malraux asistido por Margueritte Monot.

Aub recuerda la filmación de la voladura del puente. Desde la baranda del estudio que dominaba Barcelona, todos veían a lo lejos los fuegos de las tropas franquistas. «Los persas», murmuró Malraux. Se dice que, al representarse esta tragedia de Esquilo, el actor que hacía de Jerjes cayó atravesado por una flecha enemiga al denunciar la llegada de los adversarios. En un camión y tres coches, se marchan a Figueras. La intención es volver a Barcelona, pero ya es tarde. El equipo asiste a la última reunión de las Cortes republicanas en suelo español, en el castillo de Figueras. Luego pasan a Cerbère, tierra francesa. Aub vuelve por la mitad del avión que les sirve de truco, ante la mirada atónita de los franceses. Anota el mismo Aub:

En julio de 1938, cuando empezamos a filmar, no dudábamos de la victoria; cuando pasamos la frontera creíamos que regresaríamos, si no victoriosos, a luchar. Cerca de treinta años después, los que hicimos esta película, muertos y vivos, seguimos creyendo en la libertad...

Es febrero de 1939. En abril termina la guerra. El gobierno republicano está en el exilio. En el cine París de los Champs Elysées se estrena el film en presencia de las autoridades desterradas. Agosto de 1939. Pocos días después estallará la guerra mundial. Entre los primeros espectadores están, también, Louis Aragon, Georges Altmann y Claude Mauriac. Pero Malraux, tal vez desde 1938 (testimonio de Gaëtan Picon) ha abandonado el comunismo en su fuero interno. La noche del pacto de Munich, en un café de las «puertas» de París, confía a Aub: «La revolución a este precio, no».

La película es inmediatamente prohibida por la censura del gobierno de Edouard Daladier. En esos momentos el mariscal Petain es embajador ante Franco y se espera que España entre en guerra al lado del Eje, a favor de la derecha francesa, y a toda costa se quiere evitar cualquier molestia. Queda una sola copia del film, que se salva por casualidad de ser destruida por los nazis durante la ocupación de Francia. En efecto, una caja que dice **Sierra de Teruel** es quemada por los alemanes, pero en verdad contiene **Drôle de drame**, de Marcel Carné.

En 1945, terminada la guerra, se produce el auténtico estreno de **Espoir**, como se la ha rebautizado. El prólogo de Corniglion Molinier es suprimido y reemplazado por otro, de Maurice Schumann, antiguo jefe de la Resistencia y actual ministro de Asuntos Extranjeros. Las secuencias que no llegaron a filmarse se reemplazan por carteles explicativos, para dar coherencia al desarrollo. En diciembre de 1945 gana el premio Louis Delluc. El 24 de abril de 1960 habrá una exhibición solitaria en el cine **de las Américas**, en México. El film será relanzado en 1970 por la empresa Les Grands Films Classiques, en una sala del Barrio Latino.

En España se conoce, desde luego, tardíamente, en 1978, sin demasiado suceso ni eco publicitario. Ocurre algo similar con la novela. En 1938 se lanzó en Chile la traducción española de Luis Alberto Sánchez, luego inhallable. Sólo en 1978 Edhasa reedita **L'Espoir** en castellano, en una nueva versión del escritor argentino José Bianco.

Malraux no cumplirá otros proyectos cinematográficos, como una película sobre la Resistencia y una versión de **La condition humaine**. **Sierra de Teruel** queda, pues, como su único film.

A pesar de su fragmentarismo y de sus pobres medios técnicos, se sostiene por su estilo definido y riguroso, de una belleza austera y recogida, una poesía de lucha y viril dolorismo que culmina en la escena de la sierra, cuando los aviadores heridos o moribundos bajan en hombros de una multitud que los desconoce, pero los acoge como hermanos. Toda la narración está acompañada, aparte de la música de Milhaud, por una suerte de partitura paralela, hecha de ruidos de combate: explosiones, estallidos de balas y bombas, ráfagas de ametralladora. La guerra es una constante compañía simbólica, aun en los momentos más apacibles del relato.

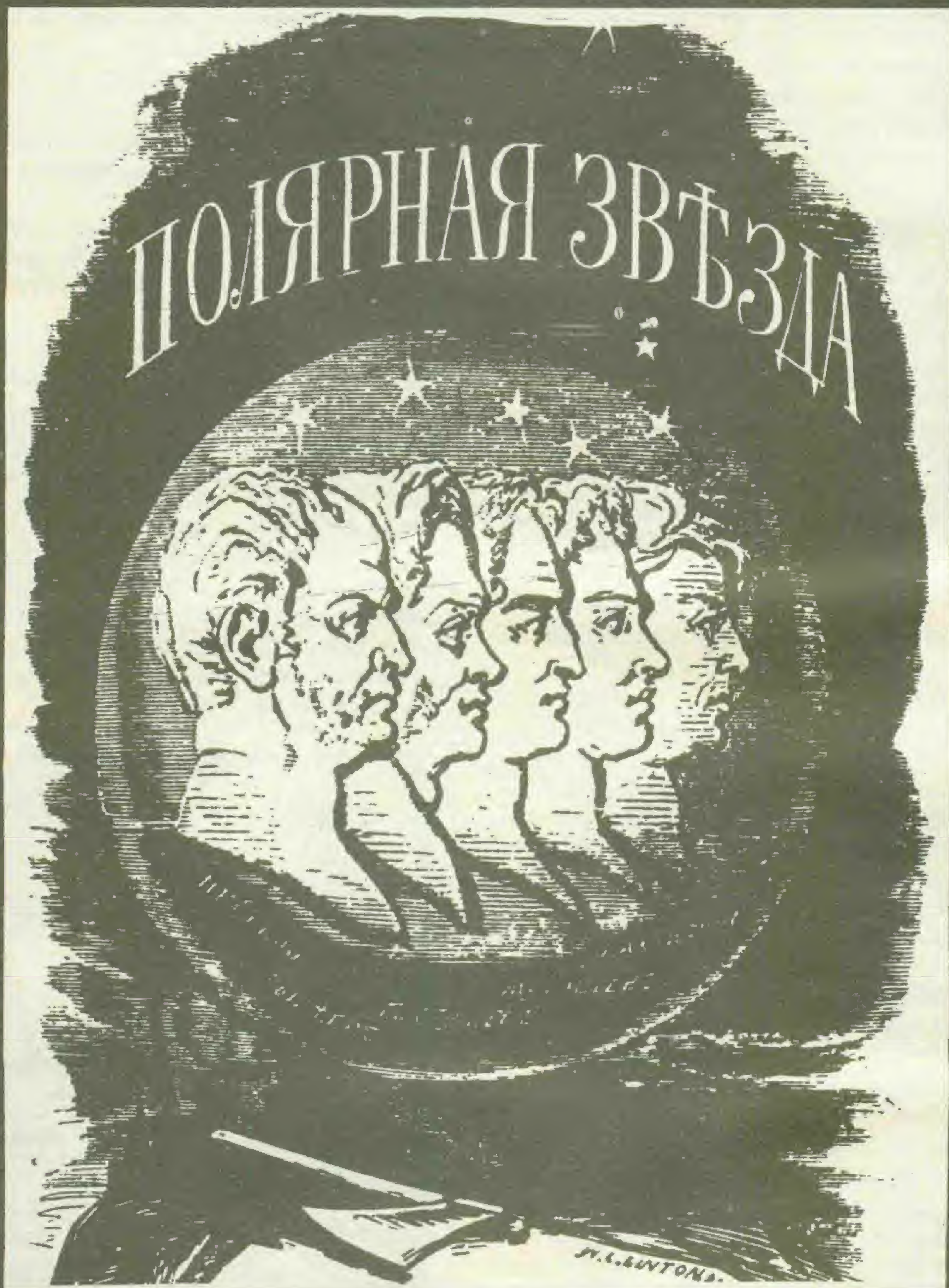
Un crítico que no puede ser sospechado, en absoluto, de simpatías personales o políticas hacia Malraux, Carlos Fernández Cuenca, escribe:

Esta hermosa película es el último y penetrante dato en muchos aspectos de la ayuda francesa a los combatientes españoles del Frente Popular, aunque resultara inútil para la propaganda porque llegó tarde, cuando ya la guerra había concluido, si bien contribuiría a mantener años después algunos de los mitos de la contienda. Mas la verdad es que, por encima de la contingencia bélica que la inspirara, quedaría como obra de sumo interés cinematográfico, ejemplo de lo que un escritor de talento puede hacer en celuloide cuando acierta a usar el lenguaje privativo de éste. ■ **B. M.**



André Malraux, en los primeros días de la guerra civil española.

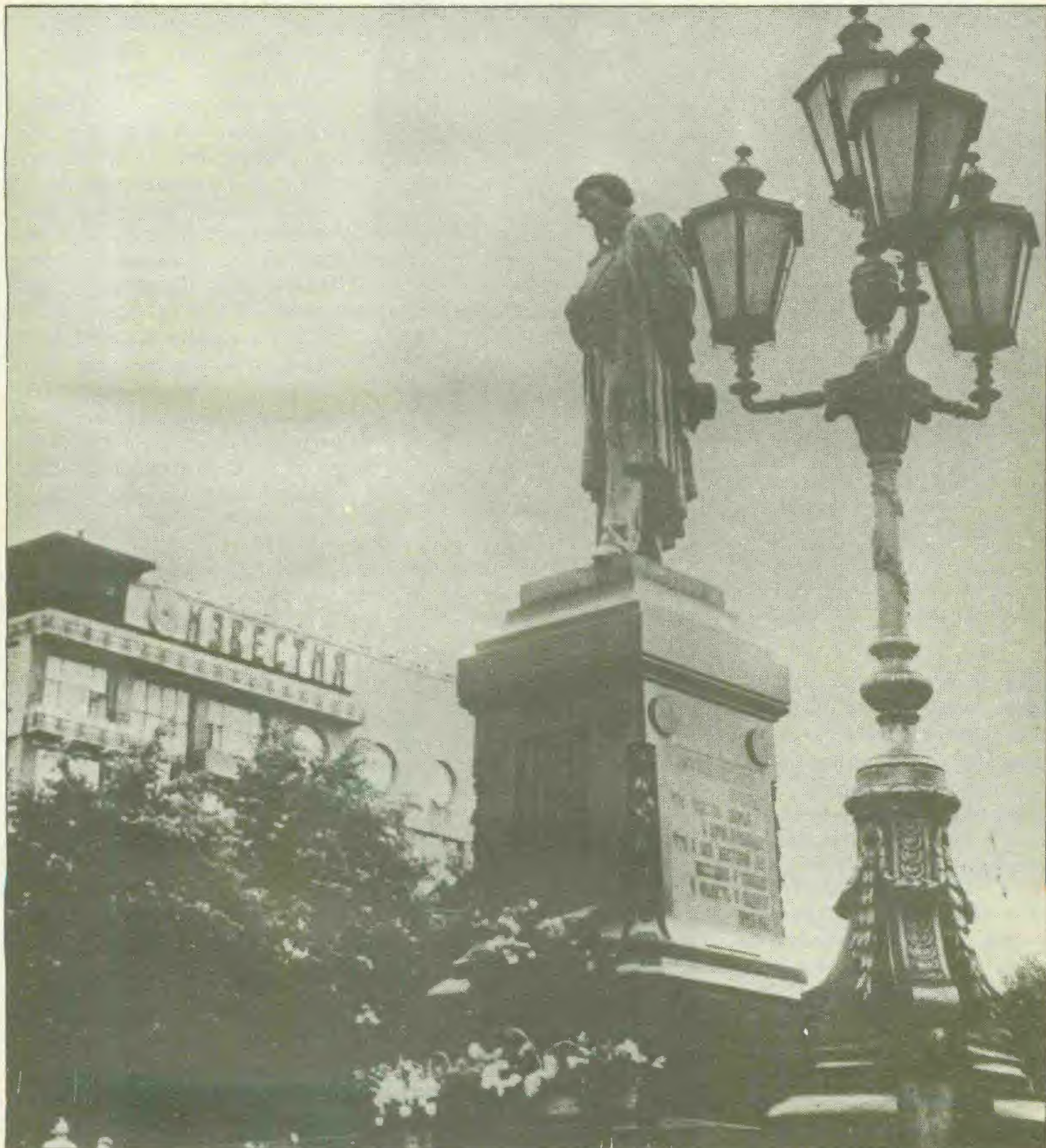
1917: Los novelistas rusos ante la Revolución



Portada de la revista de Herzen «La Estrella Polar», publicada anualmente por su Prensa Libre Rusa en Londres (1855-62), y en Ginebra en 1869. En el centro se ven las cabezas de los cinco cabecillas decembristas que fueron ahorcados el 25 de julio de 1826.

José María Solé Mariño

LOS efectos del cambio violento que en la trayectoria de la revolución de marzo supuso el acceso al poder del partido bolchevique en octubre de 1917 se muestran de forma bien palpable en la actitud manifestada por los escritores rusos ante el vuelco de la situación. El cambio de régimen encabezado por los socialdemócratas de Kerenski pareció agradar en un primer momento a todas aquellas fuerzas de la **intelligentsia** *que tradicionalmente habían venido oponiéndose al sistema autocrático encarnado en la persona de Nicolás II.*



Plaza de Pushkin, en Moscú.

Nicolás I,
Zar de Rusia de
1825 a 1855.

EL enraizado antagonismo que se había venido manteniendo entre el régimen zarista, por una parte, y la clase intelectual, por otra, había sido la causa de continuados ataques particulares y generales por parte del Estado contra la actividad literaria y había facilitado el procesamiento y destierro de figuras como Pushkin y Lermontov, ya en los años veinte del pasado siglo, seguidos más tarde en su desgracia por el joven Dostoievski y Turguenev, Herzen y Chernishevski, finalizando con Korolenko y Gorki, entre los nombres conocidos, aparte la gran cantidad de literatos menores que precisamente por esa cualidad nunca han sido recordados individualmente. Ante la existencia de una recia censura y del peligro que suponía la expresión directa de cualquier tipo de idea política o social opuesta a las mantenidas desde el poder, la literatura se había convertido en un medio de difusión ideológica, y por esa razón una parte importante de la producción de la época más brillante de la literatura rusa aparece hoy tan cargada de connotaciones sociales hasta un extremo que puede llegar a sorprender dada la combatividad que a veces manifiestan. Sin embargo, en las décadas que transcurren entre 1850 y 1880, es tan alta la calidad media de los productos literarios que admiten incluso esta directísima intromisión de la política en la labor de ficción. Y los escritores, a través de las publicaciones periódicas en las que iban dando a conocer sus



Retrato de Nikolái Gogol, por F. Moller (1841), que se conserva en el Museo Nacional de Literatura de Moscú.

obras, no cesaban de lanzar ataques más o menos disimulados contra el sistema zarista, que a finales de siglo había comenzado, sin sospecharlo, a vivir sus últimos momentos.

Sin embargo, es necesario hacer notar que la carga política que la literatura rusa en general y la novela en particular habían poseído durante el XIX había llegado a convertirse a principios de este siglo en un factor casi negativo. La intencionalidad política directa que los escritores expresaban en sus obras se hacía visible ahora a través de un burdo panfletismo en la mayor parte de los casos, y por esta razón había perdido su antiguo valor. Una ingente cantidad de poemas y novelas se sucedían, ante la imposibilidad de publicar ensayos o folletos, destinadas a la mentalización de la masa lectora, intentando provocar un cambio en la situación por medio de planteamientos teóricos que no pocas veces alcanzaban el rango del absurdo.


Alejandro II, Zar de Rusia de 1855 a 1881.

LOS SUCESORES DE LA GRAN NOVELA RUSA

El enfrentamiento entre eslavófilos y occidentalistas que durante decenios había dividido en dos campos antagónicos a la clase ilustrada rusa había sido prácticamente superado a la llegada del siglo XX. Ahora es el **populismo**, el acercamiento al pueblo, el que domina la situación en los medios intelectuales. Esta valoración de las clases populares, representadas todas ellas idealmente por el vasto campesinado al que ni la abolición de la esclavitud había liberado de la miseria, sino todo lo contrario, dará lugar a la aparición de los primeros partidos socialistas, en la clandestinidad, por supuesto, que no tardarán en enfrentarse a los movimientos marxistas, tanto en la forma de lucha política como en la idea general de la revolución, hasta la que —según los socialistas— se llegaría una vez atravesadas todas las etapas intermedias del desarrollo capitalista, y no directamente como propugnaban los marxistas. Va a ser esta contradicción existente en el seno de la oposición al zarismo la que va a motivar llegado el momento revolucionario de octubre el apartamiento de muchas personas que aparentemente deberían ser afectas al radical cambio que en ese instante dio comienzo por haber estado actuando en la oposición hasta ese momento. Es precisamente la postura populista - socialista la que marca la ideología de una parte importante de los escritores progresistas y será la causa de su resistencia activa o por lo menos a su negativa a colaborar con el régimen nacido tras las jornadas de Petrogrado.

Es la novela el género escogido para definir la posición real de la **intelligentsia** ante

el cambio, debido a ser el de mayor prestigio en una literatura breve en el tiempo, pero poseedora de notas decisivas para el desarrollo de la cultura europea. Casi sin antecedentes ni tradición, saliendo prácticamente de la nada y desarrollándose perfectamente en muy pocos años, la novela rusa clásica constituye uno de los fenómenos menos susceptibles de una explicación lógica o superficial. Ni las características del momento sociopolítico ni las influencias que pudiera haber recibido para ayudar a su nacimiento y expansión, son bases suficientemente válidas a la hora de intentar entender este fenómeno que en un espacio de cuatro décadas hizo posible la creación de obras de tanta calidad e influencia posterior en todas las literaturas. Ciñéndonos al plano ideológico, en el momento en que la novela rusa alcanza su mayor esplendor, esto es, en vida de los grandes escritores, éstos determinan en cierto modo la mente de sus seguidores, aunque en realidad ninguno de los grandes maestros pudo arrogarse un protagonismo político directo, ya que su ideología no se definía precisamente por su progresismo, sino más bien por un conservadurismo velado en ocasiones y en otras evidente. Son las capas medias de la intelectualidad las que dan las notas definitorias de la clase ilustrada como ariete combativo contra las estructuras del Imperio autoritario.

Al mesianismo reaccionario que siguió al original revolucionarismo de Dostoievski, y a las personales y doctrinales teorías de Tolstoi, que junto con el tradicionalismo teñido de un cierto liberalismo europeo muy de la época que había definido la trayectoria de Turguenev, que habían determinado la postura social de la más alta literatura rusa del momento, sigue el tenue renovacionismo de un Chejov, que utilizando una sátira amarga o un humor dulce, hace justas descripciones de la hora en que le ha tocado vivir.

CHEJOV, UNA VISION AMBIGUA Y PREMONITORIA

Junto a una postura personal ambigua acerca de los movimientos progresistas, destaca en su obra el presentimiento de un cambio total que está presente a lo largo de toda su producción. Varios de sus personajes creen adivinar entre el melancólico tedio de la oscura vida de las postrimerías de siglo un futuro más justo y racional, incluso más lleno de belleza. En efecto, la perspicacia de Chejov, que a su afición a las letras unía la frialdad crítica de su profesión médica, no podía dejar de observar el general ambiente de decadencia y descomposición que se había adueñado de la Rusia prerrevolucionaria, creando una especie de compás de espera ante la inevitabilidad de unos hechos que iban a producirse debido a unas circunstancias concretas que existían y los hicieron posibles.

Así, para los aficionados a las premoniciones no puede haber nada más justificativo para su forma de pensar que esa **terrible tormenta** que Chejov pone en boca de varios de los personajes de sus obras más significativas y que será preludio del establecimiento de un nuevo orden más justo y feliz. Naturalmente, no es difícil identificar la **tormenta** previa y necesaria con la revolución, y el tiempo feliz con lo que se supuso sería la vida rusa una vez derrocado el despotismo trasnochado de los zares. Se puede así hablar con propiedad de un cierto milenarismo inscrito en una zona concreta de la literatura rusa inmediatamente anterior a mil novecientos diecisiete.

EL AÑO MIL NOVECIENTOS CINCO

Un hecho concreto vino a engendrar una toma de posición casi general entre los escritores rusos del momento: el sangriento aplastamiento de la denominada revolución de enero de mil novecientos cinco. La indignación producida por la crueldad con que las fuerzas de seguridad atropellaron a los pacíficos manifestantes ante el palacio de Invierno y la atroz represión muchas veces indiscriminada que se extendió por todo el país unió a los escritores en su protesta contra un régimen que no sólo había ordenado la absurda matanza, sino que había creado un estado de cosas ya irreversible que le conducía hacia un callejón sin salida. Los sucesos de mil novecientos cinco desataron un torrente de producción literaria en todas las formas posibles, novelas, poemas, panfletos, en los que los miembros de la **intelligentsia** atacaban en base a planteamientos políticos o humanitarios las caducas instituciones del inmenso Imperio.

El viejo León Tolstoi encabeza la protesta y escribe uno de aquellos folletos que en su ancianidad prodigaba sin pausa. El grito tolstoiano de **No puedo callar** encuentra rápido eco en los novelistas menores. El decadente y morboso Andreiev une su airada crítica a la del viejo y prestigioso revolucionario Korolenko, e incluso Merejkovski, sumido en sus estudios filosófico-religiosos, no se contiene y lanza su acusación contra el autócrata, acompañándola de un claro



El monumento a Lermontov, en Moscú.

viraje hacia la izquierda, que no abandonará hasta que los acontecimientos de octubre del diecisiete le hagan recaer en su original conservadurismo.

Pero va a ser Máximo Gorki, el eterno vagabundo y revolucionario de siempre, el que va a dar el aldabonazo a nivel mundial en esta ocasión. Como consecuencia de la publicación de un manifiesto en el que atacaba duramente al zar y a su camarilla como causantes de las circunstancias que hicieron posible la matanza, el ya célebre escritor es encerrado en la fortaleza petersburguesa de Pedro y Pablo, que ya conocía los tormentos de algunos valores de las letras rusas desde que Dostoievski y Chernishevski conocieron los rigores del encierro entre sus muros. Una oleada de protestas se eleva en todo el mundo civilizado ante el ataque que la prisión de Gorki significa para la libertad de expresión, logrando que al cabo de unos meses sea puesto en libertad y pueda abandonar el país. La publicación de su novela **La madre**, cuando Gorki se encuentra de nuevo en el exilio, supone una nueva contribución a la lucha revolucionaria activa que no ha abandonado desde su inicial toma de posición años atrás.

1905-1917: A LA ESPERA DE LA REVOLUCION

El respaldo de que las crecientes fuerzas partidarias del cambio dispone entre la minoría ilustrada va a ser encabezado ahora en el interior de Rusia por Korolenko, de antigua trayectoria populista, idealizador de las clases campesinas y poseedor de una vena humanitaria de grán consistencia. En mil novecientos diez, Korolenko com-

najes ambiguos y portadores de toda la malignidad humana, aparece destacando por sus temas completamente diferentes de éstos la obra de Iván Bunin, el ambivalente cantor de la Rusia tradicional y cosmopolita periodista internacional. Fiel seguidor de las teorías eslavistas y reaccionarias de Aksakov, Bunin advierte cómo el paso del tiempo va destruyendo los vestigios de la vieja civiliza-



Fedor Dostoievski, cuadro de V. G. Perov.

bate la supervivencia de la pena de muerte en el ordenamiento jurídico ruso. Su conocimiento de las instalaciones carcelarias, que había sufrido en su propia carne durante sus años de prisión siberiana y que le habían llevado a escribir un dostoievskiano testimonio de su paso por ellas, le lleva con mayor conocimiento de causa que a sus demás colegas a apoyar las posturas reformistas, así como a condenar los **progroms** desencadenados contra las comunidades judías de las regiones del sudoeste, que también provocaron las enérgicas protestas del moralismo oficial de la Inglaterra victoriana y de la Francia de la Tercera República.

Entre las descripciones de la sordidez de la vida rusa de la época y de la corrupción reinante en todos sus niveles que llenan las páginas de los novelistas pertenecientes decididamente a la oposición política al zarismo, como Andreiev, Sologub o Kuprin, que desarrollan sus acciones en medio de sofocantes ambientes provincianos o capitalinos, prostibularios y tabernarios, por los que deambulan perso-



Salón de la casa de Dostoievski, Moscú. (Casa-Museo de Dostoievski).

ción patriarcal y ataca al capitalismo como factor causante del cambio, mientras no puede ocultar su temor ante la incógnita fuerza de la masa campesina, siempre presente en el devenir histórico de Rusia y que ahora parece dar signos que anuncian su salida de un letargo secular. Es, quizá, debido a su prestigio personal la postura de Bunin la principal nota discordante en el panorama de la novelística rusa ante la general posición de sus compañeros de letras que, más que añorar el pasado ya muerto, parecen esperar a un plazo corto de tiempo la tan deseada transformación.

No será la deposición del zar en el mes de marzo y la subida al poder de la coalición encabezada por el partido socialdemócrata el punto concreto que va a definir posiciones ante el nuevo régimen. El asalto al poder por parte de los bolcheviques en octubre logrará desencadenar una serie de reacciones entre los literatos que en ese momento sí se ven obligados a aclarar el lugar que ocupan en la nueva situación política.

TRES POSTURAS DIVERGENTES Y COMPLEMENTARIAS

Es en este momento cuando cabe aplicar el esquema



apuntado ya en otros lugares sobre las posturas adoptadas por los intelectuales ante el establecimiento de una dictadura. Posturas que se han repetido en circunstancias históricas separadas en el tiempo y en el espacio, pero unidas todas ellas por un determinante común: la imposición de un régimen autoritario implantado en contra de la voluntad de la mayoría de los que lo soportan.

Por una parte, se sitúan los intelectuales que, por verdadera honradez ideológica o por un evidente oportunismo, se *unen al grupo* que detenta el poder. En el lado contrario, se hallan los disconformes, que se exilian a fin de conservar su libertad de expresión e incluso a veces su vida. Y, finalmente, en una posición intermedia y ciertamente muchísimo más difícil de sobrellevar para sus componentes que las anteriores, ya que no cuenta con los beneficios de todo tipo que obtienen los encuadrados en el primer apartado, ni goza de la seguridad física que tienen los pertenecientes al segundo, se encuentra el que se ha denominado **exilio interior.**

Los novelistas rusos acomodados en la primera situación ofrecen ya a simple vista una impresión concreta: la de su baja calidad literaria, calificación de la que únicamente puede librarse un Alexis Tolstoi o un Andrei Bieli, nombres de gran calidad rodeados, sin embargo, por mediocridades como Muizhel, Teleskov o Serafimovitch, que acabarán convirtiéndose en meros burócratas del estalinismo encargados de la elaboración de panegíricos del régimen con unos aparentes ribetes literarios, lo cual no pasa en la mayor parte de los casos de una benévola suposición. Por lo general, los literatos afectos al sistema son personas relativamente jóvenes que no pertenecen, por tanto, a la vieja guardia de los revolucionarios y reformistas que llenan la vida intelectual rusa de las últimas décadas del siglo anterior. La mayoría de éstos, envejecidos o desengañados ante unos acontecimientos que superan negativamente a todo lo imaginado y que tienen un desarrollo opuesto por completo a lo que esperaban, se apartan de la realidad revolucionaria encarnada en los *bolcheviques* y se dividen entre los dos bloques restantes.

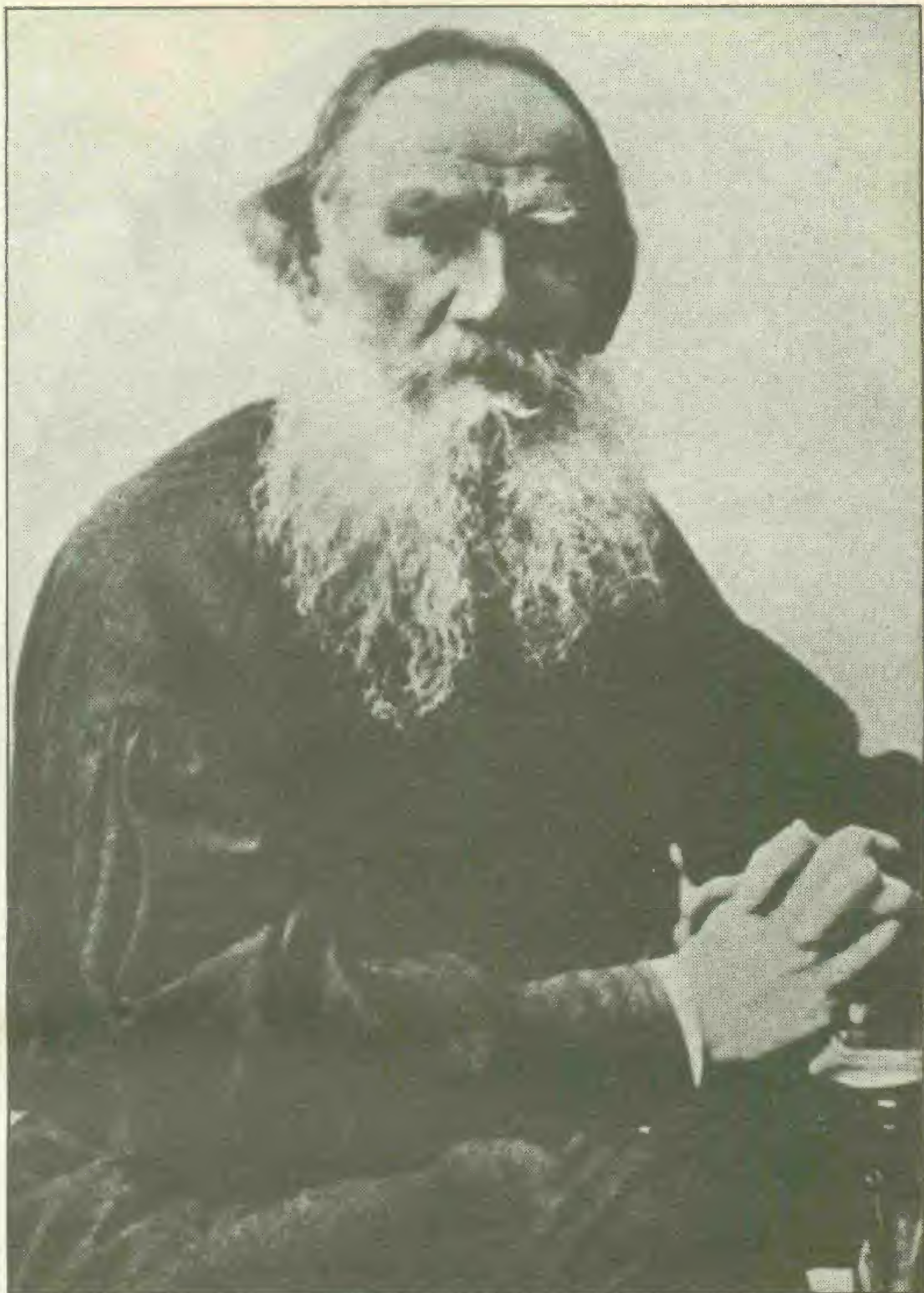


Alejandro III, Zar de Rusia de 1881 a 1894.

El segundo grupo viene compuesto por una amalgama de escritores que escogieron el camino del exilio, que para unos supuso la definitiva tranquilidad tras la tormenta de la revolución, y para otros menos afortunados la miserable vida del paria en tierra extranjera, experiencia que tan bien conocen tantos escritores que han sufrido las amarguras del exilio. Coordinando la acción propagandística antisoviética de los exiliados, y manteniendo una actuación que en muchas ocasiones aparece teñida de resentimiento, se presenta en Francia Bunin, que huye de su país con un prestigio literario intacto que le llevará incluso a alcanzar en 1933 las glorias del Nobel, el

primero de la serie de controvertidos galardones concedidos a escritores nacidos en Rusia, ya que han sido precisamente los escritores de este origen —Bunin, Pasternak, Sholokov, Solzenitskin— algunos de los Nobel cuyos méritos han sido más discutidos como base para la concesión del premio. Al lado de Bunin y en la placidez de su retiro francés, Merejkovski y su mujer, la poeta Zinaida Gippius, mantienen una postura violentamente anticomunista, que en cierto modo contrasta con la del nostálgico y crepuscular Artzibaschev, que recuerda obsesivamente a la Rusia perdida ya sin remedio. Zaitsev, Chirikov —el antiguo fabulista alegórico—, Remizov y muchos otros, van a poblar también las sombras de la emigración.

Es precisamente la **emigración interior** la que agrupa a los verdaderos revolucionarios clásicos, los que durante años han luchado por un cambio y que han expuesto su libertad y su vida ante la policía zarista para denunciar la opresión por medio de manifiestos directos o a través de la creación literaria, no por menos directa con descenso de efectividad, según se ha comprobado sobradamente. Es Korolenko, cuyo ideal humanitario le hace oponerse a los bolcheviques como se había opuesto al régimen caído; o Kuprin, el desvelador de tantas miserias ocultas bajo el falso brillo del zarismo. Es también Sologub, el lúgubre descriptor de la vida provinciana, cuya inspiración desaparece completamente tras los hechos revolucionarios que su liberalismo no puede aprobar. Estos y otros son los que van a soportar largos años de persecución y olvido por parte del régimen que en un primer momento pretende ganárselos a su causa, teniendo finalmente que abandonar el empeño ante la íntegra postura de los solicitados, que vivirán en plena oscuridad y hasta miseria, algunos de ellos después de haber regresado a su tierra rusa tras un corto exilio que les hubiera ofrecido siquiera una seguridad.


León Tolstoi, fotografía tomada hacia 1905.

El centro de la literatura rusa, de los sucesores de la gran novela que había brillado ochenta años antes, ya no está en Rusia, sino en centros europeos como París y Berlín. Pero, aparte el caso de Bunin que mantiene su producción literaria durante muchos años, todos los demás escritores, los exiliados y los que permanecen en el interior de Rusia, desaparecen de la escena literaria. La revolución ha matado a la literatura rusa para dar paso a la soviética, emparentada indudablemente con aquélla, pero diferente en la esencia. Un caso especialmente patético lo ofrece Leónidas Andreiev. El que fuera maestro del decadentismo trasladado a la prosa había llegado a ser, en los años anteriores a la revolución, un vigoroso defensor de las ideas izquierdistas, llegando incluso a idealizar los principios marxistas. Pero no tarda en desengañarse ante el

Nicolás II, Zar de Rusia de 1894 a 1917.



verdadero rostro de la revolución y, huido a Finlandia, muere literalmente de hambre en 1919, tras haber publicado su último libro, de título bien expresivo, **SOS**, en el que hace repetidas advertencias a los occidentales acerca de la verdadera naturaleza del bolchevismo, en aquellos momentos glorificado por tantos intelectuales europeos.

GORKI, UN CASO APARTE

El caso de Gorki, exponente en una sola persona de todas las contradicciones sufridas por los novelistas anteriores, lleva hasta su máxima expresión la compleja lucha interna soportada por tantos intelectuales entre la teoría y la praxis revolucionaria, y se podría afirmar que es válido como caso-tipo para todo intelectual situado en circunstancias similares.

Sus antecedentes revolucionarios, puestos de manifiesto en toda ocasión y que le valieron el encierro y el exilio, parecen ser base suficiente para pensar en una total identificación con los postulados revolucionarios que intentaban cambiar la faz de Rusia. Gorki es, en los años que preceden a 1917, la figura fundamental de la izquierda dentro de la **intelligentsia.** Incluso penetra profundamente en la acción directa en multitud de ocasiones, bien personalmente o a través de sus escritos. Pero, sin embargo, no goza de la total confianza de Lenin, cabeza viviente de la revolución. Ambos se habían conocido en Londres, en mayo de 1907, durante la celebración del V Congreso del partido socialdemócrata, y se habían tratado con posterioridad lo suficiente como para que Lenin escribiese en 1916: «Gorki continúa falto de claridad política, se abandona a sus sentimientos y a sus humores». Pero, aparte de esta apreciación anterior a la revolución, será la política seguida por ésta con respecto a los miembros de la clase intelectual, duramente tratada por los bolcheviques, lo que enfrente de forma definitiva a Gorki con el partido en el poder. Las disensiones de Gorki con los bolcheviques y concretamente con Lenin van en aumento al expresar sus quejas ante el régimen de terror implantado en Rusia. Así, en el momento del cambio, la actitud de Gorki, en la que se miran muchos literatos indecisos, es de lo más ambiguo. A su primitivo amor por las clases populares, marginadas y oprimidas, sigue una toma de posición sorprendente en él, llegando a escribir en el mismo año de la revolución: «... desconfío de la razón de las masas en general, y de la masa campesina en particular. Como no ha sido organizada por una idea, la razón no puede intervenir de una manera creadora en su vida. La masa carece de idea directriz, puesto que no tiene conciencia

de la comunidad de intereses de todos sus componentes...». Esta cita por sí sola sirve para definir el cambio que había sufrido con los años y las circunstancias la ideología de Gorki, antiguo defensor apasionado de los humildes y los proscritos. A este cambio que le aparta de sus principios originales viene, pues, a unirse su decidida oposición a la actuación general del régimen soviético y a su política particular contra la clase ilustrada, a la que Gorki nunca dejará de considerar «el único caballo de tiro que puede ser enganchado al pesado carretón de la historia de Rusia», según su propia expresión. De una posición populista y, más tarde, marxista, Gorki pasa a un elitismo que le lleva a apuntar la idea del dominio de la generalidad por parte de una minoría escogida.

Tras una serie de exilios más o menos voluntarios, de reconciliaciones con Lenin y Stalin y de acceso a los más altos cargos de la literatura oficial, incluso su muerte, producida en 1938 durante las terribles purgas estalinianas, no ha dejado de ser fuente de toda clase de conjeturas dado lo extraño del fallecimiento, cuyos verdaderos detalles no han sido todavía totalmente aclarados.

Ahora, cuando se acaban de cumplir las seis décadas de vida de la revolución soviética, es posible hacer un balance sobre sus efectos entre los herederos de la gran época de la novela, tantas veces mitificada y cuyo paso por la historia de la literatura significó un brillo fugaz, que murió dejando una influencia posterior relativamente muy débil en comparación con su valor. Influencia que la literatura soviética ha sabido en muchos casos aprovechar en beneficio de la ilustración del pueblo ruso; pero que también en otras ocasiones, sobre todo cuando el comunismo soviético se convirtió en estalinismo, ha sido utilizada por una literatura oficial puesta al servicio de un régimen totalitario. ■ **J. M. S. M.**



Antón Chejov y Máximo Gorki, en Crimea, hacia 1900.

Graham Greene
"El factor humano"

Ramiro Cristóbal

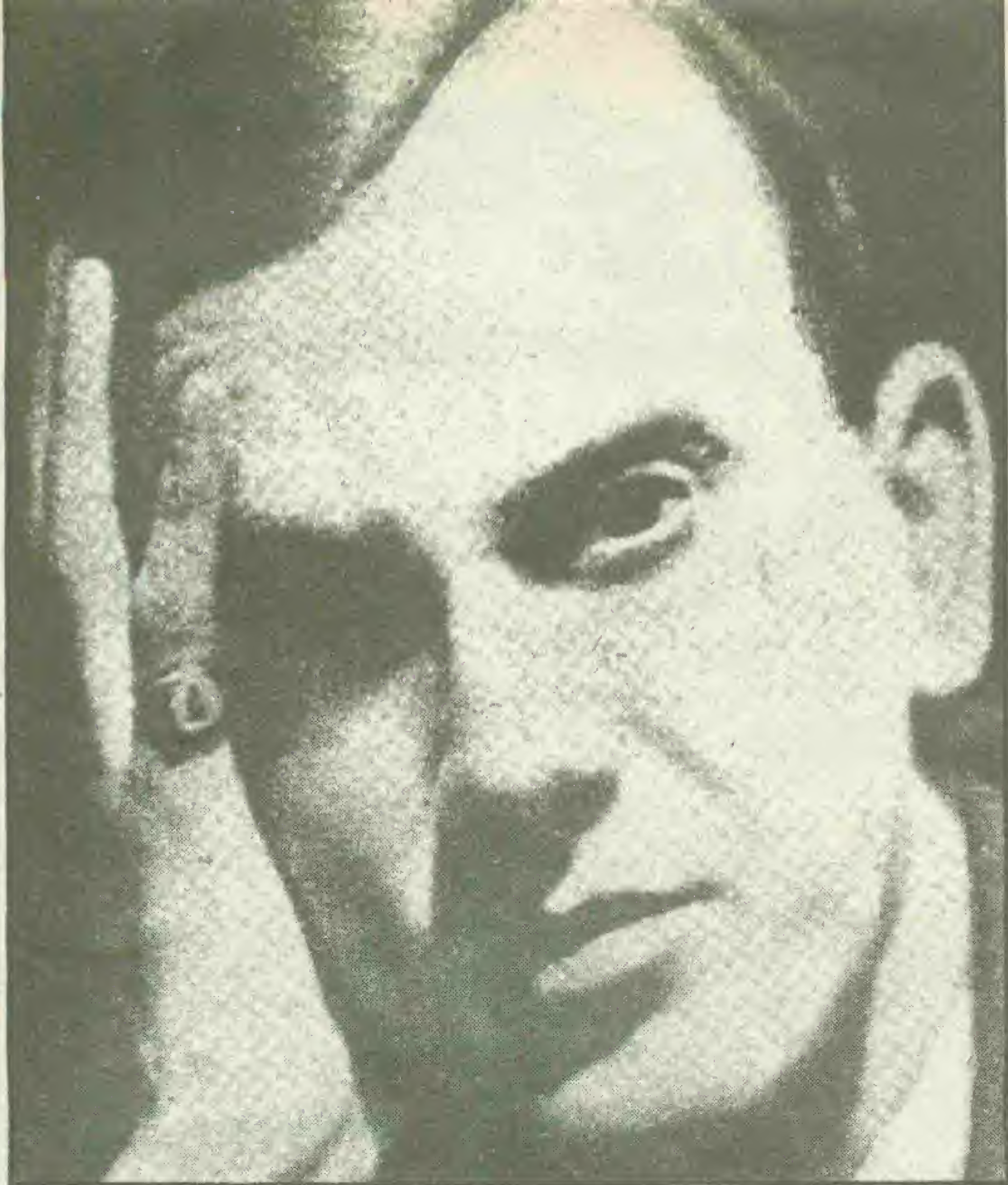
EL próximo mes de octubre el escritor Graham Greene cumplirá 75 años. Esta vejez, gallardamente asumida al menos desde el punto de vista de la producción literaria, es la clave de su evolución. Como muchos compatriotas suyos —el propio Bertrand Russell, por ejemplo— es su prolongada experiencia vital, el propio y personal testimonio de la historia lo que constituye su alimento intelectual. Los anglosajones tienen una larga experiencia de pragmatismo; las teorías, por bien documentadas que estén, ocupan lugares subordinados. Probablemente una educación política en la democracia tiene mucho que ver: no son los intelectuales quienes dirigen, sino la interpretación colectiva de lo que ocurre a través de la experiencia de cada uno.

EDMUND Burke, el gran teórico inglés del siglo XIX, perdió la ecuanimidad y casi la razón, ante los acontecimientos de la revolución francesa; muchos odios «decorosamente ocultos» se pusieron de manifiesto. Algo parecido ocurrió entre los intelectuales ingleses frente a la revolución soviética, hacia los años veinte. Escritores como Robert Graves y filósofos como Bertrand Russell adquirirían un anticomunismo visceral que sólo el tiempo modificó en parte. De la misma manera, el joven Graham Greene, conservador y católico a fines de los veinte, inició su cruzada personal contra el comunismo.

Durante la segunda guerra mundial trabaja para el Foreign Office en servicios especiales, es decir, en el espionaje, y se incorpora, después, con todo entusiasmo, a la guerra fría. Para entonces ya había escrito «El poder y la gloria» (1940), novela en la que otra revolución menor, la de Lázaro Cárdenas en México, es el «diabólico» contrapunto con su personaje, un sacerdote pecador y mártir. Convertido al catolicismo en 1926, Greene tenía aún todo el fanatismo de los creyentes en lugares de mayoría no católica. Cuando contemple el anticlericalismo del pueblo mexicano, puesto de relieve durante la presidencia de Cárdenas, escribirá su novela, tan hermosa como maniquea y tan sincera como pomposa y grandilocuente.

En 1947 el director de cine Carol Reed pide a Greene que le escriba un relato sobre la Viena ocupada de la posguerra, que ha de servir como base a un guión de cine. El resultado sería la obra más famosa del autor, aunque no, probablemente, la mejor. «El tercer hombre», gracias a su versión cinematográfica, con un reparto de lujo encabezado por Orson Welles y Joseph Cotten y contando con la popular intervención del músico Antón Karas, lanzó definitivamente a la fama a Greene, a nivel mundial. Fue el prototipo de obra de guerra fría en la que no faltaba, incluso, un secuestro de una joven a cargo de los rusos y el canto a los buenos oficios de los ingleses y americanos desde la residencia decadente y dorada del hotel Sacher. Posteriormente, en el prólogo de la obra, Greene diría: «No teníamos ninguna intención de pulsar las emociones políticas del auditorio: sólo queríamos divertirlo, asustarlo un poco, hacerlo reír».

Su labor como periodista, comenzada en 1926 y nunca abandonada, adquiere vital importancia en el período entre 1952 y 1955, cuando es enviado como corresponsal de los diarios «The Sunday Times» y «Le Figaro» a Indochina, donde estuvo tres veces en distintos períodos. Es el momento de la explosión nacionalista contra la colonización francesa. En mayo de 1954 el general Giap toma Dien Bien Phu y acaba con la primera etapa de las guerras independentistas. Para Greene el examen del proceso es fundamental. Su concepto de la guerra fría va cambiando y la dialéctica capitalismo liberal-comunismo ya no la ve tan clara desde un punto de vista ético. Incluso su catolicismo se tambalea en cuanto doc-



trina aliada a los poderes imperialistas. Con los años tendrá que ver cómo la camarilla de los Ngo Din Diem, títeres de los americanos, representan tristemente al catolicismo local.

En 1955 escribe «The Quiet American», que representa el momento de inflexión. Con toda clarividencia, Greene predice lo que va a pasar, es decir, la sustitución de un colonialismo por otro; la ocupación, primero solapada y luego violenta, del hueco dejado por los franceses y que sería el prólogo de la gran guerra de los Estados Unidos en el Sudeste asiático. Su personaje, Alden Pyle, resultó todo un símbolo. Es el momento, sin embargo, en que el apoyo a la difusión literaria de Greene disminuye ostensiblemente. La prensa conservadora y los poderes públicos reaccionarios le vuelven la espalda. En España, por ejemplo, donde se habían convertido en «best sellers» sus obras anteriores, desaparece de los escaparates.

El cambio que representa «El americano impasible» tendrá una confirmación años más tarde en sus duras declaraciones sobre la guerra de Vietnam. Dice Greene: «No veo disculpa para la presencia de tropas extranjeras en el suelo de ese país. La disculpa de contener el comunismo da por supuesto que el comunismo es, dondequiera, un mal. Cualquiera con experiencia del Vietnam sabe que no es así». Esta clarividencia hacia el papel de los Estados Unidos en el concierto mundial se vuelve a poner de manifiesto en «Our man in Havana», publicada en 1958, pocos meses antes de la toma del poder definitiva de los revolucionarios castristas.

Con los años, no sólo su visión política se inclina hacia la izquierda, sino que su catolicismo se va haciendo más alegre y tolerante. «Viajes con mi tía», de fines de los sesenta, es la novela de un viejo lleno de esperanzas. Greene encuentra su juventud perdida en estos viajes. Es un testimonio meridiano de lo que va a ser la propia vejez del autor: luchadora e indomable.

«El factor humano», su última novela, llega cuando el nombre de Graham Greene suena insistentemente para el Nobel de Literatura; el hecho de no haberlo obtenido aún puede tener mucho que ver con su proceso político y su creciente radicalización antiamericana. En «El factor humano» vuelve a retomar lo mejor de sus creencias, desde un humanismo cristiano, despojado de símbolos y dogmas, hasta su progresismo democrático.

Es una obra antirracista y antiimperialista, pero es además una de las más bellas historias de amor que se hayan escrito jamás. Anclada, aparentemente, en la tradicional novela de espías, acaba por ser el soliloquio de un hombre aplastado; de un anciano engañado y baqueteado, al cual, a fuerza de quitarle todo, le acaban por despojar de sus propias creencias y de su privado y casi vergonzante amor conyugal. Este Maurice Castle, funcionario de los Servicios de Información, casado con una mujer de color, antigua residente de Sudáfrica, con amigos comunistas y nacionalistas, luchadores contra el apartheid, tendrá que soportar la humillación de ser reclutado para la operación contrarrevolucionaria «Tío Remus» en el Cono Sur de Africa. Participantes: Inglaterra, Estados Unidos y la propia República Sudafricana. Por si fuera poco, tendrá que asistir al envenenamiento y eliminación de un compañero funcionario, sospechoso de «filtrar» información.

Un cúmulo de basura ideológica, la defensa de los intereses económicos y los buenos modales de los funcionarios británicos, son, en definitiva, los protagonistas de «El factor humano», que sólo un viejo-joven como Graham Greene podía descubrir. Con los años ha comprendido una verdad tan antigua como el hombre, a saber, que las mayores iniquidades pueden ser ocultas a base de una adecuada presentación. Y sobre eso ha escrito una de las mejores novelas de los últimos años. ■ **R. C.**

Historia y política en Maquiavelo



José A. Gómez Marín

ENTRE los títulos de una colección que, por la muestra de que ya disponemos, promete ser muy sugestiva, acaba de aparecer uno de esos textos importantes que han tenido mala suerte en castellano y resultan por ello casi inencontrables: la «Historia de Florencia», de Nicolás Maquiavelo (1). La «Istorie», en efecto, no es fácil de hallar en nuestra lengua, aunque con frecuencia encontremos su cita, y es, por lo demás, un libro inevitable para hablar con cierta propiedad de Maquiavelo, en especial sobre su manera de entender la Historia y la relación entre esa historia y la Política. Pero vayamos por partes y comencemos por decir unas cuantas cosas de la edición que nos parecen imprescindibles.

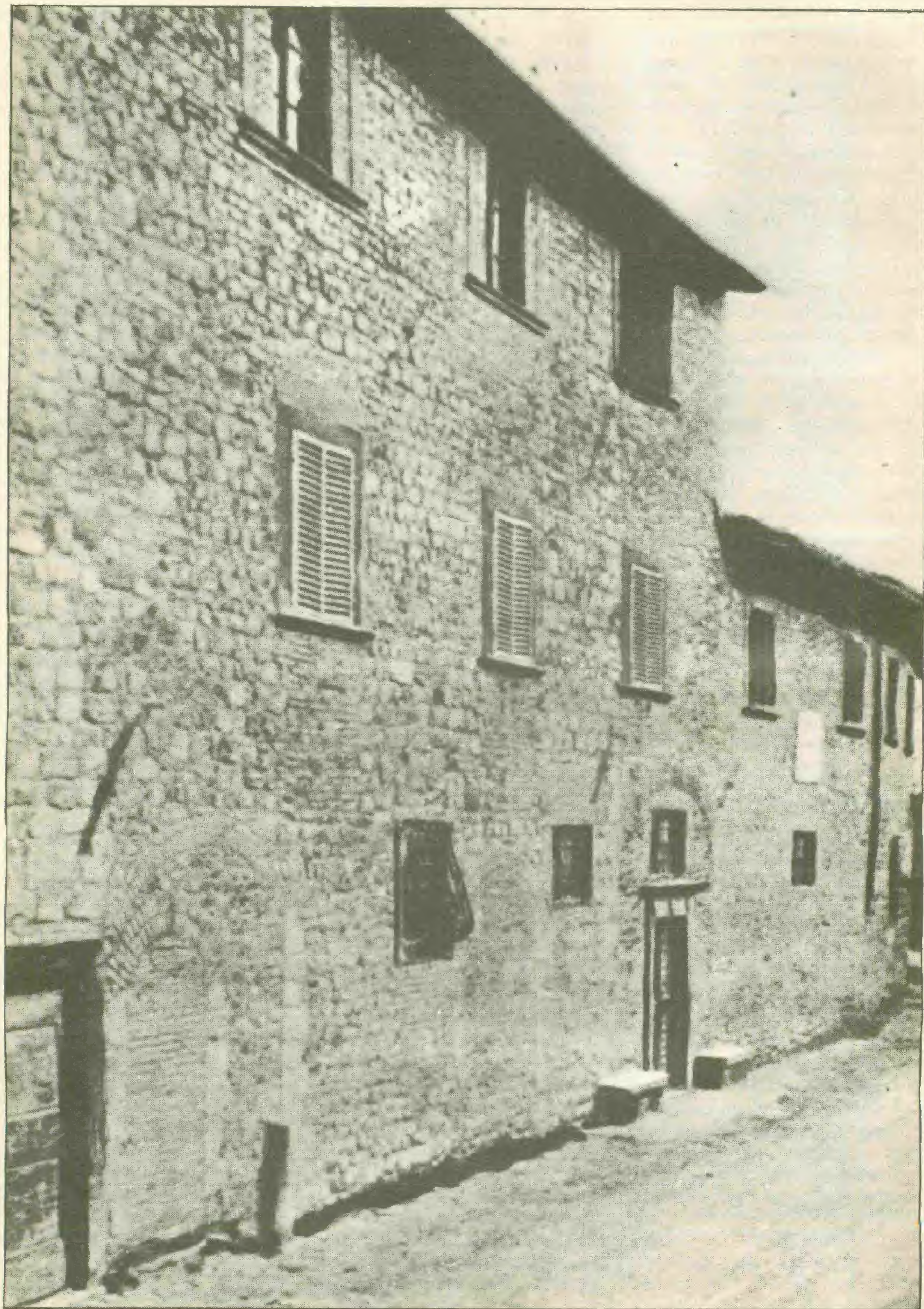
(1) N. MAQUIAVELO: «Historia de Florencia», Clásicos Alfaguara. Madrid, 1979.

HA corrido ésta a cargo de F. Fernández Murga, profesor de Literatura en la Universidad de Salamanca y, al parecer, buen conocedor de la lengua y la literatura italianas, con las que le debe haber familiarizado su larga estancia en el país. Y así será, sin duda, aunque el lector de esta edición no pueda recoger el fruto. En principio, porque el profesor Fernández Murga dedica su leve y superficial información a contarnos varios conocidos sucesos de la época en relación con la historia de Italia, tratando de insertar la figura de Maquiavelo en el complicado mosaico de la historia política del Renacimiento, lo cual no parece necesario teniendo en cuenta que esas páginas introductorias van dirigidas a un lector que, en seguida, si es que no desmaya a resultas de la mentada Introducción, va a internarse, como en un bosque, en la versión del propio Maquiavelo que nosotros nos permitimos preferir, con perdón del editor.

Esto de entrada. Pero, además, ese modo de proceder impide que la presente edición llegue al lector provista de un instrumento de orientación imprescindible, habida cuenta de la especial complicación que ofrece, en la historia de las ideas, una caracterización correcta de Maquiavelo. La trayectoria de nuestro ilustre florentino en ese plano resulta, desde luego, costosa de apreciar, en parte debido a los numerosos intentos trivializadores que ha tenido que soportar en manuales y hasta en interpretaciones específicas, en parte también a que ha debido soportar el peso de una larga, activa y enconada tradición polémica: la de maquiavelistas y antimaquiavelistas. En consecuencia, parece que una edición tan esperada hubiera debido incluir una orientación precisa de lo que significó Maquiavelo en el umbral de la Modernidad europea, de lo que quiso decir cuando escribió de «política» y, en especial, de cuanto supo o intentó enseñarnos al tratar de historia. Maquiavelo es de esos autores que necesitan imprescindiblemente de esta andadera cuando una obra suya va dirigida a un público vasto o no especializado, tal como suponemos es la intención de la Editorial Alfaguara al plantear esta colección. Y lo necesita porque la polémica a que nos hemos referido tiene especial significado en la historia de la cultura española y es, por otra parte, muy antigua, aunque ciertamente no sea demasiado conocida. Aquí no la vamos ni a resumir, porque nos bastará remitir al lector curioso a la definitiva y, sin embargo, pionera labor de José Antonio Maravall, quien desde 1944, nada menos, viene destacando la importancia que tiene para nuestra cultura llegar a comprender que la recepción de Maquiavelo en España no es una simple anécdota bibliográfica, sino una clave terminante para comprender la «modernidad», o mejor, la **mentalidad moderna:** Maquiavelo establece un nivel de contemplación de lo político a partir del cual resulta preciso avanzar a los «modernos», y **contra el cual** se creen obligados a militar los «antiguos».

Todo eso, como queda dicho, lo sabemos por Maravall desde hace más de 30 años (1944: «Teoría española del Estado en el siglo XVII»). Hace menos, justamente desde 1969, V centenario del florentino, el propio Maravall publicó dos estudios claves y puestos al día sobre nuestro tema. En uno de ellos, «Maquiavelo y maquiavelismo en España», prueba lo dicho y se extiende en la consideración de la corriente maquiavelista y su papel en nuestra historia social y política; en otro, «La corriente doctrinal del tacitismo político en España» (2), explica cómo la resistencia antimaquiavelista, obligó a una importante nómina de escritores polpticos a tratar de Tácito, sujeto menos alarmante para la activísima censura y estrechamente ligado a Maquiavelo en la mentalidad moderna. Pues bien, todo esto, que resultaría inevitable conocer y escribir en una introducción a Maquiavelo, y, sobre todo, a su «Historia de Florencia», no es aludido siquiera por Fernández Murga, decidido a olvidarse del Maquiavelo que se perfila tan complejo desde la historia del pensamiento y, por supuesto, olvidado del todo de que ésta era una edición para españoles y de que era, por tanto, necesario recordar al lector español la importancia que el libro que va a leer tiene en su cultura. Pero es en la «bibliografía selecta» que ofrece la edición donde tal vez sea fácil al lector mínimamente avisado o familiarizado con el tema, advertir claves definitivas para la interpretación del modo de proceder que ahora criticamos. Se trata, en efecto, de una selección desconcertante, donde —a excepción de Russo y Toffanin— casi no aparece ningún nombre obligado: ni una mención a Maravall, ni a Meineke, ni a Ronaudet; ni una a los manualistas destacados, quizá merecedores algunos de un recuerdo o una cita siquiera de acarreo (Sabine, Hölstein, Chevalier mismo). Todo lo cual resulta especialmente raro si se advierte que en el libro de Luigi Russo que él cita en la bibliografía, se incluye —claro que ya muy al final, en las últimas páginas— una interesante nómina de especialistas en Maquiavelo. Sólo añadiré lo raro que resulta, de paso, encontrar entre tan parco viático libresco

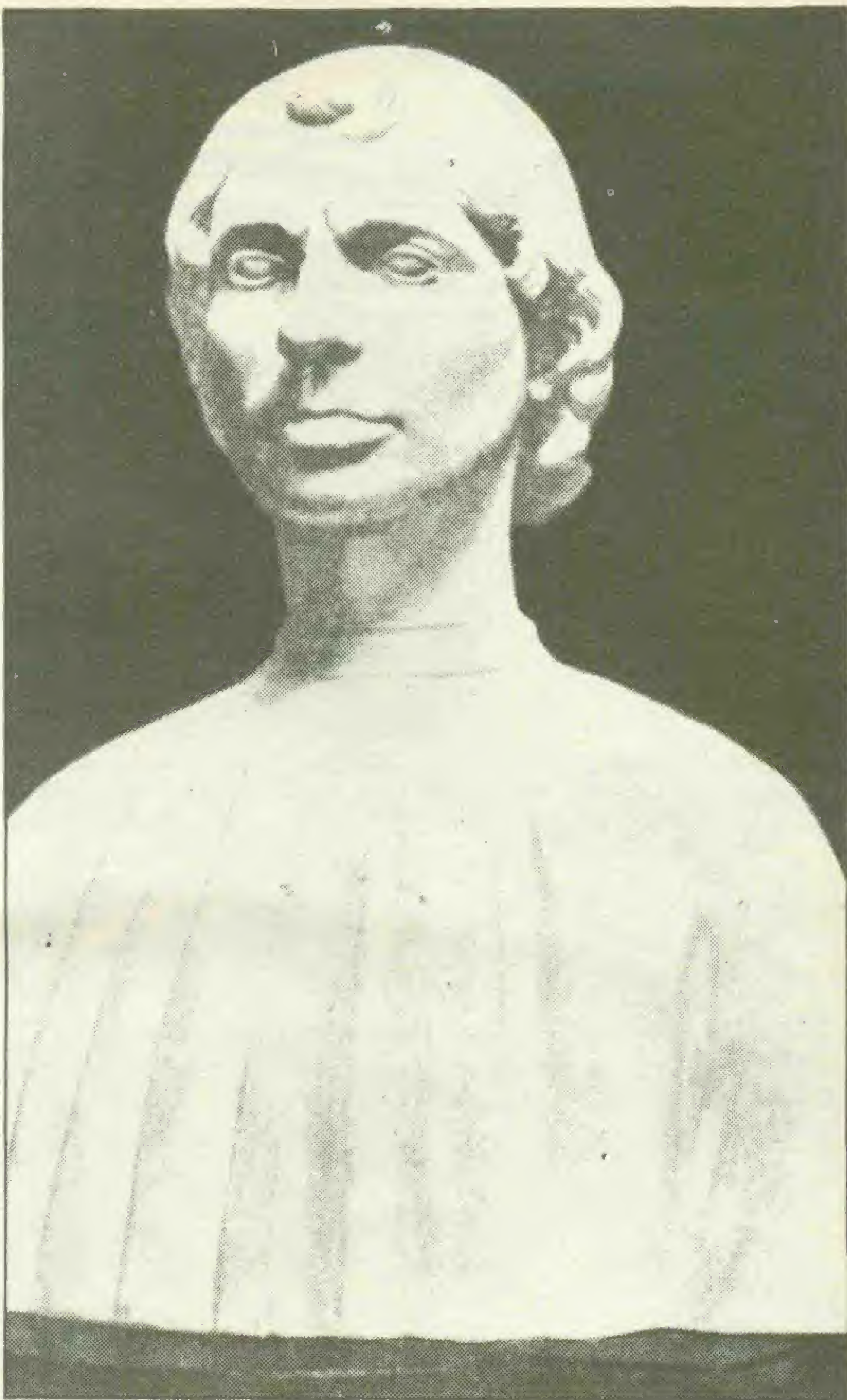
(2) Ambos recogidos en el volumen «Pensamiento político español. Siglos XVI y XVII», I. C. H., Madrid.



Casa de Maquiavelo en Sant'Andrea, en Percussina.

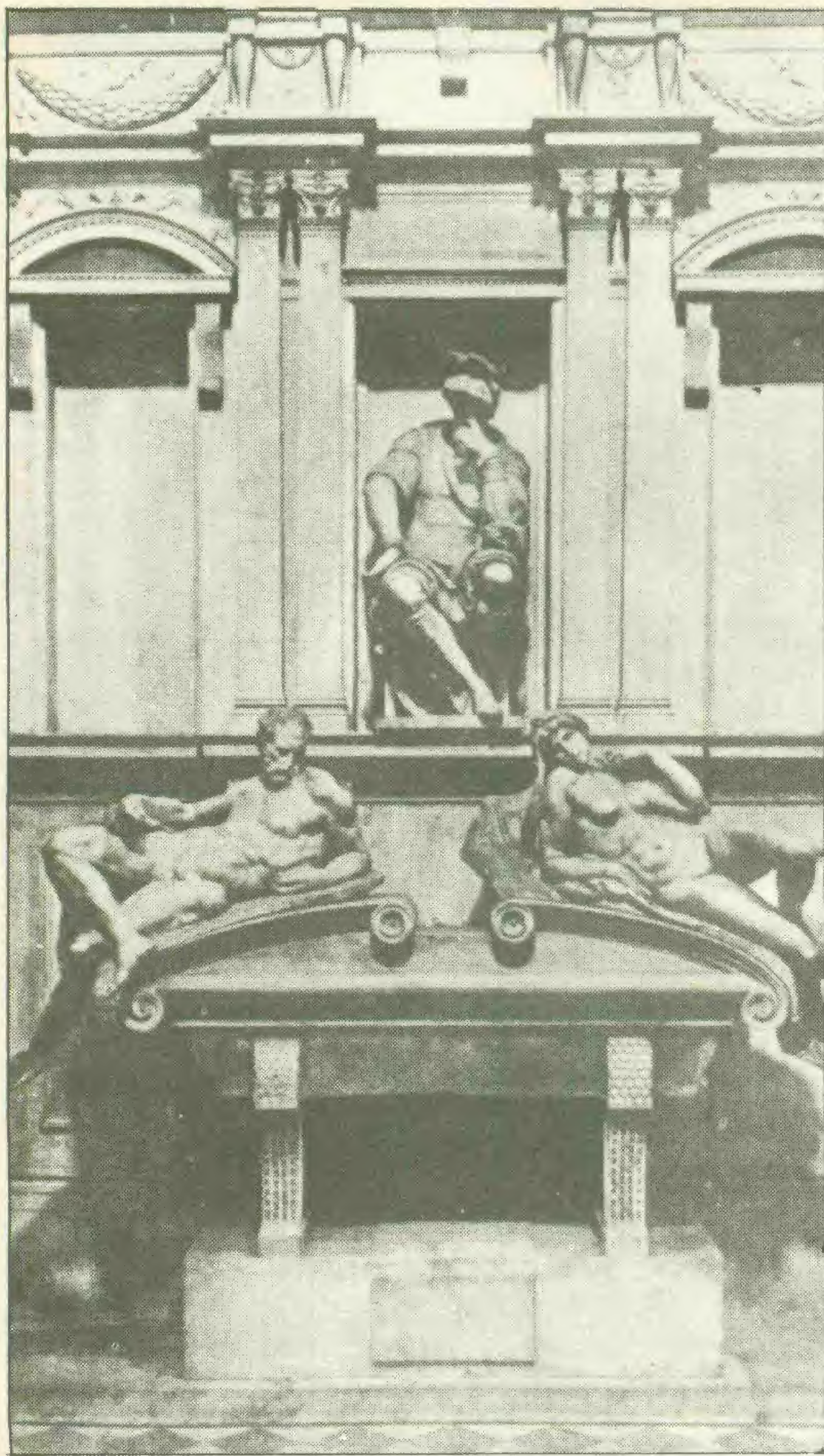
como Fernández Murga nos ofrece, citas que a estas alturas tienen que resultar, por lo menos, pintorescas y un poco «camp» a la fuerza, como son, por ejemplo, las de Fernández de la Mora, el embajador Javier Conde o Jorge Uscatescu, que serán muy valiosas aportaciones —¡quién lo duda!— pero insostenible en un reparto en el que se han omitido inexplicablemente gentes como las antes citadas. Incluso se incluye una cita de César Silió, vaya el lector a saber por qué, sobre todo si sabe quién fue este ilustre y arqueológico escritor...

Pero con este varapalo —créanos el editor que va bienintencionado— se nos ha ido al cielo el santo de Maquiavelo y el significado, tan relevante, de su «Historia de Florencia». Y se nos ha ido sin remisión, pues ya no queda espacio. Digamos, por ello, sólo un par de cosas, a nuestro juicio necesarias para que el lector nuevo, si llega el caso, pueda orientarse mejor. Una es que la «Historia de Florencia» debe ser leída, sobre todo, por quien ande interesado en la idea de «historia» maquiavélica, pues en ella, aún más que en «El Príncipe» y que en el «Castrucci», Maquiavelo desvela entre líneas y por extenso cómo el juzgaba a la Historia, de modo particular a la romana, «maestra de la vida», como decía el maestro griego. Maestra de la vida, aviso de navegantes, estrella para perdidos en la noche de los tiempos... presentes: he ahí lo que Maquiavelo entiende por relación historia-política. Pero bien entendido que esa relación —y los hechos en que se basa— son vistos por Maquiavelo desde una perspectiva secularizada, absolutamente desmitificada y, en cualquier caso, racionalista: la «Historia de Florencia» servirá de este modo al lector para encararse a un «hombre **moderno**», a un hombre **renacentista**, con todo lo que a un tipo semejante supone de ámbiguo lanzarse hacia el futuro sin despegar del todo los pies del pasado (y esto es muy importante, sin duda).



Busto de Nicolás Maquiavelo, de autor desconocido, en el Museo Nacional de Florencia.

Es decir, que Maquiavelo entiende como fin de la Historia una especie de pedagogía, dirigida sobre todo al titular del Poder, tal y como, en el siglo siguiente, los «espejos» van a tratar de educar a los «príncipes cristianos»... Se trataría, pues, de extraer de la Historia las «verdades eternas», los paradigmas que subyacen bajo la letra menuda de batallas y tratados, para con ellos construir esa suprema lección, ese gran **aviso** que Luigi Russo (citado por el editor, precisamente) caracterizaba como una «storia militante». Para Maquiavelo lo decisivo era averiguar que había en la Historia «interna» —en el



Monumento a Lorenzo de Médicis, por Miguel Angel, en la Capilla Medicea de Florencia.

caso de Florencia, las disensiones, la curiosa y permanente guerra civil, las tensiones políticas, religiosas y sociales, etcétera— que pudiera **servir** al lector como aviso o advertencia: la Historia, en definitiva, siempre se repite si se repiten los supuestos; de donde es fácil, piensa Maquiavelo, sacar consecuencias prácticas. Eso es lo que justamente intentó en esta «Historia de Florencia», entre cuyos vericuetos inextricables el lector puede seguir el hilo de una permanente lección que Maquiavelo se esfuerza en explicar con realismo bien **moderno:** la lección de la «razón de Estado», piedra basal de la nueva política y consecuencia, a su vez, de la nueva visión del mundo y del hombre propia del Renacimiento. Es emocionante, de verdad, seguir este hilo intrincado de enredos humanos y casi divinos que Maquiavelo supo contemplar sin anteojeras y con mirada clara. Pero sobre todo es patético. Patético porque, en fin de cuentas, uno —el lector— se percata pronto de que la lección va a servir para poco seguramente... Y, por si algo faltara, porque esa lección está en cierto modo basada en una convicción metódica que resulta, a su vez, relativamente sólida: Maquiavelo, como advirtiera ese Russo citado por el editor actual de la «Historia de Florencia», termina, en fin, haciendo una historia militante, pero una historia que tiene que asentarse en una cierta abstracción, o mejor dicho, en un cierto (¡incierto!) idealismo, y más que una historia **verdadera,** quizás termina pergeñando una historia «ideal»: **«...i motivi eterni degli avvenimenti, e... una storia idealmente vera, se non tritamente certa»,** como explicaba Russo en el repetido libro. El lector verá, que es lo importante, estas y otras muchas cosas en las apretadas páginas de Maquiavelo. Páginas interesantes no sólo para el lector especializado, sino para el que simplemente guste de la historia y, de manera especialísima, para el que quiera ahondar en la cultura renacentista o «moderna». Verá, entre otras cosas, cómo los manuales sirven para poco y cómo la lectura directa de los clásicos es una operación que hay que reivindicar no en nombre del especialismo y de la **alta cultura,** sino en pro de nuestra indeclinable identidad cultural. Indeclinable, aunque mal conocida. Encima. ■ **J. A. G. M.**

DEL MORFINISMO AL PASOTISMO

Enrique González Duro es un psiquiatra joven que siempre, en sus actividades profesionales, se ha caracterizado por la más absoluta honradez y por un sentido de la crítica —crítica de la misma psiquiatría y de su propio trabajo dentro de ella— que le ha llevado a adoptar posturas y puntos de vista considerados aquí como profundamente radicales, cuando no subversivos. Entre ellas, podemos recordar la experiencia del «Hospital de Día» para psiquiatrizados, dentro de la sección de psiquiatría del Hospital Provincial Francisco Franco; experiencia que se encontró con innumerables dificultades en su realización, y cuyo principal intento consistía en cambiar las relaciones médico-paciente, desjerarquizándolas, al tiempo que llevaba a la práctica algunas de las últimas teorías sobre las supuestas enfermedades mentales. Ahora, González Duro nos ofrece un libro interesantísimo, que lleva por título «Consumo de drogas en España» (1).

El libro es, ante todo, una visión lúcida y clara del problema de las drogas en general, desde el punto de vista de un psiquiatra en el ejercicio de su profesión: visión, claro está, necesariamente parcial y poco completa, pero que no cae en el reaccionarismo habitual en los miembros de esa casta represora al tratar de tales temas. Se trata de un intento razonado y razonable —quizá el primero aquí, al menos que yo conozca— de hacer una historia del consumo de drogas en nuestro país desde 1940 hasta ahora. El trabajo de González Duro se basa en 412 historias clínicas que figuran en los archivos del Hospital Provincial de Madrid, y también en su experiencia personal en este tipo de casos. Ha consultado, además, una amplia y completísima bibliografía.

Nuestro psiquiatra adopta para el estudio del tema un punto de vista marcadamente progresista: se plantea el problema de la adicción a las drogas —o, más bien, de la llamada adicción a las llamadas drogas, pues en muchos casos estas dos etiquetas se aplican de una manera equivocada y abusiva— como un efecto más de las contradicciones del sistema social que padecemos, y en íntima y directa relación con la lucha de clases. Y, desde luego, se puede estar en gran medida de acuerdo con él; el problema de un morfinómano de la clase media nada tiene que ver con el del grifota legionario perteneciente al lumpen; y no es el tipo de producto empleado el que define la diferencia, sino el enfoque con que tal producto se consume, el medio social del usuario, las posibilidades que encuentre para conseguirlo, etc.

También podemos estar de acuerdo con él en que la inflación de noticias sobre las drogas —las drogas, siempre en general, sin especificar cuáles, son protagonistas continuas de sueltos, gacetillas y reportajes—, y el haberlas clasificado como uno de los cuatro jinetes del Apocalipsis, según frase, me parece, del inefable Dr. Llavero, son una especie de nube de humo que sirve para ocultar problemas mucho más graves y dignos de atención; entre ellos, las verdaderas causas que generan este fenómeno múltiple, complejo y enrevesado del uso, consumo y adiccinón a las distintas drogas que hay en el mundo.



González Duro no hace, para hablar con propiedad, una auténtica historia del uso de drogas en España; casi no habla, por ejemplo, del alcoholismo, nuestra endémica adicción, quizás la más grave y más extendida desde siempre. Su libro tiene un enfoque socio-psiquiátrico, más que histórico. Aporta, sin embargo, datos muy interesantes para el estudioso de la historia de la España contemporánea. Cuando nos habla del problema que supuso el incremento de la morfinomanía en la inmediata postguerra —aunque ese problema ya se producía desde los años 20—, muestra una de las consecuencias menos conocidas, e incluso más ocultas por la España oficial, de la contienda: el caso de médicos y ex combatientes que recetan y se aplican morfinas para combatir dolores causados por las heridas, o simplemente la angustia, el hambre y el miedo de vivir en un país destruido e inseguro, al amparo de una legislación que todavía no estaba nada clara en ese sentido.

Igualmente, habla del caso de los grifotas: ex legionarios en su mayoría, o pertenecientes al lumpen urbano, que se encuentran con la grifa —o el kif, como se prefiera llamarlo— al entrar en contacto con el mundo marroquí. La grifa es una droga menor, sin mucha importancia en sí misma; sin embargo, empleada por personas que tratan de escapar a una situación opresiva, extraída de su contexto cultural, aculturada en cierto sentido, y mezclada con alcohol, crea graves problemas a quien la utiliza y a la sociedad donde se mueve.

Pasa luego González Duro a estudiar el incremento que tuvo el uso de las drogas —especialmente alucinógenos de tipo LSD, o bien haschisch, pero también fármacos de todo tipo— en los jóvenes de clase media, en los años sesenta. Ahí es precisamente donde empezó el problema a nivel policíaco y legal: la sociedad empezó a alarmarse cuando la droga ya no era empleada solamente por elementos marginales o por enfermos crónicos, sino por gentes de la clase media y media alta: se vio entonces amenazada directamente en su propia carne, en su propio medio, y empezó a reaccionar del único medio que sabía: empleando la represión, el castigo y el terror. Esta

(1) *Editorial Villalar. Colección Análisis.*

situación de represión se vio incrementada al identificar el aparato represivo, equivocadamente o no, a los consumidores de alucinógenos y otras yerbas con movimientos y grupos contestatarios de toda índole.

El fenómeno del pasotismo —palabra de la que tanto se ha abusado, y que tan poco significa— viene a ser como el último capítulo de estos cuarenta años de consumo de drogas: el llamado pasota, desencantado y asqueado no solamente del proceso político en el que se encuentra involucrado sin comerlo ni beberlo, sino de toda la dura, agresiva y conflictiva realidad en la que está inmerso, e incapaz de solucionar de una manera efectiva los problemas que le aquejan, encuentra en las drogas —y esta vez no en los alucinógenos y en las drogas menores, sino en la heroína y en sus múltiples derivados y sustitutos— un refugio, una especie de coraza a la vez física y moral donde cree sentirse seguro. Pasa de todo, que es algo muy parecido a la muerte.

Lúcido, claro y no muy bien escrito es el libro de González Duro: un intento sobrio, honesto y nada alarmista de explicar las raíces de un problema que es más social que médico. ■ **EDUARDO HARO IBARS.**

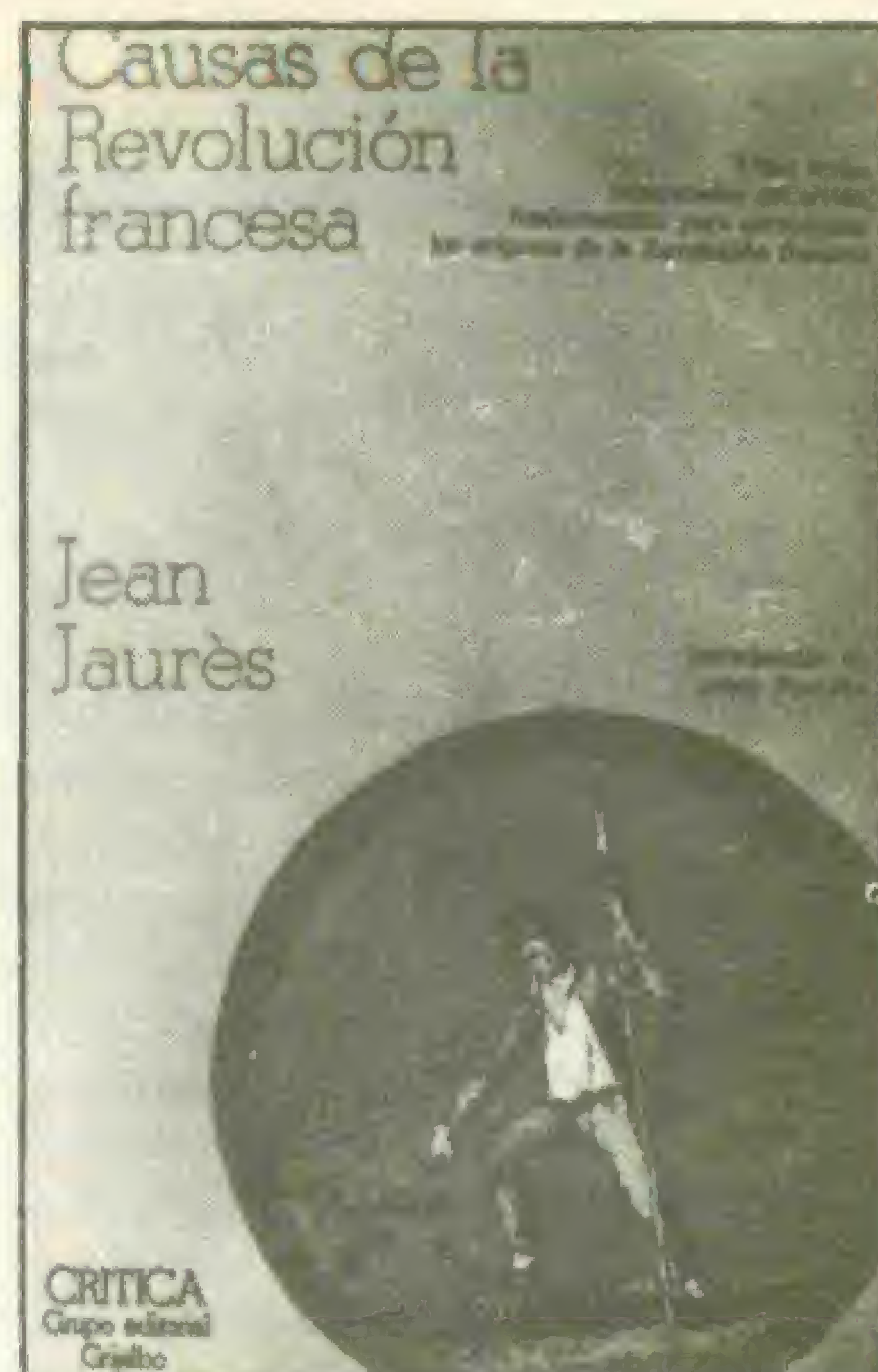
UN CLASICO PARCIAL MENTE REDIVIVO

Si la visión histórica de la Revolución Francesa ha evolucionado, lo ha hecho acompañando al proceso de desarrollo del pensamiento histórico; si en muchos de sus momentos historiográficos ha caído en la «trampa ideológica», ello se debe a los inevitables riesgos que comporta la reconstrucción del pasado a partir de ciertas aspiraciones del presente. Existen, en la interminable lista de títulos que componen la bibliografía sobre el tema, algunos que se han convertido en clásicos. La «Historia socialista de la Revolución Francesa», escrita por Jean Jaurès, constituye, precisamente, un ejemplo de ello: publicada en español por la editorial valenciana Sempere hace ya varios decenios, Grijalbo nos ofrece ahora la extensa «Introducción» de la obra, que contiene un exhaustivo análisis de las causas que impulsan el estallido revolucionario de 1789 (1).

Los planteamientos de Jaurès vienen a suceder, y en cierta medida a desplazar, la interpretación dada por Michelet acerca de la participación del pueblo en la etapa revolucionaria. Precisamente, la «Historia socialista» proporciona un nuevo enfoque, más afinado, de esta visión «desde abajo» del período que se abre con la participación de las masas. Hay que recordar que hasta Mathiez, la tradición historiográfica burguesa, en Francia, reivindicaba los valores proclamados en la revolución, pero condenaba en bloques el periodo jacobino. Una corriente histórica hostil por anticipado no es el mejor punto de partida para interpretar, y mucho menos para comprender una etapa ya de sí compleja. La obra iniciada por el historiador humanista que fue Jean Jaurès, sería completada años más tarde por Georges Lefebvre con su estudio de la acción de las masas campesinas durante la época revolucionaria, y por el historiador Albert Soboul, a quien se debe un profundo análisis de las clases populares urbanas.

Jaurès supo plasmar, en el trabajo introductorio que hoy comentamos, los múltiples factores que se acumulan para producir la violenta crispación popular desencadenante de un proceso qué, una vez en marcha, se verá acelerado en cada tramo —hasta la crisis del Directorio— por el dinamismo de las fuerzas actuantes. Un examen prolijo, pero palpitante, nos describe el efecto asfixiante de las cargas feudales sobre la vida rural que era, al fin, el motor de la economía nacional. La acumulación de cargas sobre las espaldas de los campesinos; los privilegios de que gozaba la nobleza, entre los que se contaba estar eximidos de la presión; los nuevos beneficiarios, provenientes de la alta burguesía financiera o funcionaria y que arribaban a una nobleza de segunda fila por compra de títulos nobiliarios, eran todos factores que conformaban un cuadro nada favorable a los que trabajaban la tierra. Durante el antiguo régimen, monarquía y nobleza llevaron de manera desordenada e irresponsable la maquinaria del Estado moderno francés. En una frase que

(1) *Jean Jaurès,* **Causas de la Revolución Francesa,** *Barcelona, Grijalbo (ed. Crítica), 1979.*



resume el núcleo de las contradicciones que encerraba el comportamiento de la realeza, nos dice: «Por eso se vieron condenados a una política incierta y contradictoria. Por un lado, limitaban el poder de la nobleza y contenían el de la Iglesia cuanto les parecía necesario para la grandeza y libertad del poder real; por otro, no se atrevían a pedir a la nobleza ni a la Iglesia los sacrificios que habrían convertido en adictos a la monarquía a burgueses y villanos.

Habían destruido el sistema medieval, abriendo así el *camino a todas* las fuerzas de movimiento de la burguesía, de la industria, del comercio y del pensamiento, pero no podían seguir hasta el fin aquellas fuerzas de movimiento, medio emancipadas o aceleradas por ellos; tenían que quedarse atrás y perecer en aquel aborrecible «antiguo régimen», compromiso equívoco de feudalismo y modernismo en que el espíritu feudal, la actividad capitalista y la rutina corporativa chocaban en un caos de impotencia». Jaurès destaca la presencia de dos grandes fuerzas potencialmente revolucionarias que, a fines del siglo XVIII, actuaron como aceleradoras de la acción revolucionaria: la madurez intelectual de la nación francesa, y la madurez social de la burguesía. En este punto discrepa con la interpretación que sobre la conciencia filosófica del siglo se ofrece en la obra de Taine. Allí donde este último ve tan sólo espíritu abstracto, Jaurès percibe la profunda agitación social de los diferentes sectores que impulsan la vida intelectual del siglo XVIII fran-

cés. La filosofía —sostiene— no es solamente contestataria desde un plano puramente ideal, sino que la realidad dictaba muchas de esas frases que para algunos parecieron vacías: «Los hombres de la Revolución tenían hondo conocimiento de la realidad, maravillosa inteligencia de las dificultades complejas con que luchaban (...). La utopía y la violencia insensata y estéril han correspondido siempre a la contrarrevolución. Hasta las agitaciones de la Revolución tienen un sentido, y bajo la fraseología revolucionaria se ocultaban intereses más exactos. No hubo un grupo ni una secta de la Revolución que no respondiera a una partícula de la vida social. No hubo una frase, ni la aparentemente más fútil que no fuera dictada por la realidad y que no diera testimonio de la necesidad histórica».

Recordemos a Montesquieu, a Voltaire, y se comprenderá la justeza de las afirmaciones de Jaurès. El filósofo es también un político en el siglo de las luces, y el autor del «Espíritu de las Leyes» rastrea en la historia para dotar a su obra del necesario sentido normativo. Igual procedimiento emplea Voltaire, que del estudio de las civilizaciones extrae sus nociones fundamentales sobre la tolerancia y el progreso humano. La historia se convierte, entonces, en el arsenal del legislador y del filósofo, y la filosofía en instrumento del cambio social. Pero —como nos advierte el autor— de nada hubiera servido la existencia de esta filosofía de contenido ideológico y revolucionario, sin la presencia histórica de «una nueva clase social interesada en un gran cambio y capaz de producirlo». El protagonista de esa mutación sería la burguesía y buena parte del estudio introductorio aborda el análisis de su composición de clase en relación con la compleja vida económica del antiguo régimen. Un sector burgués consciente de su valor social y un incipiente proletariado, cuya intencionalidad de clase «es todavía ambigua e indeterminada, como el proletariado mismo», son ingredientes sociales que se fusionan en la muy lata clasificación de «estado llano», contribuyendo a la destrucción del antiguo régimen, enemigo común.

El libro responde, ciertamente, a una corriente de humanismo socialista que atraviesa la frontera finisecular y se prolonga hasta las primeras décadas del siglo actual, pero no por ello es menor científicamente documentado que los productos de la generación positivista. A todas luces, una edición crítica de la obra de Jean Jaurès dejaría en claro la utilización de fuentes hoy día consideradas fundamentales. La introducción que comentamos es, en sí misma, un modelo de rigor en documentación y crítica al tiempo que traza con mano maestra los rasgos fundamentales de la crisis final que conduce a la Revolución Francesa. ■ **NELSON MARTINEZ DIAZ**

DEL GATO FELIX AL GATO FRITZ

Los comics, como el cine, nacieron prácticamente con el siglo. Pero su redescubrimiento como género artístico dotado de un lenguaje propio y susceptible —al igual que cualquier otro— de evolución, se produciría sobre todo en los años sesenta y setenta. Iban a ser principalmente estudiosos europeos quienes primero se fijasen en los aspectos semiológicos de ese género, sin embargo, tan americano. En Estados Unidos, por el contrario, se prestaría más atención a los aspectos sociológicos del mundo de los comics.

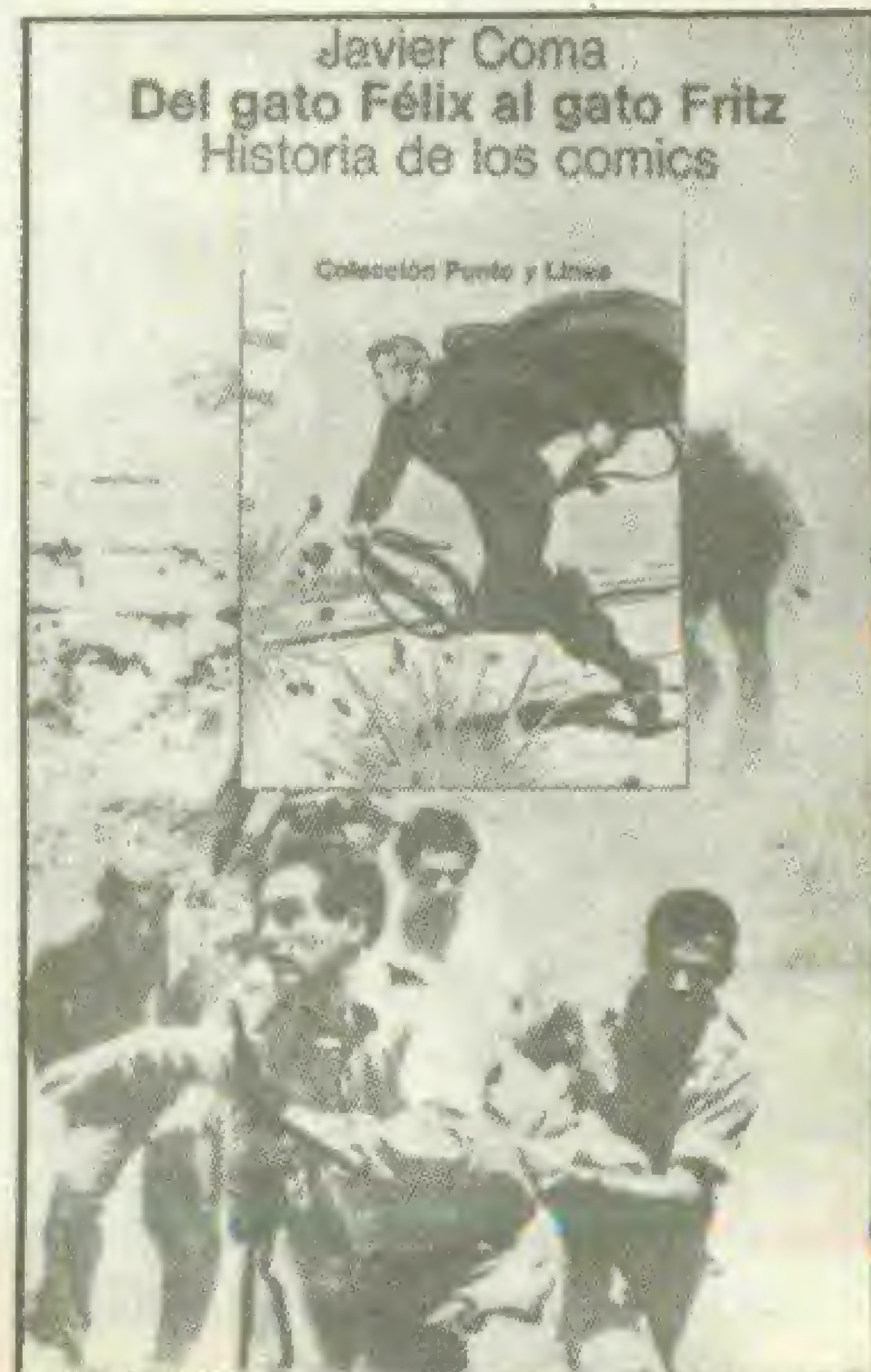
El despertar de ese interés de los estudiosos hacia los comics estuvo motivado por el abandono de una serie de prejuicios falsamente intelectuales en torno a la llamada «cultura de masas». Aunque tal vez —conviene precisar— esto último sea cierto sólo en parte, pues desde el momento mismo en que comenzaron a atraer a ciertas capas de la población lectora a las que no habían llegado antes, los comics adquirieron toda una carga de connotaciones como valor añadido.

Entre esas connotaciones —y no es la menos relevante— está la de moda. Los comics están de moda. Y lo están sobre todo en un país como el nuestro que, culturalmente, funciona por modas: moda estructuralista, moda Lacan, moda Nietzsche, moda Laing, moda novela negra. Ahora bien, con modas o sin ellas, lo que resulta innegable es la importancia que, como hecho sociológico, tienen los comics. Es una evidencia que ningún otro tipo de literatura ha alcanzado nunca índices tan altos de difusión. Y esto debería ser más que suficiente para justificar el interés que últimamente se les presta.

Todas estas consideraciones vienen a cuento de una obra de Javier Coma (1) recientemente aparecida en nuestras librerías y en la que se aborda el mundo de los comics desde una perspectiva histórica. Tremendamente valiosa por la cantidad de información reunida en sus páginas —sobre todo por lo que respecta a los comics norteamericanos, en los que se centra el autor; a los europeos sólo les dedica unos breves capítulos al final—, esta «historia de los comics», como reza el subtítulo, ofrece el interés suplementario de su intencionalidad crítica.

El autor, especialista en el tema (suyo es también el libro **Los comics, un arte del siglo XX,** publicado en 1977), no se limita a relatar las peripecias sufridas por los creadores y sus series desde que en 1895 aparecieron *The Yellow Kid,* de Outcault, en el «World» neoyorquino de Pulitzer, sino que al mismo tiempo lleva a cabo un inteligente análisis crítico del lenguaje de los comics —de su estética— y de su significación ideológica. Porque si atendemos a estos dos últimos aspectos, son millas las que separan a un Yellow Kid de una creación típica del «underground» como es *Mr. Natural,* de Robert Crumb. O también a los dos gatos que Coma nombra sig-

(1) **Del gato Félix al gato Fritz: Historia de los comics.** *Colección Punto y Línea. Ed. Gustavo Gil. Barcelona, 1979.*



nificativamente en el título del libro: Félix y Fritz. Lo cual es perfectamente lógico, puesto que el mundo de los comics viene a ser el espejo —espejo más o menos cóncavo, según los casos— en que se reflejan los sueños, los mitos, las esquizofrenias o las frustraciones de una colectividad, de un grupo o incluso —caso de buena parte del «underground»— de un subgrupo.

El libro de Javier Coma es, pues, bastante más que una simple historia de los comics. Es, por otro lado, un libro escrito sin asomo de pedantería y con una gran claridad de estilo: algo que en absoluto resulta ocioso señalar cuando tanto bodrio pretencioso circula por ahí. ■ **JOAQUIN RABAGO.**

EL RAPTO DE LA CULTURA

Esta nueva obra de Carlos Paris lleva un título sugerente: «El **rapto** de la cultura», a través del cual abre el análisis al secular robo de la cultura realizado por las diversas élites que se han sucedido a lo largo de nuestra historia: «los grandes mandarines, los chamanes con sus poderes mistéricos, los clérigos, los profesores, los sabedores, los tecnócratas hoy» (págs. 6-7). Elites que se han ido metamorfoseando durante la dinámica histórica, pero cuyos núcleos de identificación han sido siempre la posesión de la cultura, del saber, de la ciencia, en los cerebros y organizaciones de unos pocos, a la vez que constantemente desoían las culturas contestatarias de cada época, a las masas trabajadoras que día a día creaban y crean la infraestructura imprescindible para que sea posible este dualismo cultural, que es a la par dualismo político, económico y social.

A las masas trabajadoras les ha sido robada la cultura, la posibilidad creativa; y la cultura es, para Carlos París, parte de la estructura biológica del hombre, el «útero cultural» (valga la redundancia), es decir, el ámbito de la libertad, de la potencialidad creadora del ser humano.

El rapto de la cultura nos remite a la significativa figura de Prometeo, quien se apodera del fuego de los dioses (el elemento gratificante, que calienta e ilumina) para llevárselo a los hombres que carecen de él.



Prometeo es un delincuente, y por ello es condenado por los dioses, por los poderosos. Es este mito una figura paradigmática, que de diferentes formas ha resurgido en las distintas épocas históricas.

Para Carlos París, el «intelectual orgánico», aquel que se adentra en el dolor de los trabajadores y, junto a ellos, a la vez que transmite los conocimientos de la gran industria científica hoy imperante y ya aprendiendo también la cultura y la técnica postergada que se encuentra en las difíciles luchas cotidianas, en las esperanzas y frustraciones colectivas, es una nueva metáfora de Prometeo. Y como tal, corre el riesgo constante de ser condenado; los poderosos no toleran los latrocinios. Sin embargo, no es sólo el intelectual comprometido en las batallas de los trabajadores el único ladrón (sería caer en un nuevo pedagogismo), sino que son fundamentalmente las masas oprimidas las que derribarán ese secular dualismo (cultural, económico, social y político) de opesores o imperislistas y paises oprimidos, para lograr una cultura creadora colectiva, acercándose ellas así al horizonte utópico de una nueva sociedad sin clases sociales.

Refiriéndonos ya más detenidamente al contenido de este libro, escrito en forma clara, antidogmática, simple, sin por ello perder profundidad, diremos que recoge en él una serie de artículos publicados en distintos momentos: el primer capítulo «Ciencia y pluralismo cultural», apareció como prólogo al libro «La ciencia y la *diversidad* de las culturas» (Madrid, Ed. Santillana, 1976); el segundo, «Nuestra situación filosófica tras la era franquista», fue publicado en la obra colectiva «La cultura bajo el franquismo» (Ediciones de Bolsillo. Barcelona, 1977); el tercer capítulo, «Revolución y pensamiento filosófico», es una ponencia del autor presentada en el II Coloquio Nacional de Filosofía, llevado a cabo en Monterrey por la Asociación Filosófica de México (1977); el cuarto, «La filosofía del "homo faber"», corresponde al igual que el anterior a otra ponencia presentada en 1977 en las Jornadas Humanísticas organizadas por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas; el quinto, «Ciencia y lucha de clases», es una colaboración de Carlos París, ya publicada en la revista «Argumentos», número 1 (mayo, 1977) y número 2 (junio, 1977); y el último capítulo, el sexto, «El intento de reconstrucción científica de la filosofía», apareció en «Pensamiento», número 29 (1973). El hilo conductor que une estos seis capítulos ya lo hemos explicitado al desarrollar brevemente el sentido del título de este libro.

El proceso histórico se ha caracterizado por hacer desaparecer la variedad, lo diverso o heterogéneo de las múltiples culturas desde las fuerzas que otorga el poder a la clase social dominante o país imperial, uniformando de esta manera el pensamiento, los valores y formas de vida propios de aquéllas.

Si bien el tiempo que vivimos nos presenta con cierta perentoriedad la necesidad de establecer un gran diálogo entre los diferentes pueblos, a fin de lograr un enriquecimiento notable de la ciencia y la cultura, nos encontramos con el férreo obstáculo de países «emisores» de ciencia y los «receptores» de la misma, entre los que se encuentra España. Los países que detentan la información son, al mismo tiempo, los que poseen un enorme poder político, económico y militar. Y en ellos, la ciencia es elaborada bajo un signo nuevo, ya no se depende de la genialidad de un pensador, sino que el investigador está incorporado en una «concreta y visible colectividad», ajustado a una estricta disciplina de trabajo; el investigador pierde no sólo el control de su tarea, sino también la finalidad última de su producción; a lo que debemos agregar la excesiva especialización que se le impone, es un

engranaje más dentro de la gran industria científica.

Para C. Paris, se hace necesario, frente a esta situación y al proceso histórico que la gestó, realizar un análisis filosófico amplio, carente de sectarismos o parcializador de la realidad en que vivimos. Es preciso llevar a cabo un «filosofar auténtico y creador», que sea una búsqueda dialéctica llevada a cabo de manera conjunta con las investigaciones científicas. Surge, de esta manera, una nueva forma de comprender la filosofía de la ciencia, transformándose ésta en un arma ideológica de gran peso y en un aporte idóneo para el camino arduo hacia el socialismo. ■ **LILIANA CHECA PEREZ.**

NICARAGUA: LUCHA, LLORA Y MUERE

Enrique M. Fariñas es el autor de este libro beligerante y apasionado. Un libro de barricada que sacrifica, tal vez, su perdurabilidad, en aras de su efectividad. Ese, creemos, ha sido propósito del autor, propósito que se cumple largamente, pues la lectura conmueve y lo que es más importante, moviliza.

A lo largo de más de 300 páginas asistimos a la tragedia nicaragüense, una tragedia que se remonta a los tiempos de las luchas coloniales y la posterior dependencia económica ante Inglaterra, en primer lugar, y los Estados Unidos, posteriormente.

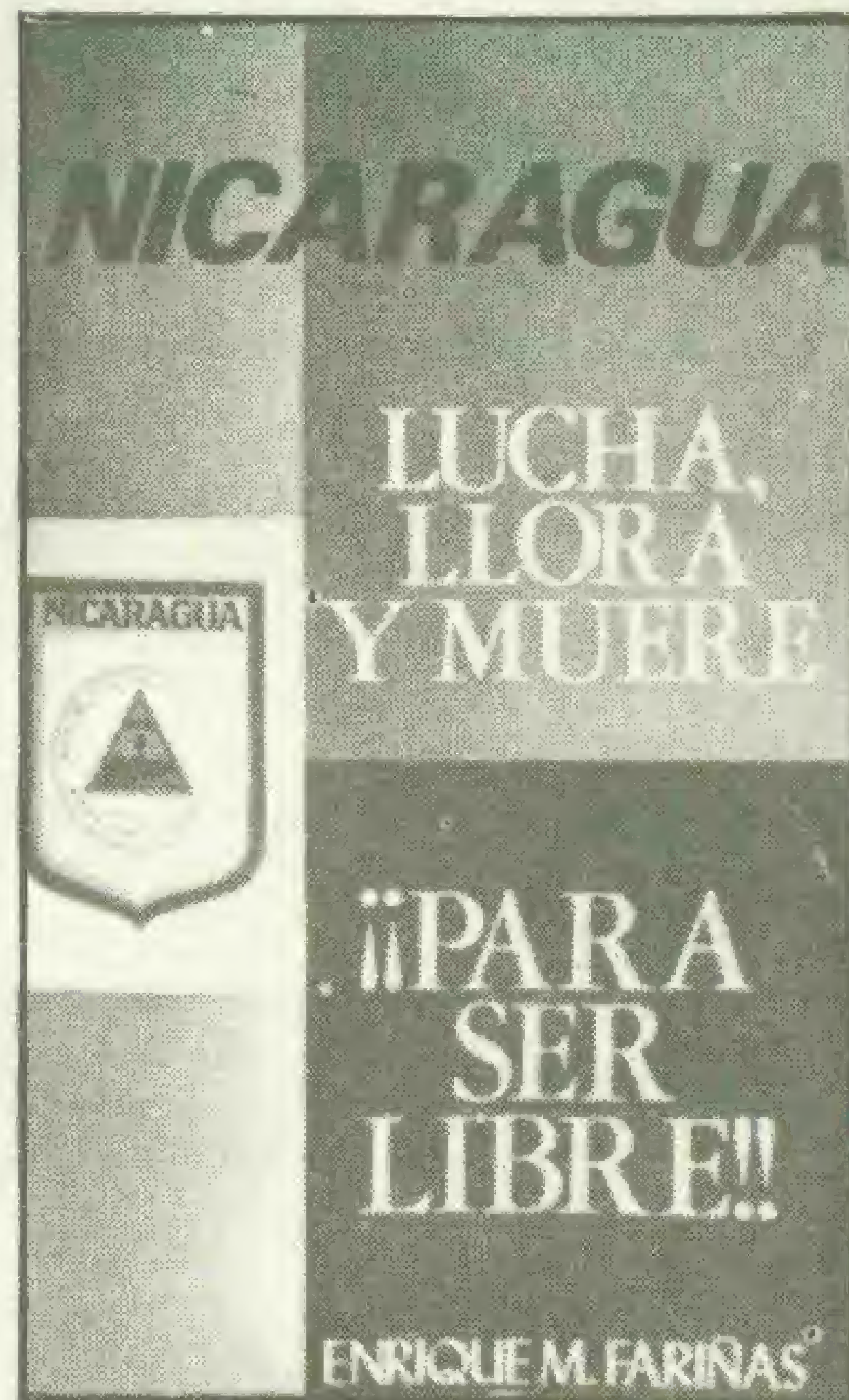
La historia de Nicaragua es la historia de la dependencia. Ya en 1860 los monopolios norteamericanos controlaban el transporte marítimo del país, beneficiándose de la explotación del café, mientras que la Standard Fruit & Steamship «se adueñaban de toda la producción frutera». Por rieles paralelos a la ingerencia *económica* transitaba la influencia política de la Casa Blanca: ante la peligrosa presencia de los liberales liberados por José Santos Zelaya que intentaban una serie de reformas impulsoras del desarrollo nacional, tomaron partido por el sector más reaccionario y conservador, que en 1909 se instaura en el poder y en 1914 firmará con los Estados Unidos un tratado conocido bajo el nombre de Chamorro-Bryan, que configuraba en la práctica la venta del país por el exiguo precio de tres millones de dólares. «Los Estados Unidos establecían sobre el país una especie de protectorado, consiguiendo que el presidente Adolfo Diaza les otorgase el derecho a construir un canal interoceánico y a establecer bases navales: una en el golfo de Fonseca, en el océano Pacífico, y otra en las islas del Caribe. Esta concesión tendría una validez de 99 años, a cambio del pago de tres millones de dólares. Y según ella, prácticamente, los sucesivos gobiernos de los Estados Unidos podrían disponer de la nación nicaragüense como si se tratara de una colonia» (Fariña).

La historia volvía a repetirse. La **entrega** quedaba consumada a cambio de **treinta dineros** actualizados. La historia de la resistencia nicaragüense ante el agresor norteamericano y sus cómplices nativos ha sido proverbial. En el periodo comprendido entre 1913 y 1924 se produjeron más de diez levantamientos armados que fueron sofocados por los gobiernos conservadores con ayuda de USA. En 1925, al retirarse del territorio las fuerzas armadas norteamericanas, se establece en el país un gobierno de coalición conservador-liberal que en pocos meses entra en crisis con el enfrentamiento de ambos sectores. Washington, viendo peligrar sus intereses, ordena entonces la invasión del país y los marines hacen su entrada en Nicaragua. En 1927 ha de firmarse un pacto conocido como de «El Espino Negro» que, entre otras medidas, creaba la tristemente célebre Guardia Nacional, que en sus inicios fue comandada por oficiales norteamericanos.

Es en este momento cuando surge la figura de Augusto César Sandino, quien «durante siete largos y penosos años, al mando de un ejército de unos pocos cientos de hombres mal armados, entabló más de quinientos combates contra los marines... Esta guerra nacional tuvo su culminación con la expulsión de las tropas estadounidenses, incapaces de vencer a los guerrilleros, y se tradujo en la aceptación por parte del gobierno de Washington del compromiso de respetar en lo sucesivo la soberanía y la autodeterminación del país centroamericano» (Fariña).

Sin embargo, el mismo año de la retirada de las tropas extranjeras, el joven Anastasio Somoza García se hacía cargo de la jefatura de la Guardia Nacional. Con él y en él los intereses norteamericanos hallarían la mejor covertura.

Con el asesinato de Sandino y la ascensión al poder de Somoza, mediante el golpe de Estado de 1936, se inicia la larga noche de la «dictadura dinástica» y una nueva etapa de la lucha del pueblo nicaragüense por su libertad. El libro de Fariña es un valiso testimonio de ese empeño, enriquecido con una copia información (Amnistía Internacional, Agermanament, Lliga dels Drets dels Pobles, Liga Internacional por los Derechos y Liberación de los Pueblos, IEPALA [Instituto de Estudios Políticos para América Latina y Africa], Institut fue Iberoamerika-Kunde. Dokumentations-Leirstelle Lateinamerika), en muchos casos inédita y en otros poco conocida.



En la carta-testamento de Rigoberto López Pérez, dirigida a su madre, el autor de los disparos que mataron a Tacho Somoza, escribió: «Debe pensar que lo que yo he hecho es un deber que cualquier nicaragüense que de veras quiere a su patria debía llevar a cabo hace mucho tiempo». Este mismo criterio es el sustentado por el Frente Sandinista de Liberación quien, en condiciones muy difíciles, y bajo el lema de **Patria libre o morir,** continúa la lucha contra la tiranía. El libro de Fariña, participa de esta consigna, renunciando a la fría **objetividad** el autor se compromete en actitud beligerante. ■ **JUAN MONTIA.**

NUMEROS ATRASADOS DE TIEMPO de HISTORIA:

RECORTE O COPIE ESTE *BOLETIN* Y *REMITANOSLO* A: CONDE DEL VALLE DE SUCHIL, 20. TEL. 447 27 00. MADRID-15

Ruego me envíen un ejemplar de cada uno de los números de TIEMPO DE HISTORIA siguientes: ....
(los números 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10 y 11 se hallan agotados). El importe total del pedido de ....Pts. (100.— Pts. por cada ejemplar) lo pago mediante:

- ☐ **He enviado giro postal núm. .... a:**
  «TIEMPO DE HISTORIA, c/c postal n.° 74.174. Estafeta Oficial, Madrid».
- ☐ **Adjunto talón bancario nominativo a favor de TIEMPO DE HISTORIA.**
- ☐ **Contra reembolso.**

NOMBRE Y APELLIDOS ....
DOMICILIO ....
TELEFONO ....POBLACION ....D. POSTAL ......
PROVINCIA ....PAIS ....

BOLETIN DE SUSCRIPCION TIEMPO de HISTORIA:

RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A: CONDE DEL VALLE DE SUCHIL, 20. TEL. 447 27 00. MADRID-15

(Agradeceremos escriban con letras mayúsculas)

Nombre ....
Apellidos ....
Edad .....Profesión ....
Domicilio ....
....Teléfono ....
Población ....D. Postal ......
Provincia ....País ....

Suscríbame a TIEMPO DE HISTORIA durante UN AÑO (12 meses) a partir del número del próximo mes de ....

Señalo con una cruz ☒ la forma de pago que deseo.

- ☐ Adjunto talón bancario nominativo a favor de TIEMPO DE HISTORIA
- ☐ Recibo domiciliado en Banco o Caja de Ahorros (sito en España). (Rellenar el boletín anexo.)
- ☐ He enviado giro postal n.° ....
  a «TIEMPO DE HISTORIA, c/c postal n.° 74.174
  Estafeta Oficial - Madrid».

Todas las altas de suscripciones y cambios de domicilio recibidos antes del día 18 de cada mes, surtirán efecto a partir del número del mes siguiente. Las que se reciban después de dicha fecha tendrán que esperar al segundo mes, ya que así lo exige la frecuencia programada para la utilización de nuestros archivos mecanizados.

Sr. director BANCO / Caja de Ahorros (táchese lo que no interese)
....
Domicilio de la Agencia ....
..........Población ....
Titular de la cuenta ....
....
Número de la cuenta ....

Sírvase tomar nota de atender hasta nuevo aviso, con cargo a mi cuenta, los recibos que a mi nombre le sean presentados para su cobro por la empresa editora de la revista TIEMPO DE HISTORIA.

Fecha ....

Atentamente
(firma)

Envíennos también este boletín a TIEMPO DE HISTORIA. Nosotros nos ocuparemos de hacerlo llegar a su Banco.

TARIFAS DE SUSCRIPCION

	Correo ordinario	Correo certificado	Correo aéreo
ESPAÑA	975	1.075	1.005
EUROPA, ARGELIA, MARRUECOS, TUNEZ	1.300	1.545	1.540
AMERICA Y AFRICA	1.300	1.545	1.925
ASIA Y OCEANIA	1.300	1.545	2.215

Para cualquier comunicación que precise establecer con nosotros, le agradeceremos adjunte a su carta la etiqueta de envío que acompañaba al último ejemplar de la revista que haya recibido.

NUMEROS PUBLICADOS DE TIEMPO de HISTORIA

N.º	Mes y año	TEMA	Autor
1	Dic.-74 (Año I)	OCTUBRE 1934: LA REVOLUCION DE ASTURIAS	David Ruiz
2*	En.-75 (Año I)	MASONERIA ESPAÑOLA: MITO O REALIDAD	José A. Ferrer
3*	Fe.-75 (Año I)	REPUBLICANOS ESPAÑOLES EN LA LIBERACION DE PARIS	Eduardo Pons Prades
4*	Mar.-75 (Año I)	DE LA DICTADURA A LA REPUBLICA	Eduardo de Guzmán
5*	Ab.-75 (Año I)	PABLO IGLESIAS	Enrique Tierno Galván
6*	May.-75 (Año I)	SIGNIFICACION DEL 1.º DE MAYO	Eduardo de Guzmán
		HISTORIA DE LAS ACTITUDES POLITICAS EN ESPAÑA	A. Garrigues Walker
7*	Jun.-75 (Año I)	LA SEMANA TRAGICA DE BARCELONA	Guillem-Jordi Graells
8*	Jul.-75 (Año I)	1929-30: ESTUDIANTES Y PROFESORES FRENTE A LA DICTADURA	Francisco Caudet
9*	Ag.-75 (Año I)	1869-1946: LARGO CABALLERO	Rafael Alberti
10*	Se-75 (Año I)	CADIZ, 1812: EL PRINCIPIO DE LA VIDA PARLAMENTARIA ESPAÑOLA	Eduardo de Guzmán
11*	Oc.-75 (Año I)	MASONERIA ESPAÑOLA: SIGLOS XIX y XX	José A. Ferrer Benimeli
12	No.-75 (Año I)	LA AVENTURA DEL EXILIO: ESPAÑOLES EN LA PRISION DE EYSSES	Alberto Fernández
13	Di.-75 (Año II)	INDALECIO PRIETO: ENTRE LA REPUBLICA Y EL SOCIALISMO	María Ruipérez
14	En.-76 (Año II)	LA ERA DE FRANCO	Ramón Tamames
		LA RESISTIBLE ASCENSION DE ARTURO UI	Bertolt Brecht
15	Fe.-76 (Año II)	LAS CRISIS DEL COMUNISMO	Fernando Claudín
		¿POR QUE CORRES, ULISES?	Antonio Gala
16	Mar.-76 (Año II)	LA EDUCACION NACIONAL-CATOLICA EN NUESTRA POSGUERRA	Enrique Miret Magdalena
17	Ab.-76 (Año II)	VICTORIA KENT: UNA EXPERIENCIA PENITENCIARIA	
		TIERRA DE ESPAÑA	Ernest Hemingway y Jori Ivens
18	May.-76 (Año II)	1917-1920: UNA CRISIS INSTITUCIONAL	Manuel Tuñón de Lara
19	Jun.-76 (Año II)	NOTAS HISTORICAS SOBRE LA U.G.T.	Miguel Angel Molinero
20	Jul.-76 (Año II)	LAS ORGANIZACIONES OBRERAS EN EL 18 DE JULIO	Fernando Claudín
21	Ag.-76 (Año II)	ESPAÑA, DEL PASADO AL FUTURO	Watson, Malefakis, Marichal y Lowenstein
22	Se.-76 (Año II)	LA ULTIMA SESION DE CORTES DE LA REPUBLICA	Dolores Ibarruri
23	Oc.-76 (Año II)	AZAÑA: «ESPAÑA HA DEJADO DE SER CATOLICA»	José Manuel Gutiérrez Inclán
24	No.-76 (Año II)	DURRUTI: UN REVOLUCIONARIO NATO	Ignacio G. Iglesias
25	Di.-76 (Año III)	LA LARGA MARCHA DE LA REVOLUCION CUBANA	Teófilo Ruiz
26	En.-77 (Año III)	LA AMNISTIA EN ESPAÑA	Enrique Linde Paniagua
27	Fe.-77 (Año III)	LA MUJER BAJO EL FRANQUISMO	Geraldine M. Scanlon
		—INDICE NUMEROS 1 AL 25—	
28	Mar.-77 (Año III)	LAS IDEOLOGIAS FRANQUISTAS	Sergio Vilar
29	Ab.-77 (Año III)	GUERNICA	Gérard Brey, Indalecio Prieto
30	May.-77 (Año III)	HISTORIA DEL P.C.E.	Pilar González Guzmán
31	Jun.-77 (Año III)	FEDERICA MONTSENY: UNA ENTREVISTA CON LA HISTORIA	Colectivo «Febrero»
32	Jul.-77 Año III)	LA REPUBLICA EN EL EXILIO (1939-1977)	José A. Ferrer
33	Ag.-77 (Año III)	LA FUNDACION DE LA F.A.I.	Antonio Elorza
34	Se.-77 (Año III)	LA GUERRILLA ANTIFRANQUISTA	Vidal, Martín, Sáiz Viadero, Rodríguez
35	Oc.-77 (Año III)	CATALUÑA: UNA NACION FORJADA POR LA HISTORIA	Pierre Vilar
		LA REVOLUCION DE OCTUBRE	E. Pons Prades, María Ruipérez
36	No.-77 (Año III)	EL «CHE» GUEVARA	Teófilo Ruiz Fernández
37	Di.-77 (Año IV)	LISTER: LA DEFENSA DE MADRID	
		EL «TESTAMENTO» DE JOSE ANTONIO	José M. Gutiérrez Inclán
38	En.-78 (Año IV)	LA MUJER EN EL NACIONALISMO VASCO	Antonio Elorza
		ROMANCERO DE LA GUERRA CIVIL	José Monleón
39	Fe.-78 (Año IV)	LOS CARLISTAS EN LA GUERRA DE ESPAÑA	Josep Carles Clemente
		ULTIMA ENTREVISTA CON FAL CONDE	J. C. C.
40	Mar.-78 (Año IV)	STALIN Y SUS FANTASMAS	Eduardo Haro Tecglen
41	Ab.-78 (Año IV)	LA CEDA Y LA II REPUBLICA	José R. Montero
		EDWARD MALEFAKIS	María Ruipérez
42	May.-78 (Año IV)	EL MAYO FRANCES	José M.ª Solé Mariño
		TRES MARTIRES	Cipriano Rivas Cherif
43	Jun.-78 (Año IV)	GOYA	José M.ª Moreno Galván
		JORGE ELIECER GAITAN	Ricardo Dessau
44	Jul.-78 (Año IV)	LENIN, PASO A PASO	Ricardo Muñoz Suay
		ARTOLA	María Ruipérez
45	Ag.-78 (Año IV)	DEL CUARTEL DE LA MONTAÑA AL QUINTO REGIMIENTO	Manuel Carnero
		GABRIEL JACKSON	María Ruipérez

* Agotados.

Si desea algún número atrasado de TIEMPO DE HISTORIA puede solicitárnoslo utilizando el cupón que se publica en la página anterior.

EN ESTE NUMERO DE

TIEMPO DE HISTORIA



Ludovico María Sforza
(Fragmento de un cuadro atribuido a Lorenzo Lotto).

José A. Gómez Marín

Historia y política en Maquiavelo